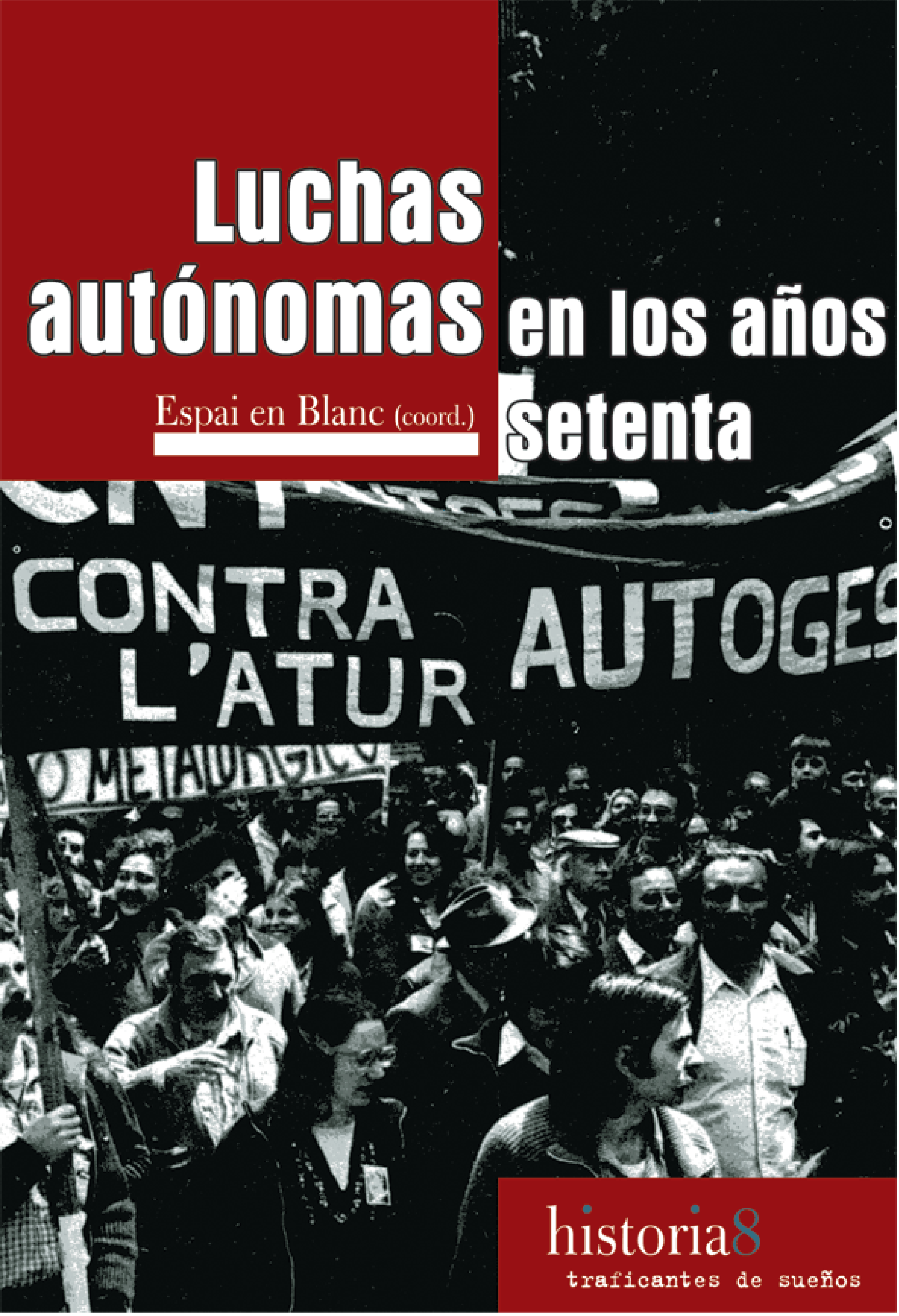


Luchas autónomas en los años setenta
Espai en Blanc (coord.)
CONTRA L'ATUR
AUTOGES
historia8
traficantes de sueños

Luchas autónomas en los años setenta.

Del antagonismo obrero al malestar social

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

historia

Omnia sunt communia! o "Todo es común" fue el grito colectivista de los campesinos anabaptistas, alzados de igual modo contra los príncipes protestantes y el emperador católico. Barridos de la faz de la tierra por sus enemigos, su historia fue la de un posible truncado, la de una alternativa a su tiempo que quedó encallada en la guerra y la derrota, pero que sin embargo en el principio de su exigencias permanece profundamente actual.

En esta colección, que recoge tanto novelas históricas como rigurosos estudios científicos, se pretende reconstruir un mapa mínimo de estas alternativas imposibles: los rastros de viejas batallas que sin llegar a definir completamente nuestro tiempo, nos han dejado la vitalidad de un anhelo tan actual como el del grito anabaptista.

Omnia sunt communia!

Este libro forma parte de un proyecto más amplio coordinado por Espai en Blanc, y que consta de una web-archivo digital (http://www.autonomiaobrera.net) y de un documental. Ha contado con el apoyo de Arteleku y de la Universidad Internacional de Andalucía.

1ª edición: 1000 ejemplares
Mayo de 2008
Título:
Luchas autónomas en los años setenta. Del antagonismo obrero al malestar social
Autor:
Fundación Espai en Blanc (coord.)
Maquetación y diseño de cubierta:
Traficantes de Sueños
Edición:
Traficantes de Sueños
C/ Embajadores 35. 28012 Madrid. Tlf: 915320928
e-mail:editorial@traficantes.net
http://traficantes.net
Impresión:
Queimada Gráficas.
C/ Salitre, 15 28012, Madrid
Tlf: 915305211
ISBN: 978-84-96453-30-2
Depósito legal: M-19864-2008

Luchas autónomas en los años setenta.

Del antagonismo obrero al malestar social

Fundación Espai en Blanc (coord.)
Santiago López Petit, Felipe Pasajes,
Remigio Mesa Encinas, Albert Alonso Quiñones,
Miguel Garau, Pablo César Carmona Pascual,
La Ciutat Invisible, Amador Fernández-Savater,
Colectivo Situaciones, Colectivo La Guillotina,
Marina Garcés

historia
traficantes de sueños

ÍNDICE

Introducción: ---------- 17

Primera Parte: Luchas autónomas en la década de 1970 ---------- 27

1. La relación capital/trabajo durante el Franquismo. *Santiago López Petit* ---------- 29
- Introducción ---------- 29
- 1961-1962. Resurge la autonomía de clase ---------- 30
- El llamado milagro español ---------- 35
- Lucha obrera dentro del Plan capitalista ---------- 39
- La crisis capitalista contra el Movimiento Obrero ---------- 43
- La desarticulación del Movimiento Obrero y sus interpretaciones ---------- 46
- Los movimientos de clase no desaparecen ---------- 49
- 1969-1971. Empieza un nuevo ciclo de luchas ---------- 51
- Características del ciclo ---------- 52
- Implicaciones políticas ---------- 57
- 1972-1973. Crisis de la Dictadura y expansión económica ---------- 59
- La lucha obrera se extiende… ---------- 61
- 1974, 1975: la crisis se vuelve contra el Estado franquista ---------- 64
- La descomposición del Franquismo ---------- 68

2. Arqueología de la autonomía obrera en Barcelona 1964-1973. *Felipe Pasajes* ---------- 73
- Los primeros pasos de la larga marcha ---------- 73
- El mapa político ---------- 76
- Las coordinadoras ---------- 82

- Teorizar la práctica ---- 83
- La ruptura ---- 88
- Los Grupos Obreros Autónomos (GOA) ---- 90
- Valoración crítica del pasado ---- 92
- Organización interna ---- 99
- La Editorial Obrera Clandestina ---- 103
- Crisis y ruptura ---- 107

3. La huelga de 1970 en Granada. *Remigio Mesa Encinas* ---- 113
- El imperio de los empresarios ---- 113
- Prepararse para luchar ---- 116
- Cómo se llegó a la huelga ---- 120
- Comienza la huelga ---- 123
- La huelga continúa ---- 127
- Lo que se ganó y lo que se perdió ---- 131

4. La huelga de Roca, autoorganización contra el pacto social. *Albert Alonso Quiñones* ---- 137
- Introducción al conflicto ---- 137
- Un poco de historia de la fábrica ---- 140
- Inicio del conflicto ---- 143
- Autoorganización en Roca ---- 147
- La huelga se alarga, la autoorganización se extiende ---- 150
- El desenlace del conflicto ---- 154

5. Puerto de Barcelona 1976-1988. *Miguel Garau* ---- 161
- Breve historia del Puerto ---- 163
- La Coordinadora ---- 165
- La lucha por un convenio colectivo ---- 167
- El Decreto de 1980 ---- 171
- La lucha en los puertos continúa ---- 175
- Morir de éxito ---- 179

6. Autónomos... ¿qué autónomos? La experiencia de Gerra-aundi y del movimiento autónomo en Azpeitia ---- 181

7. Autonomía y contracultura. Trabajo, revuelta y vida cotidiana en la Transición. *Pablo César Carmona Pascual* ---------------------------- 203
- *We come to Smash this time*. Contracultura, rock progresivo y cómic underground ---- 205
- El «rechazo al trabajo», autonomía y lucha: la nueva experiencia del movimiento obrero - 210
- Underground y contracultura: formas y tendencias de la autonomía social ----------- 219
- Derrota, desencanto y punk: la Transición hacia ninguna parte --------------------- 226

8. Subirse al tejado. Las revueltas de los presos sociales en la Transición. *La Ciutat Invisible* -------------------------------------- 231

Segunda Parte: Actualidad, potencia y límites de los movimientos autónomos ------------------------------------- 251

9. De la autonomía obrera a la autonomía social: La experiencia de Socialismo o Barbarie. *Entrevista a Daniel Blanchard, por Amador Fernández-Savater* ---- 259
- Introducción: la mirada radical --- 259
- Crítica es crisis --- 262
- Repensarlo todo sin miedo a la soledad --- 264
- No víctima, sino sujeto --- 266
- La palabra obrera --- 269
- Desplazamiento: abrirse a otras creaciones -- 271
- La autonomía como analizador -- 274
- Crisis de la vida -- 276
- De laboratorio a sala de ecos --- 280

10. Otros campos: La transmisión de la experiencia acumulada. *Entrevista a tres militantes del Sindicato de Obreros del Campo* ------------------ 285
- Situándonos --- 285
- Conversando -- 290

11. Politizar la tristeza. *Colectivo Situaciones* --- 311
- Introducción a esta edición -- 311
- Previo -- 314
- I. La tristeza política -- 315
- II. Politizar la tristeza -- 319
- III. Pensar la transformación del momento y el «reconocimiento» ------------------- 322

12. La lucha por la autonomía en México. *Colectivo La Guillotina* ---------------- 325
- La autonomía indígena y las izquierdas -- 327
- La lucha neozapatista por la autonomía -- 331
- La autonomía hoy -- 336
- Bibliografía -- 340

13. La autonomía conquistada y la privatización del yo. *Marina Garcés y Santiago López Petit* --------------- 341

14. La autonomía. ¿Un concepto actual? -- 353

Introducción

Este libro forma parte de un complejo dispositivo que consta de una web-archivo digital (www.luchasautonomas.net), un DVD con un documental, además del propio libro. En sí mismo, este dispositivo (libro, web, DVD y las presentaciones asociadas) quiere ser una intervención política. Es ya un lugar común afirmar que todo pasado es necesariamente un pasado construido. Pero hay que añadir, en seguida, que dicha construcción incide sobre el presente, en la medida que determina el campo de lo que es posible y lo que no es posible. Más exactamente: la construcción del pasado supone –y es así siempre que se persigue asentar una posición de poder– una reducción de la complejidad dirigida a poder controlar mejor el propio presente. Por eso, porque explicar lo acontecido es, a la vez, fijar los límites de las experiencias actuales, creemos que es necesario proyectar una mirada hacia el pasado pero desde las necesidades de la actualidad.

Una mirada al pasado desde hoy

Una mirada al pasado desde hoy es una mirada intempestiva, y por lo tanto política. Cuando afirmamos que nuestra mirada al pasado desde hoy es una intervención política, lo decimos en un doble sentido. 1) Se trata de una intervención política sobre la memoria misma. Para ello queremos recuperar la memoria del otro movimiento obrero. Con el término «otro movimiento obrero» designamos las prácticas anticapitalistas de autoorganización y acción directa que se desplegaron en el Estado español, especialmente durante los años reseñados. Este otro movimiento obrero que tuvo una gran fuerza, se encuentra detrás de

las principales huelgas y enfrentamientos con la dictadura, protagonizando luchas autónomas muchas veces al margen de los partidos y sindicatos aún ilegales. Las luchas autónomas inventaron formas de resistencia igualitarias y antijerárquicas, cuya voluntad era llevar más lejos la transición democrática. De aquí que esta recuperación de la memoria sea, a la vez, una reescritura de la transición democrática. 2) Pero se trata también de una intervención política sobre la actualidad. Caracterizar la actualidad en que vivimos es bastante fácil. La realidad y el capitalismo son una y la misma cosa. Lo que es igual que decir, que nada escapa al capital, porque habiendo triunfado contra sus enemigos, el capital se ha desbocado. La globalización neoliberal no es más que la repetición, en todo lugar y tiempo, de este desbocamiento. Sin entrar a describir la compleja fenomenología que se inaugura con la era global, basta sólo constatar uno de los efectos más importantes. La realidad –hecha una con el capitalismo– se ha cerrado sobre sí misma, y la obviedad es lo que efectúa ese cierre en falso. Todo se presenta, desde la precariedad a las múltiples guerras existentes, con la naturalidad de lo que se impone sin posible apelación. Mirar al pasado para explicar cómo hemos llegado a la situación en la que estamos, es el primer paso para salir de la impotencia.

Decimos, pues, una sola y única intervención. Contra la memoria domesticada que encadena y contra la obviedad que hunde en la impotencia. Leer radicalmente el pasado para actuar abriendo espacios en el presente. Actuar sobre el pasado para leer en el presente caminos de lucha.

Nuestra verdad

Nuestra mirada a la historia desde el presente no es, por lo tanto, una mera recuperación de la memoria. Como dice J. Gelmán, al olvido no hay que oponer la memoria sino la verdad. La verdad que deshace la historia del poder, la verdad que perfora la realidad que se nos impone. La verdad como el aire que necesitamos para respirar. Construir esa verdad, más exactamente, construir nuestra verdad es el objetivo de esta intervención. Porque tanto la historia como la realidad nos la escamotean continuamente. ¿Y qué dice nuestra verdad? Algo que todos ya sabemos, si bien nos cuesta admitir: que hemos sido derrotados.

Que los procesos de emancipación, que el movimiento obrero, que el pensamiento crítico han sido derrotados. Poner la derrota en el centro –hacer de la derrota una clave de lectura tanto de la historia como de la realidad actual– es liberador ya que desnaturaliza lo que se mostraba como cosificado. Rosa Luxemburgo escribía:

> ¿Qué nos enseña la historia de las revoluciones modernas y del socialismo? La primera llamarada de la lucha de clases en Europa: la rebelión de los tejedores de la seda de Lyon de 1831 acabó con una fuerte derrota. El movimiento de los cartistas en Inglaterra, con una derrota. El levantamiento del proletariado en París, durante las jornadas de junio de 1848, acabó con una aplastante derrota. La Comuna de París acabó con una terrible derrota. El camino del socialismo –en tanto consideremos las luchas– está pavimentado con derrotas, y a pesar de eso, esa misma historia lleva, paso a paso, ineluctablemente, hacia la victoria definitiva. ¡Dónde estaríamos nosotros sin esas «derrotas» en las que hacemos acopio de la experiencia histórica, del reconocimiento de la realidad, de la fuerza y del idealismo! Ahora que hemos avanzado hasta el umbral de la batalla final en la lucha de clases proletaria, es precisamente sobre esas derrotas sobre las que nos apoyamos. No podríamos obviar ninguna. Cada una de ellas nos da fuerza y claridad en los fines».
>
> «El orden reina en Berlín. 14 de enero de 1919», reeditado por las Éditions Spartacus en 1972 (*Spartacus et la Commune de Berlin 1918-1919*).

Nosotros ya no podemos ver ese sentido liberador en la historia, ese avanzar de derrota en derrota hacia una victoria final. Para nosotros la historia no tiene sentido, lo que no quiere decir evidentemente que sea ininteligible. Que no tiene sentido quiere decir que no promete necesariamente ningún futuro radiante. Hemos dicho anteriormente que nuestra verdad libera ya que perfora la obviedad fijada tanto en la historia como en la realidad. Ahora podemos ser más precisos: nuestra verdad libera en la misma medida en que nos hace más desesperados. Porque la única mirada digna frente a este mundo es aquella que es y se sabe desesperada. Nada, pues, de museificación como tampoco de nostalgia. Queremos pensar el pasado para poder resistir (en) el presente.

Las luchas autónomas de 1970 a 1977

En los análisis de las luchas contra el Franquismo nos encontramos, por lo general, con la creación de una amalgama llamada «oposición franquista» que habría protagonizado el largo enfrentamiento. Hoy, existe una lectura reaccionaria que insiste en la debilidad de dicha oposición al franquismo, y en el hecho de que Franco, en definitiva, murió tranquilamente en la cama. Para rebatir dicha interpretación, nosotros no insistiremos en la represión franquista y en los elevadísimos costes en forma de detenciones, torturas, condenas de prisión, exilio, pérdida del trabajo... Los expedientes abiertos por el Tribunal de Orden Público desde su creación en 1963 hasta su supresión en 1976 afectaron a más de 50.000 personas. Todo eso es verdad. La dictadura fue sanguinaria hasta el final de su existencia. Pero lo que a nosotros nos importa es señalar que esta oposición antifranquista no fue algo homogéneo, y con ello queremos decir, que en ella existieron planteamientos teóricos y prácticos que apuntaban en su crítica más allá del Franquismo. No queremos referirnos tanto a las organizaciones políticas revolucionarias como a las expresiones colectivas de la autonomía obrera, es decir, a las luchas autónomas. Con el nombre de luchas autónomas se conocerán aquellas luchas protagonizadas directamente por los propios trabajadores. Estas luchas eran ciertamente luchas antifranquistas, pero su enfrentamiento iba más allá, contra una dictadura que era definida explícitamente como capitalista. Sin embargo no hay que engañarse. Las luchas autónomas eran luchas políticas radicales no tanto por los objetivos que se planteaban cuanto por el modo de hacerlo. La reivindicación de mejoras salariales, la readmisión de los despedidos, la lucha contra la represión… eran muchas veces el horizonte del enfrentamiento. Pero la originalidad residía en que la autonomía obrera se afirmaba, por un lado, en la democracia directa que era la forma de organización, y por otro, en la ausencia de pacto y la consecuente defensa del contrapoder obrero. Las luchas autónomas –asociadas a fábricas, y a veces, a ciudades enteras– constituyen verdaderos hitos colectivos voluntariamente ignorados y ocultados. Nosotros deseamos contribuir a sacarlos del olvido. El periodo especialmente contemplado se sitúa entre 1970 y 1977. Hemos escogido estas fechas porque corresponden a dos huelgas cruciales: la de la Harry Walker y la de la Roca. La huelga de la Harry Walker fue una de las más largas de las que tuvieron lugar durante el Franquismo, constituye un auténtico ejemplo de

funcionamiento asambleario, y se puede afirmar que con ella se abre el ciclo de luchas. Asociada a ella estarán los llamado Grupos Obreros Autónomos (GOA). La huelga de la Roca, a su vez también una plasmación de la autonomía obrera, supone el último gran enfrentamiento de clase. Las primeras elecciones, en 1977, corroborarán este final: la política es sacada de la fábrica y llevada al parlamento, convirtiéndose en una actividad de especialistas. Nace el Estado de los partidos.

De la Harry Walker a Roca, de 1970 a 1977, se trata de un ciclo de lucha que si bien es específico del Estado español, justamente por la existencia de la Dictadura franquista, se inscribe en el interior de otro ciclo que se desarrolla en la mayor parte de los países con capitalismo avanzado, tal y como se decía entonces. Mayo del '68 en Francia, del otoño del 1969 a abril de 1977 en Italia, Alemania, EEUU… I. Wallerstein habla de una verdadera revolución mundial que en y a partir de 1968 atraviesa multitud de países de movimientos antisistémicos contra la vieja Izquierda. La fenomenología de este ciclo de luchas posiblemente el más importante en la historia del capitalismo es de una riqueza impresionante. La generosidad personal iba asociada con una inmensa capacidad colectiva de invención. Nunca fue más exacto que la libertad empieza allí donde termina el miedo. La figura social que protagonizó este ciclo es usualmente denominada como obrero masa. Con este nombre se quiere destacar especialmente el hecho de que este trabajador estaba ligado al trabajo en cadena. Esta relación con la producción estará en la base de su rechazo del trabajo, así como del profundo igualitarismo de las reivindicaciones. Evidentemente, el capital no podía aguantar por mucho tiempo esta resistencia –esta «disfuncionalidad» empleando el lenguaje de los ideólogos del *statu quo*– clavada en el mismo corazón del aparato productivo. Su reacción consistirá en la puesta en marcha de una verdadera ingeniería social encaminada a desarticular política, social y económicamente a la clase trabajadora, es decir, a aquel sujeto político que puso en crisis la dominación capitalista. El fin de la centralidad política de la fábrica (y con ella de la clase obrera) es el resultado. La gran transformación que ha tenido lugar estos últimos treinta años, nos ha dejado ante un nuevo escenario: la globalización neoliberal. Del Estado-plan que absorbía y reconducía la autonomía de clase, se pasó al Estado-crisis contra la clase trabajadora. Después, especialmente tras el 11-S de 2001, se pasó directamente al Estado-guerra.

No nos detendremos, evidentemente, en explicar este proceso de destrucción de una composición de clase (el obrero masa), que en realidad implica el final de un modo de entender la crítica. Hemos introducido la referencia al ciclo de luchas del '68 justamente para devolver a los movimientos el carácter anticapitalista, o por lo menos, a estos movimientos sociales que hemos llamado «luchas autónomas». Porque si es cierto que las luchas autónomas en el Estado español tienen menos elementos de crítica social que los desplegados en las luchas de mayo del '68, también es verdad que el déficit de antiautoritarismo es compensado por su mayor radicalidad política. Este «exceso político» que adquirían las luchas, puesto que delante de ellas estaba una dictadura capitalista, fue precisamente lo que desplegaron las luchas autónomas. Eso es lo que molestaba a los sindicatos y a los partidos clandestinos que se habían puesto la democracia como horizonte. El antifranquismo debía actuar como *reductio ad unum*, mientras que las luchas autónomas en su exceso de anticapitalismo y de ansia de libertad, agujereaban esta pared. Se puede afirmar que nuestro mayo del '68, si bien a su manera, dura muchos más años. Situar las luchas autónomas antifranquistas en el interior del ciclo de luchas del '68 es ya una manera de abrir un espacio político.

La autonomía obrera

En España la práctica autónoma de la clase trabajadora (capacidad de ponerse objetivos, de autoorganizarse, de crítica de la explotación capitalista y no sólo de la dictadura franquista) fue siempre muy por delante de la elaboración teórica. La teoría se fue produciendo en la conexión con los movimientos reales y giró en todo momento en torno a la palabra/consigna: «La organización autónoma de clase». Esa propuesta es la que todos los defensores de la autonomía obrera trataban de impulsar. Como tal, dicha organización se basaba en las asambleas, en los delegados elegidos y revocables, en la democracia directa... No se trataba de un sindicato porque no separaba lo político de lo económico, ni de un partido porque no pretendía ser una dirección política sobre la clase trabajadora. Para fundamentar dicha propuesta, que no era un invento de unos cuantos iluminados sino algo que pasaba día a día, los militantes autónomos buscaron en la tradición crítica: Korsch, Pannekoek, los Situacionistas... también en el anarquismo.

Evidentemente, la «organización autónoma de clase» se situaba dentro de un horizonte de crítica de la política, y comportaba una alternativa de sociedad basada en el socialismo autogestionario, los Consejos Obreros o los Soviets... Ocurre, sin embargo, que la experiencia de las luchas autónomas está más cerca de la instantaneidad que de la permanencia, de la discontinuidad que de la linealidad. Ocurre que la Organización autónoma de clase (asambleas, delegados...) surge y desaparece después de las luchas. Por otro lado, aunque se confíe en la espontaneidad, se requiere que alguien (una organización de militantes) ayude a impulsar dicha organización. Pero entonces: ¿cómo evitar que se burocratice cuando ya no hay un conflicto directo? ¿Cómo debe actuar la organización de militantes para no convertirse en un partido político más? Este tipo de preguntas son las que intentaban resolverse en la práctica, y se muestran en las distintas experiencias analizadas en este libro.

Visto desde hoy se puede afirmar que la autonomía obrera ha funcionado en todo momento en tres niveles diferentes. 1) Como una interpretación de la historia. Dejando a un lado el continuum histórico se privilegiaban aquellos momentos de ruptura en los que emergían las experiencias colectivas de autoorganización. Con nombres distintos (consejos obreros, comisiones obreras, etc.) siempre aparecía una constancia que se repetía. Por debajo de la historia de los vencedores se defendía otra historia cuyo hilo rojo permitía nombrar la autonomía obrera. 2) Como un criterio para definir qué es lo político. Lo político no consistía en una esfera definida en relación con otra esfera (lo económico). Lo político estaba en todas partes o en ninguna. O lo que es igual: político era lo que podía ser politizado. Y, en principio, todo era politizable. La consecuencia inmediata era sustraer la política a los políticos. La política no era una actividad especializada propia de algunos sino que atravesaba toda la sociedad. 3) Como un formalismo organizativo. La autonomía obrera era el nombre que se daba a unas prácticas sociales de resistencia anticapitalista que intentaban en todo instante decontruir la figura del Uno. La autonomía obrera reivindicando la autonomía en todos los planos (de clase, colectiva e individual) se alejaba de toda forma de pensamiento jerárquico y dirigista.

Es, pues, un error querer hacer de la autonomía obrera una ideología más. Las luchas autónomas, que son la autonomía obrera realizada, constituyen la crítica efectiva de toda ideología. En este sentido, la autonomía obrera es más bien una potencia de vaciamiento que actúa sobre sí misma: contra el capitalismo que se infiltra en los proyectos

revolucionarios, contra el Uno que se afianza bajo las formas más diversas reproduciendo el poder. Ahora bien, esta potencia de vaciamiento no es una potencia sin dirección. Las luchas autónomas prefiguran un modelo de sociedad no asentado en la división entre pensantes/ejecutantes, en la que, por supuesto, se han abolido las clases sociales. Esa es la dirección, y la dirección está inscrita en las lucha autónomas mismas.

¿Una segunda oportunidad para la autonomía?

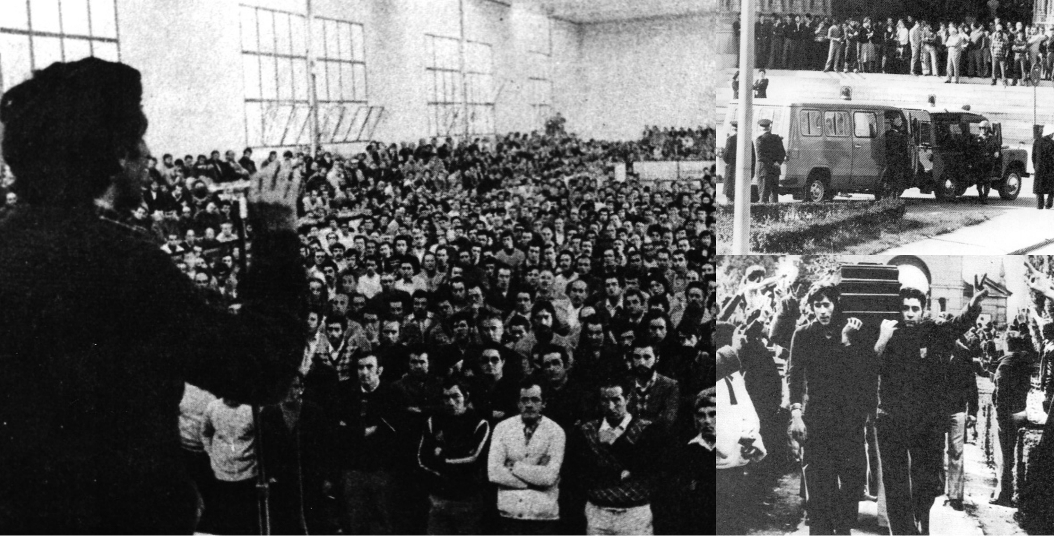
Cuando la clase trabajadora ha perdido su centralidad política como efecto del ataque del capital, cuando las luchas obreras representan únicamente una conflictividad residual, ¿qué sentido tiene hablar de autonomía obrera? En primer lugar –como ya hemos defendido– recuperar un fragmento de historia colectiva para clavarlo en la actualidad es útil porque permite abrir el campo de las experiencias posibles. Con todo creemos que el carácter intempestivo de esta lectura de nuestra historia, desde hoy, no agota las posibilidades de uso de la constelación conceptual que la palabra autonomía encierra.

La globalización neoliberal es esencialmente el desbocamiento del capital en un mundo que se ha hecho interdependiente. Lo que sucede es que el resultado de esta libertad de circulación, especialmente del capital, promueve un proceso creciente hacia la heteronomía. Con la constatación de la primacía de la economía sobre la política se da cuenta, de alguna manera, de dicho proceso. Más en general, heteronomía significa que las decisiones que nos conciernen son tomadas cada vez más lejos de nosotros, y eso sucede en todos los ámbitos de la realidad. Parece, pues, que en la época global una cierta reivindicación de la autonomía puede jugar un papel como vector de resistencia. Evidentemente, ya no la autonomía obrera sino una nueva autonomía social que habría que definir convenientemente. Porque sucede que en la época global, paradójicamente, el proceso en marcha hacia la heteronomía conlleva también una necesidad de autonomía. Hoy día la autonomía se ha convertido en función del capital, es como si el capital se hubiese apropiado de ella para ponerla a su servicio. Dicho de otro modo: la autonomía obrera se ha desplegado, finalmente, de modo perverso como autonomía del Yo. Cada uno solo con su vida, empresario de sí mismo, gestionando su currículo para no quedar desconectado de la red, viviendo

la vida como una colección de experiencias que nos acontecen, y que se dividen en buenas y malas. En otras palabras: la autonomía empujando la heteronomía, eso es lo que significa el paso de un paradigma de la explotación capitalista a un paradigma de la movilización global (que contiene y supera al primero). La movilización global en la que nos inscribimos en tanto que centro de relaciones, y que reproduce esta realidad obvia que se nos impone, es esencialmente automovilización. Nosotros mismos somos quienes nos autocontrolamos, quienes nos (re)producimos como pieza de este engranaje. La vida se ha convertido así en la auténtica forma de dominio, pero también en nuestro campo de batalla. No se puede oponer simplemente la autonomía (autonomía social) a la heteronomía porque antes hay que rescatarla de su apropiación por el capital, porque antes hay que construirla colectivamente. El problema es que no existe un nuevo sujeto histórico, y eso si alguna vez lo hubo. A lo más existen sujetos políticos que tratan de afirmarse en su radical ambivalencia. La autonomía obrera, en tanto que interpretación de la historia, criterio de lo político y formalismo organizativo, sigue siendo válida si bien ha sido vaciada. La autonomía obrera (o mejor social) se asemeja a una práctica sin sujeto que, por eso mismo, todos pueden hacer suya y proseguir lo más lejos posible. La autonomía (obrera) era, antes que nada, un modo de lucha que prefiguraba ya otra sociedad. Hoy, en la época global, este programa se reformularía así: «Contra el Yo, reinventar la autonomía social en tanto que experiencia del nosotros». Porque repensar la autonomía en la actual coyuntura es iniciar vías de desocupación del orden, abrir grietas en la realidad donde hacer la experiencia del nosotros.

Santiago López Petit





Primera parte

Luchas autónomas en la década de 1970

1. La relación capital/trabajo durante el Franquismo[1]

Santiago López Petit

Introducción

La historia del Franquismo y de los movimientos de oposición, es necesariamente limitada desde la óptica usual de los historiadores. Los estudios quedan reducidos a divulgaciones de las principales luchas obreras, a las recomposiciones del «bloque dominante» o a la exposición de la evolución económica. Difícilmente se plasma una visión sintética y global. No es extraño, ya que por lo general, lucha obrera, política y económica, son en cierto modo tres compartimentos estancos, o cuanto más, interrelacionados. En este esbozo quisiéramos superar esta fragmentación irreal, recogiendo en toda su viveza la relación entre los movimientos de clase y el capital. Descubriendo la estrechísima trabazón que existe entre el ciclo de luchas obreras y el plan del capital, avanzando en una historia que no sea la suma de historias: política, económica y social, sino una única historia en la que se despliegue en toda su magnitud la lucha entre el capital y la clase trabajadora, pero también, entre la autoconciencia del capital y el odio de clase. Y todo ello, con una finalidad muy clara. Negando todo afán culturalista, para en cambio leer en los movimientos de clase las experiencias, los comportamientos y las subjetividades que van más allá de la racionalización del sistema capitalista.

---

[1] Texto escrito en 1980. Ha permanecido inédito hasta la presente publicación. En esta edición se han respetado algunos de los modismos de la literatura militante de la época, como por ejemplo el uso de mayúsculas enfáticas (Movimiento Obrero, Capital, etc...). [N. del E.]

1961-1962. Resurge la autonomía de clase

Es indudable que las movilizaciones obreras de los años 1961-1962 centradas sobre todo en las minas de Asturias, señalan la aparición de un nuevo movimiento obrero. Sin embargo, es cierto también, que dicho ciclo de luchas es inimaginable sin las luchas y esfuerzos de la clase trabajadora de los años cincuenta. El proyecto del Estado fascista de esta década consistió en la destrucción política de la clase trabajadora. En la práctica, esto suponía represión indiscriminada sobre los trabajadores y sus organizaciones, negación absoluta de la lucha de clases bajo cualquier forma. En este marco general la fábrica no es centro ni motor del desarrollo, se halla disuelta como mera articulación de una sociedad jerárquica, totalitaria y productiva. El Fuero de los Españoles (9-III-1938) es expresivo en este sentido: «La empresa como unidad productora ordenará los elementos que la integran, en una jerarquía… y el Jefe de la empresa asumirá la dirección de la misma». El Estado fascista en su versión franquista, domina (controlando y asegurando) el proceso de valorización mediante la intervención externa directa sobre la sociedad. Leyes de excepción, represión generalizada, fijación por decreto de los salarios, regularización estatal del mercado interior… El Estado está dentro de la Sociedad, completamente socializado para anular la lucha de clases, para asegurar una superexplotación extensiva. Es la época de la autarquía, del intervencionismo, que define en sí mismo un modelo de relación entre la sociedad-fábrica y el Estado. En este marco general, las movilizaciones obreras tienen un origen muy definido: la inflación. Inflación inherente, por un lado, a un modelo autárquico con un ineficaz sistema impositivo y, por otro, a un expansivo gasto público como resultado de una creciente presión obrera. El salario en dicho modelo es simplemente una variable única que interviene en el coste de producción pero no en la propensión al consumo. El descubrimiento de Keynes, el salario como inversión, como doble variable, no tiene sentido, evidentemente, en una sociedad autárquica. Esta rigidez política del salario será determinante para el futuro del Estado fascista. En julio de 1951 la lucha obrera en Barcelona (boicot a los transportes), Euskadi, Madrid… arranca un 25 % de aumento salarial. En 1953-1954, un 14 % y un 17 %. En 1955-1956 casi un 30 %.[2]

---

2 *Boletín Informativo* IEL, núm. 4 y 5 de 1968.

A comienzos de 1957 se superponen tres elementos de crisis. A nivel económico, la inflación galopante y el agotamiento de las divisas; a nivel político las fuerzas falangistas y católicas son incapaces de vehicular un proyecto burgués coherente; a nivel social, los movimientos de clase siguen una progresión ascendente. La clase obrera ha descubierto en el salario el talón de Aquiles del sistema, el terreno específico en el cual el choque de clases le permite desarrollar su propia organización y subjetividad. El salario utilizado como instrumento de ataque político al capital, como dinero a secas, permite una progresiva masificación de los movimientos de clase. Las luchas de 1956-1958, antecedente del ciclo 1961-1962, señalan el fin de un tipo de intervención del Estado, de la forma fascista clásica del Estado franquista. En ellas se da una creciente ruptura con las organizaciones tradicionales (UGT, CNT…) prácticamente desaparecidas, la asamblea empieza a constituirse en el motor de la lucha, y la solidaridad aparece como elemento fundamental de la subjetividad. La SEAT parará por primera vez, en solidaridad con la huelga de los mineros asturianos.[3] La desorganización es muy elevada, pero este sentido solidario permite una «fácil» extensión, inimaginable de otra manera.

La respuesta inmediata del capital tiene dos componentes. Uno, táctico, consiste en cortar todo brote de autonomía de clase mediante la instauración del estado de excepción en Asturias. Otro, estratégico, la promulgación en junio de 1958 de la Ley de Convenios Colectivos. Pero la verdadera respuesta contra la clase obrera vendría realmente en 1959, con la puesta a punto del Plan de Estabilización. Analicemos brevemente una y otra medida.

La ley de contratación Colectiva del 24 de abril de 1958 debe ser vista como una derrota política parcial de la burguesía española que renuncia implícitamente al proyecto fascista aunque no dictatorial. Esta ley implica:

1. Reconocer las clases sociales como algo real, y la lucha de clases como un hecho en sí.

2. Reconocer, que sin la lucha de clases, sin antagonismo, no hay posibilidad de desarrollo capitalista.

---

[3] F. Miguélez, *SEAT, la empresa modelo del régimen*, Barcelona, DOPESA, 1977.

Por esta razón la ley afirma:

> Los convenios colectivos sindicales tienden a fomentar el espíritu de justicia social y en el sentido de unidad de producción y comunidad en el trabajo, así como la mejora del nivel de vida de los trabajadores y la elevación de la productividad.

El convenio no niega la lucha de clases, sino que intenta canalizarla, uniendo aumentos de productividad y de salario, sentando las bases para la planificación capitalista. Pero la situación económica no permitirá una aplicación extensiva de este mecanismo. Antes del desarrollo, se impone una racionalización que vendrá bajo la forma de Plan de Austeridad. El salto importante en el número de Convenios Negociados, sólo se dará hasta el año 1962.[4]

El Plan de Estabilización persigue atacar la inflación, impulsar la concentración y la centralización de capitales, todo ello sobreexplotando a la clase trabajadora. No hace falta extendernos mucho. Es sobradamente conocido que el capital financiero saldrá beneficiado, que la clase trabajadora pagará la osadía de haber luchado mediante la congelación salarial, el paro, la emigración… y la represión. Al contener la inflación por la reducción de la demanda interior, disminuirá la actividad económica y esto más pronunciadamente en los sectores que ya experimentaban dificultades antes del Plan. Minería de carbón, textil, papelería, serán las fracciones de clases más afectadas por el paro, aunque en general todos los trabajadores ven caer en picado su poder adquisitivo.

La clase trabajadora es incapaz de responder a este ataque. El prometido subsidio de paro, la emigración, la represión, la inexistencia de organizaciones autónomas del proletariado, retardan la ofensiva obrera. Pero la respuesta llega, y la clase trabajadora sabe elegir perfectamente el momento. Cuando hacia la mitad de 1961, el Plan de Estabilización está casi terminado y los tecnócratas del OPUS se preparan para una rápida reactivación, empieza a dibujarse el ciclo de lucha de 1961-1962. Las luchas reivindicativas que alcanzan su máxima fuerza en 1962 constituyen una verdadera explosión espontánea de los movimientos de clase. Espontánea, no en cuanto a que surgen de la

---

4 *Evolución socioeconómica de España 1966*, Vicesecretario Nacional de Ordenación Social, 1967.

nada, ya que como hemos visto, hay una larga sucesión de enfrentamientos detrás, sino en tanto que el movimiento está ahí, al margen de las fuerzas políticas obreras, cogiendo por sorpresa al capital. El inicio arranca de la tensión que se va acumulando como consecuencia de la resistencia patronal a conceder mejoras en las negociaciones de los convenios. Pero la verdadera utilidad política del ciclo, reside en la solidaridad activa frente a la represión. Se pueden distinguir dos momentos claramente diferenciados. Abril de 1962, fase culminante en las minas asturianas, y extensión de la lucha a unos 300.000 trabajadores de todo el Estado, con lo que se consigue la ruptura de la congelación salarial impuesta desde 1957. Por presión empresarial y ante las pérdidas generales, el BOE del 24 de mayo indica el aumento del precio del carbón. Agosto de 1962, nuevo movimiento huelguístico en Asturias, como protesta por la no aplicación en algunas empresas de los acuerdos obtenidos. El *lock out* y la feroz represión no permitirán la generalización.

La fracción de clase central en el ciclo son los mineros. La concentración y la sobreexplotación a la que están sometidos les hace tomar conciencia de su fuerza. Pero además, su enfrentamiento directo con el gobierno, les hace comprender intuitivamente, antes que otras facciones de clase, que si no utilizan políticamente su lucha no van a obtener ninguna mejora. Por esto su objetivo es claro: resistir sí, pero fundamentalmente, extender la lucha. En esta generalización saben que el conflicto se «politiza» al convertirse en un problema de «orden público», y que sólo entonces pueden vencer. En julio de 1963, 15.000 mineros se declaran en huelga durante dos meses, a partir de un incidente ocurrido en Nueva Montaña Guijano. La actuación coordinada y eficaz de la patronal y de la policía evitan toda generalización. Los mineros deben volver al trabajo sin haber conseguido ningún punto de su plataforma y en medio de una gran represión. Es el contraejemplo respecto a las luchas generales de 1962 que permiten obtener un 20 % y un 30 % de aumentos salariales.

El movimiento huelguístico de 1962 abarca a la minería asturiana, pero también a muchos sectores productivos. Basconia en Bilbao, Materiales y Construcciones en Valencia, el campesinado de Cádiz y grandes empresas del metal de Barcelona, Madrid y Euskadi. Es conveniente señalar este punto, ya que desde una visión reformista, se tiende a presentar el ciclo de 1961-1962, como un movimiento de «muertos de hambre», desorganizado y sin dirección política. Las huelgas, en general, son promovidas por fracciones obreras privilegiadas,

que aparecen por primera vez como protagonistas de la lucha de clases. Trabajadores que son capaces de llevar una lucha frontal mediante huelgas parciales y generales, ocupaciones (fábricas de vagones de Beasain), sin mediación organizativa alguna, pues si bien las organizaciones históricas (UGT y CNT) han desaparecido prácticamente, el PCE con su OSO y queriéndose meter en la CNS, no lo hace mucho mejor.

En España hay que hablar de autonomía de clase desvinculada de sus organizaciones históricas, no como una necesidad histórica, sino como un hecho real en sí mismo. Las organizaciones autónomas del proletariado, la asamblea y la comisión obrera representativa, son el lugar de unificación política de la clase como tal. No son pues, en absoluto, el lugar de «encuentro» de distintas opciones sindicales políticas, una mera plataforma para la unidad de acción. Es decir, la asamblea es antes que una organización unitaria, organización autónoma de clase, expresión de la autonomía obrera.

El ciclo de 1961-1962, tiene una importancia excepcional, aunque no desemboque a pesar de su carácter ofensivo en una crisis revolucionaria. Lo cierto es, que condicionará el desarrollo del capital, pondrá en crisis las formas de dominación tipo CNS, y mostrará la exterioridad de las fuerzas políticas obreras con respecto de los movimientos de clase. En Múnich, en el mes de junio de 1962, se reúne la oposición democrático-burguesa, para intentar capitalizar el movimiento contra la Dictadura. El PCE lanza en septiembre la consigna de Huelga General Política de acuerdo con la estrategia de Reconciliación Nacional, fracasando estrepitosamente y siendo incapaz de encuadrar los movimientos de clase para dirigirlos hacia el objetivo del pacto por la libertad por él señalado. Rompiendo los límites fronterizos, el ciclo 1961-1962 desarrollado en el Estado español, se inserta en un ciclo de lucha obrera a nivel europeo, que va desde la huelga general belga hasta las movilizaciones francesas y alemanas. La lucha se internacionaliza, la composición de clase es semejante, el capital es el mismo. Desde este punto de vista hay que completarlo. Los muros de la Dictadura se vienen abajo, tanto para el capital que persigue entrar en la economía mundial, como para el proletariado que une sus luchas a la de sus hermanos de clase.

El llamado milagro español

Después del Plan de Estabilización, y superado políticamente el ciclo de luchas de 1961-1962, se abre una época que, surcada de crisis y altibajos, se extiende hasta 1973. En este periodo 1961-1973, se dará un crecimiento medio anual acumulativo del 7 %, la multiplicación por tres de la producción industrial,[5] y en fin, el gran *boom* del «milagro español». Milagro, salpicado, sin embargo, por algunos inconvenientes: tasas de inflación elevadas, estructura económica irracional, paro, crisis… que oscurecen el brillante desarrollo.

El plan de capital desplegado contra la autonomía de clase expresada en el ciclo de 1961-1962, se presenta en un doble frente: liberación política y desarrollismo. Son las dos caras de un mismo proceso encaminado a recuperar la productividad, y a utilizar políticamente la lucha obrera en función del desarrollo económico. En este periodo, las «innovaciones» ya analizadas del año 1958, alcanzan toda su plenitud. El Estado franquista del periodo 1961-1973 no pretende anular la lucha de clases, sino utilizarla para dinamizar el desarrollo. La fábrica se extiende a toda la Sociedad, o mejor, la sociedad se diluye en la fábrica que pasa a un primer plano. Por primera vez, el lenguaje capitalista muestra toda su simpleza: productividad, horas extras, primas… son los términos en que se expresan las nuevas formas de explotación. La centralidad de la fábrica en este modelo, tendrá como contrapartida el aumento de la fuerza estructural del proletariado. El Estado franquista se sitúa dentro y fuera de la sociedad-fábrica. Para permitir una cierta lucha de clases, un antagonismo controlado, se sitúa fuera en una falsa autonomía relativa. Para asegurar el cumplimiento del proceso de valorización se sitúa dentro. Dentro/fuera, expresan el movimiento general del Estado, y sólo desde este momento se puede hablar de mediación/represión, como posibilidad objetiva, y no abstracta, de reconducir la lucha de clases en el sentido del desarrollo, de existencia real de movimientos de clase canalizados. Los datos son reveladores. A pesar de la existencia de numerosas luchas en el periodo concreto, entre 1964 y 1966, el incremento de la productividad es de un 6'9 % y el de los salarios reales es de un 4'6 %.[6]

---

5 *Franquismo y lucha de clases (1939-1975)*, Barcelona, Cedos, 1977.

6 Extraordinario de *Cuadernos para el Diálogo*, núm. 9.

En todo el periodo 1961-1969 el aumento del índice de productividad fue del 99'25 % y el aumento salarial alcanzó el 60'14 %. Antes de profundizar en este movimiento aparente del Estado respecto de la Sociedad, conviene precisar algunos de sus efectos. El movimiento dentro/fuera explica de una manera general los intentos continuados del Estado franquista para readaptarse, sus incoherencias, su larga marcha para convertir la dominación en hegemonía. El movimiento del Estado *hacia afuera* genera el espacio de la política ficticia (Ley de Asociaciones de 1964 y 1970, Ley de Prensa e Imprenta de 1966, Ley Orgánica del Estado) y, en general, la posibilidad de la mediación/representación (modificación del Código Penal de 1965, elecciones sindicales en 1966, 1971, etc.) que constituirá a la larga, las bases mínimas necesarias para la práctica de una política reformista dentro del Movimiento Obrero. El movimiento del Estado *hacia dentro* de la sociedad-fábrica anula parcialmente el espacio de la política ficticia, pues el Estado aparece claramente como función del capital y subsidiario suyo. Leyes de excepción, represión y también de un modo más amplio, restricción del desarrollo de la lucha de clases en beneficio del capital (limitaciones salariales por decreto, restricciones de crédito…).

La debilidad del Estado franquista se reducirá siempre, en última instancia, a tener que recurrir a las leyes de excepción, a la represión, a permanecer dentro de la sociedad. A socializarse para garantizar su propia supervivencia. Que la lucha obrera coincida objetivamente con el plan del capital en casi todo este periodo, no es causal. Que los movimientos de clase sean incapaces de salirse de la lógica capitalista para atacarla, no es tampoco un hecho fortuito. El doble movimiento del Estado franquista hacia la sociedad-fábrica, es la forma aparente que adopta el mecanismo puesto a punto por el capital para actuar sobre la lucha de clases. Introducir la lucha obrera dentro del plan del capital consiste en controlar la conjunción entre el ciclo económico y el ciclo de la lucha obrera, flexibilizando el siguiente ciclo central: lucha obrera-crisis-recomposición del capital. Lo que convierte la crisis, bajo todas sus formas (medidas estabilizadoras, inflación permanente, o terrorismo de Estado) en un momento del desarrollo capitalista y, al antagonismo obrero, en el empuje necesario para la renovación.

La intervención del capital a través del Estado franquista sobre el ciclo, y con la finalidad de control político sobre la clase obrera, persigue un objetivo básico: evitar la inflación galopante, causa de los conflictos sociales, y en cambio, mantener el desarrollo, base del consumismo.

Es decir, reducir, si bien era necesario, el momento de la crisis al mínimo debido a sus imprevisibles implicaciones políticas. En realidad, lo conseguirá bastante bien, exceptuando la crisis de 1967, aunque al precio de un constante peligro de inflación permanente y de periódicas estabilizaciones, condiciones que demuestren de por sí una fuerte resistencia obrera que no se da en otros países europeos. Tres componentes constituyen el mecanismo de intervención estatal y contra la clase obrera en este periodo:

a) La ley jurídica. La Ley de Convenios Colectivos (1958), el Código Penal (artículo 222), el Decreto Regulador de Conflictos Colectivos de Trabajo de 1970. Medidas que progresivamente dejan paso al «conflicto» obrero, hasta terminar reconociéndolo siempre que sea puramente económico.

b) La política económica. La autonomía del ciclo de crédito respecto al ciclo que hemos llamado central, permitirá que la «autoridad monetaria» no cree dificultades importantes a la expansión monetaria y bancaria (como una forma de absorber la presión obrera) y que únicamente se apliquen medidas estabilizadoras de modo excepcional y vía control del crédito. El objetivo es favorecer el desarrollo económico (consumismo) mientras no se ponga en peligro la estabilidad política por los aumentos crecientes de precios, etc. La reforma monetaria de 1962, la Ley de Bases sobre la ordenación del Crédito y de la Banca, preveía la introducción de un cierto número de instrumentos de política monetaria para ejercitar un control más flexible. En realidad, se dejará olvidada, financiándose abundantemente el crecimiento y el desarrollo del sector privado. La intervención económica, no perseguirá pues racionalización alguna de la estructura productiva lo que hubiera supuesto un enfrentamiento contra la Banca, sino que se quedará reducida a una financiación «equilibrada políticamente» de la inflación, de signo expansivo o recesivo según el momento del ciclo.[7]

c) La política «política». Entendemos como tal la intervención directa del Estado como poder de clase, para destruir toda expresión de autonomía de clase que pudiera escapar de la dinámica

---

[7] J. M. Jordan, *Introducción a la política monetaria*, Tucar Ediciones.

cíclica. Intervención a través del aparato represivo (militar y propagandístico) de cara a reintroducir a la clase trabajadora dentro del plan del capital.

Este mecanismo aplicado sobre el ciclo y contra el proletariado, permitió eficazmente la no ruptura del propio ciclo. Aunque, por supuesto, la dilatación del gasto público, y la financiación de una inflación controlada, comportaron un déficit exterior estructural, momentáneamente cubierto, que conducía a una economía dependiente y terciaria. Este mecanismo hizo posible que la presión obrera, subterránea o abierta, constituyera el mejor empuje hacia la recomposición del capital, hacia su mayor concentración y tecnificación. Así, la innovación técnica fue frecuentísima en todo este periodo. A título de ejemplo: Robert Bosch Española que tenía sólo dos cadenas en funcionamiento, automatizó a partir de 1966 toda su producción; el mismo año las minas de Huelva al introducir el transporte mecánico suprimieron a numerosos trabajadores; en 1968 tanto en Pegaso como en la Maquinista se pretendió instaurar un nuevo sistema de primas; el mismo año Hispano Olivetti adoptó una nueva maquinaria semiautomática…[8]

La innovación técnica, por supuesto, iba dirigida a arrancar un sobretrabajo, pero a la vez constituía un verdadero salto tecnológico contra el proletariado, contra los niveles de contrapoder y de rechazo del trabajo alcanzado en la fábrica. La actuación de dicho mecanismo de intervención estatal, no flexibilizó el ciclo, tan sólo lo hizo permanente por un corto periodo de tiempo, evitando su desbordamiento. De hecho, ni siquiera alteró la composición política de clase. Las medidas estabilizadoras o expansivas, la represión… fueron únicamente medidas políticas conyunturales que colocaban a la defensiva a la clase trabajadora cuando la espiral ganancias-salarios se desataba, que creaban contradicciones internas, pero que eran incapaces de afectar la unidad política de un nuevo proletariado cuyo crecimiento y homogeneización iba paralela al desarrollo del capital.

Es evidente, por otro lado, que sobre una base económica ya de por sí irracional y deficiente, este desarrollo cíclico se veía además mediatizado por desequilibrios de tipo estructural, como el estancamiento de

---

8 Boletines de empresa e información oral.

la producción agraria, la incapacidad de diversificar las exportaciones… La conclusión que se puede sacar es que si bien, la no alterabilidad de la composición política de clase y los desequilibrios son ciertos, este mecanismo combinado de actuación sobre el ciclo, en ausencia de unos eficaces sindicatos de clase capaces de hacer cumplir el pacto social, era la mejor solución capitalista para planificar la lucha obrera, para llegar al pacto social vía imposición directa.

El desarrollo combinado de este mecanismo cuya forma aparente se nos aparece como movimiento del Estado dentro y fuera de la sociedad, ha sido interpretado bajo puntos de vista parciales y reduccionistas. En una aproximación economicista tan sólo se ve una acción permisiva en la evolución monetaria para favorecer el desarrollo, seguidamente interrumpida mediante medidas restrictivas cuando estallaron los desequilibrios. Es el clásico *stop and go* aplicado sobre la economía. En una aproximación «politicista», el mecanismo se reduce a una sucesión de medidas represivas y liberalizadoras. Ésta es la lectura reformista que hará en todo momento el PCE. Pero su simplificación irá mucho más lejos al cosificar completamente dicho movimiento. Ambos tipos de medidas serán consecuencia de una pretendida lucha entre los llamados «ultras» y los «evolucionistas», los malos y los buenos. El PCE no llega a comprender que este movimiento que ellos cosifican es la expresión más visible de un mecanismo complejo de planificación «grosera» de la lucha obrera, en definitiva, de la dinámica de clases.

Lucha obrera dentro del Plan capitalista

En este periodo, hablar del Movimiento Obrero no puede hacerse sin hablar de Comisiones Obreras. De las Comisiones Obreras en mayúscula, en minúscula, en singular… Surgidas en Asturias, como expresión de la autonomía de clase y de la repulsa hacia la CNS, que llevan en sí mismas un proyecto de ruptura y de reagrupamiento de las fracciones de clase más avanzadas. Ante la represión, la Comisión Obrera representativa se hace clandestina. Se crean así los primeros núcleos relativamente estables de una organización autónoma de clase. El PCE al igual que el FLP comprenden en seguida que detrás de este proyecto se abre un nuevo horizonte en pos de aumentar su incidencia en la

clase obrera. En la batalla burocrática, vence la concepción del PCE. Comisiones Obreras debe ser una alianza de fuerzas políticas, cuyos planteamientos no superen el marco de la lucha democrática, y para ello, nada mejor que declararlas apolíticas. Con esta concepción, el PCE espera que sea mucho más sencillo imponer su legalización. Bajo esta perspectiva completamente tergiversada, ya que se altera tanto su carácter autónomo, como su orientación de clase y anticapitalista, el PCE extiende las nuevas Comisiones Obreras. El procedimiento no puede ser más burocrático. Primero se formaba la Comisión Obrera de una localidad por aglutinamiento de las fuerzas políticas presentes. Luego se intentaba la extensión a todos los ramos y fábricas, reproduciendo a menor escala el modelo unitarista. El PCE descubre así en Comisiones Obreras el organismo que posibilita vehicular toda la práctica reformista dentro del Movimiento Obrero que a su vez permite la aparente liberalización: para ello es necesario, sin embargo, no sólo promover otra concepción de Comisiones Obreras, sino también introducir numerosas deformaciones ideológicas y prácticas. El PCE fomenta el asambleísmo no como una práctica de clase, sino como la mejor manera de crear líderes y penetrar en la legalidad burguesa. El liderismo y el «consignismo» para sustentar una concepción de Comisiones Obreras mucho más cercanas a un amplio movimiento con mínima estructuración, que a una organización autónoma de clase. El parlamentarismo como método de lucha en la empresa (Hispano Olivetti, Maquinista, Aislamibar, etc.) aunque esto suponga el desmantelamiento de la organización interna, la represión abierta. O las convocatorias abiertas en la calle (Plaza Cataluña, por ejemplo) que no sirven en absoluto, para hacer avanzar la organización obrera.[9] Son evidentes las contradicciones en que cae esta concepción completamente subordinada a una política interclasista. Defensa de unas Comisiones Obreras apolíticas que en realidad hacen la política del PCE. Abandono del trabajo de base en función del desarrollo burocrático (coordinadoras locales…) cuya finalidad es el control político. Etc.

Las primeras acciones de Comisiones Obreras se desarrollarán en 1964. Las consecuencias más notables son, que a diferencia de las luchas de los años 1961-1963, las movilizaciones de los metalúrgicos de Madrid de 1964-1965, permanecen en todo momento dentro de los cauces legales: la CNS y los convenios colectivos. Las acciones de

---

9 J. Sanz Oller, *Entre el fraude y la esperanza*, Ruedo Ibérico.

CCOO dentro de la legalidad, que llega a formar una comisión asesora de la sección social del metal en 1964, les otorgará un gran renombre, y en la medida en que van levantando sus hombres públicos, e interviniendo en las luchas de las grandes empresas Standard, Perkins, AEG, (1966) también cambia el carácter de los movimientos de clase. Más economicistas, localizados en los centros de producción, pacifistas. Desaparecen las grandes movilizaciones, y las únicas que tienen lugar, responden a convocatorias burocráticas: «contra la carestía de vida», «por un salario mínimo», etc…; desvinculadas totalmente de los procesos concretos de lucha, y cuya finalidad es estrictamente útil a la política pactista del PCE. Pero esta práctica reformista hubiera sido imposible sin unas condiciones favorables para su implantación. Convenios colectivos de empresa, no intervención de la policía si la lucha no sale a la calle, alzas salariales sectoriales que fraccionan a la clase trabajadora…

En esta aparente liberalización, que el PCE teoriza (?) como crisis de la Dictadura, CCOO se lanza a la participación en las primeras elecciones (septiembre-octubre de 1966) mínimamente libres. El ministro Solís decía: «A nadie se le preguntará de dónde viene sino a dónde va». Son los momentos de mayor auge del reformismo obrero. Sus líderes públicos se pasean por el Estado dando mítines, el índice de participación es elevado y la seguridad del PCE es tanta, que hasta recomienda participar en las elecciones secundarias para escalar en las vocalías a nivel local y nacional. Pero todavía va más lejos. En un artículo «Sobre el fortalecimiento del Partido» de este año, recomienda «formas más ágiles que las rígidas estructuras orgánicas de células y comités». El choque con la realidad será muy fuerte. Celebrando con gran éxito el Referéndum en diciembre de 1966, cohesionadas las fuerzas políticas burguesas, y de nuevo con iniciativa política, ya que el referéndum había sido la ocasión inmejorable para polarizar a su alrededor la atención general, el capital prepara su ofensiva. Antes de la jornada de lucha del 27 de octubre de 1967, son encarcelados los dirigentes públicos de CCOO. La policía vuelve a entrar dentro de las empresas en lucha. La primavera de 1968 señala el declive de Comisiones Obreras. El llorado Movimiento Obrero entra en una profunda crisis. ¿Qué ha pasado?

La conclusión más inmediata es simple. La línea política propugnada por el PCE y que se había impuesto en CCOO ha fracasado rotundamente. Para comprender lo sucedido, hay que estudiar su relación con el plan del capital y respecto de las otras líneas políticas presentes

en Comisiones Obreras. Comisiones Obreras son en la estrategia del PCE, y desde un principio, una pieza clave que les permite interferir en la lógica de intervención del Estado franquista. No constituyen un elemento de ruptura del plan del capital, sino tan sólo un elemento de interferencia. Entendiendo por interferencia una determinada utilización de la lucha obrera. El PCE intenta por todos sus medios y en todo momento, transferir el poder obrero de la fábrica a la sociedad, no para atacar al Estado capitalista ni para imponer una nueva legalidad obrera, sino por dos razones consecutivas. 1) Crear las condiciones para moverse mejor dentro de la legalidad burguesa. 2) Reafirmarse ante la burguesía como organización hegemónica dentro del proletariado. Por eso al PCE no le convienen unas Comisiones Obreras como organización autónoma de clase, cuya acción puede ir más allá de los planteamientos democráticos hasta romper el ciclo del capital, echando por el suelo todas sus alianzas de clase. Esta táctica del PCE se resume muy bien en una frase del mismo documento: «Tratar de influir y ensanchar la liberalización del régimen mediante la conservación de los puestos legales conquistados».

Se podrían hacer muchas observaciones sobre esta táctica, sobre sus consecuencias, su escaso fundamento analítico. Lo interesante es señalar hacia donde apunta y qué finalidad persigue. El reformismo obrero cuando interfiere en el plan del capital utilizando la lucha obrera, lo hace para dirigir la reproducción ampliada de la clase obrera. Para en definitiva, sin alterar la estructura de clases, intervenir sobre su dinámica promoviendo un proceso de convergencia democrática que reduzca a un mínimo la base social de apoyo de la Dictadura. Sin embargo, la liberalización como fruto de la crisis (análisis teórico), la «inteligente» combinación de la legalidad y de la ilegalidad (táctica) y el reagrupamiento de todo el pueblo contra el Régimen (finalidad última), se hundirán ante la represión del Estado franquista como vulgares deformaciones burocráticas. El primer fracaso de la política interclasista del PCE se produjo ante el Referéndum de 1966, cuando fue incapaz de articular una mínima respuesta cogido como estaba dentro de los límites, aunque mínimos, de la legalidad burguesa. El fracaso definitivo vendría más tarde con la represión y el desmantelamiento de CCOO. La línea interclasista cuya triste trayectoria ya sabemos, fue la hegemónica en CCOO, al menos de cara a fuera. Coexistió con otras dos, de muy desigual implantación. La que podríamos llamar verbalista o extremista y la de clase.

La línea extremista tuvo en el primer PC(I) uno de sus mejores exponentes. Negándose a utilizar cualquier forma de legalidad burguesa, ni aun la participación en los Convenios Colectivos, revalorizaba la necesidad de la dirección política sobre el proletariado como el único camino para llegar a la Revolución Comunista. Profundamente sectaria fraccionó CCOO para constituir unas fantasmales Comisiones Obreras Revolucionarias.[10] Este hecho tendría importancia, por lo menos en SEAT, pues bloquearía la creación de toda organización autónoma en la fábrica. En resumen, su propuesta política era romper de inmediato el ciclo del capital para atacar al Estado y todo ello bajo la dirección del nuevo partido revolucionario. La línea de clase, no estaba unificada y en ella existían desde posturas que se reclamaban del leninismo hasta otras del anarcosindicalismo. Su propuesta frente al mecanismo de planificación de la lucha obrera era acumular fuerzas, es decir, conciencia y organización, avanzando hacia unas Comisiones Obreras que constituyeran verdaderamente una organización autónoma de clase capaz de romper el ciclo en su punto más débil. En este sentido, la tarea más urgente consistía en impulsar luchas internas en la fábrica que ayudaran a elevar la conciencia de clase y a generar organización. La línea de clase era la que más se acercaba, aunque de manera intuitiva, al camino que en realidad seguiría el proletariado por sí sólo. Al único camino posible como la práctica demostraría. Utilizar la lucha salarial contra la burguesía aprovechándola como un momento necesario para superar el localismo y la parcialización. Avanzar en el interior mismo del desarrollo del capital, en la construcción de la autonomía de clase. Este proceso subterráneo, como veremos más adelante, culminará en el ciclo de luchas 1970-1971, que hizo saltar por los aires todo el mecanismo de control y de dominio sobre la lucha de la clase trabajadora.

La crisis capitalista contra el Movimiento Obrero

El capital comprende inmediatamente que Comisiones Obreras constituye un peligro. Aunque de forma mistificada y burocratizada, no deja de ser una cierta expresión de la autonomía de clase, y en ellas la

---

10 Sala y Durán, *Crítica a la izquierda autoritaria en Cataluña 1967-74*, Ruedo Ibérico.

clase trabajadora se siente representada. En un primer momento, el Estado franquista no duda en cual debe ser su estrategia. Mediante la represión generalizada, posteriormente más selectiva, espera terminar con ellas. Pero esto no ocurre, antes al contrario, Comisiones Obreras se extiende y aparece en múltiples lugares. Ante este hecho «inexplicable», el capital intentará poner en marcha una operación integradora, lo que supone pasar de un sindicato de represión a uno de integración. Las elecciones sindicales se ponen en marcha para anular políticamente a las Comisiones Obreras entendidas como la interferencia introducida en el modelo, reduciéndolas a lo sumo a tendencia del nuevo sindicato, y sobre todo, controlándolas mediante una legalización de facto. Pero si en la versión más autónoma Comisiones Obreras son irreductibles, en la línea del PCE permiten un uso de la lucha obrera incompatible, aunque no radicalmente antagónico, con el Plan del Capital. Tanto la patronal como la CNS no pueden aceptar una representación mínimamente democrática que interfiera en el mecanismo general de planificación represiva de la lucha obrera. Las condiciones irán avanzando en este sentido, y se agravarán además por la situación general. La resistencia obrera junto a elementos propios de la coyuntura internacional[11] empiezan a dificultar el desarrollo normal del ciclo.

La fuerte presión salarial crea nuevos problemas. Cada vez es más difícil absorberla mediante incrementos de producción. Por otro lado, en muchos casos resulta imposible trasladar las elevaciones de los salarios a los precios, y esto por razones de competencia. El resultado es que, en una estructura empresarial completamente minifundista, la mayoría de las empresas tiene que depender de la financiación externa. Concretamente en el periodo 1964-1965 por ejemplo, el 73 % de la financiación es externa sobre la base de acciones y créditos a corto plazo.[12] A principios de 1967, las inversiones empiezan a decaer, la inflación es creciente y el déficit comercial aumenta. En este marco general de semiparalización del ciclo, el Movimiento Obrero está además en auge. Es en este momento, cuando el Estado franquista comprende que, por primera vez, se le puede escapar la dinámica de la reproducción de las clases, en el sentido de que se segregue un bloque

---

11 *Introducción a la política monetaria... op. cit.*

12 Servicio de Estudios del Banco Urquijo, 1972.

políticamente unificado por la reivindicación «democrática». A nivel político se está librando una verdadera batalla entre un capital progresivamente desasistido y un reformismo obrero que ha sido capaz de castrar los movimientos de clase al orientarlos políticamente hacia unos objetivos democráticos. Las sucesivas jornadas nacionales convocadas por CCOO, y su conclusión el 27 de Octubre de 1967 contra la represión y la carestía de vida, son las fases mas señaladas de este enfrentamiento.

Pero el capital reacciona pasando a la ofensiva y distinguiendo perfectamente cuales son sus enemigos. Por un lado, está el Movimiento Obrero, las Comisiones Obreras que han dirigido políticamente las últimas movilizaciones; por otro, están los movimientos de clase, las vanguardias internas que forman numerosas Comisiones Obrera autónomas, es el «Otro» Movimiento Obrero. Movimiento Obrero y vanguardias internas deben ser destruidas. Los movimientos de clase deben ser anulados momentáneamente en la medida en que no sean de nuevo integrables en el ciclo productivo. Los convenios colectivos que se tenían que discutir se retrasan. Se decreta la devaluación de la peseta. Pero el ataque político a la clase trabajadora vendrá más tarde bajo la forma de Plan de Estabilización. Congelación salarial. Congelación de los gastos públicos destinados a los servicios y a las subvenciones. Elevación de los tipos de interés. Etc. La crisis convenientemente planificada por el capital se abate contra los trabajadores. Será una crisis esencialmente represiva. Durante todo 1968 bajo el chantaje de los expedientes de crisis, la reducción de plantillas, centenares de obreros, de enlaces y jurados de CCOO conocidos perfectamente, son encarcelados. La represión es salvaje. El PCE sólo habla de «conservar las posibilidades legales», mientras que las CCOO son desmanteladas.[13] La crisis contra la clase trabajadora y el Movimiento Obrero se despliega con fuerza. El reformismo obrero ha perdido su batalla arrastrando a todo el proletariado en su derrota. La verdadera batalla política empieza ahora. El reformismo obrero entra en crisis. La izquierda se recompone.

---

13 «Cronología de datos y hechos históricos a tener en cuenta para hacer un análisis del nacimiento y desarrollo de las CCOO», 1969. Sin firma.

La desarticulación del Movimiento Obrero y sus interpretaciones

La bancarrota general a la que había conducido la política reformista, produjo una fuerte crisis dentro de las organizaciones obreras. El PCE después de sucesivas crisis, Claudin-Sánchez, marxismo-leninismo, tendría una escisión numéricamente importante sobre todo en Cataluña, el PC(I) 1967.[14] De dicho partido surgiría una escisión encabezada fundamentalmente por intelectuales, Bandera Roja (BR) en 1968.[15] FLP no estaría tampoco al margen de este proceso de descomposición. Acción Comunista 1968, Qué hacer 1969.[16] En todos estos reagrupamientos de los últimos años está presente una postura autocrítica respecto de la degeneración de las Comisiones Obreras, respecto de la práctica reformista… Pero, en general, poco más. La incapacidad histórica de la izquierda revolucionaria española no supera el marco de la crítica superficial, de la vuelta a los orígenes, y todo esto, a pesar de que por delante suyo han pasado los movimientos de clase más importantes de Europa. Como ejemplos contrapuestos, aunque ambos permanecen dentro de los límites de la crítica ideológica, están el PC(I) y BR. El caso del PC(I) es el ejemplo de lo delirante que puede llegar a ser el dogmatismo m-l revestido con aportaciones pro-chinas. El análisis de la realidad les lleva a concluir que la situación es prerrevolucionaria, que «la insurrección armada popular contra la oligarquía» es el objetivo a perseguir. Critican a Comisiones Obreras como apéndice sindical del PCE, y reproducen la crítica típica del PCE. De partido revolucionario ha degenerado en partido reformista dirigido por una camarilla de renegados. El análisis de BR sobre la crisis del Movimiento Obrero es mucho más inteligente, pero también más centrista. Critica al PCE por haberse convertido en partido revisionista, lo que le lleva a instrumentalizar a CCOO y al movimiento obrero y popular en general, en función de una política de pacto con los «evolucionistas» del Régimen. BR se irá reafirmando en el m-l y se constituirá en Partido, y al introducir la consigna de «Lucha por la República», como consecuencia del análisis formal de la crisis del Franquismo, reproducirá nuevos planteamientos interclasistas.

---

14 *Crítica a la izquierda autoritaria... op. cit.*

15 *Ibidem.*

16 Algunos documentos del grupo ¿Qué hacer? se encuentran en J. A. Díaz, *Las luchas internas en CCOO*, Bruguera.

PC(I) y BR son distintos pero no tanto. En el fondo, no son más que la reacción «verbalista» y la «seria» frente a un PCE reformista y coherente en su práctica. Ambos dependen de él, giran a su alrededor, y su definición política es siempre con respecto a él. La posterior evolución de ambos confirma que la ruptura era muy parcial. PCI y BR son incapaces de conectar con las necesidades reales de los movimientos de clase, y no llegan a comprender, en absoluto, que lo esencial para explicar la crisis del Movimiento Obrero no es la degeneración del PCE, sino la contradicción entonces todavía difusa, entre reformismo y autonomía obrera. Permanecen prisioneros de manera más o menos religiosa de sus presupuestos ideológicos y en último término coinciden en lo fundamental: la necesidad del «verdadero» partido revolucionario. Ésta sería la conclusión de la lectura que la ortodoxia marxista-leninista hace de los movimientos de clase en España: ausencia de una verdadera dirección revolucionaria. Las divergencias e innovaciones se reducirán a cómo avanzar en su construcción de una manera más rápida.

La otra lectura de la crisis del Movimiento Obrero, es la que realiza el grupo reagrupado en torno a la revista *¿Qué hacer?* Esta opción aparece en 1969 en plena crisis de Comisiones Obreras, con un PCE débil y un FOC cuya radicalización esconde su incapacidad política para saber adecuarse al momento de la crisis. El reagrupamiento aunque potenciado por algunos ex militantes del FOC, arranca desde Comisiones Obreras. Esto es importante para comprender sus posiciones políticas. *¿Qué hacer?* se sitúa contra el verbalismo izquierdista y contra el reformismo. Defendiendo unas Comisiones Obreras independientes de partidos políticos donde sean los propios trabajadores quienes lo discutan y decidan todo. Este antidirigismo, la defensa de la unidad de la lucha política y económica, al negarse a constituirse en partido político, será lo que les valdrá la crítica de sindicalistas. En realidad, el colectivo *¿Qué hacer?* intuye los dos puntos centrales que el desarrollo de los movimientos de clase ha confirmado explícitamente (y todavía lo hará más en 1970) como características esenciales de la lucha de clases en España. La autonomía de clase como voluntad subjetiva y la crisis de la forma partido. Pero las posiciones del colectivo *¿Qué Hacer?*, de los Círculos Obreros y con ellos de las Plataformas, a pesar de acercarse coherentemente a los movimientos reales, no podrán superar los propios límites inherentes a las ambigüedades internas y al momento político general. Los límites de la crítica anticapitalista al dirigismo se pueden resumir en:

a) El *¿Qué Hacer?* y Círculos permanecen prisioneros de la dialéctica vanguardia-masas, intentándola adecuar mejor, pero sin llegar a resolverla de una manera estable.

b) Por no caer en el programismo y en el consignismo, negarán en la práctica el avance en la elaboración de líneas de intervención. Su intervención política se reducirá a una pedagogía política y a una defensa incondicional de las variantes históricas (autonomía de clase, democracia obrera…), frente a todo lo que suponga manipulación y reformismo. En su posterior evolución, hacia 1971, las Plataformas de CCOO se convertirán en la organización de masas a la que acuden todos los pequeños partidos en gestación, y los Círculos se escindirán en varias líneas políticas mas coherentes.

En estas escisiones se pueden ver las incoherencias políticas que estaban presentes desde el primer momento. Por un lado, una tendencia leninista heterodoxa que no había abandonado la idea de construir el partido (OICE, UCL), una línea más sindicalista (Topo Obrero) que desarrollaría toda la temática autogestionaria, y por fin, una tendencia más libertaria que llevaría hasta el final la crítica a la forma partido y al sindicalismo de clase (GOA).[17] Con todo, a pesar de sus límites y diferencias, el reagrupamiento alrededor de la revista *¿Qué Hacer?* supuso un proyecto de envergadura, y el intento más serio de lectura militante de los movimientos de clase. La organización autónoma de clase es el momento más elevado en la elaboración de la autonomía obrera como línea política. Se trata de la única concepción de Comisiones Obreras que realmente se opondrá –sin pretender volver al sindicalismo clásico– a la concepción de CCOO como movimiento socio-político que es la postura defendida por el PCE.

---

17 «Evolución de las formas organizativas del Movimiento Obrero en Barcelona 1968-1972». Sin firma.

Los movimientos de clase no desaparecen

Los datos cuantitativos del número de conflictos anuales, son poco indicativos, aunque lo suficiente como para visualizar un proceso tendencial. En 1967, antes de que la represión contra Comisiones Obreras las desmantelara, se dieron 567 conflictos. En 1968, en plena crisis de recomposición de las fuerzas obreras, el número bajó a 236, para alcanzar en 1969 los 459 y en 1970 superar el millar.

Es interesante señalar, que si bien las luchas disminuyen, cualitativamente también cambian, haciéndose más largas y duras. El enfrentamiento con la patronal viene preparado mediante un proceso de asambleas en el cual participan todos los trabajadores. Se combina inteligentemente la presión ejercida mediante paros parciales, bajos rendimientos y el paro total, todo ello para romper la intransigencia patronal en un primer momento, y casi siempre por solidaridad con los despedidos en un segunda etapa. La importancia política de estas luchas, aunque no se produzca una generalización, es grande, y hay que medirla sobre todo por los siguientes puntos:

- Son luchas autónomas al margen del aparato de Comisiones Obreras, y la mayor parte de las veces sin dirección política alguna, que no sea la propia asamblea general.
- En el transcurso de estas luchas autónomas se da un proceso de recomposición unitaria dentro de la fábrica, entre fracciones de trabajadores con ocupaciones distintas. La consigna «O todos o ninguno», siempre presente después de la represión patronal y policial, es un punto importante en el camino de construcción de la conciencia de clase.
- Estas luchas autónomas localizadas constituyen un laboratorio para la clase obrera, pues en ellas se ensayan formas organizativas y prácticas de lucha. Están presentes, la comisión autónoma y clandestina, la asamblea soberana, los piquetes de huelga. Y nuevas prácticas: sabotaje, ocupaciones, caja de resistencia…
- Estas luchas son también un modelo para la clase trabajadora. Demuestran que existen unos intereses comunes, y que a pesar de toda la represión, es posible luchar. Pero además, su carácter de laboratorio y modelo, hace que prefiguren el carácter de las

> nuevas luchas del ciclo 1969-1971. Una línea continua se podría trazar desde la huelga de Las Laminaciones de Bandas de Echevarri (1967) con una duración de 163 días, a la de Blansol (1968) culminando en la huelga de la Harry Walker (1970), una de las más largas hasta entonces. Todas ellas al margen, algunas en contra, de los partidos políticos. Todas ellas habiendo supuesto experiencias culminantes de lucha proletaria conscientemente autodirigida. Nos revelan, por si aún hace falta, que la crisis del aparato de Comisiones Obreras, o del mismo Movimiento Obrero, no es la crisis de la autonomía obrera. Que hay una continuidad, un proceso subterráneo hacia la recomposición política de la clase, hacia la construcción de la autonomía de clase, por encima y muchas veces en contra, de todos los que intentan representar a los trabajadores y mediatizar sus movimientos de clase.

A partir del Primero de Mayo de 1968 se suceden una serie de luchas al margen del aparato de Comisiones Obreras. SEAT, Roca, el puerto de Barcelona: Hytasa de Sevilla; la Babor Wilcox de Bilbao…[18] ETA empieza la ofensiva contra las fuerzas represivas creando un elevado clima de agitación en Euskadi. El gobierno reacciona decretando el estado de excepción en Guipúzcoa, restableciendo la Ley de Bandidaje y Terrorismo, y anunciando que para 1969 habrá una descongelación controlada con un tope del 5'9 % con el propósito de detener el creciente malestar.[19] Pero frente a la proximidad de las negociaciones de los Convenios Colectivos, ante la radicalización del movimiento estudiantil, y para evitar que como en 1962 la reactivación se vea desbordada por la lucha autónoma, el gobierno del capital declara el estado de excepción para toda España. Pese a ello, la clase trabajadora va a contraatacar, haciendo saltar el tope del 5'9 %. Un nuevo ciclo de lucha obrera se abre. De menor entidad que el de 1962, pero con mayores implicaciones políticas.

---

18 «Cronología de datos…», *op. cit.*
19 *Ibidem.*

1969-1971. Empieza un nuevo ciclo de luchas

El capital no hunde a la clase trabajadora en ningún momento. La aplicación del mecanismo combinado para integrarla dentro del Plan, la utilización de la crisis… no conducen a una derrota política del proletariado. Al contrario, el proceso de luchas internas que se suceden durante la década de 1960, permite crear la subjetividad necesaria para que pueda darse una verdadera recomposición unitaria. En todo este periodo crece vertiginosamente el número de obreros que trabajan en cadena, disminuyen los trabajadores de oficio así como los obreros agrícolas. Lo realmente importante, será que todo el conjunto de ex braceros, inmigrantes, jóvenes obreros, trabajadores de servicios, viejos obreros, etc., utilizando múltiples objetivos de lucha, saben recomponerse unitariamente en las formas de autoorganización. Esto es posible porque se ha dado una superposición entre la composición política de clase (subjetividad, experiencias de lucha, etc.) y la composición técnica de clase (salario, primas, etc.) El modelo unificado de desarrollo capitalista ha hecho coincidir progresivamente, en la mayoría de fabricas, la estructura objetiva de la clase trabajadora con su estructura subjetiva. O lo que es lo mismo: ha aparecido un nuevo proletariado más homogéneo políticamente. La unidad obrera sale de la fábrica para hacerse unidad política de clase. El propio proceso productivo ha sido el que ha generado esta unificación de la condición obrera. Este proceso de recomposición política interna de la clase trabajadora dentro del capital, ha ido acompañado de otros procesos de igual importancia. La ruptura entre el Movimiento Obrero «oficial» y los movimientos de clase. Se trata de un fenómeno de pérdida creciente de la influencia del reformismo dentro de la clase trabajadora, que no ha sido para nada fruto de la lucha ideológica, sino reflexión generalizada de la propia práctica. La crisis de Comisiones Obreras causada por la política del PCE acentuará esta tendencia. Con la negativa a presentarse a las elecciones sindicales de 1971, se habrá llegado a la ruptura política a nivel de masas, sobre todo en las grandes empresas, entre reformismo obrero y clase obrera.[20] La culminación de este crecimiento político del proletariado, que hábilmente ha sabido utilizar los convenios colectivos, la

---

20 *Ibidem*. Junto con «Análisis y perspectivas de actuación en el M.O.», Acción Comunista, noviembre, 1976.

lucha contra la represión, la lucha solidaria… como momentos de unificación, conduce directamente a un proceso de ruptura. El ciclo 1969-1971 inimaginable sin la práctica de lucha autónoma de los últimos años y sin la crisis del reformismo, supone en la historia del Franquismo, la ruptura del modelo de programación/integración de la clase trabajadora. Incluso en una aproximación puramente monetarista es constatable esta ruptura. En los ciclos 1961-1963, 1964-1967, existe en todo momento una relación entre aumento de la tasa de crédito y aumento de la tasa de inversión. Sin embargo, por primera vez en 1971 la fuerza expansiva del crédito, a pesar del incremento del gasto público, se muestra incapaz de contener la tendencia descendente de la inversión. Según los economistas burgueses la explicación no está clara: cansancio del mecanismo *go-stop*; futuro político incierto.[21]

Vale la pena recordar que en octubre de este mismo año, los obreros de SEAT ocupan la empresa y se enfrentan valientemente a la policía cuando ésta pretende desalojarles.

Características del ciclo

La política económica seguida por el gobierno a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 no se separó para nada de la actuación permisiva-recesiva, el *go and stop*. La única novedad es que por primera vez intenta un control más continuado y riguroso de la liquidez. El «golpe de Estado» del Opus, al hacerse enteramente con el gobierno en 1969, no altera este esquema desarrollista. Se aplican medidas de contención (endurecimiento de las ventas a plazos, depósito previo a la importación, etc.) que permiten llegar a 1970 con el mayor superávit de la Balanza de Pagos logrado hasta entonces, aunque con una fuerte inflación. Cuando la desaceleración de la demanda y las primeras indicaciones de crisis aparecen, hacia finales de 1970 y principios de 1971, se ponen en marcha nuevas medidas expansivas. Pero solamente hacia fines de año se consolidará una nueva etapa de reactivación que, por otro lado, durará dos años: 1972-1973. Para hacer frente a la lucha de los trabajadores encaminada a aumentar su poder adquisitivo frente al incremento continuo de los precios, en 1969 el capital declara el estado de

21 Asociación Cristiana de Dirigentes, *Informe Social 1971.*

excepción, primero en Euskadi, posteriormente en todo el país. El clima represivo alcanzó unos niveles extraordinarios y afectó incluso a algunas fracciones burguesas: detención de intelectuales, sacerdotes, ataques a editoriales, deportación de profesores universitarios. En cambio, el gobierno Opus aceptando lo esencial del mecanismo combinado de planificación/integración de la clase trabajadora, actuó mucho más inteligentemente. Después del Juicio de Burgos no declaró el estado de excepción en toda España, intervención externa del Estado que en lugar de limitar la lucha la encrespaba y generalizaba, sino que se limitó a suspender durante seis meses (1970-71) el artículo 18 del Fuero de los Españoles. De esta manera, las detenciones podían tener lugar al margen de las leyes, el detenido podía estar en manos de la policía más de 72 horas… Con esta represión selectiva y solapada, que era la que correspondía a los nuevos aires de «liberalización», se pensaba terminar con los movimientos de clase presentes durante el Juicio de Burgos, sobre todo en Euskadi. Pero no fue así. A pesar de una represión feroz que pasaba desapercibida para la «opinión pública» a causa de la censura periodística, los movimientos de clase no desaparecieron, sino que en el caso de Barcelona, alcanzaron su cota más elevada de radicalidad.

El ciclo de lucha se puede dividir en tres fases: las luchas de 1969-1970 antes del Juicio de Burgos; las movilizaciones de noviembre-diciembre en solidaridad con los militantes de ETA; las luchas del año 1971 posteriores al juicio.

Los inicios del ciclo 1969-1971 corresponden a las movilizaciones contra el tope de aumento salarial del 5'9 %, realizadas en pleno estado de excepción. Centradas en Euskadi y a finales de año en Asturias, sus objetivos se van enriqueciendo. En Hunosa, por ejemplo, la reivindicación salarial va acompañada de la lucha por mejoras en la seguridad y contra el reglamento de regulación interno. Durante los conflictos, los jurados y enlaces colaboran, por lo general, estrechamente con la patronal (Altos Hornos, R. Vizcano…)[22] y la represión llega a la ocupación militar, como en Sestao y Baracaldo. Pero el capital cede en muchos casos. El tope salarial salta por los aires. En Altos Hornos se consigue un aumento del 30 %.[23] Dentro de esta fase preliminar, hay que destacar las movilizaciones populares de Erandio (Vizcaya) contra el

---

22 *Informe sobre la lucha en el País Vasco*, 1972. Sin firma.
23 *Ibidem*.

envenenamiento de la atmósfera por la Dow-Unquinesa, cuya represión policial causa la muerte de un manifestante. La lucha de Erandio inscrita en este ciclo es importantísima pues prefigura una nueva unidad de clase y unas formas de lucha distintas.

Con el año 1970 se asiste a la generalización de las luchas. La minería asturiana, los jornaleros de Jerez, los transportes de Las Palmas, la Miniwat, la MTM de Barcelona, la construcción de Granada, el Metro de Madrid, el Puerto de Barcelona… Los sectores en lucha no pueden ser más diversos. Las reivindicaciones tampoco son únicas. Movilizaciones por negociación de convenio (aumento de salario, mejor retribución de primas); por solidaridad; contra la crisis (reducción de plantilla, falta de pagos…) o por mejores condiciones de seguridad e higiene. La variedad de objetivos reivindicativos no dispersa al movimiento sino que lo hace converger en un punto: la lucha antirepresiva, la lucha por las necesidades obreras pero autodefendiéndose de la represión del Estado. Se utilizarán múltiples formas de organización. La asamblea, las manifestaciones internas y externas, la huelga, la ocupación… Y lo que es más importante, se consiguen muchísimas victorias por lo menos parciales. El «otro» Movimiento Obrero, el Movimiento Obrero no oficial ha salido a la superficie con toda su fuerza.

En el centro del ciclo se inscriben las movilizaciones contra el Juicio de Burgos, de carácter general en el País Vasco, más reducidas en el resto del Estado (paros parciales en solidaridad y manifestaciones). Las implicaciones de estas luchas solidarias dentro del ciclo son contradictorias. Suponen una politización evidente, ya que muestran el carácter represivo del Estado franquista, pero separadas del resto del ciclo, es decir, aisladas como lucha política específica que es lo que hace el reformismo, adquieren un carácter de manifestación popular interclasista, por lo menos fuera de Euskadi.

El año 1971, el número de conflictos baja casi a la mitad, unos seiscientos. Pero esto no indica una disminución de la conflictividad. Si se comparan el número de horas perdidas, las renumeraciones, el coste de la producción no realizada, aparece claramente un recrudecimiento y una tendencia duradera. Tiene lugar un salto cualitativo. Menor número de luchas, pero más largas o más duras económicamente. Si en 1970 la duración media de los conflictos fue de 2 jornadas, en 1971 la cifra se cuadriplicará: ocho jornadas por conflicto.[24] Una estrategia consciente y

---

24 *Informe Social 1971…, op. cit.*

muy elaborada. Un índice de participación mayor y no de los obreros peor pagados sino al revés. La ordenación jurídica del conflicto colectivo (Decreto de 22 de Mayo de 1970) que intentaba prohibir las luchas solidarias, y en general legalizar restrictivamente la huelga no tiene influencia alguna. Casi el 93 % de los conflictos han surgido y se han desarrollado al margen de dicha normativa. El sector del metal ha sido el que ha protagonizado más enfrentamientos. Después de él, servicios y textil. Las luchas más avanzadas han sido indudablemente la de SEAT y la de Harry Walter. Una y otra son expresión del nivel de autonomía obrera alcanzado. En SEAT, la autonomía es ocupación y violencia de clase. En Harry Walter, es democracia directa y también lucha violenta antirepresiva.[25] A pesar de la represión policial, del mantenimiento de la suspensión del artículo 18, la lucha obrera se desarrolla imparablemente. La continuidad del ciclo no puede romperse tampoco mediante medidas políticas. Las elecciones sindicales, según la nueva Ley Sindical aprobada, son boicoteadas en las empresas con mayor tradición de lucha, y a pesar de las llamadas del PCE al voto, los trabajadores más conscientes se abstienen. La Ley de Orden Público en julio de 1971, el Código Penal y el Militar en noviembre del mismo año, son modificados para en el futuro contar con medidas represivas más eficaces y menos espectaculares. Poco tiempo después, Sánchez Bella, ministro de Información y Turismo declararía: «No habrá estado de excepción. El Gobierno cuenta con suficientes medios para controlar y garantizar el orden público». Y no hay que olvidar que en el famoso informe secreto enviado a la CNS para preparar una estrategia frente a estas luchas obreras, se decía: «Un conflicto laboral es siempre un problema político y de orden público».[26] Tenía toda la razón.

El ciclo de lucha 1969-1971 tiene importantísimas consecuencias políticas. Pero antes de llegar a ellas, es interesante destacar algunas características generales del ciclo. La lucha en la empresa combina dos objetivos distintos: 1) reivindicación contra la apropiación de la plusvalía absoluta por parte del capital (luchas salariales, por la reducción de la jornada…); 2) reivindicaciones contra la apropiación capitalista de la plusvalía relativa (luchas contra los cronometrajes, primas, por mejoras en las condiciones de trabajo…). A estos objetivos, hay que añadir como hemos visto, la

---

25 «La lucha de Harry Walter». Libro editado por los propios trabajadores.

26 *Mundo laboral 1971*, Barcelona, noviembre de 1972.

solidaridad, la defensa frente a la crisis. Lo común a todos estos objetivos, es su misma naturaleza de objetivos. Este es el verdadero terreno de unificación política. La reivindicación entendida no solamente como algo a conseguir sino como práctica directa de poder obrero. Frente al verbalismo infantil que declara la necesidad de la lucha directa por el poder político o contra el Estado, frente al reformismo que ignora aparentemente la cuestión del poder, la clase trabajadora responde a su manera. Atacar al Estado hoy, se hace reivindicando, y comprendiendo dicho objetivo como un ejercicio de contrapoder. Si bien la unidad de clase encuentra en la lucha antirrepresiva un objetivo general, en la noción misma de «objetivo-reivindicación» halla el verdadero fundamento de la convergencia desde los más distintos motivos de lucha.

Lo más sorprendente del ciclo 1969-1971 es la rapidez con la que la lucha se extiende y se generaliza, y esto a pesar de partir de objetivos parciales y locales. También sorprende la velocidad con la que las experiencias de lucha circulan dentro de la composición de clase como prueba de su homogeneidad. Las formas de autoorganización están presentes en todo momento, y las pocas luchas en las que el reformismo consigue mediatizarlas, debe admitir la asamblea y la acción directa. De manera general, puede decirse que la crisis de la forma partido llega a su punto más elevado. Es una estructura que ya no se corresponde con las exigencias de la lucha, de la composición de clase. La forma partido se muestra externa a la fábrica, a los movimientos de clase, cuando no abiertamente enfrentada a la autonomía obrera. Como en el Mayo francés de 1968, como en el Otoño italiano de 1969… el protagonista central del ciclo será la figura social conocida como obrero-masa: el obrero-masa es el trabajador intercambiable de la cadena productiva. Pues bien, los comportamientos políticos de este obrero central en la composición de clase, se extenderán a otros sectores. La práctica de la asamblea, la lucha autónoma, las reivindicaciones igualitarias, no quedarán como privilegio de este obrero industrial, sino que otros muchos sectores la harán suya (banca, sanidad, etc.). La tendencia más visible del ciclo apunta hacia las luchas de solidaridad frente a las reivindicaciones más clásicas (negociaciones, convenios…). Pero también aparecen movilizaciones estrictamente políticas. La lucha antirrepresiva alcanzará posteriormente, en Euskadi, una importancia muy grande, y se llegarán a realizar verdaderas huelgas generales políticas.[27]

---

27 Se puede encontrar información bastante objetiva en el Servir al Pueblo del MCE de diciembre de 1974.

Implicaciones políticas

El ciclo de lucha obrera de 1969-1971 pone en crisis al Estado franquista porque afecta directamente a todos los mecanismos de expansión de los años sesenta. El modelo de planificación/integración de la clase trabajadora se había basado en ligar estrechamente productividad y salarios. Toda esta estructura se viene abajo, a pesar del aparato represivo económico y jurídico puesto a punto para hacer viable y duradera la acumulación. El proceso de reproducción ampliado de la clase obrera es desarticulado. El capital no reproduce la fuerza de trabajo jerarquizada sino el antagonismo y la conflictividad. El Plan del Capital se viene abajo y con él, quedan bloqueados todos los mecanismos que le daban continuidad. El proletariado, o mejor, la autonomía obrera, se formaliza momentáneamente en el espacio social. El movimiento de clase que le ha dado vida no permanece encerrado en la sociedad sino que, situado en el espacio de la política real, ataca al Estado. O de otra manera, la clase trabajadora en lucha pasa a un primer plano, y por sí misma hace política, sin delegar en nadie. Se enfrenta al Estado, lo pone en crisis. Esta crisis del Franquismo, no es evidentemente la última, pero sí la más importante. Con ella se abre el periodo de decadencia del Franquismo.

La reacción del capital contra la clase trabajadora protagonista de este ciclo, es una estrategia articulada en distintas fases. Una vez más, hay que advertir que la respuesta burguesa no es el fruto de una maravillosa autoconciencia capitalista, sino el resultado práctico al cual llega el capital en su intento de superar las contradicciones que se le van apareciendo. El objetivo primordial que persigue el capital consistirá en alterar sustancialmente la relación sociedad-fábrica-Estado, para bloquear la creciente fuerza estructural del proletariado. En este sentido, el primer objetivo será aislar políticamente la fábrica de la sociedad. En concreto esto significó:

- Convertir la fábrica en un gueto cerrado, separado de la sociedad, y en el cual la represión puede alcanzar el nivel requerido para destruir la autonomía obrera sin tener peligrosas repercusiones externas. En la práctica, la idea es movilizar la sociedad contra la fábrica, presentándola como centro productor de subversión, y por lo tanto de inseguridad para todo el sistema. Así, el Estado pretende ampliar su base social de apoyo.

- Utilizar políticamente la composición de clase, fraccionando al proletariado en dos: la clase trabajadora de las grandes empresas y de la de las pequeñas empresas. Enfrentar ambas fracciones al privilegiar económicamente la primera respecto de la segunda; todo ello junto a una insidiosa propaganda tendente a presentar el obrero de la gran empresa como «irresponsable y egoísta».
- Utilizar políticamente la inflación. El dinero-capital se ha convertido en un eficaz instrumento para alterar la composición orgánica del capital, lo que permite la continuidad del proceso de valorización, ya que la nueva composición es inatacable por la lucha obrera. Paralelamente, el salario utilizado como instrumento por la clase obrera, se convierte en variable política que mide el éxito de la reivindicación obrera. Alterarlo, inutilizarlo como tal, desvinculándolo del proceso de lucha es fundamental para contrarrestar el poder obrero. La inflación será el camino a seguir.

Para recomponerse y reabsorber con éxito el ataque que supone este ciclo de lucha obrera, la respuesta del capital, como otras veces, tenía que haber sido un Plan de Estabilización. Mediante la imposición de un plan de austeridad hubiese sido posible derrotar políticamente a la clase trabajadora, recuperando así los aumentos salariales concedidos. Pero el capital no podía optar por seguir este camino, ya que el enfrentamiento directo con la presente composición de clase requería una represión desmesurada que entraba en contradicción con su pretendido aperturismo. Por todo ello, el ataque se ejecutará bajo una forma indirecta. La inflación destruye los aumentos salariales, por medio de la prolongación de la base monetaria se permite el autofinanciamiento y el incremento del gasto público. Y lo que es más importante, la inflación impide el estallido de la crisis, por lo menos en una primera fase. Pero este ciclo de lucha es portador de una crisis de dominación, que requiere una respuesta con medidas políticas no solo defensivas. El capital comprende perfectamente que al haber una fuerte interpenetración entre la sociedad y el espacio social de la política real, los movimientos de clase no pueden ser reducidos, sino que formalizados en autoorganización, violencia… atacan directamente al Estado. La burguesía ve que «todo se politiza» y se convierte en problema de orden público. Para terminar con este peligro el capital intenta sucesivamente levantar un «filtro de la conflictividad», un espacio de la política ficticia

que medie entre el espacio social y la sociedad. Las elecciones a Cortes de 1971 constituyen un rotundo fracaso. Se hace necesaria una reforma política que no termina nunca de llegar. Sólo hacia 1974, Arias Navarro se atreverá a promulgar un Estatuto de Asociaciones. Su fracaso como veremos vendrá a los pocos meses.

Aislamiento político de la fábrica, inflación y reforma política, serán los pilares esenciales de la ofensiva capitalista. Ofensiva cuya consecuencia más importante para nosotros, no será la recomposición del capital, sino otra inesperada. La reintroducción del reformismo dentro de la clase trabajadora. No hace falta insistir en el fracaso del reformismo obrero, en sus intentos de imponer una crisis política a la Dictadura franquista apoyándose en movimientos «democratizantes». Durante el ciclo 1969-1971, todavía le fue más difícil el encuadramiento de los movimientos de clase. La exterioridad del reformismo respecto a la clase trabajadora era un hecho evidente. Pues bien, la reacción del capital contra la composición de clase protagonista del ciclo creará las condiciones necesarias –junto con la ausencia de una alternativa revolucionaria– que permitirán al reformismo obrero reintroducirse dentro de la clase obrera, tal y como más adelante veremos. El ciclo 1969-1971 desestabiliza el desarrollo capitalista, bloquea sus variables económicas y políticas fundamentales, introduce un elemento de ruptura real. El efecto más importante, será la imposición de la crisis, es decir, la desarticulación de los mecanismos de la reproducción de la dominación en la fábrica, en el barrio, en la escuela. A partir de este momento de deterioro de la Dictadura, y con la dinámica de clases desbloqueada, se abre un ciclo permanente de lucha.

1972-1973. Crisis de la Dictadura y expansión económica

La Dictadura supera la crisis. La lucha obrera aunque roza el nivel de lo político, no consigue imponer una ruptura revolucionaria, sino una ruptura interna al Estado franquista. La Dictadura entra en una prolongada crisis política, a pesar de que aparentemente tiene lugar la última expansión económica del régimen. La tasa de crecimiento del PNB en el año 1973, será una de la más altas de su historia.[28] La fase de

---

28 Banco de España, *Informe Anual*, 1973.

relanzamiento que arranca a finales de 1971 y llega hasta 1973 es muy distinta de las precedentes (años 1966 y 1969). Por su corta duración, por el particular comportamiento del sector exterior, y por su elevada inflación, expresa el verdadero coste de la expansión. Sin lugar a dudas, este último relanzamiento económico con lo que supone de financiación de la inflación, hubiera sido insuperable sin la posibilidad de rehacerse ante el endeudamiento de la balanza de pagos. Los ingresos aportados por el turismo, las remesas de los emigrantes, el auge de las exportaciones industriales, son determinantes para que, por una vez, el desequilibrio de la balanza de pagos no sea el límite externo al desarrollo. Los límites del desarrollo se sitúan, en este momento, en las tensiones inflacionistas. La opción del capital ha sido clara. Ante las dos posibilidades que se le abrían de reabsorber el ciclo de lucha, desarrollo con inflación o estabilidad y represión, escoge indudablemente la primera, pero matizada, como dice M. Boyer: «Son más saludables las tensiones sociales con pleno empleo, que la tranquilidad mediocre con estancamiento».[29] Inflación moderada cargada sobre la clase trabajadora. Y aumento del control político sobre los movimientos de clase. La nueva Ley Sindical del año 1973 apunta directamente en este sentido. Restricción y duración mínima de la negociación colectiva, penalización si existe alguna forma de coacción, agilización de los trámites, posibilidad de extender el convenio firmado a otras ramas o zonas, etc. Con esta ley, aumenta aún más el intervencionismo estatal, se potencia el sindicato vertical persiguiendo así una sindicalización total del convenio, y por lo tanto una mínima participación obrera y la posibilidad de formación de movimientos de clase.

Existe, además, una innovación tendente a evitar los conflictos y la generalización de las luchas. Se abandona el control sistemático sobre los aumentos salariales, aunque esto suponga subidas de precios, si se compensa mediante incrementos de productividad. De esta manera, se permite a las empresas, que firmen aumentos salariales elevados con la condición de terminar con la conflictividad laboral. El caso más espectacular de todos, es seguramente el de la SEAT, que consigue en el año 1972 un aumento histórico de los salarios. Los trabajadores imponen en esta empresa un salario digno contra la intensificación de la explotación. Entre 1970 y 1975, la producción aumenta 261 puntos y los salarios 703 puntos.[30] El salario aparece ligado ya no tanto a

---

29 *Documento Informativo IEL*, noviembre de 1973.

30 *SEAT. La empresa…, op. cit.*

la productividad, como a la coyuntura política general. El salario se convierte en variable política que expresa la correlación de fuerzas entre las clases en un momento dado. La inflación como mecanismo de ataque al salario, el incremento del control sobre los movimientos de clase para destruir la autonomía obrera, y la represión sobre todo el proletariado, son las bazas del capital en sus intentos de reconducir la lucha obrera dentro del Plan. A partir del año 1971, todavía se da un corto proceso de expansión capitalista, pero esta vez el desarrollo viene directamente condicionado por la clase obrera. El capital interioriza los límites del desarrollo, es más que nunca una contradicción viva. Detrás de las tensiones inflacionistas, de la creciente dependencia política exterior, aparece el fantasma del proletariado en lucha, la autonomía de clase.

Con la muerte de Carrero Blanco, el 20 de diciembre de 1973, la crisis en su aspecto más político se acentúa brutalmente. En octubre del mismo año, había empezado la «guerra del petróleo». La crisis de dominación de la burguesía aparece ya de forma visible. El relanzamiento económico ha sido únicamente una breve ilusión.

La lucha obrera se extiende…

El ciclo de lucha permanente abierto después de los años setenta consta de dos fases distintas, separadas por una corta pausa. A pesar de que ambas fases se distinguen por desarrollarse en dos etapas económicas diferentes (expansión y crisis), y por las características propias de las luchas, pueden considerarse como momentos de un mismo ciclo. En cientos de fábricas, y la SEAT sigue siendo el mejor ejemplo, durante los años 1970-1975 tiene lugar una verdadera lucha continua y permanente. Aunque Carrero Blanco había iniciado poco antes de su muerte medidas estabilizadoras, puede hacerse corresponder el momento de su desaparición, con la transición de una fase a otra. La breve pausa causada por su muerte no llega a alcanzar al movimiento reivindicativo que se extendía en Pamplona, ni constituye ningún freno. El 6 de enero de 1974, hay una huelga parcial de autobuses en Madrid, 6.500 trabajadores de ASTANO van a la huelga…[31] La lucha obrera durante

---

31 *«En lucha»* Boletín de la ORT, enero de 1974.

los años 1972-1973 se despliega unida a unos procesos de acumulación capitalista acelerada, de concentración industrial y financiera, y con el fondo de una inflación creciente. La tasa de inflación española (de septiembre de 1972 a septiembre de 1973) es una de las más elevadas de los países de la OCDE. Si se considera el periodo 1970-1973, España supera a todos los países excepto a Portugal y a Turquía. En dicho periodo, el crecimiento de los precios de consumo se eleva un 35 %.[32] Ante la subida constante de la vida, la clase trabajadora se defiende. La lucha obrera desplegada durante la fase de expansión económica supone, en principio, unas condiciones objetivas más favorables. No existencia de la amenaza del paro (el paro baja al 1'5 % de la población activa en 1972), capacidad de concesión por parte de la patronal, etc. En la práctica, la postura de la patronal será más dura que nunca. La mayor parte de las veces, la negociación colectiva terminará en Norma de Obligado Cumplimiento. La represión contra los movimientos de clase persigue llegar hasta el fondo. Consejos de guerra, despidos masivos, detenciones y las famosas listas negras que funcionarán como en los mejores tiempos. La burguesía no sólo se niega a conceder mejoras, sino que introduce además las modernas técnicas de intensificación del trabajo. Primas para aumentar los ritmos y el *job evaluation* para ampliar el abanico salarial como principales medidas para aumentar la productividad.

Pero el nuevo dato político es la actitud de la clase obrera que reforzada después del ciclo 1970-1971, no cede frente a la represión patronal y policial. Rechazo de la CNS, la asamblea pasa a ser una práctica habitual. Mientras el aparato de CCOO se debate en la crisis, la clase trabajadora se autoorganiza, y lo que es más importante, lucha por imponer su propia organización de clase. El debate político sobre la organización autónoma que arranca de la pregunta por la identidad de Comisiones Obreras, se altera sustancialmente. La clase trabajadora en su lucha, ha demostrado que la organización autónoma de clase no puede ser más que su misma autoorganización.[33] Pero además, una nueva práctica se levanta en el año 1972, como uno de los descubrimientos/conquistas más importantes de la clase obrera durante sus años de enfrentamiento con la dictadura franquista. En marzo de

---

32 *El economista,* enero de 1978.

33 Liberación recogerá en su revista bastante fielmente esta evolución.

1972, la ciudad del Ferrol es paralizada por una huelga general. En septiembre del mismo año sucede lo propio en Vigo. Al año siguiente, 1973, la huelga general generalizada, se plasmará también en Cerdanyola-Ripollet, en Pamplona y, de manera más restringida, en Barcelona.[34] La huelga general localizada constituye realmente un salto cualitativo en la respuesta obrera a la represión patronal y policial. Como forma de lucha autónoma generalizada, aparece con toda su fuerza en El Ferrol. No tiene nada de sorprendente. Ferrol es uno de los ejemplos paradigmáticos de la ciudad-fábrica, ya que en dicha ciudad prácticamente toda la economía gira alrededor de la Bazán. El conflicto en la Bazán repercute directamente sobre la ciudad. Por esto, los trabajadores comprenden que pueden, mediante la huelga general localizada, ampliar la solidaridad y fortalecer sus posiciones frente al Estado y la patronal. De forma completamente espontánea, es decir no dirigida desde fuera, extienden el conflicto laboral a la calle, enfrentándose valientemente con la represión. La ausencia de organización, imposibilitará una mayor extensión y consolidación del movimiento de clase. La experiencia Bazán-Ferrol, y de otras como AEG-Terrassa, Citroën-Vigo, Motor Ibérica-Pamplona… señalan que la clase trabajadora ha intuido perfectamente que el territorio es el lugar privilegiado para recomponer su fuerza y unificarse. Que el enfrentamiento interno a la fábrica debe ser el punto de partida, pero que permanecer en ella es un terrible error, que se paga con represión, despidos… y fracaso en las reivindicaciones. El territorio permite además la socialización de la lucha obrera. Como ya se había visto en 1971 alrededor de la huelga de la Harry Walter, se forma un amplio movimiento solidario por parte de los estudiantes, de los vecinos del barrio… Alrededor del enfrentamiento en la Térmica de San Adrián (Barcelona) en abril de 1973, el mismo fenómeno se reproduce de forma generalizada. La nueva Ley Sindical del año 1973, que debía sindicalizar los conflictos de clase, queda para tiempos mejores. De El Ferrol a Pamplona, de Barcelona a Vigo, una misma práctica. Sólo el desarrollo desigual de la lucha de clases puede explicar que se haya alcanzado una tal homogeneidad en los comportamientos de clase en el proletariado de ciudades tan alejadas y con tan distinta tradición de lucha obrera. El reformismo obrero asiste impotente y sorprendido ante la generalización localizada de los movimientos de clase. Una vez más, incapaz de encauzarlos,

---

34 Publicación editada por los MIL sobre los sucesos de S. Adrián del Besós.

interviene puntualmente para evitar la violencia de clase, para convertir la práctica autónoma en ejemplo de lucha por la democracia, en modelo de su huelga general política.

1974, 1975: la crisis se vuelve contra el Estado franquista

La transferencia a los precios del incremento de los costes, que no es reabsorbible mediante aumentos de productividad o sostenible por reducción del margen de beneficios, constituye el mecanismo reequilibrador por excelencia de la década de 1970. Así se evitan las reestructuraciones y se gestionan las tensiones sociales, a la vez que se mantienen los beneficios. La generalización del proceso inflacionario con la puesta a punto de circuitos monetarios privilegiados para reconstruir ficticiamente el beneficio, tiene además distinta repercusión según los sectores y el tamaño de las empresas, y opera por lo tanto como redistribución de las ganancias. Este dinero fácil, no entra siempre en la fábrica, pues dada la mucha corrupción existente, se dirige a menudo a objetivos especuladores. La inflación se transforma, por lo tanto, en un mecanismo adecuado para atacar el salario obrero tanto directo como indirecto. Su aparente objetividad, tan lejos de las difíciles negociaciones obreros-patronos, la convierte en un apropiado sistema para ir degradando, progresiva y solapadamente, el poder adquisitivo del salario, su peso relativo dentro de la Renta Nacional. En 1973, las rentas del trabajo (incluidas las cuotas a la Seguridad Social) representaban en España el 54'8 % de la Renta Nacional, mientras que en el Reino Unido eran el 77 % y en Francia el 62'5 %.[35] A finales de 1973 la subida de los precios adquiere caracteres alarmantes. El capital comprende que la inflación ha pasado de ser mecanismo reequilibrador, a ser uno de los principales impulsores de la lucha de clases. La inflación deja de ser un remedio para convertirse en virus. O de otra manera: el capital no ha conseguido romper la rigidez del salario, y se enfrenta a una composición de clase cuyo comportamiento y práctica autónoma se traduce en la formación de un frente salarial homogéneo. El proletariado desencadena amplios movimientos reivindicativos contra las alzas de los precios alimenticios, y aprovecha la negociación de los convenios, que afectan a más de un millón de trabajadores, para presionar al capital.

---

35 «La economia española en crisis». Informes de 1974 y 1975 (APIE).

Con una plataforma general, 4.000 pesetas de aumento lineal, 40 horas de trabajo, un mes de vacaciones, libertad de reunión, asociación… miles de trabajadores se lanzan a la lucha al margen de la CNS. Nuevos sectores afectados por el aumento del coste de la vida se fusionan con la clase obrera. Trabajadores de la sanidad, de la banca, de la enseñanza… se unen bajo un mismo objetivo: satisfacer sus necesidades inmediatas. En los barrios, se desarrolla crecientemente una lucha reivindicativa por la apropiación de salario social contra las condiciones de vida.

La maniobra monetaria, la combinación inflación-devaluación, fracasa. La creciente tasa de inflación, la espiral precios-salarios, o mejor salarios-beneficios, el aumento del gasto público, son el testimonio inmediato en el plano abstracto de la economía, de la rigidez en el coste de la reproducción de la fuerza de trabajo.[36] El capital no puede ya controlar la producción de la plusvalía social. La rotura de la relación entre masa salarial (directos e indirectos) y la productividad social, lleva a una autonomización de la moneda. La moneda se descuelga de toda relación con su valor de cambio, y se convierte en expresión de la fuerza entre las clases. La reducción de la masa y de la tasa media de ganancia es un hecho real que se acentúa progresivamente. La incidencia del aumento del petróleo en 1974, no puede esconder la mutación ocurrida en la relación ganancias/salarios. Si se comparan los años 1973, 1974, 1975 y 1976 se puede ver, que mientras los salarios aumentan todos los años, la renta industrial disminuye, hasta a tener un valor negativo de -5'6 (36) en 1975 y estacionario en 1976. Las maniobras monetarias no han destruido la composición de clase, al contrario, han quedado invalidadas ante este frente salarial homogéneo. La respuesta del capital a la ofensiva obrera debe situarse en otro nivel, no ya en términos mediados (monetarios), sino como ataque directo. La crisis una vez más constituye el último recurso, antes de la simple represión armada, para organizar el cambio sin que nada cambie.

La crisis como estado de excepción, como instrumento político contra el proletariado y para reconstruir el control dinámico sobre las relaciones sociales, supone dos objetivos bien definidos: 1) destrucción política de la autonomía de la clase; y 2) reconstrucción de un nuevo bloque social de apoyo y remodelación del bloque en el poder. Todo ello en el marco de un cambio relativo de la forma de Estado que debería

36 *El Economista*, septiembre de 1977.

pasar de ser una dictadura bonapartista (Estado franquista) a una dictadura pluralista basada en la hegemonía de alguna de las fuerzas políticas del bloque en el poder ampliado. En síntesis, renovar las formas de dominación pero permaneciendo dentro de la ortodoxia franquista, lo que pasa por un plan de austeridad y una política dialéctica que combine represión y apertura, como las medidas más eficaces para conseguir los dos objetivos anteriormente reseñados. A partir del famoso discurso de Arias, el 12 de febrero de 1974, el aperturismo aparece en escena. Arias promete las asociaciones políticas, permite la venta de revistas pornográficas y hasta la celebración de reuniones públicas de conocidos líderes de la oposición. La apertura ha llegado. Mientras en el País Vasco utilizando un atentado provocado, y con la excusa de perseguir a ETA, la represión se abate contra todos los luchadores antifranquistas. La apertura se combina con la represión. El PCE afirma, «El cambio ha empezado ya, ahora»)[37] siguiendo sin comprender el auténtico carácter dialéctico de la política del capital. Para el reformismo obrero estamos asistiendo, una vez más, a una lucha entre la fracción burguesa «buena» y fracción burguesa «ultra». No se les puede negar constancia en sus análisis. Toda la «grandeza» de la política de Arias consiste en combinar represión y apertura, como momentos de una misma práctica. Apertura para que las fuerzas políticas burguesas se organicen y participen. Represión directa para los revolucionarios con todo tipo de decretos antiterroristas. No se trata, como decíamos, de una dicotomía sino de una relación dialéctica.[38] El proyecto estaba condenado al fracaso. La represión sigue una dinámica propia (policía paralela, exigencias policiales a los propios ministros) que la lleva a independizarse, y a hundir por sí misma todo esbozo de apertura. Sin contar la represión «desde arriba», como el asesinato de Puig Antich a los pocos meses del discurso aperturista, los estados de excepción… El cese de los ministros más «aperturistas», Pio Cabanillas e Irimo, anticipan lo que sucederá después. Los primeros meses de 1975 señalan el definitivo hundimiento de las Asociaciones como proyecto político de participación. Ni Fraga mismo se organiza en ellas. El asesinato legal de dos militantes de ETA y tres del FRAP, es la culminación lógica de algo previsible.

---

37 «Esperando a los capitanes», *Cuadernos del Ruedo Ibérico*, núm. 46-48. Artículo escrito por el autor en colaboración.

38 *Ibidem.*

En el interior de esta política de Estado falsamente aperturista, y cuyo desenlace lleva a la acentuación de toda forma de represión, se despliega un plan de austeridad contra el proletariado. Iniciado a finales de 1973 con el Decreto del 30 de noviembre de 1973, reafirmado con otro decreto parecido el 22 de noviembre de 1974, no conseguirá sin embargo detener la ofensiva de lucha obrera. Las líneas generales del Plan, combinan una política antiinflacionista y una política antidepresiva. Para mantener la tasa de ganancia, se congela el salario a través de la disminución del consumo interior, y se facilita la exportación para contrarrestar el déficit exterior. Con la existencia simultánea de paro, inflación, crecimiento bajo del PNB, desequilibro en la balanza de pagos, la política económica muestra toda su impotencia. Analizando las sucesivas medidas adoptadas durante el año 1974, se constata algo más: su más absoluta incoherencia. Se pueden distinguir cuatro fases en este primer año de crisis. Durante la primera en enero, la política monetaria es expansiva; a partir de mayo pasa a ser restrictiva. Hacia el mes de octubre, ante la desaceleración se promueve una política más permisiva. Finalmente, en febrero, la cuarta fase, se vuelve a la política restrictiva. En abril del año 1975, se renueva la congelación salarial.[39] La única constancia que se denota en todo este proceso es el ataque al salario y, en general, a las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera. En la práctica una cuestión queda clara también: frente a un proletariado en lucha, no puede encontrarse un equilibrio estable entre la política antiinflacionista y la antidepresiva. Un tanteo de medidas y contramedidas, que no consigue frenar los aumentos salariales, no logra reemprender la actividad inversora. El salario medio por persona se incrementará hasta un 25 % en 1974 respecto del año anterior. En 1975 el aumento será de un 20’4 %. Subidas realmente impresionantes si se tiene en cuenta que el aumento del coste de la vida fue de un 15’7 % y de un 17 % respectivamente, y que la ofensiva obrera se dio en un clima de elevadísima represión, más de 470 despedidos en Barcelona sólo en el mes de marzo.[40]

Si la apertura como vía para la integración fracasa en su intento de crear una alianza de clases más estable, el plan de austeridad se hunde a su vez ante la lucha obrera, que tira por tierra las condiciones apropiadas

---

39 *Introducción a la política monetaria…, op. cit.*

40 *Avui,* marzo de 1974.

para su cumplimiento. Destrucción de la autonomía de la clase, ya sea por la represión armada, ya sea mediante el pacto social libremente aceptado por los «representantes» obreros. En el marco general condicionante de una política que pretende combinar la represión con el aperturismo, no puede darse ni una ni otra condición. En otras palabras: no cabe una utilización capitalista de la crisis por parte de un Estado en descomposición. El Estado franquista, atravesado por una fuerte crisis de dominación política desde 1970, no puede oponer con éxito el paro, los topes salariales, la represión… como freno a la ofensiva obrera. Al contrario, la acentuación de estas condiciones de explotación y opresión son un mayor estímulo para la lucha reivindicativa. La crisis contra la clase obrera amplifica la propia crisis de la Dictadura. La crisis deja de ser un instrumento del capital, para volverse contra el mismo Estado. Lucha obrera y crisis, entran a partir de entonces en una dialéctica generadora de un *feed-back*[41] creciente, cuyo final es imprevisible para la burguesía. Es el momento que el reformismo obrero ha esperado tanto.

Evidentemente, esta explicación de la descomposición final del Franquismo, tendría que precisarse más. Habría que analizar a fondo el proceso concreto de retroacción a todos los niveles. Las ventajas, no obstante, que ofrece a este modelo es que, frente a la explicación más clásica que justifica la caída del Franquismo como consecuencia de la acumulación de todo tipo de crisis (económica, social, política etc.) pone en primer plano el papel fundamental jugado por la lucha obrera.

La descomposición del Franquismo

Con la ruptura interna de la Dictadura franquista, y a partir del ciclo de lucha de principios de los setenta, se ponen en marcha los procesos propios de degeneración de dicha forma de dominio. La represión se generaliza alcanzando todos los niveles: negación de los derechos mínimos, negación del derecho de autodeterminación y represión dirigida contra toda la sociedad. El Estado se concentra en sí mismo, aislándose y apareciendo cada vez más como conjunto de aparatos de intervención,

---

41 Término utilizado en cibernética, que se puede traducir por retroacción.

fundamentalmente represiva, sobre la sociedad. El Estado deja de ser un terreno de relaciones sociales homogéneas. Se pone en marcha una dialéctica desesperada: deterioro/readaptación, para intentar canalizar los movimientos de clase. Estos procesos son la base material sobre la que se asienta la matriz de los sujetos antagónicos. Durante los años anteriores, la matriz fundamental del antagonismo era la fábrica, las relaciones de producción; el sujeto antagónico se concentraba en los movimientos de clase y encontraba en la autonomía obrera su expresión política. Con la decadencia del Franquismo, los procesos capitalistas generadores de los movimientos de clase (proletarización, rechazo del trabajo…) son parcialmente congelados, o por lo menos se hallan supeditados a los procesos propios de la descomposición de la Dictadura. De tal manera, que la fábrica no es la única matriz de producción del antagonismo, sino que cada vez más, es toda la sociedad. Forzosamente el sujeto antagónico pierde su carácter de clase y se hace popular, interclasista. Pero no aparece un nuevo sujeto político. Las nuevas fracciones desgajadas de sectores más o menos burgueses (intelectuales, pequeños empresarios, etc.) no se fusionan con la clase trabajadora para originar un nuevo proletariado. Permanecen a su lado, formando lo que para algunos es «el pueblo trabajador» y para otros el «movimiento popular». Bloque interclasista que adquirirá una creciente cohesión política y que, a medida que se exaspera la crisis de la Dictadura, será capaz de protagonizar verdaderas movilizaciones generales (manifestaciones por la autonomía, por la amnistía, etc., ya en el postfranquismo). Únicamente en Euskadi, se puede hablar de un nuevo sujeto antagónico no reducible a la clase obrera. En este proceso juega un papel clave la evolución de ETA. Enfrentada al Estado franquista, rechazada por una burguesía «españolizada», sin renunciar a sus posturas nacionalistas, ETA va asumiendo planteamientos socialistas. Con su intervención armada pone en marcha una dinámica de acción-represión-acción de masas, que vehicula un bloque popular, sujeto antagónico, de gran homogeneidad política interna. La crisis del País Vasco, la débil influencia del PCE, etc., arranca de este fenómeno político.

A partir de 1974 el proceso de descomposición se acentúa. Nunca antes había habido tantas luchas de solidaridad, huelgas tan duras y de forma tan generalizada. El desbordamiento de los cauces legales es la respuesta a la represión. La dialéctica deterioro/readaptación como expresión más visible de este proceso largo e imparable de descomposición,

crea fragmentos donde vive el espacio de la política ficticia. El reformismo obrero comprendió desde un principio que se le abrían las puertas para llevar a término con éxito su política interclasista. Por esto ya supo aprovechar la ruptura interna de la Dictadura, y ante la inexistencia de una alternativa revolucionaria que diera continuidad dentro de un proyecto histórico a los movimientos de clase, se apresuró a levantar los organismos políticos del pacto. Así en 1971 en Catalunya nacería la Asamblea de Catalunya, que al poco tiempo se convertiría en la plataforma de movilización interclasista más importante del Estado. Paralizada por sus contradicciones internas, permanecerá callada en la práctica frente a acontecimientos tan importantes como la muerte de Puig Antich, o la masacre de Vitoria. Al agravarse el proceso de descomposición del régimen, el espacio de la política ficticia se amplía de manera cada vez más superestructural. Solamente en Catalunya en el mes de septiembre de 1974, aparecen a la luz todos estos reagrupamientos políticos: «Concentració Democràtica», «Per la unitat dels socialistas catalans», «Convergencia dels socialistas revolucionaris dels PC.», «Pel reagrupament dels socialistas-democràtics de Catalunya». Aunque todos ellos son un juego de niños, ante el posterior mensaje de la Junta o de la Convergencia Democrática. La irrupción de este espacio político, tiene consecuencias inesperadas. La escisión pro-PSUC, completamente mayoritaria, de BR y, en general, el proceso de derechización que afecta a casi todas las organizaciones obreras (PTE, LCR, OICE etc.) ansiosas de encontrar su sitio en el espectro político. Pero estos nuevos reagrupamientos, estas súbitas transformaciones, no son más que el fenómeno visible, no se hubieran podido originar sin la existencia de un espacio para la negociación, o lo que es lo mismo, sin la aparición de lo que llamamos el espacio de la política ficticia. Cuando la burguesía se enfrenta al proceso de retroacción irreversible que hunde las bases de la Dictadura, y ya sabe que la represión es inútil porque alimenta directamente este proceso, es cuando decide negociar, y sólo en este momento.

El capital, o por lo menos la fracción mayoritaria del capital, opta por negociar como la única salida racional para evitar el desbordamiento, es decir, la utilización proletaria de la crisis. La legalidad franquista es ampliada para permitir un juego negociador: «derecho» de huelga sí, pero restringidísimo, reconversión de la CNS (se permite que los trabajadores en huelga depositen sus cajas de resistencia en sus locales). La negociación supone un interlocutor, y éste evidentemente sólo puede ser el reformismo obrero. Durante la Huelga General del Baix

Llobregat (enero-febrero de 1975), la policía ataca y detiene a los trabajadores. Mientras, en el interior de la CNS, los interlocutores, los líderes de CCOO, son protegidos por la propia policía. La policía ya sólo actuará cuando las organizaciones obreras sean desbordadas.[42] El giro en la política burguesa es de 180 grados. El capital renuncia a un ataque frontal contra la autonomía de la clase, y busca dentro de la propia clase obrera la colaboración con el fin de evitar el desbordamiento. Sólo *desde el interior* de la clase trabajadora el capital es capaz de hundir la homogeneidad y la cohesión política de esta composición de clase. Reformismo obrero y protorreformismo del capital coinciden ya objetivamente. Ambos hallan en el terreno de la negociación, y en la negociación misma como objetivo, su punto más importante de acuerdo. Es el primer paso del proceso de convergencia.

A partir de este instante, el capital se convierte en el mejor impulsor *malgré lui* del reformismo obrero, al que necesita como un interlocutor lo más representativo posible. El reformismo obrero se introduce de nuevo en la clase trabajadora de la mano del capital. Penetra en fábricas concretas, SEAT, Pegaso… en zonas enteras como el Baix Llobregat, que transforma en experiencias piloto del pacto social. Y si no puede, como en el Norte (Pamplona, Vizcaya…), donde la elevada autonomía de la clase debe ser mixtificada por otras fuerzas políticas (ORT, MCE) más a la izquierda, intenta frenar toda movilización, como en el caso de la Huelga General del 11 de diciembre de 1974, apuntando demasiado lejos, en concreto a la «disolución de los cuerpos represivos». Consciente del nuevo papel que puede jugar, «es urgente comprender y hacer comprender que estamos en una situación nueva, que permite proponerse y hacer abiertamente, "legalmente", cosas que hasta hace poco entrañaban el riesgo de ir a la cárcel» dice el secretario del PSUC.[43] El reformismo obrero intenta acelerar su actuación sobre la dinámica de la lucha obrera. Las elecciones sindicales de 1975 con elevada participación obrera constituyen una ocasión inmejorable (sobre todo después de analizar la experiencia portuguesa) para «copar los motores de arranque de las movilizaciones obreras».[44] La clase trabajadora participa en las elecciones porque el reformismo obrero ya puede cumplir a la perfección su papel mixtificante y paralizador de

42 *Acción Proletaria*, núm. 2, septiembre de 1974.

43 Informe de G. López Raimundo, sin fecha 1974.

44 *Nuestra bandera*, núm. 82, especial de noviembre de 1975.

la lucha obrera. La defensa del civismo, la utilización del miedo. Frente a la huelga como práctica opone el derecho de huelga; frente a las asambleas obreras y su práctica generalizada, el derecho de asamblea; frente a la organización autónoma de clase, el sindicato de clase. Las libertades políticas burguesas, los derechos legales, son introducidos para ser reconocidos por la burguesía, cuando el proletariado los ha hecho suyos hace tiempo. Y en definitiva, el compromiso claudicante, la participación en las elecciones, etc., es presentado como una victoria, como reconocimiento de la propia fuerza del reformismo obrero.

A medida que se agudiza la descomposición del Franquismo, el reformismo obrero subordina con mayor fuerza si cabe los movimientos de clase a la estabilidad de sus alianzas interclasistas. El miedo al desbordamiento, a las ocupaciones de fábricas se convierte en una obsesión. El PCE mediante sus CCOO nominales más que reales, ya que su control efectivo sobre el proletariado se ejerce mediante la CNS renovada, conquista una creciente hegemonía política sobre la clase trabajadora. Pero no consigue destruir la composición de clase ni su práctica autónoma. La prueba es el impresionante ciclo de luchas postfranquista con Vitoria y Roca como ejemplos más importantes –y que está en continuidad directa con las experiencias de lucha que se inician a principios de los años setenta. La guerra «particular» del PCE contra el proletariado dirigida a hacerle olvidar sus anteriores prácticas de autoorganización y democracia directa no ha hecho más que empezar y será larga. A las cuatro y veinte de la madrugada del jueves 20 de noviembre de 1975 muere Franco. En sus últimos días ha estado acompañado del clima de represión y terrorismo que le era tan familiar. España, de nuevo como al principio, está completamente aislada, pero el camino de salida ya está abierto. El protorreformismo burgués se hace reformismo activo. Reformismo del capital y reformismo obrero coinciden ya en el mismo objetivo: cambiar para que, en el fondo, nada cambie. El Franquismo en descomposición no se viene abajo. Sólo se transforma. La autonomía obrera por fin ha sido derrotada. La forma más política que la crisis de dominación burguesa adopta en el Estado español no ha generado un movimiento anticapitalista y de clase, sino un movimiento político reformista convergente con el capital. Frente a la descomposición del Franquismo únicamente se levantará la alternativa de la ruptura democrática que no llegará a ser tal. Con la desarticulación política, económica y social del Movimiento Obrero, para muchos empieza la larga travesía del nihilismo.

2. Arqueología de la autonomía obrera en Barcelona 1964-1973

Felipe Pasajes

Los primeros pasos de la larga marcha

En este capítulo voy a intentar acercarme a lo que pudo ser el mapa político de la *autonomía obrera* en Barcelona en sus primeros momentos. Si nuestro punto de partida fuera la narración histórica, tendría que hablar de una línea discontinua que atraviesa todo el siglo XX en torno a la identidad obrera y que emerge en momentos particulares como la Comuna de París, los Soviets rusos, los Consejos Obreros en Alemania, la Revolución Española, la huelgas salvajes que recorren la Europa de los años sesenta y setenta, el Mayo francés[1] o el largo mayo italiano que va desde el Otoño Caliente de 1969 hasta 1977.

Sin embargo la intención de este libro no es ni mucho menos la de mitificar las luchas de los setenta, situándolas junto al pedestal de las grandes revoluciones fallidas, o la de interpretarlas desde un punto de vista histórico. Como decía Gramsci: «La historia es siempre contemporánea, es decir política». Es por esto que considero que un análisis político de lo que supuso el ciclo de *luchas autónomas* de los setenta puede servir ahora para incomodar este presente, donde lo que se entiende por política, se ha convertido definitivamente en *espectáculo* y en el que se intenta imponer, de una forma u otra, el triunfo total del capitalismo, bajo la rúbrica «fin de la Historia».

---

1 Léase francés, mexicano, brasileño como parte de esa revolución mundial que fue el '68 como decía Wallerstein y citábamos en la introducción.

El presente texto está centrado en el surgimiento de la tendencia autónoma en el área metropolitana de Barcelona. Sigue por lo tanto la evolución de distintas organizaciones que centraron su reflexión y formas organizativas en este aspecto. Se trata evidentemente de un proceso que se da en Barcelona a principios de los setenta, pero que es similar a otros muchos que se produjeron en todo el Estado cuando el PCE intentaba convertir las Comisiones Obreras en la correa de transmisión del partido, reduciéndolas a un estrecho antifranquismo y de lucha por la democracia. Así podemos hablar de «los Comités de Fábrica de Guipúzcoa, Acción Obrera en Vitoria y Vizcaya, Unión de Hermanos Proletarios en Madrid, CRAS en Asturias, núcleos obreros en Valladolid, Palencia y León...».[2] Este hilo discontinuo tendría que recorrer las luchas de distintas fábricas y sectores: Laminaciones de Bandas en Frío de Echevarri (entre enero y mayo de 1967), Blansol en Barcelona (en noviembre y diciembre de 1968), Authi, en el polígono de Landaben (Pamplona) (en marzo de 1970), la huelga de la construcción de Granada y un largo etcétera durante toda la década de los setenta.

Desde dentro de la *autonomía* se ha querido ver en el surgimiento de las primeras Comisiones Obreras, a partir de 1962, el primer momento de *autonomía* de la clase obrera, que espontáneamente se autoorganiza para reivindicar sus derechos al margen de los cauces establecidos por la Dictadura: Sindicato Vertical (CNS) y Convenios Colectivos:

> La razón de ser de su crecimiento y de su fuerza radicaba ante todo en su autonomía, en su independencia ideológica y en su origen esencialmente obrero, y en su capacidad de adaptación a las condiciones del momento, gracias a la flexibilidad de sus estructuras. Conscientes de ello, los hombres de las CCOO iniciales quisieron que éstas conservaran su carácter de movimiento amplio, sin estructurarse prematuramente como organización sindical, ya que en tal caso se hubiese institucionalizado la división, al convertirse CCOO en un sindicato más entre los siete u ocho existentes. Por eso afirmaban que CCOO era un movimiento que debía conducir a la clase obrera hacia un Congreso Constituyente.[3]

---

2 Diego Fábregas Guillén «Pájaro» («Jerónimo Hernández»). «Aproximación a la historia de Comisiones Obreras y de las tendencias forjadas en su seno», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, núm. 39-40 (octubre 1972-enero 1973).

3 José Antonio Díaz Valcárcel, *Luchas internas en Comisiones Obreras: Barcelona 1964-1970,* Barcelona, Bruguera, 1977.

Este proceso de formación de las primeras comisiones obreras que surgen de forma «espontánea» e independiente se puede dividir en dos periodos.

> En los primeros años sesenta, la comisión obrera era la forma elemental, espontánea, embrionaria de la autonomización de la clase obrera. La formación de una comisión obrera, en esos años, era la expresión de la conciencia de clase en conflicto con el capital.

> [...] una segunda fase en la que ese proceso espontáneo de autonomización de la clase se expresa mediante una creciente toma de conciencia autoorganizativa, asamblearia y de acción directa. Se trata pues, de un proceso acumulativo de experiencias espontáneas que conforman una tendencia de crítica práctica a las formas de intervención políticas y sindicales.[4]

El catalizador del paso de la primera a la segunda parte sería el creciente control que el PCE ejercería sobre las Comisiones Obreras y la lucha con su principal rival político en esos años, el Frente de Liberación Popular (FLP), que con ligeras matizaciones intentó realizar la misma estrategia del PCE. Y fue precisamente en Barcelona donde esta lucha se manifestó con mayor crudeza, así el Frente Obrero de Cataluña (FOC)[5] se presentó como adversario al PSUC en la lucha por el control de las emergentes CCOO. De hecho, las Comisiones Obreras de Barcelona, tras un primer intento fallido de organización en 1964,[6] comenzaron a ser impulsadas de cara a las elecciones sindicales de 1966, por miembros de las organizaciones políticas, principalmente del PSUC y unos pocos del FOC.

No obstante los organismos de coordinación quedaron bajo el férreo control de los militantes políticos:

> Pese a todos los alegatos sobre la independencia de las Comisiones, la casi completa hegemonía de los comunistas a menudo llegó a hacer borrosa la distinción entre el partido y el movimiento. Los militantes frecuentemente se desdoblaron como agitadores sociales y como portavoces del partido.[7]

---

4 Francisco Quintana (coord.), *Asalto a la fábrica. Luchas autónomas y reestructuración capitalista 1960-1990,* Barcelona, Alikornio, 2002.

5 Rama catalana del FLP.

6 La unión entre los católicos de la ASO y los comunistas del PSUC se rompió pronto. Además la policía logró introducir un confidente en la Coordinadora por lo que casi todos sus miembros fueron detenidos en marzo de 1965.

7 Balfour, *op. cit.,* p. 180.

Poco a poco emergió una tendencia, que tuvo como preocupación inicial la lucha contra este control de las Comisiones por parte de los partidos políticos, iniciando una reflexión en torno a la *autonomía* de la clase obrera, a la vez que se dotaba de los medios organizativos con el fin de intentar dotarla de un cuerpo material.

El mapa político

Este mapa político es un intento de reconstrucción de la evolución del grupo, que de una forma más consciente y organizada, durante los años setenta desarrolló la reflexión teórico-práctica en torno a la *autonomía obrera en Barcelona.* Esto no quiere decir que fueran los únicos, ni la única vía por la que se produjo esta reflexión. Es más, la *autonomía* estaba realmente en la fábrica, en las huelgas, piquetes y asambleas. Y eran estos lugares, en los que no había distinción entre teoría y práctica, los que constituyeron una de las premisas fundamentales de la *práctica autónoma.* Eran indudablemente los lugares donde la *autonomía* se concretaba.

Como se apuntaba en la introducción, durante el año 1969 las luchas entre el FOC y el PSUC por el control de las coordinadoras de Comisiones, condujo a un grupo de militantes independientes, algunos de los cuales procedían del FOC, a realizar una autocrítica de las formas organizativas de Comisiones. Para ello se agruparon en torno al boletín *¿Qué hacer?* [8] La iniciativa fue en general bien acogida. Incluso el PSUC, a pesar de ser el partido contra el que se dirigieron las críticas más airadas, la saludó.[9] Efectivamente estos militantes acusaron a los partidos políticos de querer utilizar la emergente organización de los trabajadores como correa de transmisión de sus programas políticos, además de como cantera de extracción de nuevos militantes.

De este modo, la tendencia autónoma se fue consolidando a iniciativa de los miembros del *¿Qué hacer?* Y así en octubre de 1969 se convocó una asamblea a la que acudieron unos 40 trabajadores. Las decisiones

---

8 *¿Que hacer? Instrumento de trabajo y reflexión al servicio de los trabajadores Comisiones Obreras,* núm. 1-6 (de marzo a septiembre 1969).

9 José Antonio Díaz Valcárcel, *Luchas internas en Comisiones Obreras: Barcelona 1964-1970,* Barcelona, Bruguera, 1977, p. 267.

que se tomaron en esta reunión fueron recogidas en un documento redactado posteriormente por el «Círculo los Rayos» en el que se hacía un interesante análisis del propio proceso de formación de los Círculos. Estos nacieron con el propósito de:

> 1. Fomentar las comisiones de empresa y su coordinación, por sectores geográficos o por ramas de la producción, cuando se considerase válido (caso de Banca y Textil que venían ya funcionando así.
>
> 2. Crear unos cauces que permitiesen a los trabajadores que lo desearan otro nivel superior de discusión y formación, sin tener que recurrir para ello a un partido político existente o a la formación de uno nuevo.[10]

Al primer punto respondieron las llamadas Plataformas de Comisiones Obreras.[11] Para realizar el segundo punto empezaron a funcionar los propios Círculos de Formación de Cuadros:

> Surgieron los Círculos de Formación de Cuadros:
>
> a) Como respuesta a una necesidad, la de profundizar teóricamente la práctica cotidiana, lo que aseguraba el carácter obrero de sus componentes, aunque de hecho se introdujo alguna gente con dudosas conexiones obreras.
>
> b) Como rechazo a unas formas organizativas existentes, los partidos políticos que se conocían en Barcelona. Lo cual no ponía en tela de juicio la necesidad de organización política del M.O., sino el tipo de organización leninista de esos partidos.
>
> c) Como defensa contra el maniobrerismo constante en el M.O. por parte de grupitos de intelectuales poseedores de una teoría elaborada fuera del M.O., a la que nosotros, por nuestra menor preparación intelectual fruto del condicionamiento que todos conocemos, no teníamos capacidad crítica de oponer, quedando ideológicamente a su merced.
>
> d) Como exigencia universal del M.O. de que deben ser los mismos trabajadores quienes dirijan su propia lucha, lo cual exige un esfuerzo de interpretación crítica de la historia del M.O., así como una capacidad para comprender y

---

10 «Trabajo hecho por el Círculo "Los Rayos" para el esquema de discusión de la asamblea», IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1735.

11 Las Plataformas fueron una coordinación de Comisiones Obreras de Empresa, paralelas a la «Local» o «Nacional» controladas por el PSUC. Además de los miembros de Círculos y trabajadores independientes, formarán parte de ellas los miembros de Acción Comunista, de Lucha de Clases, Bandera Roja y otras organizaciones.

> utilizar en lo que aún se consideren válidas, las aportaciones de los teóricos que el M.O. ha tenido hasta la fecha. Todo esto supone la posesión de un método de análisis que nos sirva de instrumento en este esfuerzo de comprensión crítica.

No hace falta explicar las premisas fundamentales: *teorizar la práctica*, búsqueda de una nueva forma organizativa rechazando las existentes, rechazo de los intelectuales para devolver a los propios obreros la dirección del movimiento. Unas premisas que muchas veces se han simplificado como «obreristas antipartido» pero que, como veremos a lo largo de este artículo, tenían un sentido más profundo y sobre todo muchas contradicciones internas.

Para comprender el proceso que lleva a la fundación de los Círculos es imprescindible el libro *Entre el fraude y la esperanza: las Comisiones Obreras de Barcelona.* En este texto, José Antonio Díaz hace un rápido repaso a la evolución, tanto teórica como personal, que le lleva a buscar nuevas formas organizativas, por fuera del clásico esquema leninista:

> Pero los problemas internos del FOC me llevaron a revisar la cuestión del papel de los intelectuales, cuyas prerrogativas me parecían excesivas, de ahí pasé al problema del centralismo democrático, sistema que favorece la concentración de poder en manos de elementos ajenos a la clase. Iniciado ya en la herejía de pensar por mi cuenta, por qué pararme ahí. El papel mismo de la organización política y su relación con la organización de clase, no se salvaron tampoco del análisis crítico.[12]

Muchos militantes experimentaron un proceso semejante después de sus experiencias dentro de los distintos partidos que componían el arco de la izquierda en esos años.[13] A partir, por lo tanto, de una práctica de militancia tradicional en muchos casos insatisfactoria, buscaron una nueva forma de organización más autónoma. Esta misma reflexión estuvo en la base de la formación de los Círculos, cuya primera asamblea tuvo lugar en septiembre de 1969, con el siguiente orden del día:

---

12 José Antonio Díaz Valcárcel («Julio Sanz Oller»), *Entre el fraude y la esperanza: las Comisiones Obreras de Barcelona,* París, Ruedo Ibérico, 1972, p. 192.

13 Los diferentes partidos políticos que componían la izquierda en esos momentos provenían o bien de escisiones del PCE como PC (m-l) o PCI, o de escisiones del FOC como AC o los grupos que acabarían fundando posteriormente la LCR. Un buena explicación del proceso de escisiones en José Antonio Díaz Valcárcel y Santiago López Petit («Antonio Sala» y «Eduardo Durán»), *Crítica de la izquierda autoritaria en Cataluña: 1967-1974,* París, Ruedo Ibérico, 1975.

Puntos de discusión

1) Necesidades subjetivas

a/. Sobre la necesidad de formación política
– Tipo de esta formación
b/. Sobre la necesidad de organizarse políticamente
– Niveles de esa formación

2) Necesidades objetivas

a/. Sobre la necesidad de la Vanguardia Política del M. O.
b/. Sobre la necesidad de un movimiento de masas con objetivos concretos

3) Análisis

a/. Sobre el vacío político y organizativo
b/. Sobre la oportunidad y viabilidad de un partido nuevo

4) Conclusiones para la acción

a/. Propuesta de «Círculos de Formación de Cuadros» para:

– Preparación teórica marxista
– Discusión política
– Dirección organizativa del movimiento de masas
– Encuadramiento y preparación de los militantes más conscientes, para la formación de un posible futuro Partido Obrero Revolucionario a escala nacional[14]

b/. Posibles modos de organización de los Círculos[15]

En este documento podemos ver todas las contradicciones del proceso de formación de los Círculos, que finalmente condujeron a su posterior ruptura. En un principio, además del sector independiente agrupado en torno a los restos de *«¿Qué hacer?»*, en Círculos y Plataformas participó también un grupo de intelectuales y estudiantes universitarios, pertenecientes a Bandera Roja:

> Como *¿Qué hacer?* no había profundizado hasta el análisis último del leninismo, la crítica sólo había alcanzado a los grupos entonces existentes. Así las Plataformas y los Círculos, no tuvieron inconveniente en admitir la ayuda de los de Bandera Roja, leninistas universitarios [...] Con más habilidad, aunque con menos fuerza, intentaron repetir la experiencia del PC y del FOC.[16]

---

14 Este punto aparece tachado en el original. Supongo que porque el tema del partido ya se trataba en el punto 3-b.

15 «Puntos de discusión», IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1735.

16 José Antonio Díaz Valcárcel («Julio Sanz Oller»), «La larga marcha del movimiento obrero español hacia su autonomía», en *Horizonte español 1972,* París, Ruedo Ibérico, 1972, vol. 2, p. 98.

Como vemos tanto en el esquema de la primera asamblea como en el conflicto posterior con Bandera Roja, el leninismo sería uno de los grandes objetos de discusión de los Círculos, y más concretamente la superación de éste como único método organizativo para la futura «Organización de Clase». Los conceptos de «vanguardia» (y muy en concreto el papel de los intelectuales) y el «partido» serían también ampliamente discutidos en esa búsqueda de superación del leninismo.

Pero antes de analizar el final de los Círculos pasemos a analizar primero su forma de funcionamiento. Tras la ruptura con los Bandera Roja se intentaron establecer los principios de funcionamiento y reflexión interna de los Círculos. Los objetivos iniciales vinieron marcados en el documento «Lo que está en juego» fechado en diciembre de 1969:

> [...] Lo que ahora está en juego y nosotros defendemos con estos Círculos es el derecho de todos los trabajadores a discutir y decidir sus propios asuntos, es decir, lo que hace referencia a la lucha de clases y a su manera de llevarla a cabo. [...]
>
> Frente a este *dirigismo* de pequeños grupos extraños al mundo obrero, los trabajadores lucharemos por:
>
> – La discusión de *todos* los problemas a todos los niveles;
> – el acceso de *todos* los trabajadores que lo deseen a todos los organismos de coordinación, por rotación;
> – la dirección del movimiento obrero por los propios trabajadores, a partir de la organización de clase creada por nosotros con el nombre de Comisiones Obreras.[17]

Cabe destacar que a pesar de que las Plataformas ya estaban funcionando, se seguía considerando a las Comisiones Obreras como la «Organización de Clase». Las Plataformas eran una coordinación, por sectores geográficos, de las distintas Comisiones Obreras de Empresa existentes. Las Plataformas se encargaban de coordinarlas y de fomentar su creación. El poder de decisión no se debía separar en ningún momento del órgano básico de reunión y decisión, la Comisión de Empresa. La relación entre las Plataformas y los Círculos fue otro de los ejes principales de la discusión organizativa de los propios Círculos. Si bien es cierto que había un cierto «obrerismo» en los puntos que

---

17 José Antonio Díaz Valcárcel, *Luchas internas..., op. cit.*, p. 271, 272.

marcaron, hay que tener en cuenta que este documento fue redactado después de la ruptura con los Bandera Roja, lo que, en cierto modo, proporcionaba al propio texto un cierto carácter de autoafirmación. Por lo tanto, la búsqueda que llevaron a cabo los primeros Círculos y posteriormente los GOA se puede resumir en estos pocos principios: el órgano de decisión es la asamblea en la que se deben discutir «todos» los problemas por «todos» los trabajadores; los representantes deben ser rotatorios y revocables en cualquier momento.

Los primeros Círculos[18] estaban conformados por unas 60 personas, que a su vez se repartían en unos nueve o diez Círculos que utilizaban los siguientes nombres: Noi de Sucre, Epartaco, Rojo, Agustinas, Molino, Marat, Guevara, Al Fatah. En todo caso, muy pronto aparecieron nuevos Círculos, al tiempo que otros cambiaban de nombre o desaparecían. De hecho una de las quejas más frecuentes de las asambleas era que algunos Círculos no justificasen su ausencia de las coordinadoras. En la documentación recogida se pueden rastrear al menos otros seis Círculos: Los Rayos, Los Mismos, Los Cuadrado, Nervión, Los Pinos, Pájaros y Siete de Octubre pero es muy difícil dar una cifra tanto sobre el número fijo de Círculos existentes, así como sobre el número de sus militantes. Era una época de mucha agitación, y la militancia se desarrollaba en muchas ocasiones a distintos niveles: la Comisión Obrera de Empresa, la Plataforma, los Círculos de Formación de Cuadros, además de la exigencia de la propia jornada laboral. Esto unido a la situación de clandestinidad, hace muy difícil establecer un número aproximado de militantes, además los nombres utilizados, tanto los de las personas como los de los Círculos, se ponían en clave.

En la Coordinadora del 22 de enero de 1970[19] la denominación de los Círculos ha cambiado completamente ajustándose más a las zonas geográficas, en el acta de la asamblea se recoge que acuden representantes de: Zona Franca, Guineueta y Congreso, Trinidad, Bajo Llobregat, Varios, Pueblo Nuevo, San Adrián, Borne y Grupo

---

18 «Coartada», IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1735. El documento está marcado como «Coartada» y a pesar de que marca unos 60 asistentes quizás sea un poco arriesgado darle un valor de acta ya que era extraño que con las condiciones de clandestinidad se recogieran datos tan concretos sobre los asistentes a una asamblea.

19 «Resumen Coordinadora Círculos. 22 enero de 1970», IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1735.

Observador. Por lo que viene reflejado en las intervenciones, que se centran en establecer un programa de estudio, los grupos más activos eran los de Zona Franca, Bajo Llobregat, Varios, Trinidad y Pueblo Nuevo. El resto de los Círculos o estaban en proceso de organización, como era el caso de Guineueta y Congreso o Borne o como el de «San Adrián» eran el resultado de una separación a partir del Círculo Pueblo Nuevo. Si bien es cierto que con posterioridad, aparecen todavía documentos firmados como Los Mismos o Los Pájaros; la documentación encontrada no permite afirmar si se estructuraron por zonas, ramos o más bien por afinidad-amistad, aunque en las entrevistas con diferentes militantes estos afirman que se agrupaban por sectores: banca, sanidad, enseñanza, gráficas, barrios y profesiones liberales.[20]

Las coordinadoras

En las coordinadoras se intentaba proponer unos esquemas o ejes principales de discusión que luego serían debatidos en los distintos Círculos. El problema fundamental era su falta de preparación teórica. Los militantes de los Círculos eran conscientes de que a lo largo de la historia del movimiento obrero, ya se habían planteado estos mismos problemas en otras ocasiones. Sin embargo, a pesar de entender la reflexión en clave histórica, no fueron capaces de actualizarla, de acercarla a su práctica cotidiana. Para tratar de solventar estas carencias, se planteó la cuestión de a quién a acudir, ¿de nuevo a los intelectuales?:

> Se consideró que lo interesante no era aprender de memoria, sino dominar el método de análisis, que nos proporciona criterios para sacar nosotros mismos las conclusiones en cada caso o situación. Los más leídos propusieron una serie de textos de Marx, pero la mayoría de los militantes teníamos dificultades en extraerles el jugo. Se llegó a una situación de círculo vicioso. No teníamos capacidad teórica por no tener método de análisis y no teníamos método de análisis por falta de capacidad teórica. Alguien habló de recurrir a los intelectuales para que nos sacasen del atolladero, lo que volvió a poner sobre el tapete la cuestión de los intelectuales y su relación con el movimiento obrero, que habíamos resuelto muy alegremente, cortando de un hachazo el cordón umbilical.

---

20 Entrevista con Ramón Pin, julio de 2005.

No lo hicimos por obrerismo innato, pues las experiencias que tuvimos con ellos las dos veces que solicitamos su ayuda, fueron francamente desgraciadas.[21]

La formación se basó sobre todo en la historia del movimiento obrero. Las lecturas de Marx, Engels o Lenin se acompañaban de otras de Rosa Luxemburgo, Gramsci, Debray, Bolloten, Leford, Djilas. Pronto estas lecturas empezaron a superar la capacidad de comprensión teórica de gran parte de los asistentes a los Círculos.

Los textos más críticos con el leninismo (Pannekoek, Castoriadis, Korsch, Luckacs o la influencia de la Internacional Situacionista) que hubieran podido ayudar a dar una interpretación teórica a una inquietud crítica surgida de la práctica, llegaron más tarde, cuando la crisis de los Círculos, ante la imposibilidad de dotarse de una mínima coherencia interna, les llevó a la división.

Los Círculos de Formación de Cuadros pretendían ser un lugar de exploración de nuevas formas de aprendizaje y de organización, pero también buscaban experimentar con una nueva práctica de la «lucha», intentando eliminar al mínimo posible la distancia entre la construcción teórica y la práctica. No pretendían dotarse de un programa preconcebido, su idea era construirlo colectivamente, «teorizando la práctica».

Teorizar la práctica

Durante todo el año 1970 los Círculos continuaron reuniéndose cada semana. Las reuniones se realizaban en los lugares más insospechados: casas de la burguesía, iglesias, centros de enseñanza, incluso en el obispado. La prioridad de los Círculos no era tener un programa claro sino que éste fuese elaborado colectivamente. Tal y como se lee en el siguiente documento:

Esquema de discusión

[...] Es importante tener en cuenta a la hora de elaborar sobre estos puntos y de sacar conclusiones, que éstas, por corresponder a un momento histórico muy concreto, corresponden por lo mismo a una postura provisional y transitoria y no

---

21 José Antonio Díaz Valcárcel, *Entre el fraude y la esperanza, op. cit.,* p. 227.

> deben tener nada ni de dogmáticas ni de conclusiones fijas e inamovibles, sino que deben tener como norma una amplitud y apertura a todas las discusiones y sugerencias que se nos puedan hacer y por lo tanto, en todo momento pueden ser replanteadas y reelaboradas.[22]

La insistencia sobre la «postura provisional y transitoria» viene a remarcar el aspecto de coordinación: la coordinadora propone unas líneas de reflexión y cada Círculo debe reunirse y discutir las propuestas haciendo avanzar el debate y aportando un documento para la próxima asamblea. Se pretendía huir así de todo dogmatismo, evitando fijar en todo un momento un programa fijo, lo cual vendría en cierto modo ligado a la fundación de un nuevo partido.

Como ya hemos apuntado, la reflexión entorno a las relaciones entre los Círculos y Plataformas también fue uno de los puntos centrales:

> A) Criterios políticos y de militancia:
> 1.- De los militantes de Círculos en las plataformas:
> Funciones de la plataforma
> Carácter de las mismas
> Relación de Círculos-plataformas
> 2.- De los Círculos como tales:
> Nivel de militancia a exigir
> Control de militancia
> Vinculación entre Círculos
> Prospección: - nivel de militancia
> criterios para la prospección
> base de prospección: clase
> ideología
> campo
> Carácter de clase de los Círculos:
> – Frente de lucha
> – Proletarización
> – Origen e ideología
> Relación con otros grupos a nivel de base
> B) Conclusiones políticas[23]

22 «Esquema de discusión», IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1735.
23 *Ibidem.*

Repasando las distintas aportaciones a la coordinadora podemos afirmar que la imagen de las Plataformas era más o menos unitaria. Se las veía como el espacio de coordinación de las distintas Comisiones Obreras de Empresa. Su objetivo era generalizar la lucha y en cierto modo orientarla. Debían ser un lugar donde se analizara la práctica desde la propia experiencia, no desde planteamientos «práctico-teóricos». También deberían servir para contactar con nuevos militantes.

Desde el primer momento, los Círculos acusaron la falta de un programa político claro. Muchos de los participantes no llegaron a entender nunca que lo que se pretendía era que el programa político emanara directamente de la clase, de la práctica de lucha en las Comisiones Obreras de Empresa. Ante la dimensión de innovación y búsqueda que suponía este tipo de organización, algunos sectores empezaron a impacientarse, abogando por la necesidad de crear la «verdadera» Organización de la Clase. Inevitablemente, en este proceso las diferencias se fueron agudizando y en mayo[24] el «Círculo» en el que militaba Diego Fábregas,[25] presentó el documento: «Propuesta sobre el carácter, formas organizativas y función política de los Círculos». El grupo de Fábregas defendía que la función de los Círculos era doble:

> [...] una es la de impulsar desde dentro el desarrollo de la organización de clase, con unos criterios mínimos comunes que habría sido fruto de la discusión colectiva, tanto en los organismos del M.O. como en los C.; la otra es la de ir preparando los cuadros obreros que participarán en la creación del futuro partido obrero.[26]

---

24 Mayo de 1970.

25 Conocido como «El Pájaro» fue uno de los líderes de los grupos resultantes de la ruptura de los Círculos, posteriormente fue también un destacado militante de la OICE. Finalmente, acabó ingresando en el PSOE donde ocupó cargos de responsabilidad y llegó a ostentar un importante puesto en la administración cuando este partido llegó al gobierno. Como muchos otros arribistas tuvo problemas con la justicia, en concreto por un escándalo de especulación inmobiliaria. Se trata sólo de un ejemplo típico de como se puede cambiar fácilmente de ideología ante la posibilidad de ostentar una posición de poder. Sobre su punto de vista acerca de este proceso véase: Diego Fábregas, («Jerónimo Hernández»), «Aproximación a la historia de las Comisiones obreras y de las tendencias forjadas en su seno», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, núm. 39-40 (octubre 1972-enero1973).

26 «Propuesta sobre el carácter, formas organizativas y función política de los Círculos», IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1735.

Mientras que una parte de los Círculos pretendía superar la interpretación clásica del concepto de «vanguardia», proponiendo cuestiones como la de «vanguardia transitoria»[27] y se acercaban cada vez más a tendencias consejistas[28] en su intento de superación del leninismo como única forma organizativa, el grupo de Fábregas abogaba claramente por un partido leninista con pretensiones no autoritarias.

Antes de centrarnos en la crisis que llevó a la ruptura es importante hablar de la organización más formal. A la coordinadora acudía un representante de cada Círculo que era elegido de forma rotativa. Las funciones de la coordinadora eran las de discutir sobre las diferentes aportaciones de los Círculos (presentadas por escrito), e informar sobre el funcionamiento de los Círculos y sus avances.

Para la preparación de los estudios y la elaboración de textos se elegía un equipo. De hecho, eran los propios Círculos quienes ofrecían a las personas que consideraban más capacitadas. Además intervenían personas ajenas a los Círculos como por ejemplo Víctor Alba.[29]

Un aspecto destacable de los Círculos es que comenzaron a compilar un gran número de libros prohibidos para conformar una biblioteca al servicio de los trabajadores. Este proyecto alcanzó su máximo desarrollo en la época de los GOA. Dora,[30] la responsable de la Biblioteca de los GOA, calculaba que habían reunido unos 3.000 ejemplares.

Los Círculos no tenían un órgano de expresión propio, pero se encargaron de la publicación de octavillas de solidaridad y de todo el material necesario para apoyar las huelgas, aunque nunca fueran firmadas como Círculos. La única publicación que impulsaron los Círculos fue el *Diccionario del Militante Obrero*, una obra publicada en Toulouse

---

27 «Síntesis de la Asamblea»: «Organización de vanguardia con carácter transitorio, es decir, mientras la verdadera organización de la clase no surja a partir de los comités o comisiones». IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1735.

28 El consejismo se sitúa al margen y frente al leninismo y se reivindica del marxismo revolucionario, abogando por la autoemancipación de la clase obrera y la dictadura del proletariado moderno, al que ya no sirve el encuadramiento en estructuras organizativas de tipo partidista y sindical. Nacido del comunismo de izquierda de los primeros tiempos de la III Internacional, especialmente de la denominada «izquierda germano-holandesa», el consejismo no se constituye como tal hasta los años treinta, teorizado sobre todo por Anton Pannekoek. Sergi Rosés Cordovilla, *op. cit.,* p. 53.

29 Victor Alba, *Sísif i el seu temps: costa amunt,* Barcelona, Laertes, 1990. p. 220.

30 Entrevista con Dora, julio de 2005.

con la ayuda de Oriol Solé bajo el nombre de Equipo Exterior Nuestra Clase. Éste fue el nombre adoptado por Oriol para denominar a la gente que se había encargado de la edición: «Un estudiante de Madrid que ha conocido en "Acogida Española" llamado Vicente Sánchez-Bermejo, una joven francesa que vivía en su mismo apartamento, un hijo de un exiliado español residente en Pau, etc.».[31] La denominación de «exterior» aludía claramente al hecho de que se situaban en Toulouse, y *Nuestra Clase* fue el nombre que recibió el órgano de expresión de Plataformas. A pesar de las acusaciones de formar un «grupúsculo» más, los Círculos no debían «tener personalidad propia de cara al exterior».[32] De hecho, el *Diccionario* fue publicado como si fuera iniciativa de Plataformas y con las siglas de Comisiones Obreras, ya que fue financiado por sus propios militantes. La publicación de este *Diccionario* plasmaba, en cierto modo, uno de los objetivos principales de los Círculos: fomentar la formación teórica entre los militantes obreros. En la introducción del mismo hay una justificación del «porqué» del *Diccionario*:

> Se trata solamente de que no sea la minoría privilegiada de siempre la única que tenga acceso a la elaboración teórica y a la comprensión de los análisis y desarrollos explicativos.
>
> Sin bibliotecas, ni escuelas, ni prensa obrera libre, ¿qué tiene a su alcance el obrero de una empresa para iniciarse en los principios del marxismo? [...]
>
> No pretendemos decir que el problema del lenguaje excesivamente técnico –tecnicidad que a menudo sólo intenta exultar oscuridad, imprecisión ideológica– esté resuelto por medio de un *Diccionario*. El problema radica en la poca claridad de nuestros pretendidos teóricos, que son incapaces de explicar las cosas de una manera comprensible para la mayoría.
>
> Tampoco pretende este *Diccionario* suplir la ausencia de publicaciones que traten la problemática obrera. Ni, mucho menos, debe servir para ahorrarse el trabajo lento y laborioso de la lectura y el estudio. Si así fuera, cumpliría un flaco servicio.[33]

El proceso de escritura del *Diccionario* fue muy largo. Se trata de un proyecto que comenzó en 1969, aunque «se vio retrasada su confección por la negativa, más o menos encubierta, de numerosos *intelectuales*, a

---

31 Sergi Rosés Cordovilla, *op. cit.,* p. 35. A parte de Oriol Solé ninguno de los colaboradores del «Equipo Exterior» participó en el MIL-GAC, que a esa altura todavía no existía.

32 «Trabajo hecho por el Círculo "Los Rayos" para el esquema de discusión de la asamblea», IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1735.

33 *Diccionario del militante obrero,* Toulouse, Equipo Exterior-Nuestra Clase, 1970.

quienes se pidió redactar uno o varios términos. Algunos de los más conocidos del mundillo político de la época fueron por lo menos sinceros: exigían dirigir y controlar la totalidad del *Diccionario* a cambio de su colaboración de 20 o 40 líneas...»[34] Los términos elegidos se sacaban de las revistas y panfletos de la época, al final resultaron unos 280, la mayoría elaborados por los propios obreros. Gran parte de su autoría se debe a José Antonio Díaz y a otros miembros de plataformas, y el único «pensante» que parece seguro que colaborara fue Santi Soler.

La ruptura

Como hemos visto, las contradicciones iniciales de los Círculos fueron la causa de su ruptura. Se podría decir que el proceso implicaba una lentitud intrínseca: pretender extender la formación teórica entre los proletarios no es labor de unos meses ni mucho menos. Uno de los problemas básicos de la naturaleza humana es el inmediatismo, que siempre se ve acentuado en las organizaciones revolucionarias. Los diferentes Círculos avanzaron con ritmos distintos, pero pronto hubo quienes se sintieron preparados para pasar a un estado «superior» en la lucha, con la idea de que la única solución pasaría por encuadrarse en uno de los partidos ya existentes o fundar uno nuevo.

La pretendida crítica inicial de los Círculos al partido, como la única forma organizativa de los revolucionarios, no caló por igual en todos los asistentes. El hecho de que se tratase de una organización que por sus propias características nació sin un programa estructurado pesó desde el principio. Intentar que este programa fuese construido con la participación de todos suponía un salto para el que probablemente muchos de los participantes, demasiado acostumbrados quizás a ser ejecutores, activistas y no teóricos, no estaban preparados.

La insistencia en dotarse de un método de análisis como paso previo para la construcción de la organización de clase se demostró en cierto modo, una idea equivocada:

---

34 José Antonio Díaz Valcárcel, «Pero hay quienes luchan toda la vida, esos son los imprescindibles», Barcelona, s.n., 1985.

> Por creer que la posesión de un método de análisis era previo para la comprensión del sentido de la historia. Así durante un año toda interpretación de la historia ha estado suspendida en función de la adquisición de ese método de análisis. En esta búsqueda cometimos varios errores sucesivos:
>
> 1) Creer que el método de análisis era algo «en sí», desligado de la teoría marxista, comprendida en toda su extensión.
>
> 2) Cuando al cabo de unos meses nos dimos cuenta de que el método de análisis es sólo algo que se adquiere cuando se posee una cierta familiaridad con el marxismo y con los textos marxistas, nos pusimos febrilmente a leer textos marxistas que resultaban incomprensibles para la mayoría de nosotros.
>
> 3) Finalmente se vio la necesidad de montar un cursillo de marxismo pero como una actividad «aparte» de los Círculos.
>
> 4) Sigue sin verse, a pesar de la necesidad del cursillo de marxismo, que el método de análisis también se adquiere empezando a analizar y para comprender el sentido de lo que estamos viviendo actualmente (descomposición del M.O., descalificación de los partidos políticos existentes) hay que empezar a analizar el sentido de la historia del M.O. español e internacional, haciendo hincapié en la historia del Partido Bolchevique antes, durante y después de la Revolución Rusa.[35]

Este texto es de gran ayuda para comprender el proceso que llevó a la ruptura de los Círculos. Tal y como ya se ha avanzado, fueron las contradicciones iniciales, que nunca llegaron a ser superadas, lo que finalmente llevó a la ruptura. En cualquier caso es cierto que este texto responde a una visión particular, que generó bastante conflicto, incluso en el interior del propio «Círculo los Rayos». De hecho, este último se rompió a raíz de la presentación de otro nuevo documento.

En diciembre los Círculos de Formación de Cuadros se rompieron en cuatro ramas. Una de ellas conservó el nombre tanto de Círculos como de Plataformas. Sin embargo, el grupo que intentó seguir profundizando en los criterios iniciales de los Círculos adquirió el nombre de Grupos Obreros Autónomos. Las otras tres ramas acabaron organizándose, más o menos rápido, como un partido leninista clásico.

En todo caso, los dos grupos más numerosos resultantes de la fragmentación de Círculos fueron el que se reunió en torno a Fábregas y los propios GOA. Los primeros se apropiaron de los nombres modificándolos un

---

35 «Trabajo hecho por el Círculo "Los Rayos" para el esquema de discusión de la asamblea», IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1735.

poco, se llamaron Círculos Obreros Comunistas Autónomos, (que rápidamente quedaría como Círculos Obreros Comunistas (COC)) y Plataformas Anticapitalistas. En 1974 los COC se organizaron definitivamente en un partido bautizado como Organización de la Izquierda Comunista de España (OICE). Tuvieron una implantación importante, sobre todo en el Vallés y Pomar. Por otro lado los GOA, se radicaban sobre todo en las Plataformas de la Zona Norte (Poble Nou y Santa Coloma) y en las de la Zona Sur (Zona Franca).

De las dos escisiones minoritarias, una pasó a integrarse en la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), con quienes ya se habían establecido contactos con el fin de establecer una coordinación con los Círculos. No obstante, pronto chocaron con el centralismo de la ORT española, reagrupándose en la búsqueda de la autonomía perdida en torno a la revista *El topo obrero*. La otra se organizó como partido marxista-leninista, con la particularidad de que la estructura contaba con un organismo formado a partir de la base, cuya función era intentar controlar la actividad del Comité Central. Este partido fue la Unión Comunista de Liberación (UCL).

En las escisiones «clásicas» quien conserva el tampón es quien continúa en cierto modo con la organización. En este caso, no había «tampón» ya que los Círculos no tenían realmente ninguna entidad de cara al exterior. Sin embargo, el grupo que continuó con el proyecto de la Biblioteca y seguramente con el «aparato» fue el que acabó conformando los GOA. También es cierto que fue la única rama que no terminó en un partido político. Por todo ello se puede afirmar que los GOA fue el único grupo que continuó profundizando en la reflexión sobre la *autonomía*, en cierto modo, con los presupuestos iniciales de los Círculos.

Los Grupos Obreros Autónomos (GOA)

Si acercarse a los Círculos de Formación de Cuadros supone ya un ejercicio de microhistoria, en la misma medida en que se trata de un grupo muy reducido,[36] el estudio de los Grupos Obreros

---

36 Si bien se puede afirmar que por su relevancia, y a pesar de su corta duración (de finales de 1969 a diciembre de 1970), era la segunda fuerza organizada dentro del movimiento obrero de Barcelona tras la posición «antifranquista» del duo, ya consolidado, PSUC-CCOO.

Autónomos no tendría ningún interés si se atiende a criterios meramente cuantitativos. El análisis en profundidad de este grupo y de sus intervenciones tiene sentido, sin embargo, por su enorme capacidad de innovación cualitativa.

Por otra parte, estudiar los GOA tiene interés también porque hasta ahora ha sido un campo historiográfico prácticamente virgen. De hecho, el único trabajo específico realizado sobre los GOA, elaborado por Maggie Torres,[37] confunde absolutamente los Círculos de Formación de Cuadros con los GOA, y les atribuye publicaciones que en realidad fueron realizadas por Círculos o Plataformas (si bien en su elaboración participasen miembros de GOA). También establece una conexión organizativa con el MIL-GAC, que difícilmente se sostiene en términos exclusivamente temporales. El resto de autores que han hablado de los GOA lo han hecho dentro de trabajos sobre el MIL-GAC. Todos explican la organización en torno a tres equipos: el «Equipo Obrero» formado por el grupo en torno a José Antonio Díaz y Manolo Murcia; el «Equipo Teórico» integrado principalmente por Ignasi Solé y Santi Soler, y el «Equipo Exterior» que forma Oriol Solé tras la fusión con «Vive la Comune»[38] y que daría lugar al «1000».[39] Telesforo Tajuelo afirma que:

> Acabada la huelga de la Harry Walker, aparecen los Grupos Obreros Autónomos (GOA). A partir de ese momento, ya no se volvería a hablar de los tres equipos, puesto que se fusionaron en los GOA.[40]

Si bien es cierto que acabada la huelga de la Harry Walker aparecieron los GOA, el resto de la afirmación es completamente falsa, nunca existió una fusión entre los GOA y el resto de equipos. Lo único que hubo

---

37 Maggie Torres, «The development of a new politic: the Autonomous Workers Groups (los Grupos Obreros Autónomos) in Barcelona during the last years of Francoism, 1968-1975», *International journal of Iberian studies,* 11, núm. 1 (primavera 1998).

38 En enero de 1971. Grupo al que pertenecían Rouillan, Torres y Oller, y que principalmente realizaba acciones de agitación callejera.

39 En esta primera etapa, y ya como «1000», se realizaron algunos atentados contra intereses españoles, expropiaciones de material, en concreto libros y maquinaria de impresión. En esa época, hasta la detención de Oriol Solé a finales de marzo, tan sólo se realizó una «socialización armada económica». Con Oriol en la cárcel (hasta mayo de 1972), comienzan a funcionar los GOA. Es aquí donde adquiere todo el peso la hipótesis de que la colaboración, además de breve, fue más teórica y a nivel personal que organizativa, ya que los GOA, en el primer trimestre de 1971, apenas estaban empezando a coordinarse.

40 Telesforo Tajuelo, *El MIL, Puig Antich y los Gari,* París, Ruedo Ibérico, 1977, p. 26.

es un contacto personal con Oriol Solé (el llamado equipo exterior), antes de la conformación de los MIL-GAC como grupo armado y con Santi Soler e Ignasi Solé[41] en lo que se refiere al intercambio teórico. Los trabajos posteriores, tanto el firmado por Carlota Tolosa,[42] o el de Josep María Huertas Clavera[43] siguieron, sin crítica alguna, esta explicación. Sólo Sergi Roses[44] ha profundizado en este aspecto, llegando a la conclusión de que no hubo unificación, pero si colaboración e intercambio de información, lo cual es completamente cierto.

Valoración crítica del pasado

Uno de los grupos que formaba parte de los GOA realizó una «Valoración crítica del desmembramiento de los Círculos».[45] El documento, fue leído en la primera asamblea de los GOA. Comenzaba con un repaso del proceso de formación de los Círculos y de sus objetivos iniciales, para después extraer algunas conclusiones:

> Las últimas luchas habidas en Barcelona demuestran y confirman que el sectarismo no es un hecho aislado, sino que ninguna organización política conocida ha podido evitar caer en él. La creación de una burocracia, en la dirección de cada grupo o partido, tampoco es un hecho esporádico o pasajero. El dirigismo por parte de los intelectuales es también norma en los grupos políticos, donde la división entre pensantes y ejecutantes no es accidental, sino una consecuencia lógica de su funcionamiento interno. Quien tiene hoy acceso a la teoría son los intelectuales, que no están

---

41 Ambos serán considerados por los GOA como «intelectuales» separados de la clase, demostrando poco interés por una supuesta «unificación». Para los GOA, los intelectuales debían ponerse al servicio de la clase y en ningún caso mostrar a los obreros «el camino a seguir». Esta «unificación» iría completamente en contra de los ejes principales de la reflexión tanto de Círculos como de GOA: *teorizar la práctica* y la no separación entre pensantes y ejecutantes.

42 Carlota Tolosa, *La torna de la torna: Salvador Puig Antich i el MIL,* Barcelona, Empuries, 1999 (1ª ed. en 1985).

43 Josep Maria Huertas Clavería, «Mil, l'organització que tingué màrtirs i sigles sense voler-ho», *L'avenç*, núm. 69 (marzo 1984).

44 Sergi Rosés Cordovilla. *op. cit.*

45 «Valoración crítica del desmembramiento de los Círculos», IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI. carpeta 1517, anexo núm. 13. Hay que tener en cuenta que esta valoración fue redactada seguramente de cara a la primera asamblea de los GOA que tuvo lugar el 8 de diciembre de 1971, casi después de un año de funcionamiento como GOA.

> dispuestos – a menos que se les obligue–, a jugar un papel de servicio y no de dirección. El dirigismo dentro del partido o grupo engendra el dirigismo del partido con respecto a la organización de clase.

Cuando hablan de las últimas luchas se refieren al año 1971: la Maquinista, Philips, Faessa, barrio de Santa Coloma[46] y en especial la Harry Walker.[47] En esta última, a partir de un paro organizado en solidaridad con el proceso de Burgos, en diciembre de 1970 se produjo una escalada del conflicto que culminó con una huelga de 62 días, una de las luchas más largas del tardofranquismo. Desde el primer momento, se formó un Comité Unitario de huelga en el que a los cuatro días de que comenzara la huelga se expulsó a los miembros del grupo Proletario.[48] La razón estuvo en que el propio Comité Unitario consideró que los militantes de este grupo realizaban propaganda partidista. Con el Partido Comunista Internacional (PC(i)) el conflicto fue de un carácter completamente distinto: tras calificar el Comité Unitario como un grupo de pequeños burgueses, se autoexcluyeron por propia voluntad y entraron a trabajar en plena lucha.[49] La crítica fue dirigida también contra Bandera Roja que en Santa Coloma abandonó el Comité Unitario por considerar que no era lo bastante político.

La crítica estaba dirigida a estos dos grupos en particular, pero era extensible al resto de la izquierda. El análisis era prácticamente el mismo, casi idéntico al que se realizara con ocasión de la lucha entre el FOC y el PCE por el control de Comisiones: sectarismo, dirigismo y burocracia. En el mismo documento, consideraban que el resurgimiento del movimiento obrero español se encontraba en una crisis profunda:[50]

---

46 Lucha en torno a la mejora de las infraestructuras del barrio, en concreto la construcción de un ambulatorio.

47 La huelga de Harry Walker es considerara por muchos como la primera huelga asamblearia de Barcelona pero como bien apunta Miquel Amoros en el artículo *Génesis y auge de de la autonomía obrera en España (1970-1976)* no hay que olvidar la huelga de Blansol en 1968, o la importancia de las asambleas en las huelgas de La Maquinista en enero-marzo de 1970 o de Macosa en diciembre de ese mismo año.

48 Proletario es en ese momento la organización obrera de la futura Liga Comunista Revolucionaria (LCR) de origen troskista.

49 Trabajadores de Harry Walker, *Harry Walker: 62 días de huelga,* -12-70 – 15-2-71, Barcelona, Trabajadores de Harry Walker, 1971.

50 En 1971 el número de conflictos fue de 616, en comparación con los 1595 de 1970. El número de trabajadores implicados se redujo también pasando de 460.902 en 1970 a 222.846 en 1971. En los dos años siguientes la conflictividad creció de forma moderada para aumentar, luego exponencialmente a partir de 1974. Balfour, Sebastián, *op. cit.,* p.160.

> Crisis teórica. Frente a los dogmáticos marxistas, nosotros afirmamos que el marxismo es praxis, y como tal, cambio, adecuación a las nuevas realidades. La crisis teórica actual es una crisis de análisis, de sentido histórico de las nuevas realidades.
>
> Crisis práctica. El problema de la acción revolucionaria es el problema de su innovación permanente. Si luchamos por un hombre nuevo y una sociedad nueva, hay que adecuar a la novedad de los fines unos medios nuevos. Pero falta capacidad para proponer nuevas formas de lucha, que sean susceptibles de enfrentarse a la nueva fisonomía adoptada por el mundo explotador, que ha sabido inventar nuevas formas alienantes e integradoras.
>
> Crisis organizativa. Es, lógicamente, consecuencia de las anteriores. El proyecto revolucionario implica: a) el tipo de sociedad futura a la que se aspira, y b) los medios utilizados para conseguirla.

En el primer punto se rechaza el marxismo como una teoría acabada, entendido entonces como una práctica y replanteamiento constante (*teorizar la práctica*). La innovación práctica no puede detener su evolución ya que el capitalismo busca la forma más rápida de integrar y recuperar sus propias contradicciones. «No definición ideológica previa, pues eso supondría encerrar la riqueza de la práctica en la estrechez de unos moldes: eso sería convertir la práctica en una ideología que, como tal, es dogmática y sectaria».[51] Como consecuencia de esta primera crítica, la crisis práctica sólo podría ser superada con nuevas formas de acción.

En cierto modo avanzan las contradicciones que junto con la transformación del sistema productivo en los años siguientes dejaron a los trabajadores «desarmados» ante el desarrollo del aparato represivo.

Para luchar contra las tres causas principales de la crisis apuntan:[52]

> La autonomía de cada grupo obrero imposibilita el dirigismo. La coordinación rotativa y federada dificulta el burocratismo. La no definición ideológica y el no intentar construirse y desarrollarse como organización aparte impide que crezca el sectarismo. Nuestra postura se irá precisando a medida que avancemos en la acción [...].

---

51 «Criterios actuales sobre organización y funcionamiento de los GOA», agosto de 1971, IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1517.

52 «Valoración crítica del desmembramiento de los Círculos», IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1517.

La crítica que en principio partía del mismo punto de los Círculos se clarificó y se fue estructurando después. El siguiente punto demuestra un salto cualitativo en la reflexión, las lecturas de los marxistas heterodoxos llevadas a cabo en los Círculos comenzaron a calar entre los participantes de los GOA. En la parte final de la propia «Valoración Crítica del desmembramiento de los Círculos», y tras el epígrafe titulado «Una experiencia histórica: Los consejos obreros», introducían estas líneas a modo de conclusión:

> Nuestro estudio va en ese sentido, [...] No caeremos en el error de llamarnos consejistas, porque ninguna fórmula puede bastar cuando se trata de interpretar desde el punto de vista marxista un problema del socialismo, porque eso sería hacer del movimiento vivo de los Consejos, una ideología formal y sin contenido; sería una nostalgia del pasado, un consejismo sin consejos no tendría razón de ser y sería fácilmente recuperable por las burocracias de partidos y de sindicatos.
>
> Los Consejos Obreros son una experiencia internacional que ha adoptado la clase obrera en los momentos de lucha revolucionaria más radical. Este movimiento habla de asambleas, de autonomía de base, de permanente revocabilidad de los cargos, de formas de lucha, etc., pero no aborda para nada la problemática de qué tarea debe de plantearse el movimiento de los consejos. Se presentan como una exigencia de emprender la fase de transición hacia el comunismo. Es algo que está aún por hacer. Es algo que debemos estudiar, profundizar y poner en práctica, porque la experiencia histórica nos dice que la marcha hacia el comunismo pasa por los Consejos Obreros.

Sería fácil, a la vista de este texto, afirmar que los GOA no eran obreristas, ni anarcosindicalistas sino que pura y simplemente tomaban como referente los Consejos Obreros. Sin embargo hay que tener en cuenta que este documento estaba redactado por uno de los grupos coordinados en los GOA y que no recogía por lo tanto una línea conjunta. Lo que sin embargo nos permite afirmar es que el grupo en torno a José Antonio Díaz avanzó en su reflexión hacia posturas cercanas a los situacionistas.

Para entender la postura intelectual de José Antonio, es interesante el texto de la contraportada del libro *Entre el fraude y la esperanza,* redactado en 1972, justo después de dejar los GOA:

> Quien me califique de *anarquista* o de *obrerista*, que se cure en salud. En mi colección, esas etiquetas son de las más antiguas. Los doctrinarios del ultraconservadurismo disfrazados de teóricos del movimiento obrero, los estalinistas en

> conserva, me han dedicado otros epítetos menos halagadores. No voy a perder el tiempo en justificarme. Las huelgas *salvajes* de estos últimos meses en Barcelona, Vitoria, Ferrol... son los argumentos que más prefiero.

Rechazaba los epítetos *anarquista* u *obrerista*, con los que se había calificado a los GOA, si bien es cierto que el mismo José Antonio afirmó que los GOA se dirigían hacia el anarquismo más estéril, en el documento de justificación de su abandono del grupo. Esto demuestra que su evolución teórica iba en otro sentido. Las *huelgas salvajes*[53] eran sus argumentos, no buscaba una ideología separada de la clase antes al contrario pretendía mostrar a los obreros como luchaban ya, animándolos a teorizar la forma de lucha que estaban llevando a cabo, sin necesidad de grandes construcciones teóricas. Los GOA se encontraron así frente a dos posiciones contrastadas, una más anarquizante, en torno a Manolo Murcia y otra, en cierto modo, más «consejista» en torno a José Antonio.

Debemos tener en cuenta el peso que José Antonio y Manolo Murcia tenían dentro de los GOA debido a su larga trayectoria y a su experiencia de lucha. Todas las personas entrevistadas así lo reconocen:

> Yo creo que era muy temperamental uno, más intelectual el otro. Unos iban más por la formación un poco ideológica dialéctica y los otros más por una autonomía más asamblearia, más anarquizante. Al final todos se encontraron en la CNT.[54]

> Eran los que aglutinaban, eran líderes natos, eso se hace notar. Entre ellos también hubo mucha fricción, lo que pasa es que luego quedaron como íntimos amigos, ¿no? Y superaron muchas dificultades.[55]

---

53 Siguiendo la definición del *Diccionario del militante obrero*: «Huelga realizada al margen de los sindicatos neocapitalistas europeos o norteamericanos legales, que están sometidos a una serie de limitaciones: declaración de huelga con 15 días de anticipación, dialogar con la patronal en tanto que vendedores de trabajo de toda la clase obrera (pactos, participación en los planes de desarrollo, etc.), no poder reivindicar por encima del tanto por ciento establecido en los pactos anteriores (algo parecido a los Convenios Colectivos), encargarse de reprimir la acción obrera si ésta se sale de la legalidad y utiliza su violencia (como si fuera la policía de la empresa). Esto lleva a la lucha de clases a actuar al margen de los sindicatos en "huelgas salvajes", única forma de ir a la huelga sin avisar, pedir más de lo que los jefes del sindicato decidieron con el patrón, poder ir a la ocupación de la fabrica y a la acción violenta si es preciso. En España, al no haber derecho de huelga, todas las huelgas son "salvajes" (al margen de la CNS). Las huelgas que no están controladas por ningún grupo político o sindical son doblemente "huelgas salvajes"». Los términos subrayados son entradas del diccionario.

54 Entrevista con Ramón, junio de 2005.

55 Entrevista con Isabel Roura, junio de 2005.

> Había unas cabezas, que eran José Antonio... y Murcia, era gente que sabían muchas cosas. Era gente que venía de muchos años del movimiento obrero.[56]

Como vemos, dos líderes naturales que a pesar del largo camino recorrido juntos comenzaban a separarse. Se podría decir que, en cierto modo, Manolo era la *acción* y José Antonio la *reflexión*. La procedencia social de ambos era muy distinta:[57] José Antonio era hijo de un Magistrado de la Audiencia de Barcelona, estudió derecho en esta misma ciudad, para después ingresar en el Seminario de los Padres Blancos en Bélgica. A su vuelta a España, tras intentar ser ordenado «sacerdote obrero», y ante la negativa del Obispo, decidió abandonar la carrera sacerdotal y formarse como fresador. Manolo procedía del mundo de la inmigración, del chabolismo, de la explotación vivida desde la infancia. Sus caracteres eran complementarios: José Antonio era reservado, tímido, minucioso, metódico, organizado, intelectual. Manolo era extrovertido, le costaba la disciplina, rebosaba simpatía, tenía gran capacidad para hacer amigos.

Como decía Ramón, Murcia tendió hacia posturas más anarquizantes aglutinando en torno a sí a una parte de los GOA. El conflicto se fue agudizando y al final José Antonio decidió abandonar los GOA en marzo de 1972, bajo la consideración de que el mismo no podría aportar nada a la reflexión y de que los GOA no tenían nada que aportar al movimiento obrero. La reflexión de José Antonio tras separarse de los GOA apuntaba en este sentido:

> El liderismo es un peligro real que acecha especialmente a estos grupos, pues hunde sus raíces en lo más profundo de la psicología humana. Ante la ausencia de una dirección centralizada, fuerte y secularizada, se busca amparo en torno al individuo más capaz, que acaba sustituyendo, solo, al comité central y ejecutivo juntos.[58]

La cuestión del liderazgo también formó parte de la reflexión de los GOA. Como Maggie Torres apuntaba de forma acertada, en esta reflexión se acercaron en gran medida al pensamiento de Bakunin:

---

56 Entrevista con Esperanza Atarás, mayo de 2005.

57 José Antonio Díaz Valcárcel, «...pero hay quienes luchan toda la vida...», *op. cit.*

58 José Antonio Díaz Valcárcel («Julio Sanz Oller»), «La larga marcha del movimiento obrero español...», *op. cit.,* vol. 2, p. 101.

> A medida que el movimiento se desarrollaba, empezamos a comprender la complejidad de la cuestión del liderazgo. Aunque la estructura organizativa es fundamental para prevenir la formación de un liderazgo atrincherado, sea como sea, los líderes aparecen. Llegamos a la conclusión de que la única manera de impedir el desarrollo de un liderazgo en el modelo leninista era, en primer lugar, ser consciente del prestigio que uno tiene entre los trabajadores y hacer un esfuerzo consciente para frenarlo. Porque todos nosotros, la izquierda incluida, hemos estado imbuidos de valores autoritarios, educados en ansias de *dominar*. Entonces empezamos a hacer un poco de autocrítica dentro de nuestro grupo, para intentar llevar a la práctica diaria una conducta más igualitaria. Pienso que fue positivo, porque hubo un cambio notable en nuestro comportamiento. Empezamos a comprender la importancia política de este trabajo. Cada vez estoy más convencido de que este problema *psicológico* se resolverá si la izquierda puede salir de su *ghetto* y empieza a *escuchar* los sentimientos y aspiraciones de los trabajadores. Y fue este aspecto –lo que se podría llamar la *moral de la igualdad*– lo que entonces nos acercó al anarquismo.[59]

A pesar del peso específico de estas dos personas, vemos que había una profunda reflexión en torno al liderismo. De todas formas, no era el grupo José Antonio el único que dirigía su reflexión hacia la experiencia de los consejos obreros:

> La creación de los Grupos Autónomos fue la experiencia más emocionante de mi vida. Fue un periodo de exploración, sin limitaciones o teorías impuestas. Éste fue el aspecto más importante de la experiencia. La mayoría de la gente en los grupos había llegado a conclusiones negativas a través de sus propias experiencias. Todos rechazábamos el leninismo, la vanguardia revolucionaria y su correspondiente jerga, y estábamos buscando una nueva teoría. Leíamos ávidamente, sobre todo *marxismo crítico*: Pannekoek, Luxemburgo, Castoriadis. Los situacionistas también fueron una influencia, algunos habían venido a España en 1969. Sí, fue un tiempo muy excitante, leyendo, discutiendo y poniendo en marcha el grupo de barrio.[60]

Como vemos en esta entrevista, uno de los grupos más dinámicos, el de Santa Coloma,[61] avanzó en ese sentido teórico. En la misma época, las Plataformas siguieron una evolución teórica similar. Cabe resaltar el

---

59 Maggie Torres, *op. cit.,* p. 22.

60 Miembro del Grupo de Santa Coloma, entrevistado en 1979. Citado en Maggie Torres, *op. cit.,* p. 20.

61 El Grupo Obrero Autónomo de Santa Coloma se coordinó con los GOA a finales de 1971.

aspecto de innovación, de exploración, fundamental en las premisas iniciales de los GOA. Experimentar con total libertad, sin limitaciones en la búsqueda de una línea teórica, nunca ideológica, que fuese una verdadera creación colectiva, y no tan sólo de los propios miembros de los GOA, sino de toda la clase obrera. Hay que destacar, también, la fuerte influencia que tuvo el periodo inmediatamente anterior en la reflexión. El surgimiento de las Comisiones Obreras de forma espontánea a partir de 1962 fue analizado por miembros de los GOA como el surgimiento de incipientes Consejos Obreros. La teoría consejista era la que más se acercaba, según ellos, a la realidad de su lucha cotidiana.

Organización interna

Es difícil establecer la fecha en la que comenzaron a funcionar los GOA. Se puede apuntar que a partir de la ruptura de los Círculos en noviembre de 1970 empezaron a aparecer distintos grupos, surgidos en su mayoría a partir de la lucha en las empresas o en los barrios. Al principio, estos grupos eran independientes. Se coordinaban únicamente con el propósito de intercambiar información, para ayudarse en las acciones y para realizar alguna publicación. A medida que pasó el tiempo, poco a poco, se fueron coordinando, y fue cuando se dio curso a la necesidad de una entidad más estable que adoptó el nombre de GOA.

Un impulso fundamental fue la huelga de la Harry Walker y posteriormente la de la Maquinista en los primeros meses de 1971, así como las distintas luchas surgidas en los barrios. Isabel Roura[62] apunta que en principio los GOA no superarían la cifra de unas 30 ó 40 personas. En cualquier caso, al principio se estableció un Grupo Técnico, en el que se integraron los responsables del Archivo, la Biblioteca y el aparato de impresión, así como un coordinador, el responsable de la caja y dos responsables de contactos con el exterior. Estos primeros meses estuvieron especialmente dedicados a la acción, pero también a la reflexión ante la gran cantidad de conflictos que estallaban en Barcelona y que llevaron a los GOA a desarrollar una frenética labor de apoyo:

---

62 Entrevista, junio de 2005.

> Para mi la cosa de los GOA era ésta, de alguna manera actuábamos delante de situaciones concretas. Nos reuníamos para la formación. Nos reuníamos para la información de las acciones y ya está. Nos reuníamos también para salidas lúdicas, hacíamos encuentros, preparábamos comidas, pero a nivel de pasarlo bien.[63]

Los grupos se reunían una vez a la semana, a veces se organizaban salidas que conjugaban el trabajo teórico o ir a buscar materiales con la diversión y la vida en grupo. Los pasos de la frontera con material eran frecuentes:

> Teníamos contacto con la gente del sur de Francia,[64] alguna vez habíamos ido a Perpiñán. Yo recuerdo haber llevado el coche, un 127 que tenía, cargado de libros y ahora pasamos por la frontera y a ver... muchas cosas, a veces eran casi panfletos... era como una aventura, nos cogen o no nos cogen... era arriesgarte. Íbamos mujeres, mujeres jóvenes y lo hacíamos así un poquito, para cuando pasabas le sonreías al policía y se daban cuenta que a lo mejor venías de ver una película de esas que no hacían aquí pero también te arriesgabas.[65]

Uno de los aspectos más innovadores de los GOA fue, a nivel práctico, la puesta en funcionamiento de la Biblioteca de libros prohibidos,[66] que ya se había empezado a reunir en la última época de Círculos, y que llegó a alcanzar unos 3.000 ejemplares. Estaba situada en un piso alquilado en el Clot (¡justo encima de una comisaría de policía!). El lugar era completamente clandestino y la identidad de la bibliotecaria también. Los libros no estaban tan sólo a disposición de los miembros de los GOA sino de todo el movimiento obrero de Barcelona. El proyecto de la biblioteca conectaba perfectamente con la insistencia que los GOA hacían en la formación teórica de la clase obrera para alcanzar la autonomía frente a intelectuales, partidos y sindicatos.

También se pondría a disposición de los obreros el Archivo que desde 1965 había ido recopilando principalmente José Antonio Díaz. En el se podían encontrar desde panfletos de las diferentes organizaciones

---

63 Entrevista con Esperanza Ataras, mayo de 2005.

64 En la correspondencia personal entre José Antonio Díaz y José Martínez Guerricabeitia he podido confirmar que se citaban habitualmente en Perpignan para intercambiar ideas y material. Además de la afinidad ideológica, con el tiempo, les acabó uniendo una fuerte amistad. IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 237.

65 Entrevista con Isabel Roura, junio de 2005.

66 Este párrafo está redactado a partir de las entrevistas con Dora y Ramón encargados de la Biblioteca, en julio de 2005.

políticas y sus publicaciones hasta los documentos internos de diferentes organizaciones de la época. Para entender el sentido del Archivo, debemos pensar que los GOA pretendían formarse en la historia del movimiento obrero, y analizar en clave crítica el presente, las formas prácticas en las que la clase obrera se enfrentaba a la explotación capitalista, con el fin de teorizar a partir de esta misma práctica. Pero también eran completamente conscientes de que la historia no terminaría con ellos, y qué mejor forma para contribuir a la formación de las futuras generaciones que intentar compilar la mayor cantidad posible de documentación referente a su momento histórico. Los Círculos y los GOA aceptaban estar fuera del *espectáculo* de su época, no eran grupos mediáticos, ni mucho menos, pero con la realización del Archivo, se negaban, de una forma más o menos consciente, a permanecer fuera de la historia.

En el terreno práctico, la tarea fundamental fue la de apoyar las numerosas huelgas que se daban en ese momento en Barcelona, esto es, la solidaridad:

> Bueno mira, pues había lucha en los barrios, había lucha en las empresas, entonces nosotros cuando nos reuníamos siempre había habido un contacto, gente que nos pedía ayuda o eso se decía. Sabíamos que en tal barrio había esa gente que estaba en lucha, que querían hacer una huelga, que querían distribuir octavillas. Había una chica de nuestro grupo que trabajaba en la residencia de Vall d'Hebron y hubo una lucha importantísima que hizo venir al ministro de Sanidad a Barcelona, y recuerdo que hubo una asamblea y estas chicas de los GOA le decían que pusieran la organización en manos de los trabajadores, que ellos sabrían gestionar mejor el funcionamiento del hospital. Y entonces una de estas chicas se tuvo que esconder, porque fue muy seguida y la tuve yo escondida en mi casa. Pero es que es tan difícil explicarte cosas metódicas... allí donde había lucha era la solidaridad. Yo recuerdo también que fuimos a echar octavillas, de las primeras cosas que hice, en una empresa importante que había allí en la calle Valencia, hacia el Clot. Fuimos a echar las octavillas porque las que empezaron allí el movimiento eran muy vigiladas por la empresa y entonces ellas no querían significarse tanto y si las encontraban a ellas echando octavillas pues podían irse no sólo a la calle, sino a la cárcel. Pues fuimos el grupo nuestro de los GOA, cubrimos todo el trabajo de hacer las octavillas, tirar las octavillas, seguir el proceso de la lucha. Entonces eran... ya te digo, yo recuerdo: hacer octavillas, ir a manifestaciones, tener el aparato en casa, tener una chica escondida en casa, ayudarlos a analizar la situación, los de la Philiphs... los de la Philiphs llevaron una lucha fantástica, los de la SEAT, la Pegaso...[67]

---

67 Entrevista con Isabel Roura, mayo de 2005.

Pero no sólo se quedaban en este apoyo, en cierto modo logístico, sino que se participaba activamente en las luchas intentando radicalizarlas y llevarlas al enfrentamiento directo con el capitalismo:

> [...] había una sucursal de Harry Walker, en Infanta Carlota, era un aparador de vidrio muy grande y entonces se tiraron cócteles molotov [...].[68]

La crítica interna que se realiza sobre acciones de este tipo no fue en ningún caso por el uso de la violencia: «Lo positivo que vemos es que dado que la destrucción del sistema capitalista será necesariamente violenta, debemos curtirnos ya en ella. El curtirnos con acciones fuertes nos dará más decisión y seguridad para acciones menos fuertes».[69] Se critica sin embargo el hecho de que no se hubiese reflexionado y discutido más antes de la acción, y la falta de organización que comprometió la seguridad tanto de los participantes como del resto de los GOA. Se insistía también en que la crítica no significaba que se debía estar ausente de la lucha, incluso de la lucha violenta, remarcando que eso no significaba que los GOA debían fundamentarse en este tipo de acciones.

Durante todo el año 1971, los GOA continuaron funcionando simplemente con una coordinadora que se reunía semanalmente y el equipo técnico que se encargaba de la caja, el aparato, la Biblioteca y el Archivo. Realizaron seminarios de formación y apoyaron las diferentes luchas que se dieron en la ciudad. Realizaron también una gran labor editorial que vamos a analizar en el siguiente apartado. También intentaron coordinarse con otros grupos afines: en concreto con los Grupos Obreros Autónomos de Santa Coloma, las Comisiones Obreras Independientes del Bajo Llobregat, un grupo de trabajadores de Banca, trabajadores independientes e incluso con los Círculos Obreros Comunistas. Esto demuestra que no se consideraron en ningún momento como los «únicos» depositarios de la autonomía del movimiento obrero. En febrero de 1972 se realizó una reflexión acerca de estos intentos de coordinación fallidos:

---

68 Entrevista con Rosa Tortosa, julio de 2005.

69 «Reflexión sobre una acción», noviembre de 1971, IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, Carpeta 1517.

¿Por qué nuestros esfuerzos de reunificación de todas las tendencias autonomistas han sido supendidos?

– Con el Bajo Llobregat, a causa de nuestra poca incidencia en las empresas y del leninismo de sus dirigentes, aunque no de la base.
– Con el Bajo Llobregat, a causa de nuestra poca incidencia en las empresas y con el Vallés, a causa de la habilidad maniobrera del Pájaro, que ha sabido hacer estallar nuestras contradicciones, para atraer a nuestros simpatizantes y aislarnos, sin haber sido capaces de llegar a su base.
– Con el Bajo Llobregat, a causa de nuestra poca incidencia en las empresas y con los GOA de Santa Coloma, porque ellos se aclaran, por lo que parece, aún menos que nosotros.
– Con el Bajo Llobregat, a causa de nuestra poca incidencia en las empresas y con los de Banca, la interrupción fue decidida sin discusión suficiente en los grupos, y por un problema de centralismo que nosotros aplicamos ahora en parte.

Con los independientes, porque no tenemos nada concreto que ofrecerles.[70]

La Editorial Obrera Clandestina

La tarea editorial fue una de las labores que ocuparon más tiempo, personas y esfuerzo dentro de los GOA. La edición era realizada por el «Grupo Técnico». A finales de 1971 en un documento presentado en la segunda asamblea este grupo valoraba así su trabajo:[71] se habían realizado 120 clisés, seguramente para panfletos de apoyo a las distintas luchas; se picó también todo el libro de Harry Walker.[72] Se habló así de unas 100.000 hojas ciclostiladas; unas 2.000 diarias. Como vemos una frenética labor que llevó a los encargados a remarcar que habían descuidado la cuestión de la formación y proponían que no se trabajase por la noche. Hay que tener en cuenta que los miembros de GOA (así como la gran mayoría de personas organizadas en la época en distintos grupos políticos) sumaban a su jornada laboral las horas de trabajo práctico y de reunión, además de la participación en las diferentes acciones.

70 «¿Cómo desarrollar nuestros objetivos», Grupo Técnico, 4 de febrero de 1972, IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1517.

71 «El Grupo Técnico», IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1517.

72 Trabajadores de Harry Walker. *Harry Walker: 62 días de huelga, 16-12-70 / 15-2-71,* Barcelona Trabajadores de Harry Walker, 1971.

Podemos separar las publicaciones de los GOA durante el año 1971 en torno a dos ejes principales. Por una lado las publicaciones prácticas: *La lucha contra la represión* (marzo), *Cómo luchar contra los cronometrajes* (abril), *Harry Walker: 62 días de huelga, 16-12-70/15-2-71*(junio), *La lucha de Santa Coloma* (junio), *La lucha contra la explotación* (septiembre). Y por otro las publicaciones teóricas: *La Europa Salvaje* (enero), *Proletariado y Organización* (de Cardan,[73] abril), *Partido y clase obrera* (de Pannekoek, abril), *Los Consejos Obreros en Hungría* (de E. Mandel, en julio), *Notas para un análisis de la revolución Rusa* (de J. Barrot, septiembre), *El ejército insurrecional Makhnovista* (de Ugo Fedeli, en mayo de 1972).

Hasta las *Notas para un análisis de la revolución Rusa*, todos los textos aparecieron sin mención de editor, ya que en esta época los GOA habían acordado no aparecer como grupo de cara al exterior. Según Sergi Rosés[74] algunos de estos textos ya habían sido publicados por Plataformas: aparecieron sin mención del editor, porque se pretendía que fueran expresión de los miembros de Plataformas. Seguramente sea cierta la afirmación de Sergi Rosés, a pesar de que es muy difícil establecer una separación orgánica, ya que la editorial de los GOA, en el primer momento, estaba al servicio del movimiento, en particular de las Plataformas, y no estaba destinada a hacer propaganda de grupo. Es muy probable que tanto la primera impresión realizada por Plataformas, como las posteriores reediciones de los GOA fuesen realizadas con la misma maquinaria.

De todos modos, lo que está claro es que los responsables de estas publicaciones fueron principalmente Manolo Murcia, José Antonio Díaz y Marcelo López.[75] Las publicaciones teóricas de clásicos «consejistas», todas ellas traducidas del francés, se debieron en parte al intercambio teórico de Ignasi Solé y Santi Soler con José Antonio Díaz. Las publicaciones prácticas fueron redactadas por los propios participantes en la lucha como es el caso de *Harry Walker: 62 días de huelga, 16-12-70 / 15-2-71* o *La lucha de Santa Coloma*, y por José Antonio o Marcelo.

---

73 Pseudónimo de Castoriadis.

74 Segi Rosés Cordovilla, *op. cit.,* p. 88.

75 Como vimos, compañero de trabajo de José Antonio en Feudor, tras la ruptura de Cí temporalmente en la ORT, no pertenecerá nunca a los GOA pero mantendrá relación personal con José Antonio. Posteriormente colaboró con las Ediciones Mayo del 37 puestas en marcha por el MIL.

La labor editorial de los GOA prosiguió en el intento de *teorizar la práctica* y de profundizar en el análisis de la historia del movimiento obrero, en particular de la Revolución Rusa y su evolución posterior, así como del Partido Bolchevique. Las obras tienen un alto interés ya que, en cierto modo, se intentaba proporcionar un compendio teórico para que los obreros pudieran, libres de la influencia de los partidos y de los programas, teorizar su práctica cotidiana y avanzar en la construcción de la futura «Organización de Clase». De este modo, no se confrontaba a los obreros ante un programa cerrado, realizado por una «vanguardia», sino que se les invitaba a la reflexión y construcción en común de dicho programa.

A finales de 1971 aparecieron también hojas informativas no numeradas tituladas como: *Grupos Obreros Autónomos informan*. Tienen un claro carácter contrainformativo, recogiendo diferentes luchas que tenían lugar en todo el Estado español. Tras la exposición de los hechos se realizaban unas breves conclusiones que en ningún momento son llamamientos a unirse a los GOA (como ocurría con la mayor parte de la prensa clandestina publicada por las distintas organizaciones políticas), sino que intentaban insistir en la necesidad de superar la lucha meramente sindical-económica para profundizar en la importancia de la *solidaridad de clase* y de la creación de una *Organización de Clase autónoma.* En el último párrafo de la editorial se puede leer:

> Llamamos a todos aquellos trabajadores preocupados por el problema de la creación de la organización de clase, a unirse para la creación de un boletín informativo, que será un paso importante para unificar tantos esfuerzos hoy dispersos.[76]

Este llamamiento no era una mera consigna unificadora. Desde los GOA se estaba impulsando la creación de una revista mensual obrera que no llegó a concretarse. La revista pretendía comenzar en un primer momento en Cataluña pero se apuntaba la posibilidad de que se extendiese al resto del Estado en la medida en que eso fuera posible. Sus objetivos generales enlazan con los objetivos de los GOA:

---

76 *Grupos Obreros Autónomos informan*, de octubre de 1971 y 27 de octubre de 1971, IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1517.

> [...] El M.O. necesita armas para luchar contra la ideología dominante, que es la ideología de la clase dominante. La posibilidad de ofrecer estas armas sólo es posible, hoy, por medio de la prensa obrera. [...] Es preciso unificar esfuerzos en este sentido, para poder ofrecer un órgano bien documentado, ampliamente difundido en las empresas y en los barrios, escrito por los trabajadores y que sea por ello capaz de expresar sus problemas. [...].[77]

En los objetivos específicos se puntualiza que debe ser una revista de información y divulgación, conjugada con el análisis de la evolución de la clase dominante y de los nuevos métodos de explotación.[78] Se mantiene la insistencia en dar a conocer la historia de la clase obrera en lucha para dar los instrumentos que sirvan para el nacimiento y potenciación de la lucha obrera en sus diferentes niveles.

Con esta iniciativa se pretendía cumplir también una labor de acercamiento entre distintos grupos, señalando unos mínimos para poder entrar a formar parte del comité de redacción:

- Que el grupo representado sea de clase, tanto en su composición como en su dirección.
- Que su frente de lucha sea la empresa, el barrio o la escuela (si está relacionada con la lucha del barrio).
- Que su principal preocupación como grupo sea la de potenciar una organización de clase <u>autónoma</u>.
- Que lleven una práctica real en este sentido y en los frentes de lucha mencionados.

Se consideraba que los grupos que cumplían estos requisitos eran: los GOA de Santa Coloma, las Comisiones Obreras Independientes del Bajo Llobregat,[79] los Círculos Obreros Comunistas Autónomos del Vallés y la ORT de Barcelona (a condición de que aclaren previamente su postura y objetivos como organización).

---

77 «Ideas sobre revista obrera», 2 de septiembre de 1971, IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1517.

78 Los GOA tenían muy presentes los cambios en la organización de las empresas como la introducción de nuevos sistemas de primas y cronometrajes, lo que a la larga supondrá el paso al postfordismo como forma de organización de la producción.

79 Una versión posterior del mismo documento realizada el mes de septiembre especificará al final: «Esta propuesta ha sido elaborada, discutida y aprobada por los Grupos Obreros Autónomos y por las C.O. Independientes del Bajo Llobregat. IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1517.

La revista no llegó a ser publicada, la documentación encontrada no permitía afirmar si por el rechazo del resto de los grupos a la propuesta, o por la crisis interna que llevó a la ruptura de los GOA, principales impulsores del proyecto. El grupo que se separó de los GOA en torno a José Antonio Díaz continuó con la idea; años después comenzó a publicar la revista *Lucha y teoría*.

Crisis y ruptura

La gran labor práctica realizada durante todo el año 1971 tiene como consecuencia que la clarificación teórica se resienta. El «activismo» en el que se ven inmersos lleva a que las personas con más experiencia, los líderes naturales, se sobrecarguen de funciones suplantando en muchos casos a la coordinadora. El nivel de los grupos era muy dispar, mientras unos grupos profundizaban en reflexiones más teóricas, el nivel de formación de otros estaba muy alejado, incluso para la comprensión del lenguaje utilizado:

> [...] según vemos esta lucha [por una sociedad mejor, sin clases] se está llevando a un nivel excesivamente intelectual, superior al nivel de inteligencia que tiene la clase obrera, la prueba está en nosotros mismos que cuando acudimos a las reuniones de delegados se habla con un lenguaje tan intelectual que no cuaja en la lucha que pretendemos o nos hemos entregado, que es una lucha práctica y directa al M.O. [...][80]

La rebelión partía directamente del cotidiano:

> Hoy en día las ciudades son el vivo reflejo de nuestra esclavitud. Hechas por nosotros mismos bajo el látigo de los opresores capitalistas, que lo único que nos han dado a cambio y nos está dando es 2 metros de tierra a pagar en 20 años en los grandes suburbios pudiéndonos echar cuando les de la gana, mientras ellos disfrutan de nuestro sudor en la gran ciudad.

---

80 «Grupos Obreros Autónomos Trinidad», 17-9-1971, IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1517. El documento muestra con una gran crudeza la coincidencia de clase surgida de la experiencia directa de explotación, no de la reflexión teórica: «¿A todo esto qué debemos hacer? ¿Preocuparnos leyendo libros y hablando de política, que no entendemos nada? ¿O por el contrario debemos llevar una lucha más directa, a muerte contra el capitalismo? Ya que ellos mismos se han encargado de matar a nuestros padres, y nos están matando a nosotros los «jóvenes obreros». El obrero no es Marxista ni leninista ni peceista, ni mahoista ni anarquista, el obrero es esclavo y como esclavo se a de rebelar para alcanzar su libertad». He respetado los errores de redacción y ortográficos del original.

Si bien el documento, en la primera parte, insistía en la necesidad de una mejora «material» en las condiciones de vida de la clase obrera, no se detenía en una reivindicación puramente económica, apuntando incluso al urbanismo como forma de explotación capitalista. Se trata de una buena muestra de cómo el trabajador no necesitaba ayudas externas a la clase para ser consciente de su explotación. La articulación de la crítica era mucho más *tosca* y primaria que la de otros grupos, y aunque apuntaba en el mismo sentido que otras aportaciones, seguramente fuera vista por los más «avanzados» como resultado de una falta de trabajo teórico.

Para solucionar estos y otros problemas, el Grupo Técnico pasó a los grupos el documento: «Sobre problemas de práctica y estrategia».[81] En este documento se insistía en que la crítica de los GOA al leninismo como forma organizativa no debía detenerse en los distintos partidos políticos, sino que debía llegar a todas las organizaciones existentes, incluidas las Plataformas. Se hace también hincapié en la necesidad de que los miembros de los GOA profundizaran en el estudio de los textos publicados para poder argumentar dialécticamente frente a otros compañeros, y en continuar con la publicación de textos que aclaren su línea: «Consejos obreros, autogestión, crítica al leninismo, etc.». Se propuso la realización de una asamblea mensual de un día de duración en la que se profundizó teóricamente en la alternativa organizativa que estaba explorando. Fue también en esta asamblea donde se acordó una posible reorganización y la solución a los conflictos latentes.

La primera asamblea se reunió el 8 de diciembre de 1971, asistieron los grupos de Verdún, 4 caminos, Carmelo, Centro y Tarragona[82] en estos apuntes, redactados a mano, se aprecia un nivel muy dispar entre los distintos grupos que acudieron a la asamblea, centrando unos la reflexión en el aspecto más práctico-organizativo e insistiendo otros en cuestiones teóricas. La asamblea se ocupó así en gran parte en un conflicto, en apariencia personal, entre dos miembros de los GOA.

El salto cualitativo que supuso el paso de grupos más o menos coordinados a tener un nombre y una línea teórica conjunta (no un programa) generó un cierto desequilibrio:

---

81 «Sobre problemas de práctica y estrategia», 6 de octubre de 1971, IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1517.

82 «Apuntes 1ª Asamblea», IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1517.

> Entre la idea inicial, teóricamente válida aún y el tipo de actividad mucho más avanzado que se llevaba a cabo. La práctica demostraba que al no haber un centro con capacidad de decisión la mayoría de las iniciativas se decidían a nivel individual, proponiéndose ya como cosa hecha. Los grupos de militantes más activos y con más experiencia, que en defecto de un organismo superior no eran controlados por nadie, comprometiendo sin embargo su actividad, a todos los grupos. Se establecían contactos, se organizaban acciones, se publicaban folletos, según el criterio de dos personas sin que existiese una participación efectiva de los demás y mucho menos, un control.[83]

El Grupo del Carmelo, en su aportación a la primera asamblea apunta en la misma dirección, considerando cuatro causas principales de la crisis:

> – Desviación del objetivo para el que nos coordinábamos: en principio nuestra coordinación servía para potenciar nuestro trabajo de base en empresas y barrios. Hemos terminado siendo un grupete más que en su acción juega un papel muy semejante a los demás. Podemos distinguir una serie de etapas [...] El hecho de darnos un nombre. [...] La obsesión que siempre nos ha dominado de querer ofrecer grandes alternativas y soluciones al M.O. ha exigido multiplicar contactos con otros grupos y ofrecerles a ellos una postura unitaria de los GOA. [...] Esta misma necesidad de definir nuestra postura unitaria ha absorbido la mayor parte del tiempo de nuestra coordinación, frenando y haciendo caer en el olvido nuestra tarea fundamental en la base. La mayor parte del tiempo se iba en contactos y citas.
>
> – Creación de un «bluff»: [...] ha sido determinante en la creación del bluff la desproporción existente entre el aspecto exitoso de la Editorial Obrera Clandestina, y nuestra pequeña y débil realidad de militante.
>
> – Personalismo y liderismo: el trabajo que realmente han llevado a cabo los GOAs: participación en grandes tinglados y contactos para realizar las grandes iniciativas hacían insustituibles a determinados militantes. [...] Su peso determinante pudimos todos sentirlo cuando cayeron enfermos. [...] Otro factor determinante para el desarrollo del personalismo ha sido el descuido de la formación de base. [...] A todos nos incumbe la responsabilidad [...] por no haber sido capaces de atajarlo en el momento oportuno.
>
> – Irresponsabilidad de algunos militantes: [...] estos dos militantes al trasplantar el problema político al plano personal, con insultos y papeles acusadores de calumnia y más alta traición han acentuado en extremo la crisis existente y han conducido a los GOA a una situación tal en que de hecho piden que tomemos partido por uno u otro, con lo que condenan a los GOA a su fraccionamiento y práctica desaparición.[84]

---

83 «Marco general de análisis», IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1517.

84 «Carmelo. Reflexión crítica en torno a los GOA», IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1517.

El documento es un lúcido análisis que no necesita mayor comentario. Se realizaron dos asambleas más en las que intentaron darse los medios para solucionar tales problemas. Se realizó una reestructuración del Equipo Técnico, pero irremediablemente los GOA comenzaron a dividirse en dos tendencias: los partidarios de que existiera un órgano con poder de decisión de las actividades como GOA, exceptuando la organización del trabajo frente a la lucha concreta de cada grupo, y los que querían seguir funcionando simplemente con la coordinación. Hay que remarcar que el órgano de decisión propuesto no era un organismo representativo sino una asamblea que debía realizarse una vez al mes. Además de ésta, en el documento hay propuestas concretas para reorganizar internamente el trabajo de los GOA:

> – Que cada grupo y cada miembro de cada grupo dedique una atención preferencial al trabajo de base en su empresa o barrio.
>
> – Que paralelamente a este trabajo, cada grupo en particular y los GOA como organización establezcan un plan de formación intensivo.
>
> – Que los GOA como organización establezcan con unos criterios políticos suficientes el contacto del «bombero» con el resto del M.O. de Barcelona.
>
> – Que todos los demás contactos con grupos y organizaciones tanto de Barcelona como del resto de España como del extranjero se reduzcan a un intercambio de información y servicios mutuos, a ser posible por correspondencia, para evitar que ese género de contactos ocupen el tiempo y energías de buena parte de nosotros, como ha venido ocurriendo hasta ahora (Perpiñán, Revista, viajes por España, equipo exterior, etc.).[85]

Por lo tanto, profundización en el trabajo tanto práctico como teórico, decidiendo como GOA un plan teórico de formación común a todos. Respecto al «bombero», ninguno de los entrevistados se acordaba exactamente de sus funciones, pero se puede suponer que era la persona encargada de establecer contactos con otros grupos u organizaciones. Para concentrar los esfuerzos, intentan marcar unos criterios políticos lo bastante claros. El siguiente punto es muy interesante para esclarecer la ruptura de relaciones con Oriol e Ignasi Solé y Santi Soler. Dado que era un momento de consolidación interna se propone reducir los contactos con el exterior. Se nombra, en particular, al grupo exterior,

---

85 «Marco general de análisis», IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1517.

cabe suponer que como tal se refirieran a Oriol Solé que desde la publicación del *Diccionario*, como vimos, se denominaba «Grupo Exterior». Por lo tanto, a parte de las posibles diferencias teóricas, la «indiferencia» que muestran los GOA hacia los intentos de contacto por parte de los futuros MIL-GAC fue una decisión organizativa de los propios GOA.

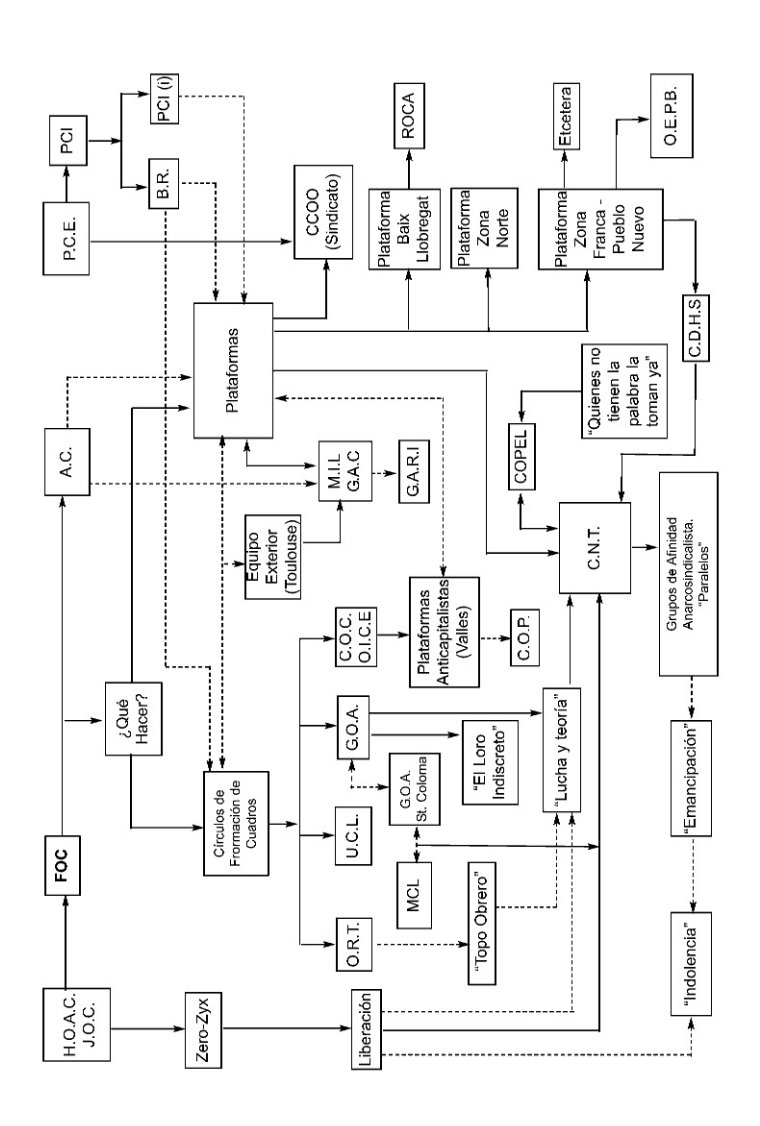
En cualquier caso, a pesar de los intentos para superar la crisis, ésta se presenta como irremediable. En marzo de 1972 José Antonio presenta la baja voluntaria.[86] La justificación comparte muchos aspectos con la crítica realizada por el grupo del Carmelo. Reclama como propio el Archivo que había venido realizando desde 1965 y que se había puesto a disposición del movimiento obrero y parte de la Biblioteca que había sido formada a partir de su aportación personal, en concreto los libros en francés. La baja de José Antonio, junto con un pequeño grupo, significó el final del proyecto de los GOA, que a pesar de seguir funcionando coordinados hasta mediados de 1973, se convirtió en un grupúsculo más cuya aportación al movimiento obrero fue la revista *El loro indiscreto*, una publicación satírica de carácter populista-anarquizante, y la edición, ya citada, *El ejército insurrecional Makhnovista*, en mayo de 1972, seguramente preparada antes de la ruptura.

Después de la disolución de los GOA, el hilo de la autonomía siguió en Plataformas, agrupado en torno a publicaciones como *Lucha y Teoría.* Hay que destacar la evolución de la Plataforma de Zona Franca-Pueblo Nuevo de la que en 1976 surgieron tanto el Centro de Documentación Histórico Social (CDHS) que terminó en la reconstrucción del Ateneo Enciclopédico Popular, o el colectivo Etcétera. Años más tarde emergió la potente Organización de Estibadores Portuarios de Barcelona a la que dedicamos todo un capítulo de este libro.

Evidentemente, en el intento de reconstrucción de la CNT muchos trabajadores del área autónoma pasaron a formar parte de esta organización, pero esa ya es otra historia. El momento más álgido de las luchas fue el año 1976 cuando coincidieron la lucha de Vitoria con la huelga de la Roca de Gavà. Los años siguientes fueron los de los Comandos Autónomos, la cárcel y la derrota final del movimiento, señalada por la puntilla del Estatuto de los Trabajadores de 1980 con el que el Estado junto con los sindicatos mayoritarios firmaron la muerte legal de las asambleas.

---

86 «Motivos de mi baja», 18 de Marzo de 1972, IISG, Archivo José Martínez Guerricabeitia, ERI, carpeta 1517.



Esquema realizado por Felipe Pasajes León.

3. La huelga de 1970 en Granada

Remigio Mesa Encinas

El imperio de los empresarios

Abiertamente alzamos la palabra
desde la tierra dura y las raíces.
De cada golpe duro recibido
os damos testimonio abiertamente.

Los sucesos que vamos a contar acerca de la lucha que tuvo lugar en la ciudad de Granada en el año 1970, durante la negociación de un nuevo convenio del ramo de la construcción, vinieron provocados por un antiguo malestar entre el pueblo trabajador granadino. Aquel trágico episodio de la lucha de clases, tuvo lugar en una ciudad que no había conocido una movilización de semejantes dimensiones en los treinta años anteriores. Las razones de esta parálisis son varias y en gran medida pueden remontarse a la gran derrota de 1936. Granada sufrió una brutal represión desde los comienzos de la guerra como consecuencia de la sublevación militar que se hizo con el control de la capital. La patronal, con el apoyo decidido de militares, guardias civiles y pistoleros falangistas, hizo pagar cara la fuerte conflictividad social que había caracterizado a la ciudad y a la provincia durante la primera mitad de la década de los treinta. Objetivo fundamental de esta represión fue el aniquilamiento total de todo el entramado organizativo de los trabajadores que tanto esfuerzo había costado levantar durante los años anteriores. Derrotados, sometidos al terror impuesto por los vencedores y devorados por el luto de sus familiares y compañeros asesinados, en las décadas posteriores a la guerra la clase obrera granadina apenas tuvo fuerzas o capacidad de respuesta. Vivió así una larga noche de miseria,

explotación extrema y humillación. De hecho, en 1947, si bien el coste de la vida se había multiplicado, los empresarios granadinos todavía seguían pagando los mismos jornales de antes de la guerra.

En todo caso, los síntomas de una sorda rebelión se manifestaron entonces en el instinto de fuga de miles de personas, que se animaban a emigrar, a volver a empezar lejos de tanta miseria inducida. Indudablemente, contribuyó también el pertinaz estancamiento de su medio agrario. De este modo, entre 1950 y 1970 Granada perdió casi 300.000 personas, la mitad de su población. Cada año unos 15.000 granadinos y granadinas hacían las maletas y se marchaban, fundamentalmente con destino a Cataluña, pero también a otras regiones y a los países europeos más ricos. También fue mucha la gente de los pueblos que se instaló en la ciudad de Granada. Los que se quedaron debieron soportar las durísimas condiciones de trabajo de una economía subdesarrollada, instalada a su vez en un Estado subdesarrollado en la periferia de Europa occidental. De este modo, lejos de resolver los graves problemas estructurales de la provincia, el desarrollo económico del capitalismo español en la década de 1960 hizo de Granada la periferia de la periferia. Marginada por todos los planes de desarrollo del Franquismo, la Granada de 1970 era una ciudad agrícola sin desarrollo ni industrialización,[1] compuesta por funcionarios y administrativos, por una población que vivía del comercio, los transportes, pequeños talleres de diversa índole y un sector de la construcción que había ido desarrollándose paulatinamente a lo largo de la década anterior. A parte de eso Granada era, como tantas otras zonas del Estado, un mercado de consumo de lo que se elaboraba en otras regiones.

En una ciudad así, los obreros de la construcción constituían el sector mayoritario de la población trabajadora. Se trataba fundamentalmente de gentes recién llegadas del campo. Personas que habían sufrido una gran transformación de sus condiciones de vida. Desarraigados de la vida rural, experimentaron el tránsito hacia una forma de vida más mercantilizada, más dependiente del salario. Pero los salarios de los

---

[1] El predominio del campo y de la construcción como actividades económicas en la provincia de Granada era casi total. El tejido industrial de la ciudad se limitaba a la Central Lechera (PULEVA) y las Cervezas Alhambra, existía además algún centro minero en la zona de Alquife, la empresa nacional de Santa Bárbara en El Fargue y una empresa de celulosa instalada en Motril por el Instituto Nacional de Industria.

albañiles apenas daban margen, y mucho menos permitían buscar consuelo en los incipientes hábitos del consumo de masas que se habían ido extendiendo en otras zonas del Estado. Amparados por la abundante mano de obra y la legislación favorable, los empresarios del sector exprimían al máximo a la clase obrera local, repartiendo unos salarios de hambre. De hecho, las lamentables condiciones de trabajo en el sector de la construcción de Granada pueden resumirse así: los obreros peones cobraban unas 1.200 pesetas semanales, en las que estaban incluidas las pagas, los permisos y el plus familiar. Las jornadas eran de 10 horas y se trabajaba seis días a la semana, y además estaban generalizados el sistema de destajos[2] y las horas extra, lo que provocaba un alto nivel de paro. Los contratos eran generalmente de 4 ó 6 meses, previo periodo de prueba de 15 días. Así era habitual que los obreros pasasen de una empresa a otra de forma recurrente, además de que fuesen frecuentes los periodos de inactividad. Cada cierto tiempo los trabajadores eran despedidos o trasladados de empresa, se evitaba de este modo que llegasen a formar parte de la plantilla, manteniendo un permanente estatuto de eventuales. El fraude a la Seguridad Social era práctica frecuente por parte de la patronal, además de que muchas de las empresas que hacían contrato no diesen de alta a los trabajadores. En la hoja de salario casi nunca se reflejaba el salario real, e incluso algunas empresas obligaban a los obreros a firmar un recibo en el que constaba que debían dinero a la empresa. Gracias a estos procedimientos las empresas resultaban invulnerables frente a las reclamaciones ante Magistratura.[3] Los índices de siniestralidad laboral eran altísimos, debido en gran medida a la presión bajo la que se trabajaba. Por otra parte, para mantener la paz en los tajos, eran frecuentes los malos tratos y las vejaciones cotidianas por parte de los encargados:

> A las 8 comenzábamos a trabajar. Como peón de encofrado desarrollaba mi trabajo a la intemperie. Recuerdo que en el invierno de 1969 trabajábamos en el barrio de la Plaza de Toros. Comenzó a nevar. El empresario se situó en medio de la planta superior del bloque, aún sin cubrir, donde trabajábamos encofradores y ferrallistas, embutido en su abrigo, sus guantes de piel, su bufanda, su sombrero y su paraguas. Nos miraba retándonos, a ver quien era

---

2 Trabajando a destajo se cobra en función del trabajo realizado. Generalmente el empresario señala un rendimiento mínimo para obtener el salario base y de esa manera consigue aumentar el ritmo de trabajo.

3 Antonio Ramos Espejo, *Andalucía campo de trabajo y represión,* Granada, Aljibe, 1979, p. 19.

> el valiente de protegerse de la nieve o de la lluvia en la planta inferior o en exigir un impermeable a la empresa, ambas posibilidades estaban recogidas en el convenio de la construcción. Ninguno nos atrevimos a hacerlo.[4]

Los despidos o la no renovación de contrato a quienes protestaban, unidos al miedo impuesto por el Estado franquista, hacían el resto.

Prepararse para luchar

Es esta nuestra voz y nuestra lucha,
nuestra sangre vertida, inevitable
como el sudor amargo de las horas
trabajadas sin fin y sin principio.

En estas condiciones organizarse resultaba una tarea complicada. La estructura empresarial era minifundista y la ciudad apenas contaba con empresas que tuvieran más de cinco empleados. A finales de los años sesenta, las organizaciones militantes que tenían presencia efectiva en Granada eran el Partido Comunista de España junto a Comisiones Obreras y un equipo muy activo de la Hermandad Obrera de Acción Católica. Sus respectivos estilos de militancia eran muy distintos. Los comunistas se habían ido consolidando desde comienzos de los años sesenta en algunas zonas de la capital y de los pueblos cercanos.[5] Las CCOO habían aparecido en Granada en 1965, pero a diferencia de otras zonas del Estado éstas no surgieron a partir de procesos asamblearios amplios, sino de la decisión política del PCE de constituirlas como movimiento socio-político que actuara según las consignas del Partido.[6] Aprovechando un contexto de aparente liberalización de la Dictadura y con el fin de poder desarrollar prácticas reformistas, los

---

4 Testimonio de José Ganivet Zarcos en A. Quitian, A. Aguado, J. Ganivet y M. Ganivet, *Curas obreros en Granada,* Alcalá la Real, Asociación Cultural Enrique Toral y Pilar Soler, 2006, p. 261.

5 Entre estos pueblos destaca Maracena, que era conocida como «Rusia la chica».

6 «Junto a la presencia comunista se encontrarán dentro de Comisiones trabajadores independientes y católicos, aunque muy minoritarios en relación con el PCE». En Rafael Morales Ruiz, «La significación histórica de la huelga de la construcción de Granada, 21-29 de julio de 1970» en Delgado, Santiago y Veléz, Antonio José (coord.), *El futuro del sindicalismo,* Granada, Diputación Provincial de Granada, 1996, p. 21.

comunistas consiguieron introducirse en el Sindicato Vertical. En las elecciones sindicales de 1966 llegaron así a copar la sección de albañilería del Sindicato de la Construcción.

Por su parte los militantes de la HOAC realizaban un intenso trabajo de base en el desaparecido barrio de La Virgencica. Este barrio estaba formado por un conjunto de albergues adosados prefabricados, de un tamaño minúsculo. Fue construido en la zona norte de la ciudad con el fin de acoger a la población de los antiguos barrios populares, como el Albaicín y las cuevas del Sacromonte afectados por las inundaciones del otoño-invierno de 1962-1963. La Virgencica era un barrio de población fundamentalmente obrera, donde la mayoría de los varones trabajaba en la construcción y las mujeres en el servicio doméstico. Algunos de sus habitantes eran militantes comunistas o cristianos y convivían con muchas personas que, sin militar en ninguna organización, tenían un elevado sentido de su dignidad. A pesar del supuesto carácter provisional de los alojamientos, la estancia en esta barriada improvisada se fue prologando en medio de unas condiciones de vida paupérrimas: las viviendas resultaban espantosamente calurosas en verano y muy frías en invierno, debido a su estructura de placas de cemento de sólo diez centímetros de grosor. A esto se añadían graves carencias en la gran mayoría de los servicios básicos, como asfaltado, iluminación, transporte, escuelas, recogida de basuras, etc.

Estas circunstancias propiciaron que en 1967 y por iniciativa de un grupo de militantes de la HOAC procedentes de Bilbao e instalados en el barrio, se consiguiera legalizar una Asociación de Vecinos, una de las primeras de todo el Estado.[7] El local de la asociación era la parroquia, desde la cual se planificaban multitud de acciones en asambleas semanales con el fin de conseguir mejoras para el barrio y en las cuales las mujeres tenían un papel destacado. A diferencia de la gente del PCE, los militantes de la HOAC estaban más interesados en impulsar procesos de autoorganización. A través de la asociación priorizaban la formación y la toma de conciencia de las personas con el fin de que lucharan por sus derechos, no sólo en el barrio sino también en sus lugares de

---

7 La Ley de Asociaciones de 1964 fue utilizada para fundar la Asociación de Familias de Rekalde en el mismo barrio de Rekalde de Bilbao, considerada la primera de todo el Estado. Con la copia de sus estatutos se fundó en Granada la Asociación de Vecinos de La Virgencica, que fue la segunda en legalizarse.

trabajo, animándolas y proporcionándoles herramientas para que pudieran desarrollar formas de organización, siempre según el principio de que debían ser ellas mismas las protagonistas de su liberación.

> En la asociación se iban dando ideas de la injusticia que existe, el porqué existe, los mecanismos que existen. Y como el mundo obrero no puede salir de esa situación como no sea uniéndose, formándose y preparándose para luchar contra esta situación y tratar de que las cosas cambien.[8]

En los años finales de la década de los sesenta fueron estableciéndose contactos entre los militantes varones de ambas organizaciones y personas independientes, todos ellos trabajadores de la construcción, que confluían en las obras procedentes de casi todos los barrios de la ciudad, además de los pueblos cercanos. En los tajos, la hora del bocadillo resultaba fundamental para el conocimiento mutuo y para generar las primeras inquietudes políticas. Entre quejas y chistes, se leían periódicos en voz alta y se charlaba recordando todo lo que se había luchado en el pasado y todo lo que quedaba por hacer:

> Los centros de trabajo eran verdaderas escuelas, donde los jóvenes aprendíamos el sentido de la vida y las razones para luchar por una vida distinta. En las horas del bocadillo, a las diez de la mañana, y de la comida del mediodía, todos los trabajadores se reunían alrededor de un fuego, si era invierno, o alrededor de un botijo de agua, si era verano. En esas mini asambleas se podía hablar de todo, y casi en total libertad, siendo así como muchos de los que ahora tenemos más de cincuenta años forjamos nuestro espíritu de rebeldía.[9]

Este clima de crecimiento colectivo y de expansión de la conciencia de explotación, ayudó a que los militantes pudieran impulsar de forma muy participativa la elaboración de un anteproyecto del convenio provincial de la construcción. En la medida en que las autoridades franquistas consideraban Granada como una provincia «tranquila», los albañiles contaron con un margen de maniobra bastante amplio, utilizando muchos de los instrumentos legales que la fachada aperturista del régimen ponía a disposición de los representantes obreros de aquellos

---

8 Así nos lo indicó en una conversación Antonio Quitian, trabajador de la construcción, militante de la HOAC y párroco de La Virgencica en aquella época.

9 Extracto de unas memorias inéditas elaboradas por Pedro Ortega, antiguo trabajador de la construcción, participante en la huelga de 1970 y actualmente militante de la CGT.

años. Esto se expresó fundamentalmente en dos aspectos: la elaboración de una encuesta entre los trabajadores con el fin de que ellos mismos pudiesen definir sus demandas concretas y de desarrollar asambleas con carácter informativo en el local del Sindicato.

De este modo, algunos miembros de la parte social,[10] antes de comenzar las negociaciones del convenio, imprimieron un cuestionario-encuesta con preguntas relativas a los salarios, la duración de la jornada laboral, las horas extra, los destajos, los despidos, las nóminas, las plantillas, etc. Se imprimieron unos 400 ejemplares, que fueron repartidos a través del propio Sindicato entre trabajadores de distintas empresas y que sirvieron de base para la discusión de las mejoras laborales. Pasado un tiempo, muchos de los que habían recibido la encuesta comenzaron a reunirse en los locales de la asociación de vecinos de La Virgencica y en otros puntos de la ciudad con el propósito de elaborar el anteproyecto del convenio. Por estas asambleas pasaron entre 100 y 200 personas. Las demandas fundamentales, recogidas en el anteproyecto, fueron: la reducción de las diferencias salariales entre las diversas categorías, un salario para el peón de 240 pesetas por 8 horas a rendimiento normal, la eliminación de las horas extraordinarias y los destajos que embrutecían al trabajador y aumentaban el paro, así como reducir al mínimo posible la eventualidad y los despidos.

Los trabajos de comunicación entre los albañiles granadinos acerca de la marcha del convenio, realizados tanto por parte de los militantes de las organizaciones como por personas independientes que fueron sumándose al proceso, prepararon el terreno para que la asistencia a las asambleas informativas se convirtieran en un acontecimiento masivo.[11] Se pretendía, y se insistió en ello desde el principio, que lo acordado con la patronal no tuviera validez hasta que la asamblea lo diera por bueno. Por otra parte, el objetivo de los militantes que planificaron la

---

10 La parte social estaba constituida por los representantes de los trabajadores, mientras que la parte económica la componían los representantes de los empresarios. Ambas formaban la comisión deliberadora.

11 Un acontecimiento que en aquellos meses tuvo cierta repercusión en Andalucía y que animó sobre todo a los militantes comunistas, fue la huelga general de la construcción que se había producido en Sevilla. La huelga se desarrolló en dos fases: una primera en marzo y una segunda a finales de junio de 1970. Fue la primera huelga general de la construcción en el Estado español tras la Guerra Civil.

elaboración del convenio de 1970 no era conseguir un acuerdo definitivo, sino más bien instalar una dinámica en la cual se pudiera negociar un nuevo convenio cada año, de tal forma que sirviera de base para aumentar el grado de conciencia y organización de la clase obrera en Granada.

En la medida en que pudieron desarrollarse reuniones y asambleas masivas con relativa normalidad, las expectativas y la presión para sacar adelante el convenio fueron tomando cuerpo. Efectivamente las reuniones de los trabajadores, la posibilidad de contrastar opiniones y tomar conciencia de la fuerza de su número y gozar juntos del sentimiento, hasta entonces desconocido, de estar todos unidos en una lucha concreta con el propósito de acabar con tanta injusticia, constituían la mejor arma para afrontar el conflicto.

Cómo se llegó a la huelga

> Nos escuece la piel, esta segunda
> piel de hombre nocturno, que no surge
> desde la luz, sino desde la muerte,
> bajo la lluvia, el sol y el latigazo.

Las negociaciones para la firma del nuevo convenio se iniciaron el 17 de junio de 1970. Frente a la actitud intransigente de los empresarios, que aparte de no ceder pretendieron negociar de espaldas a los trabajadores, se convocó la primera asamblea informativa en el salón de actos del Sindicato el día 30 de ese mismo mes. Asistieron 700 albañiles. La parte social volvió a solicitar permiso para convocar otra nueva asamblea el 7 de julio, coincidiendo con la tercera sesión de la comisión deliberadora, a la que asistieron más de mil trabajadores. Salvo los más mayores, nadie más recordaba algo semejante en Granada y, a pesar de la buena voluntad, la falta de experiencia provocaba que predominara cierto caos comunicativo. Por otra parte el peligro ya se dejaba intuir. Perfectamente informada de la marcha de los acontecimientos, la policía secreta se apostó desde el primer momento en las escaleras del edificio del Sindicato con el fin de amedrentar a los trabajadores. Al término de esta gran asamblea informativa se acordó celebrar una tercera al día siguiente. Esta asamblea no pudo celebrarse y se aplazó para el día 16

y posteriormente para el día 20, coincidiendo esta vez con la cuarta sesión de la comisión deliberadora del convenio. La actitud de la patronal era tan cerrada que muchos sospechaban que la ruptura no tardaría en producirse. Y así fue.

El clima de tensión que dominó la cuarta sesión de la comisión deliberadora provocó la ruptura de las negociaciones. El punto de desacuerdo fue principalmente la cuestión del salario. Los trabajadores habían rebajado su petición inicial de 300 pesetas diarias, y ahora pedían 240 de sueldo íntegro para los peones de albañil, mientras que los empresarios no estaban dispuestos a ofrecer más que 170 pesetas divididas en tres partes: el salario, un plus de asistencia al trabajo y un plus de constancia. Los empresarios rechazaron también la petición de que, con el propósito de mitigar la eventualidad en el empleo, se adquiriera la categoría de obrero fijo a los cuatro meses de trabajo, antes eran precisos seis. Igualmente se rechazó la petición de los trabajadores de convertir todas las fiestas del calendario laboral en absolutas, abonables y sin recuperación y se dejó sin resolver la cuestión de la percepción de indemnizaciones en caso de accidentes y enfermedades profesionales. Pese a que los representantes obreros hicieron reiteradas concesiones, la obstinada negativa de la patronal hizo imposible seguir con las deliberaciones.

Las posibilidades legales de obtener sus demandas se estaban agotando en esta situación. Según la legislación laboral vigente, si no se había producido el acuerdo entre las partes, aún quedaba la posibilidad de nuevas negociaciones, cambiando el presidente. Si éstas fracasaban quedaba el recurso a la Norma de Obligado Cumplimiento. En cualquier caso estas posibilidades estaban totalmente fuera del alcance de la acción legal de los representantes de los obreros y dependían exclusivamente de las autoridades franquistas.

La ruptura de la negociación del convenio fue comunicada en la asamblea masiva que se celebró la tarde del mismo día 20 de julio. Ante un auditorio de miles de personas, abarrotado el salón de actos del Sindicato y muchos esperando en la calle, se fueron leyendo las propuestas y contraofertas de ambas partes negociadoras y la nota definitiva de ruptura. El ambiente estaba tan cargado de frustración e impaciencia, que durante la lectura del acta se abucheó continuamente al presidente de la parte social con gritos de «¡al grano, al grano!». El mensaje de la patronal estaba claro y a la desesperación de los traba-

jadores se unió una profunda indignación. Aquel salón de actos ardía de calor y de rabia. Una vez leídos los puntos de desacuerdo, se cedió el micrófono a todo aquel que tuviera algo que decir y comenzaron a llover las propuestas para ejercer presión sobre los patronos. Todos compartían la sensación de que se habían agotado las posibilidades de negociación y de que habría que recurrir a otros medios con el fin de obligar a ceder a los patronos. Los militantes de las diversas organizaciones apostaban por la moderación: se propuso que el Sindicato diera dos días de huelga pagada, propuesta que el presidente de la parte social dijo que no podía respaldar, por lo que nuevamente fue abucheado. Otra propuesta fue la de no desalojar el edificio de Sindicatos hasta que se diera una respuesta positiva a las reivindicaciones, pero el intenso calor que hacía en el recinto motivó que esta invitación no fuera bien acogida. Frente a todas estas propuestas, la asamblea se inclinaba con decisión hacia la huelga indefinida como método de presión. Muchos militantes seguían sin verlo claro y los que intervinieron hicieron grandes esfuerzos por evitar esta salida. Se dudaba fundamentalmente de la preparación de la clase obrera granadina para una huelga, ya que en intentos de movilización anteriores se había mostrado bastante indiferente. Tampoco se había creado una caja de resistencia ni existía una logística capaz de solucionar las consecuencias derivadas de la prolongación del conflicto. Los reacios a la huelga, en su mayoría personas con más experiencia política, apostaban en cambio por trabajar a un ritmo lento, lo que también resultaba muy perjudicial para la patronal y no era tan arriesgado para los trabajadores. Pero estos militantes no pudieron, no quisieron o no se atrevieron a desobedecer el sentir general de una asamblea en la que toda intervención partidaria de la huelga era recibida con ovaciones. Finalmente se dio un tiempo para pensar y llegó el momento de la votación a mano alzada. Una abrumadora mayoría decidió: «Huelga; mañana todos aquí a las 8 para pasar juntos por los tajos y recoger a los que faltan, a los que no están presentes aquí».

La asamblea terminó a las diez y media de la noche. Había durado tres horas. En esos momentos se había convertido en el máximo órgano dirigente, con un desarrollo rápido, ordenado y claro en comparación con todas las asambleas anteriores. Después de la experiencia vivida desde junio, la asamblea había madurado como forma de organización, en un proceso que siendo participativo desde la base, había permitido una gran identificación colectiva con la discusión del convenio. El hecho de que la ruptura de las negociaciones se asumiera como una

decisión de todos era prueba de ello. Sin duda éste era el convenio de la mayoría de los trabajadores de la construcción de Granada, lo sentían como propio y estaban dispuestos a sacarlo adelante mediante la huelga, asumiendo todas las consecuencias que se derivaran de tal decisión. Así fue como al término de la asamblea, la noticia de la convocatoria del paro para el día siguiente voló de boca en boca por los barrios y pueblos cercanos. Esa noche se durmió poco.

Comienza la huelga

No fueron tres tan solo. Nos quedamos
todos sobre la tierra sorprendida,
descubriendo de pronto, una vez más,
las ocultas razones de las cosas.

Desde antes de las 8 de la mañana del día siguiente, lunes 21 de julio, los trabajadores se fueron concentrando en el bulevar, frente al edifico de Sindicatos, hasta contar más de 6.000 personas:

> Desde los distintos puntos extremos de Granada, grupos de albañiles acudieron a la cita de las ocho de la mañana recogiendo por el camino a los compañeros de las obras que no se habían enterado por no haber asistido al acto el día anterior. No hubo necesidad de amenazas, al menos este testigo no las presenció. Algunos autobuses de obras lejanas a la capital partieron con obreros que, dado lo precipitado de la decisión, y por la falta absoluta de organización previa, no llegaron a decidirse a acudir a los Sindicatos.[12]

El paro era casi absoluto en Granada y en los pueblos de los alrededores, donde se calcula que lo habían secundado más de 12.000 trabajadores. Dadas las facilidades que habían recibido por parte de las autoridades en la fase previa del proceso, muchos acudieron convencidos de que aquella concentración era legal. Con su presencia pacífica los albañiles presionaban para hacer visible la necesidad de proseguir las negociaciones del convenio y de que fueran atendidas convenientemente sus peticiones. Casi todos planeaban pasar allí juntos la jornada, y por ese

---

12 Testimonio inédito de un testigo anónimo, escrito poco tiempo después de la huelga.

motivo el lugar estaba lleno de motos y de bicicletas aparcadas con cestas de comida, justo delante de un nutrido grupo de la policía armada que custodiaba el edificio:

> Había un cierto aire de inocencia en todos los allí presentes. Era la primera vez que casi el cien por cien de los asistentes participábamos en un acto así, imaginado solamente por los libros. La mayoría íbamos con ropa de domingo y comentábamos con cierta euforia el éxito que hasta ese momento estaba teniendo la convocatoria. Recuerdo a algunos chicos del club juvenil de la parroquia (del barrio de La Virgencica) cuyos rostros expresaban la alegría y la emoción que estaban viviendo en su interior. Era como una especie de bautismo de fuego.[13]

Ante la enorme energía allí concentrada y el entusiasmo reinante, comenzaron a llegar las iniciativas de movilización. La concentración se dirigió entonces en dirección al cercano Camino de Ronda, con la intención de que se sumaran a la huelga algunas obras que todavía no lo habían hecho, era la zona en la que por entonces se construían los nuevos edificios universitarios. De este modo, un enorme piquete de miles de personas marchó con tranquilidad por las aceras, parando todas las obras y recogiendo a más albañiles de los tajos. A pesar de la actitud reiteradamente pacífica de los manifestantes, que no cortaron el tráfico e incluso pidieron ser escoltados por los guardias, la policía les salió al encuentro, dándoles tres minutos para disolverse.

Para evitar el enfrentamiento y para dar a entender que la suya era una protesta exclusivamente económica, muchos de los albañiles levantaron el brazo y comenzaron a gritar «¡Franco, Franco, Franco…!», lo que no evitó la carga policial. Ante los golpes, la multitud retrocedió hasta una zona en obras donde había abundante material y desde allí contraatacaron. Una espesa lluvia de piedras hizo retroceder a la policía y produjo cinco heridos en sus filas. El encuentro duró apenas diez minutos y visto el resultado, y sin disolverse, la gente decidió regresar a la puerta del Sindicato. En el camino de vuelta ambas partes, policías y trabajadores, trataron mutuamente de calmarse los ánimos tras este primer estallido de violencia. Pese a todo, nadie parecía presagiar lo que luego pasó.

---

13 Testimonio de José Ganivet Zarcos, *op. cit.*, p. 271.

Un intermedio de calma. De las 9 a las 11 de la mañana los albañiles se volvieron a concentrar pacíficamente en el bulevar, algunos conversando incluso con la fuerza pública y comentando con humor el enfrentamiento reciente, ya que muchos de ellos eran conocidos, vivían en los mismos barrios y procedían de los mismos pueblos. Con intermitencia la multitud concentrada iba exigiendo soluciones concretas, lo que motivó que se creara una comisión de representantes obreros con el propósito de ir a hablar con el delegado provincial de trabajo y con las autoridades sindicales, que les presionaron para que acabaran con la huelga. Hacia las 11 los miembros de esta comisión hablaron ante la multitud con un megáfono prestado por la policía y propusieron disolver la concentración, pidiendo a los albañiles que se reintegraran al trabajo a las 2 de la tarde y que ellos tratarían de que se les abonase el salario de la mañana, garantizando que las negociaciones del convenio continuarían. Esta opción fue rechazada por la multitud. En esos momentos una persona agarró el megáfono y propuso continuar la huelga y convocar otra asamblea para el día siguiente a las 8 de la mañana, lo que fue aceptado. Los albañiles granadinos eran en ese momento plenamente conscientes de que la patronal no iba a ceder por las buenas y que sólo su propia fuerza, puesta en práctica mediante la huelga, podría servir como instrumento de presión para alcanzar sus reivindicaciones. Había miedo, sin duda, sabían que estaban participando en un acto sin precedentes en la reciente historia de la clase obrera granadina. Pero sus decisiones no eran fruto de un momento de euforia, tal y como lo prueba el mes de asambleas que llevaban a sus espaldas y el hecho de que se hubieran concentrado varios miles de personas en actitud firme y resuelta, sin llamamientos o consignas de ningún grupo político.

A pesar de la calma que había caracterizado a la policía tras el primer enfrentamiento de la mañana, sobre el mediodía se produjo súbitamente un cambió de actitud. La explicación de la anterior calma policial parece indicar que aquel intervalo de tiempo fue utilizado por el gobernador civil para pedir refuerzos policiales a Málaga y a Jaén. Ante el rechazo manifiesto de los trabajadores a acatar las condiciones impuestas por las autoridades sindicales, las fuerzas del orden se replegaron, ordenando la dispersión y anunciando una carga si al tercer toque de corneta no se había dispersado la multitud. Nadie llegó nunca a oír el tercer toque. Al segundo toque comenzaron los golpes y se inició una desbandada en la que los trabajadores quedaron divididos en dos grupos desiguales.

La mayoría de los obreros se replegaron hacía la zona de La Caleta con algunos heridos. Al llegar a la altura de la calle Doctor Oloriz se dio una coincidencia que fue determinante para el desarrollo posterior de los acontecimientos. Tropezaron con un camión cargado de bovedillas que bajaba por la calle y que tuvo de detenerse al toparse con la multitud. Inmediatamente, algunos jóvenes treparon al camión y empezaron a arrojar contra la calzada los materiales de obra, haciéndolos añicos. Esos cascotes fueron utilizados junto con trozos arrancados del pavimento como munición por parte los trabajadores, que iniciaron entonces una contraofensiva a pedradas, primero obligando a la policía a replegarse hasta los Sindicatos, y después a escapar y a buscar refugio donde pudieran.

Las bombas de humo demostraban una escasa eficacia, ya que la mayoría eran devueltas por los albañiles, que en su avance volcaron y destrozaron todos los vehículos policiales que encontraron a su paso. El nivel de violencia que llegó a adquirir el enfrentamiento fue brutal. Fue en esos momentos de enorme confusión cuando, mezclados con los gritos de calma que nadie escuchaba, empezaron a sonar los disparos. Desenfundando y abriéndose paso a tiros, la policía lanzó un ataque definitivo persiguiendo a la gente que se dispersaba por las calles. Pese a los disparos, la determinación de algunos albañiles era tan grande, que durante un cierto tiempo sostuvieron el enfrentamiento:

> Hasta entonces los policías nos atacaban con las porras y botes de humo, pero de pronto empezaron a disparar los tiros, primero al aire y después a todo lo que se movía, muriendo entonces los tres compañeros. Aunque pueda parecer mentira, en los primeros momentos, los trabajadores no tuvieron miedo de los disparos, pero cuando se empezó a ver a los compañeros tirados en el suelo cubiertos de sangre, la cosa cambió. Cada cual empezó a refugiarse donde podía, carreras por las calles, lanzamiento de ladrillos, detenciones, etc.[14]

No todos los tiros se hicieron con intención de dar en el blanco, hubo muchos al aire. Pero tras la tremenda confusión de la batalla el resultado resultó desolador: tres muertos y decenas de heridos, muchos con disparos en las piernas o en zonas vitales. Por parte de la policía hubo unos 30 heridos, algunos de extrema gravedad. Salvo los que hubieron de ser ingresados por la gravedad de sus heridas, la mayoría

---

14 Relato de Pedro Ortega, *op. cit.*

de los trabajadores heridos fueron atendidos en clínicas particulares debido al temor a la represión. Más de un centenar de obreros fueron detenidos, muchos al ir a recoger sus vehículos a la puerta de los Sindicatos donde los esperaba la policía secreta.

La huelga continúa

> No hemos llorado, es cierto. Este dolor
> no nos cabe en las lágrimas desnudas.
> Sólo tiene lugar si es compartido
> por cada hombre, y transformado en actos.[15]

Al día siguiente, martes 22 de julio, a pesar del pánico y de la consternación presentes en Granada, la huelga continuaba. La Guardia Civil vigilaba todas las entradas a la ciudad y en los retenes se impedía el paso a los albañiles de los pueblos cercanos. Por orden del gobernador civil, los tres muertos del día anterior habían sido urgentemente enterrados en secreto para evitar altercados públicos. El grueso de los trabajadores se encontraba desconcertado. Nadie podía asegurar que la huelga continuaría, y algunas personas se estaba presentando de nuevo en las obras. Únicamente en el pueblo de Maracena, de donde procedía uno de los trabajadores asesinados, se vivía una situación de huelga general. En ese momento surgió la iniciativa de un grupo de trabajadores cercanos a la HOAC de encerrase en la catedral de Granada. Los objetivos del encierro eran los de realizar un funeral por los muertos, reforzar las decisiones colectivas que se habían tomado y celebrar asambleas con el propósito de decidir cómo continuar con la lucha. La labor mediadora de los curas obreros fue decisiva para obtener garantías, por parte el deán de la catedral, de que podrían permanecer allí. Los curas obreros también fueron fundamentales con el fin de ayudar a calmar los ánimos e

---

15 «Granada, julio 1970», de Luis González Palencia, *Andalucía tierra cercada,* Zero, 1977, p. 91. Este poema con cinco estrofas de autor anónimo, encabezaba el informe escrito por militantes de HOAC sobre la huelga de 1970. Dicho informe y otro más que fue redactado por trabajadores autónomos en 1971, haciendo balance de lo sucedido un año después de la huelga, constituyen las principales fuentes junto a los testimonios orales para conocer lo que sucedió. Ambos nos han sido de gran utilidad.

impedir, por ejemplo, que la gente se lanzase al asalto de la sede del diario *Ideal* y de otros periódicos de la ciudad, que ya habían empezado a publicar falsedades respecto a lo sucedido el día anterior.[16]

La catedral se mantuvo abierta todo el día y la gente comenzó a acudir. Mil personas, hombres y mujeres, llegaron a vencer el miedo, reuniéndose allí en asamblea permanente. Los reunidos decidieron organizarse en grupos de discusión para confluir luego en sucesivas asambleas generales. En estas asambleas se ponían en común los puntos de acuerdo y se aprobaban los escritos elaborados para los medios y las autoridades, pero sobre todo para el resto de los trabajadores de la construcción de Granada. La inteligencia colectiva y el sentimiento de ser una comunidad en lucha les ayudó a protegerse de la evidente presencia de infiltrados dentro de la catedral. Todas las personas que participaron en esas asambleas fueron obligadas a mostrarse al resto, a ser reconocidos por sus compañeros a mano alzada. Gracias a este procedimiento más de un policía de paisano se vio obligado a abandonar furtivamente el lugar. Todos los comunicados que se redactaron iban firmados por «El grupo de trabajadores de la catedral» y son una muestra de la conciencia adquirida en ese momento:

– El estar juntos nos está metiendo en un ambiente de unión, estamos informados, nos sentimos fuertes, seguros. Las mujeres están incorporadas a nosotros. Granada entera, además, se está enterando de nuestros problemas, de lo que pretendemos, y de cómo nos estamos comportando.

– Si la huelga la hiciéramos en nuestras casas, permaneceríamos incomunicados, y no sabríamos qué hacer en cada momento. Aquí nos vemos, hablamos, discutimos y vamos aclarando nuestras ideas, al mismo tiempo que nos afirmamos en nuestra decisión.

– Sentimos sobre nosotros la responsabilidad de que todos los obreros españoles tienen la vista fija en lo que estamos haciendo, en lo que hemos de hacer. Creemos que estamos realizando algo que será muy importante en la historia obrera de España.

---

16 «Granada 1970: tres muertos», *Cuadernos Ruedo Ibérico*, núm. 26-27, agosto-noviembre de 1970, p. 99.

Por la noche, cuando llegó la hora de cerrar las puertas, los que quisieron se quedaron encerrados, los demás se fueron. Paradójicamente las mujeres que estaban participando de la lucha también quisieron quedarse a dormir, pero después de ser valorado en la asamblea, se les dijo que no. Los trabajadores encerrados querían transmitir una actitud ejemplar y evitar las habladurías, sin embargo sus precauciones fueron inútiles. Los medios mintieron igualmente, diciendo que mujeres y niños habían dormido en la catedral.

Al día siguiente la policía cercó el lugar y ya no dejó entrar a nadie. Tampoco dejaron entrar comida. Su objetivo era que el encierro sucumbiera por falta de apoyo y alimentos. De hecho fueron detenidos y torturados en comisaría algunos de los encerrados que habían salido de la catedral para comprar cervezas con el dinero recogido de una colecta. Pese a las presiones del gobernador, las autoridades eclesiales apoyaban el encierro y no permitieron que la policía entrara a desalojarlos.[17] El carácter espontáneo de esta acción y el hecho de que fuera secundada por un gran número de personas, provocó extrañas reacciones en algunos dirigentes de CCOO y del PCE, que lo interpretaron como una grave amenaza hacia el protagonismo de sus organizaciones:

> El número de concentrados fue disminuyendo con rapidez, debido en parte, a que CCOO no participó en él. Yo fui testigo de cómo un militante destacado de ese sindicato pedía a su hijo que abandonase el encierro porque estaba manipulado por los curas […] después un militante (la misma persona) muy importante de este sindicato y del PCE repartía panfletos en la Plaza de las Pasiegas a dos pasos de la policía, que rodeaba la catedral, provocando su detención, como así sucedió y queda reseñado en los relatos que se hicieron de aquellos días. En esta ocasión también estaban firmados con sus siglas.[18]

De este modo, y dado que se permitía salir a quien lo deseara con garantías de que no se le haría nada, al día siguiente, día 23, mucha gente se fue descolgando del encierro. El día 24, salieron finalmente unas 80 personas.

---

17 El entonces arzobispo de Granada, Emilio Benavent, se declaró a favor de las reivindicaciones de los trabajadores y defendió la labor de los curas obreros, aun cuando en el momento de la huelga se encontraba de viaje.

18 Testimonio de José Ganivet Zarcos, *op. cit.*, pp. 270 y 274.

Mientras tanto, en el exterior y presionados por las autoridades, los miembros de CCOO hicieron llamamientos por radio y prensa para que finalizara la huelga. El día 23 la policía les permitió entrar en la catedral y hablar con los encerrados. Tras este diálogo los encerrados redactaron un escrito a las autoridades, en el que consideraban más conveniente reanudar las conversaciones del convenio, siempre y cuando los trabajadores decidieran regresar al trabajo de forma voluntaria. Pero la huelga continuaba. En un comunicado conjunto de las dos partes, social y económica, se pidió la reanudación de las deliberaciones. Ante estas peticiones de reanudación de las negociaciones del convenio, respaldadas además por la huelga, la Delegación de Trabajo accedió a la continuación de las deliberaciones, poniendo como condición la vuelta al trabajo. Sin embargo, ésta no se produjo hasta el día 29. Cuando los obreros de la construcción volvieron al trabajo, lo hicieron imponiendo también sus condiciones, que se expresaron en una hoja difundida por un grupo de trabajadores el día 30 de julio. En pocas palabras, planteaban dar un plazo de una semana para la firma del convenio. Si pasado ese plazo no se llegaba a un acuerdo, se amenazaba con nuevas acciones. De este modo, se reconocía por una parte que la vuelta al trabajo era una condición para sacar adelante un convenio digno. Sin embargo, y por otra parte, se pedía a los trabajadores que mantuvieran actitudes de protesta, como la de trabajar sólo 8 horas, sin horas extraordinarias ni destajos y la de recordar antes del trabajo, durante una semana, en pie y en silencio, a los compañeros muertos. Para garantizar un seguimiento de la discusión del convenio, durante esa semana proponían que se presentasen los enlaces en Sindicatos a las seis y media. Donde no hubiera enlaces, deberían elegirse dos compañeros que fuesen a Sindicatos todos los días. Finalmente se hacían llamamientos a la solidaridad económica entre los propios trabajadores:

> El que necesite dinero, que lo pida. El que tenga dinero que lo de al que le hace falta. Y esto que lo hagan también los otros gremios y ramos. Ya hay quien parte el jornal con otro que no puede trabajar. No nos olvidemos de los heridos y detenidos. Se hace todo lo que se puede. Pero que nadie pase necesidad por querer conseguir lo que es justo. PODEMOS y debemos apoyarnos unos a otros.

Durante aquellas semanas las acciones de solidaridad en todo el Estado y a nivel europeo con la lucha de los albañiles granadinos fueron espectaculares. Se recaudaron fondos para ayudar a las familias de los muertos, a los heridos, a los represaliados y despedidos por las acciones y con

el fin de continuar la lucha. Se consiguió una apreciable cantidad de dinero, descontando el famoso millón de pesetas que ETA anunció haber obtenido en un atraco para destinarlo a las familias de los obreros muertos y del cual nunca se supo nada. Finalmente, en la madrugada del día 3 de agosto, antes de que terminara el plazo, se firmó el nuevo convenio colectivo provincial de la construcción. La noticia apareció en la prensa al día siguiente.

Lo que se ganó y lo que se perdió

Los resultados del convenio fueron, sobre el papel, mediocres. La decepción mayúscula. Y todo esto teniendo en cuenta que existían pocas garantías de que los empresarios fueran a llevar a la práctica lo pactado. Todas las peticiones fueron sistemáticamente rebajadas por la patronal, especialmente las referidas al salario, donde tan solo se obtuvieron 175 pesetas para los peones. La imposibilidad de poder realizar asambleas masivas, una vez se volvió al trabajo, unido al hecho de que el convenio ya había sido firmado y a que los despidos y el aumento del paro no se hicieron esperar, motivaron que la presión de los trabajadores los debilitara aún más. Esto provocó que algunos militantes autónomos y cercanos a la HOAC lamentaran haber mantenido la lucha tan apegada a los márgenes legales. Aunque la lucha por el nuevo convenio de la construcción era un buen punto de partida, la acción quedó demasiado encerrada en ese cauce. Su principal autocrítica no provenía tan solo de su inexperiencia y de su corta visión en lo que se refiere a los objetivos, sino sobre todo a la falta de confianza que demostraron en la clase obrera. La radicalidad obrera del día 21 superó todas sus previsiones. Nadie la esperaba, nadie la mencionó. A pesar de haber sufrido una brutal represión desde el primer día de huelga, la voluntad de lucha de los albañiles granadinos fue tal que, aún varios días después, cuando se pensaba que la gente no daba ya más de sí, se propuso la vuelta al trabajo imponiéndose de nuevo el impulso de los trabajadores sobre la previsión de los militantes. Los obreros continuaron la huelga durante varios días más. Finalmente se volvió al tajo para que se firmara el convenio y una vez firmado, a pesar del gran descontento con que fue acogido, no se planteó reemprender los paros. Con la firma del convenio se había renunciado de antemano a ir más allá en la movilización y a detener la combatividad de la clase obrera. Esto fue

lo que luego pesó sobre los militantes. Pensaron que los logros alcanzados eran suficientes por el momento y que la situación no daba para más. Y lo que no daba para más era el objetivo planteado: firmar el convenio y hacerlo cumplir, aunque el de 1970 no fuera un convenio más. Para estos militantes se hizo evidente que conseguir la firma de un convenio, por muy amplios niveles de peticiones que se incluyeran en el anteproyecto, no debía constituirse en el objetivo central de la lucha.[19]

Otra conclusión de la huelga de 1970, fue que las asambleas eran lugares determinantes, los espacios en los que se desarrollaban las más amplias posibilidades de concienciación y movilización de la clase obrera. Las autoridades franquistas aprendieron la lección tras haber dado permiso para realizar asambleas masivas. Precisamente fue ese el motivo para que no se permitieran las asambleas masivas durante la discusión del nuevo convenio de la construcción de Córdoba en 1970-1971. De hecho, en Granada, la falta de asambleas fue la causa central que motivó la pérdida de fuerza de los trabajadores. Al perderse el elemento aglutinador, el cauce de comunicación, discusión y decisión colectivo, descendió el nivel de cohesión y de presión. Esta imposibilidad de convocar y realizar asambleas hizo que reconquistasen un mayor protagonismo las acciones en las que participaban un número reducido de trabajadores. Fue el momento en el que los militantes volvieron a tener importancia, a pesar de que sus llamamientos tuvieran cada vez menos eco. La relación entre los miembros de la HOAC y los de CCOO se fue degradando a pesar de los intentos de coordinación. El motivo principal de los desencuentros se dio al plantearse acciones de mayor envergadura, como los paros de los días 21 de agosto, 21 de septiembre y 21 de octubre. Estos fueron convocados con el fin de recordar la fecha en la que murieron los tres compañeros y también de presionar para afianzar y ampliar los logros alcanzados con el convenio, la jornada de 8 horas y la lucha contra las represalias.

La intención de CCOO de instrumentalizar la lucha de los albañiles para servir a los objetivos de agitación política del PCE y su mala disposición a colaborar en igualdad de condiciones con otros grupos,

---

19 Todas estas reflexiones, así como los documentos producidos en el trasncurso de la movilización y que han sido citados, fueron recogidos en un informe redactado en 1971 por trabajadores autónomos. En este documento se hacía balance de lo sucedido un año después de la huelga. Este documento constituye unas de las principales fuentes, junto a los testimonios orales, para conocer lo que sucedió. Nos ha sido de gran utilidad.

acabó por destruir la labor de este grupo de coordinación. Los paros del 21 de octubre de 1970 fueron el último rebrote significativo de la huelga, aunque por culpa del desgaste señalado, ni estuvieron a la altura ni tuvieron la tensión de las dos semanas de julio.

Dada la dispersión del tejido empresarial granadino y debido a la imposibilidad de formar asambleas y de crear cauces de coordinación de los trabajadores a niveles más amplios, se pensaron otras formas de mantener la tensión y la unidad mediante las comisiones de empresa, las reuniones de barrio y los llamamientos. Sin embargo, no cuajó el intento de crear comisiones de empresa. Una vez se perdió la posibilidad de poder desarrollar asambleas masivas, las comisiones de empresa no consiguieron elevar el grado de organización, así como tampoco consiguieron una mayor eficacia. La prueba de que no resultaba inconveniente para los trabajadores crear estas comisiones, fue que en las empresas grandes, debido a la mayor concentración de trabajadores, se pudieron firmar varios acuerdos que mejoraban las condiciones recogidas en el convenio.

Tampoco cuajaron las convocatorias de huelga u otro tipo de presiones, como forma de solidaridad con los represaliados. El nivel de conciencia de la clase obrera en Granada creció mucho con motivo de la huelga de julio, tal y como lo muestra el tejido de organizaciones políticas que aparecieron en la ciudad durante la década siguiente. Sin embargo, los tres muertos de 1970 contribuyeron a que el miedo siguiera calado hasta el tuétano. Ésta es quizás la causa, junto a la falta de organización y de experiencia, de porqué no pudo llevarse a cabo, en ningún momento, una huelga general comarcal en solidaridad con los albañiles.

En cualquier caso, la experiencia de la huelga sirvió para que los convenios de los años sucesivos vinieran acompañados de unos cuantos días de paro en apoyo a las demandas. Se dejó sentir también un cierto cambio de las actitudes en el trabajo, por ejemplo en el trato hacia los albañiles y especialmente entre los propios albañiles. Las prácticas de solidaridad se volvieron así algo frecuente:

> Y además los encargados lo sabían, porque sabían que la gente tenia una posibilidad y una mentalidad de unirse. Que no es como antiguamente, cuando antes de esto, cada uno iba a lo suyo y si el encargado la tomaba con uno pues los demás miraban para otro lado [...] Y yo recuerdo que ponían una espuerta en la puerta de la oficina y conforme venía la gente y salían y había una

> espuerta para echar dinero en solidaridad con los que habían sido represaliados. Bueno pues se echaba tanto dinero que sobraba para darles la quincena a aquellos que habían sido expulsados.[20]

Algunas partes del convenio fueron hechas cumplir en la práctica gracias a la presión de los propios trabajadores. Para los albañiles granadinos se debía poder vivir dignamente trabajando 8 horas. Una reivindicación que se vivía además como un objetivo solidario, en la misma medida en que las horas extra y los destajos aumentaban las cifras de paro y la emigración. Acciones cotidianas como la de trabajar sólo 8 horas se mantuvieron durante mucho tiempo, al igual que el trabajo a bajo rendimiento, que también se mantuvo durante las semanas siguientes a la huelga, con el objetivo de presionar para conseguir las mejoras pedidas que el convenio no alcanzó a reconocer. Otras formas de presión consistieron en no firmar hojas en blanco, en hacer denuncias en el Sindicato y en la Delegación de Trabajo. De hecho llegaron numerosas denuncias a la Delegación por despidos en represalia contra los trabajadores.

En julio de 1970 a los trabajadores les faltó quizás la prudencia y la sangre fría para plantear una presión combinada que pudiera romper la intransigencia patronal, por medio de paros parciales y de bajo rendimiento hasta llegar a la huelga total. Los albañiles granadinos, sin la tutela de ninguna organización, escogieron en cambio la alternativa más difícil y lo hicieron asumiendo todas sus consecuencias. La dureza extrema de la represión se debió tanto a la falta de experiencia de una policía que no supo reaccionar ante aquel estallido de cólera popular, como al peligro que para el Franquismo representaba la extensión de la protesta obrera, asamblearia y multitudinaria, en territorios distintos de los focos tradicionales de contestación, en las zonas industriales.

En un contexto de escasa organización obrera, los militantes cristianos tuvieron un papel destacado y por ello fueron los más condenados, tanto por la prensa y las autoridades como por ciertos sectores antifranquistas. A pesar de sus errores, su enorme prestigio entre los trabajadores y su alto grado de formación contribuyeron decisivamente a que las decisiones de la asamblea fueran respetadas al máximo y a que el PCE

---

20 Testimonios de Antonio Quitian en los que también menciona la asistencia masiva de los obreros a los juicios que los enfrentaban con los patrones.

no se hiciera con el control de la movilización. Sin sus informes y análisis y sin las homilías que redactaron esta lucha no habría calado tan hondo en muchas capas de la población. Muchos de estos militantes cristianos y autónomos se instalaron junto a la población originaria del barrio de La Virgencica en los actuales Polígonos de la Cartuja y Almanjayar. Con ellos también se movió la organización que habían creado y al poco tiempo apareció una Asociación de Vecinos del Polígono. Con los años se volvieron a plantear grandes movilizaciones en este barrio, como el encierro en el palacio del arzobispo para protestar contra el paro, en el año 1975. De allí surgieron también las cooperativas de trabajadores de la construcción.[21] No obstante, lo que pudo haber sido uno de los barrios más combativos de la ciudad de Granada, no pudo resistir la progresiva y espantosa degradación que sufrió desde finales de los setenta. La posterior avalancha de droga y delincuencia sepultó aquel proyecto de construir, desde la base, un barrio distinto. Las gentes más comprometidas acabaron por dispersarse.

Décadas más tarde la situación en el sector de la construcción de Granada vuelve a ser terrible. A rasgos generales no ha cambiado gran cosa: sigue siendo uno de los principales sectores de la economía provincial y la precariedad y los accidentes laborales están a la orden del día. Aquellos tres trabajadores que fueron asesinados por la policía el 21 de julio de 1970 son recordados cada año. Por tradición ese día no se trabaja en la construcción de Granada y los sindicatos mayoritarios aprovechan la ocasión para hacer un acto, generalmente una concentración junto a un monumento ubicado en la conocida plaza de La Caleta, cerca de donde los mataron. Si se mira de cerca el bajorrelieve del monumento, vemos que algunos de los trabajadores que se hayan esculpidos aparecen portando pancartas con las siglas de CCOO, UGT y hasta CGT. Eso no sucedió nunca. Ni la UGT, ni nada parecido a la CGT existían en aquella época en Granada. Tampoco en 1970 se llevaban pancartas con siglas de organizaciones ilegales, principalmente porque los propios albañiles nunca lo hubieran permitido. Pero a pesar de ser conscientes del error cometido, todas estas observaciones históricas no parecen relevantes. En otro lateral del monumento podemos leer con grandes letras «Democracia» y sin embargo sabemos que los miles de albañiles granadinos que participaron en la huelga de 1970

---

21 Estas cooperativas surgieron para hacer frente a las represalias de los empresarios granadinos, que habíamos combatido.

no se movilizaron por consignas políticas, sino que lo hicieron por mejorar sus condiciones de vida y que únicamente fueron ellos los protagonistas de su lucha. En el intento mataron a tres de ellos. Se llamaban Antonio Huertas Remigio, un chico de 22 años de Maracena; Manuel Sánchez Mesa, de 24 años y vecino de Armilla; y Cristóbal Ibáñez Encinas de 43 años y padre de cinco hijos. Ellos escribieron este capítulo de la sangrienta historia de Granada.

Granada, 2007.

4. La huelga de Roca, autoorganización contra el pacto social

Albert Alonso Quiñones

Introducción al conflicto

En Gavà en 1976 hubo un conflicto clave en la historia de la Transición española y del movimiento obrero: la lucha de los trabajadores de la fábrica Roca. Durante 96 días los obreros de esta factoría de sanitarios se negaron a trabajar en solidaridad con unos compañeros despedidos, y dieron al movimiento obrero una de las muestras más importantes de su capacidad de autoorganización en la década de los setenta.

Esta lucha estuvo estrechamente ligada al ámbito geográfico en el cual se desarrolló, la comarca catalana del Baix Llobregat, y al marco histórico general del momento, la Transición. De hecho el significado político de aquella huelga fue claro: una crítica a la democracia representativa que se estaba abriendo paso.

La huelga de Roca transcurrió entre noviembre de 1976 y febrero de 1977. Su desarrollo fue paralelo al proceso de formación del nuevo Estado que se concretó en aquellas fechas en la Ley para la Reforma Política, aprobada el 18 de noviembre de 1976 por las Cortes Generales y sometida a la aprobación en Referéndum el 15 de diciembre de 1976. La huelga también fue testigo de la legalización de partidos y sindicatos que tuvo lugar entre enero y abril de 1977. El destino de los trabajadores de Roca siempre estuvo estrechamente ligado a este contexto político, a los pactos y acercamientos entre el régimen franquista y la oposición moderada. De hecho, por estas fechas hacía ya meses que estas negociaciones se estaban desarrollando, produciendo cambios determinantes en el mapa político. Hasta ese momento, el

partido que había liderado el rechazo hacia el régimen era el PSUC.[1] En el terreno laboral la organización mayoritaria de la clase obrera catalana era Comisiones Obreras, también dominadas por ese mismo partido. Consecuentemente, el acercamiento de estas dos organizaciones a los sectores reformistas del régimen provocó una moderación de su discurso y de sus técnicas de lucha. Efectivamente, PSUC y CCOO pasaron a considerar como negativa la actividad de masas, procediendo a desmovilizarla, a encarrilar las demandas sociales y a deslegitimar los métodos de lucha de tipo extrainstitucional y asambleario.[2] A partir de ese momento las huelgas comenzaron a pasar al olvido. La tarea principal fue la contención de la conflictividad obrera con puntuales demostraciones de fuerza.

En este clima de pactos y negociaciones, en una asamblea celebrada en julio de 1976, las Comisiones Obreras de Barcelona, en las que el PCE-PSUC había acaparado casi todos los cargos de dirección,[3] aprobaron su reconversión a movimiento sociopolítico con aspiraciones unitarias de convertirse en sindicato único. El cambio de discurso era obvio: «La huelga es algo indeseable, que perturba la vida pública y la economía de todos».[4] Las huelgas debían pasar de ser una herramienta de lucha a simples demostraciones de fuerza. Las fuerzas sindicales pactistas (CCOO, UGT y USO) empezaron así a delimitar su área de influencia de cara a unas futuras elecciones. Al mismo tiempo, se producía un duro debate en el interior de la clase obrera entre el pluralismo sindical y la unidad sindical. Dicho pluralismo conllevaba el fin de las reivindicaciones históricas de la clase trabajadora. Los sindicatos y partidos habían empezado ya la lucha por hacerse con parcelas de dominio e influencia, para lo que necesitaban un clima de paz social donde poder desarrollar sus planes. Esto supuso que las grandes reivindicaciones de la clase obrera quedaran relegadas y olvidadas. Sólo así se puede entender que las medidas económicas del gobierno, como el despido libre (artículo 35), el brutal aumento del nivel de vida, la congelación salarial…

---

1 Partit Socialista Unificat de Catalunya, rama catalana del Partido Comunista de España.

2 *Avenç,* núm. 207, *L'extrema Esquerra espanyola durant la transició*, octubre 1996.

3 José Antonio Díaz, *Luchas internas en las comisiones Obreras,* Barcelona, Bruguera, serie La era franquista, 1977.

4 Editorial de *Triunfo*, 18 de deciembre de 1976.

quedaran sin respuesta por parte de las centrales sindicales reformistas (CCOO, UGT, USO). La reforma tenía un precio, y quedaba claro que su pago correspondería a la clase obrera.

> Roca significaba la gran excepción, la tremenda «verruga» que había surgido sin permiso en el mismo corazón del Baix Lloregat, donde estaba localizado el proletariado tradicionalmente respetuoso con la estrategia sindical de la corriente mayoritaria de CCOO.[5]

La huelga de Roca no fue un simple conflicto laboral, en cuyo caso sería imposible entender la gran simpatía que despertó entre parte de la población, reflejada en la creación de los comités de apoyo, y el miedo que produjo entre reformistas y burgueses que intentaron por todos los medios aislar y reprimir a los trabajadores. El rechazo al Sindicato Vertical[6] y a las intrusiones de CCOO marcó la lucha de Roca. Al cuestionar la legalidad vigente, el proceso de reforma política, el pacto social y el futuro sistema de partidos y sindicatos, la huelga fue tratada de radical, irresponsable y salvaje. El reformismo se lanzaba de esa manera hacía la conquista de la fábrica, del barrio y de las calles, con el fin de vaciarlos políticamente y de dejarlos en manos de los profesionales. La huelga de Roca alargó el proceso de autoorganización de la clase obrera, ya que se constituyó el último bastión de lucha política antes de la llegada del parlamentarismo y de la división y derrota de la clase trabajadora, es decir, antes de la expulsión de la política de las fábricas. El enfrentamiento entre las asambleas de trabajadores y los sindicatos representó también dos tipos de organización, no sólo laboral sino también social. Mientras los sindicatos[7] (excepto CNT) y los partidos políticos defendían unos métodos de elección basados en la representación,

---

5 Jerónimo Cassasola, *La gran huelga de Roca*, Gavà, 2005 [inédito].

6 La CNS, o el Sindicato Vertical pues en el se incluían tanto trabajadores como empresarios, era el sindicato único de la Dictadura, y por supuesto de afiliación obligatoria. En el año 1966 se convocaron las primeras elecciones sindicales «libres». A este propósito Comisiones Obreras decidieron infiltrarse con el fin de controlar el sindicato. Este control sería más teórico que práctico, y durante la década de 1970 fueron constantes los boicots masivos a la elecciones y la exigencia de disolución de la CNS y de que sus poderes pasaran a las asambleas de trabajadores.

7 En el caso de los sindicatos debemos hacer una excepción, la CNT, que siempre se mostró del lado de los huelguistas y de sus métodos y organización, el sindicato dio ayudas y facilitó que los delegados viajaran al extranjero. Gracias al apoyo incondicional, CNT sacó cierto provecho social, pese a que no se presentaron nunca como protagonistas de la lucha de Roca, ésta apareció como una confirmación de su línea sindical revolucionaria.

los grupos asamblearios defendían la no delegación de poderes, que los elegidos fueran tan sólo portavoces de la asamblea y que fuera la asamblea donde se tomaran todas las decisiones, siempre sin excepción.

El conflicto estuvo marcado por el momento histórico, pero el contexto geográfico tuvo también una gran importancia: el Baix Llobregat. El Baix Llobregat es una comarca situada al sur de Barcelona, transformada radicalmente con las migraciones de las zonas rurales del sur de la península. Cientos de miles de trabajadores llegaron a la comarca en busca de un trabajo en la industria que les permitiera subsistir mejor que en los campos que dejaban atrás, eso sí, en unas condiciones de precariedad, falta de servicios e infraestructuras. La comarca contaba con un gran desarrollo industrial compuesto por grandes empresas: Laforsa, Siemens, Solvay, Elsa, La Seda… Esta nueva migración y las precarias condiciones de vida que les aguardaban provocaron numerosos conflictos, entre ellos una huelga general en 1971, que daría una gran fama de combatividad a toda la comarca, ganándose así el sobrenombre del «cinturón rojo de Barcelona». La comarca se convirtió, de este modo, en uno de los grandes feudos del PSUC (rama catalana del PC) y de su correa de transmisión, CCOO. A mediados de la década de 1970 los dirigentes de CCOO coparon todos los cargos de los diferentes ramos de la comarca. El capital en su necesidad de negociar una salida a la Dictadura, tuvo un aliado crucial en el reformismo obrero, encarnado en el nuevo rumbo que adquirió CCOO. De esta manera la comarca se convirtió en un banco de pruebas del nuevo pacto social. El aparato franquista empezó a permitir un juego negociador, sobre todo en las grandes empresas de la zona (Solvay, Siemens…). Por todos estos motivos, el conflicto de Roca estalló en el mismo centro del pacto social y en un momento histórico clave, el momento en que este pacto se extendía por todo el Estado (Pactos de la Moncloa, 1977).

Un poco de historia de la fábrica

La fábrica de Roca se encuentra situada en las poblaciones barcelonesas de Gavá y Viladecans, en el mismo sitio en el que se ubicó en 1917. Toda la vida social y económica de las dos poblaciones giraba en torno a la empresa de sanitarios, impulsando una dependencia completa de la actividad económica sobre los sueldos de los obreros. La familia Roca

contó con privilegios económicos en los ámbitos franquistas, obtuvo unas condiciones de práctico monopolio, así como con fuertes influencias en la política local en la que siempre hubo individuos muy relacionados con la empresa. Durante los años sesenta, la comarca del Baix Llobregat, recibió gran cantidad de trabajadores y la empresa, en pleno crecimiento, no se quiso arriesgar a perder mano de obra, por lo que construyó un barrio, el Poblado Roca, con ayuda estatal y de la banca. Estas viviendas, con grandes carencias de servicios mínimos, tenían un alquiler bajo pero condicionado al mantenimiento del contrato de trabajo. Roca no sólo construyó viviendas sino todo un entramado social con escuelas, un hospital, un centro de recreo, teatro, centro cultural… Todos estos equipamientos aumentaron el nivel de vida de los trabajadores, pero también supusieron su total subordinación a los intereses de la empresa:

> Los inquilinos se obligaban a no ser rebeldes, a trabajar horas extra cuando el encargado lo exigía y a permanecer en todo momento a disposición de la empresa.[8]

Las condiciones de trabajo en la empresa eran muy duras, y las enfermedades como la silicosis eran también comunes entre los trabajadores, que acusaban a la empresa y al Hospital de Barcelona de ocultarlas y de hacerlas pasar por simples gripes o bronquitis. Estas duras condiciones y el aumento de los ritmos de trabajo produjeron las primeras reivindicaciones que fueron seguidas invariablemente de despedidos. Al principio los trabajadores concienciados eran una minoría pero la postura intransigente de la empresa hizo aumentar el número de aquellos con ganas de luchar por una vida más digna. Los principales conflictos se dieron en 1969, 1971, 1975 y febrero de 1976. Y fue durante esta última, que duró 42 días, cuando surgió la nueva organización, basada en la autoorganización por asambleas decisorias con delegados revocables en todo momento.

En su origen el conflicto de febrero de 1976 surgió al calor de la negociación del convenio y fue impulsado y dirigido por CCOO. Durante un encierro en la iglesia del Poblado Roca,[9] los trabajadores más jóvenes propusieron la necesidad de organizarse al margen de la

---

8 Jerónimo Cassasola, *op. cit.*

9 Que coincide con la matanza de trabajadores en Vitoria, cosa que sin duda influirá en los trabajadores y en la futura organización.

CNS y de los sindicatos. Sin embargo, esta huelga tuvo un final polémico y los trabajadores volvieron derrotados a la fábrica, eso sí, habiendo aprendido de esta experiencia y sacado algunas conclusiones: la ineficacia de las vías legales, de las marchas pacíficas, de las votaciones organizadas por la CNS y de la negociación con las autoridades. Ante el abandono de los enlaces sindicales, hicieron su aparición trabajadores muy combativos, que dieron la cara durante la propia huelga y que fueron quienes impulsaron las luchas posteriores.

Las lecciones aprendidas del fracaso de la huelga de febrero dieron fuerza a las personas que apostaban por una nueva organización. De hecho, esta cuestión empezó a ser debatida en los comedores, por primera vez en el interior de la fábrica. En junio del año 1976 estos debates comenzaron a dar frutos. En unas elecciones sin candidatos previos fueron escogidos 43 delegados por secciones, luego confirmados por la asamblea. Dada la dualidad de poderes, delegados de la asamblea y CNS, la asamblea pidió la dimisión de los enlaces sindicales, lo que se consiguió en el mes de septiembre:

> Pero también en la Huelga de Marzo nos dimos cuenta de que no es posible hacer nada teniendo al enemigo en casa: paralelamente a la elección de delegados, a la potenciación de la asamblea como órgano de poder obrero, paralelamente a nuestro proceso de autoorganización, era necesario desmantelar las estructuras del Sindicato Vertical en la fábrica. Para garantizar el éxito de nuestro movimiento, para evitar las puñaladas por la espalda, era preciso exigir la dimisión de todos los enlaces y jurados de la CNS. Y la asamblea de Roca la exigió.[10]

La nueva organización obrera en Roca dirigió una carta a la empresa y a la Delegación de Trabajo, informándoles de la dimisión de los enlaces sindicales y de que existía una nueva organización de trabajadores con unos nuevos representantes. Esta nueva organización quedó plasmada en el *Proyecto de Bases para impulsar la sección sindical de los trabajadores de Compañía Roca Radiadores*, donde se declaraba que el sindicato era único, autónomo, independiente y democrático. La asamblea era el órgano central de donde surgirían todas las decisiones que deberían acatar los trabajadores. Los delegados serían revocables, y tanto su elección como su continuidad, estarían sometidos a la decisión de la asamblea. El proyecto dejaba claro que las reivindicaciones iban más allá de

---

10 Libro inédito hecho por los propios trabajadores y facilitado por el Colectivo Ronda.

las mejoras económicas y laborales, y denunciaba que el gobierno intentaba dividir al Movimiento Obrero en diferentes sindicatos para debilitarlo. Su respuesta ante el debate unidad-pluralidad sindical era clara:

> Clase obrera sólo hay una, por lo tanto hay que construir un sindicato en el que coexistan todas las tendencias del movimiento obrero.

Se creó de este modo un comité de 15 delegados, con el fin de coordinar y ejecutar los acuerdos de la asamblea, así como diferentes comisiones que se formaron con el propósito de «dignificar el trabajo». Los trabajadores defendían que aquella era la única organización capaz de representar todas las tendencias y ideologías, sin romper la unidad de la clase trabajadora, y que la asamblea, como órgano de decisión, imposibilitaba todo intento de manipulación.

La asamblea eligió también una comisión para negociar el nuevo convenio. Sin embargo la dirección de la empresa se negó a negociar con estos representantes, excusándose en que no habían sido reconocidos por la Delegación de Trabajo. Los trabajadores convocaron entonces, el día 27 de septiembre, una huelga de 24 horas coincidiendo con el aniversario de los últimos fusilados por Franco. Dado el gran apoyo que obtuvo dicha convocatoria, la dirección de la empresa se vio obligada a aceptar la comisión negociadora de cara al nuevo convenio. Los trabajadores habían conseguido, por primera vez, que unos representantes de la asamblea fuesen reconocidos por la empresa:

> La primera victoria arrancada gracias a nuestra autoorganización en asambleas masivas, saltándonos todo trámite burocrático y legalista.[11]

Inicio del conflicto

Después de esta victoria, la organización de los trabajadores alcanzaría la cifra de 60 delegados, de manera que todas las secciones tenían un representante en la asamblea. Los delegados redactaron las demandas de cara al nuevo convenio que debía negociarse: 33 puntos que poste-

---

11 Jerónimo Cassasola, *op. cit.*

riormente se redujeron a 24. Entre estos no sólo había reivindicaciones meramente laborales o económicas (repercusión de la plusvalía en los salarios, jornada laboral de 40 horas, vacaciones), sino también sociales o políticas como la amnistía de todos los trabajadores despedidos, escolaridad a cargo de la empresa de los hijos entre 4 y 16 años, derecho de asamblea sin trámites…

La contraoferta de la empresa a estas demandas fue ofrecer únicamente una subida de 1400 pesetas quincenales. Los trabajadores en respuesta convocarían un nuevo paro de 24 horas, el día 28 de octubre.

Como resultado de estas demostraciones de fuerza, los trabajadores recibieron un primer aviso: en el lugar donde se celebraban las asambleas (el muelle de carga de la empresa) apareció una pintada de grandes dimensiones firmada por los Guerrilleros de Cristo Rey, que amenazaba de muerte a cinco de los delegados escogidos para la negociación. Los trabajadores acusarían a la empresa de colaboración con el grupo de extrema derecha, sin duda debido a las proporciones de la pintada.

Con las negociaciones rotas, los acontecimientos se aceleran: la empresa expulsa el día 8 de noviembre a un delegado por huelga ilegal y por incitar a otros compañeros a secundar la huelga del día 28 de octubre. Cuando un representante de la asamblea se dirigió a Dirección para pedir explicaciones, la respuesta del director, García Bou fue «ahora hay que hablar de un despido, pero que si espera un día hablarán de 25 despidos»,[12] casualmente todos ellos delegados. Para finalizar el director repitió su lema «producción, producción, producción, disciplina, disciplina, disciplina». Ante tal actitud que los trabajadores entendieron como una provocación, comenzaron a recorrer la fábrica informando de lo sucedido. Los trabajadores fueron abandonando sus puestos de trabajo para acompañar a los que iban informando, en lo que habitualmente se conocía como «la serpiente». Se vivieron algunos momentos de tensión, el más importante cuando un perito amenazó a los trabajadores que respondieron subiéndolo a una de las vagonetas que llevaba las piezas a los hornos. La intervención de algunos delegados evitó que el incidente llegase a mayores. En una asamblea improvisada los trabajadores decidieron ir a la huelga hasta que la empresa readmitiera a los despedidos. Los turnos de noche y mañana, tras cele-

12 Declaraciones de Sánchez Pajares, portavoz de los trabajadores en dicha reunión.

brar sus respectivas asambleas también se sumaron a la huelga indefinida en el interior de la fábrica.

Ese mismo día, 9 de noviembre, la policía entró en la fábrica y desalojó violentamente a los trabajadores que fueron perseguidos por las calles de Gavà. Toda la población que se encontraba en la calle fue víctima de la represión de la policía. Por su parte, los trabajadores en la calle no dudaron en enfrentarse a la policía. Algunos delegados fueron esa misma tarde a Cornellá para ponerse en contacto con los dirigentes de Comisiones Obreras reunidos en el Pati Blau e informarles de lo que había ocurrido. Para sorpresa de estos, no sólo se les negó la palabra sino que fueron expulsados acusados de ser culpables de lo sucedido. Desde un principio los trabajadores tuvieron claro que los despidos eran un ataque de la empresa contra su organización. Si los aceptaban todo su movimiento habría muerto:

> Los delegados escogidos aceptaron la responsabilidad que todos les dábamos, aun sabiendo desde el primer día lo que les esperaba. Sabiendo que si alguien tenía que pagar el pato iban a ser los delegados, que el que plantara cara a la dirección de Roca iba a ser un hombre señalado con el dedo, y que su única fuerza para poder mantener un cierto nivel de enfrentamiento con la dirección, iba a ser la de los compañeros que les habían elegido.[13]

Durante los primeros días de conflicto, los medios de comunicación, acusaron a los trabajadores de radicales por haber abandonado sus puestos de trabajo, causando daños en las instalaciones y en los hornos. De hecho, el hundimiento de los hornos fue uno de los temas más polémicos de la huelga. Finalmente, un estudio del Colegio de Ingenieros Industriales de Barcelona, encargado por el juez, acabó culpando a la empresa del mal apagado de los mismos, lo que finalmente produjo su hundimiento. Según este estudio, los hornos hacía meses que se debían haber cambiado pero la empresa no lo hizo para no parar la producción. A pesar de las críticas, los trabajadores no se sintieron responsables de la situación en ningún momento:

> Cuando se abandonan los hornos los dejamos funcionando, y la empresa

---

13 Libro inédito hecho por los propios trabajadores y facilitado por el Colectivo Ronda.

> podía muy bien haber evitado su deterioro. Nosotros no teníamos ninguna obligación de cuidar de las propiedades de la empresa. Si la dirección considera que ese era nuestro deber muy bien ¡pues entonces que nos deje cuidar todas sus propiedades, incluidas sus cuentas corrientes![14]

Al día siguiente de ser expulsados de la fábrica, el 10 de noviembre de 1976, en un descampado delante de la fábrica los trabajadores realizaron, bajo una fuerte lluvia, la primera asamblea de huelga. La policía los rodeó y cargó sin previo aviso. Después de los primeros momentos de confusión, en los que varios trabajadores fueron duramente apaleados, algunos comenzaron a defenderse con piedras, fabricando ondas y tirando palos de la luz para hacer barricadas y evitar el avance de la policía. La destreza de los trabajadores con las ondas, debido al origen rural de muchos de ellos, fue clave para resistir durante una hora y media. La policía se retiró, volviendo más tarde para ametrallar el Poblado. Los impactos de las balas quedaron marcados en las fachadas, farolas e incluso en el interior de las casas. Se recogieron más de 200 casquillos de proyectiles de diferentes calibres. Después de estos enfrentamientos y de la brutal actuación de la policía, muchos trabajadores prometieron que no les volverían a coger desprotegidos y sin nada con lo que poder defenderse.

El día 12 de noviembre, la huelga de Roca coincidió con una jornada de huelga general convocada por los sindicatos pactistas (CCOO, UGT y USO), propuesta a su vez como demostración de fuerza y de la capacidad de movilización ante las negociaciones asociadas a la insitucionalización del nuevo régimen político.

> El día 12 ha sido una jornada política organizada por las centrales sindicales de la oposición democrática para tratar de deshinchar una tensa situación de lucha de clases en el Estado español... nos hablan de pacto social, tratando de cambiar «independencia» por «autonomía», «lucha armada» por «negociación», «sindicato unitario» por «libertad sindical»... lo han concentrado todo en una sola jornada de huelga pacífica y controlada.[15]

En toda la comarca, la jornada de movilización estuvo controlada por CCOO, mientras los trabajadores de Roca paralizaban Gavà y Viladecans. Se tuvo que recurrir al ejército para asegurar unos servicios

---

14 *El Mundo,* 11-12-1976, núm. 1903.

15 Libro inédito realizado por los propios trabajadores y facilitado por el Colectivo Ronda.

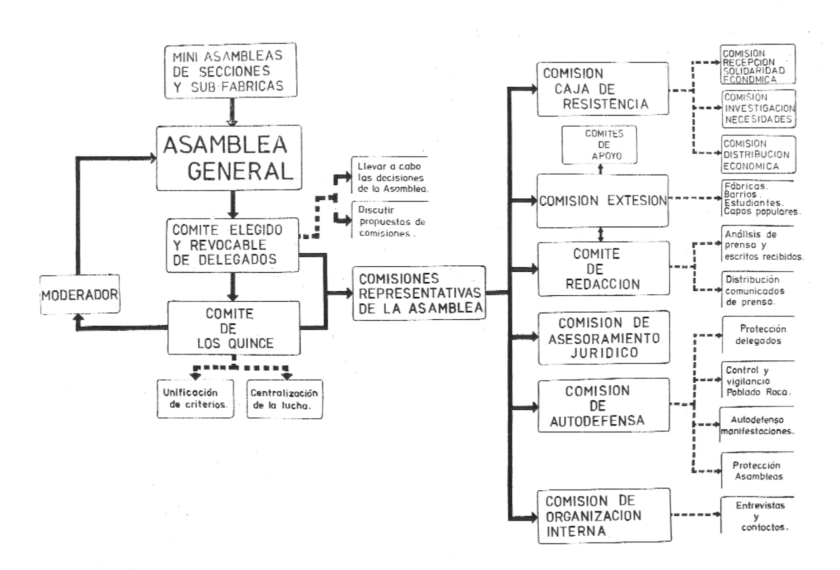
mínimos como el transporte público. Desde primera hora de la mañana el Poblado apareció rodeado por la Guardia Civil, los trabajadores cerraron los accesos al Poblado con barricadas, dejando sólo una entrada abierta y fuertemente custodiada. Durante todo el día se repitieron los enfrentamientos y la jornada acabó con 40 detenidos, pasando ocho de ellos a la jurisdicción militar.

Autoorganización en Roca

Después de estas primeras jornadas, los trabajadores se dieron cuenta de que su conflicto podría ser largo y que era necesario organizarse con el fin de resistir. De este modo se dividieron en comités con la misión de mantener y dar a conocer su lucha.

Los principales comités fueron el de extensión de lucha, el encargado de la caja de resistencia, el comité de redacción, el comité de autodefensa, el comité de asesoramiento jurídico y el comité de organización interna, que coordinaba los anteriores. Todos estos comités pasaban diariamente una revisión de su trabajo en la asamblea.

• ESQUEMA GENERAL ORGANIZACION •



Se creó también un comité de apoyo para la difusión de la huelga, llamado comité de extensión de lucha. Este grupo recorrió fábricas y barrios con el propósito de evitar el aislamiento de los trabajadores provocado por el linchamiento mediático que estaban sufriendo. Así, poco a poco, rompieron el cerco. Las charlas y jornadas de los trabajadores de Roca se fueron extendiendo de las fábricas a las asociaciones de vecinos, a los grupos de estudiantes y a todo tipo de colectivos que mostrasen su simpatía por la lucha obrera y por los métodos de organización de los trabajadores. Del trabajo de este comité y de la solidaridad de muchos ciudadanos nacieron los Comités de Apoyo a la Lucha Autónoma de Roca, que sustituyeron a las mesas que habían intentado crear algunos partidos y sindicatos.

El comité realizó y repartió más de 100.000 hojas informativas, 70.000 adhesivos y 15.000 carteles reclamando solidaridad con los huelguistas de Roca, y no se contentó sólo con realizar sus actividades dentro de las fronteras de España sino que llegaron a visitar diversos países europeos. El día 23, salió el primer número de lo que fuera el órgano de expresión de los trabajadores *Roca en Lucha*, de la que se llegaron a publicar seis números. En este boletín se relataba el inicio del conflicto y se hacía una crítica a la postura de los sindicatos CCOO y USO, cuya versión del conflicto, según los trabajadores difería poco a la de la empresa.

Por otra parte, tras quince días de huelga, la situación económica de muchas familias comenzó a peligrar por la falta de ingresos económicos. Con el fin de solventar el problema se organizó un comité encargado de la caja de resistencia. Dicho comité estaba dividido en tres comisiones: comisión de recepción de solidaridad económica, comisión de investigación de necesidades y comisión de distribución económica. Los trabajadores y sus familias no se limitaron a recoger fondos por las fábricas, sino que recorrieron plazas (son muy recordadas las colectas en la Plaza Cataluña de Barcelona), mercados, teatros, cines, metros, carreteras, conciertos...

El comité de redacción se encargó de recoger las noticias de prensa que hablaban sobre Roca, analizarlas y redactar cartas o comunicados dirigidos a los medios con el fin de dar su versión del conflicto, dado que la empresa a diferencia de los trabajadores tenía un acceso continuo a los propios medios de comunicación. Este comité y su trabajo topaban continuamente con el aislamiento que sufría la lucha de Roca.

Además, después del primer ataque por parte de la Guardia Civil a la asamblea reunida en el Poblado, los trabajadores juraron que no volverían a ser apaleados sin respuesta. Se decidió de este modo crear un grupo encargado de proteger a los asistentes a manifestaciones y asambleas, así como a los delegados y sus familias, que fueron el blanco de los ataques de grupos fascistas locales y foráneos; se trataba del comité de defensa. En numerosas ocasiones los trabajadores de este comité fueron el objetivo de la ira de los grupos fascistas ante la imposibilidad de atacar a los delegados. De hecho, los delegados tuvieron una protección continua, durmiendo cada noche en una casa elegida por el comité de seguridad.

Estas medidas eran comprensibles dada la gran fuerza y apoyo con el que contaba el terrorismo fascista en aquellos años. Los ataques de la extrema derecha a los trabajadores fueron constantes: amenazas, palizas (de hecho algunos trabajadores resultaron hospitalizados), intentos de robar la caja de resistencia, ataques a delegados y diversos atentados con explosivos contra trabajadores, negocios del barrio y familiares. Cabe recordar la gran actividad de los grupos de extrema derecha, grupos como los Guerrilleros de Cristo Rey o la Triple A (Alianza Católica Anticomunista) entre otros, que actuaron con una impunidad total tanto en este conflicto como en otros, causando decenas de muertes durante el transcurso de la Transición. Todos estos grupos, siempre cercanos a Fuerza Nueva, contaban con paramilitares fascistas de origen transnacional perseguidos en sus propios países (Italia y Suramérica sobre todo). En cualquier caso, no se trataba de grupos estables sino de simples siglas utilizadas por la extrema derecha con el fin de cometer sus atentados. Sus actividades estaban financiadas y coordinadas por los servicios secretos, según confesaron posteriormente diversos militares implicados en los atentados. Estas confesiones corroboraban las declaraciones de los trabajadores de Roca que acusaban a la Guardia Civil de dirigirlos y protegerles.

En cualquier caso, a pesar de la prohibición y de los intentos de la policía por evitar las asambleas, los trabajadores siguieron reuniéndose en el Poblado, en la iglesia o en la montaña. E incluso llegaron a organizar puntos de control para evitar la llegada de la policía en los momentos en los que su acoso era mayor.

El comité de autodefensa estaba formado por los trabajadores más jóvenes. No obstante, en algunos de los enfrentamientos en el Poblado participaron también las mujeres y los hijos de los trabajadores.

> Sólo hay una respuesta: la autodefensa organizada. Los ataques de la Guardia Civil nos enseñaron a levantar barricadas para cortar los accesos al Poblado, las latas de humo y las balas nos enseñaron a defendernos con piedras y el ataque a nuestros delegados nos enseñó a organizar piquetes de vigilancia para defender las casas.[16]

Por último, la comisión de asesoramiento jurídico buscaba, mediante la vía judicial, la readmisión de los despedidos. Los integrantes contactaron con el Col·lectiu Ronda, un grupo de jóvenes abogados que se comprometieron con la lucha de los trabajadores de Roca y que hicieron un gran trabajo para devolver el puesto de trabajo a los despedidos. No hay que olvidar las dificultades con la que se encontraban los abogados que decidían defender a los trabajadores en huelga. Mientras se celebraba el juicio por los despedidos, se produjeron los asesinatos de la calle Atocha en Madrid, donde fueron heridas de muerte nueve personas, seis de ellos abogados, por defender también a unos trabajadores en huelga. Este ataque fue ejecutado por un comando de extrema derecha, pero de nuevo la relación entre los asesinos y las fuerzas policiales fue muy estrecha.

La huelga se alarga, la autoorganización se extiende

Los días fueron pasando sin que hubiera ninguna novedad en lo que respecta a los despedidos. La solidaridad se fue extendiendo al igual que la autoorganización de los trabajadores. De hecho las simpatías de parte de la población por esta lucha y por los métodos de democracia directa que defendían no hicieron sino crecer.

La empresa, sin embargo, siguió negándose a negociar, alegando que no se reuniría con despedidos (todos los delegados lo estaban). Los sindicatos, hacían el juego a la empresa, dedicando sus mejores hombres a la huelga con el fin de intentar dirigirla, o al menos de incidir en ella. Mientras tanto, líderes sindicales como Carles Navales (Comisiones) o Carles Rañé (UGT) trataron de convencer a los trabajadores de que volvieran al trabajo y de que sus métodos no eran los adecuados.

---

16 Archivo Nacional de Cataluña, huelga de Roca, discurso de un delegado, casete 624, 14-12-1976.

Continuamente los medios de comunicación presentaron a la organización de los trabajadores de Roca con términos relacionados con la confusión, como callejón sin salida, caos y violencia. Las centrales sindicales, por su parte, se presentaban como la única salida posible al conflicto.

Las diferencias entre los trabajadores y estas centrales sindicales fueron tan grandes como los modelos sindicales y políticos que representaban. USO y CCOO[17] intentaron convencer a los trabajadores de que la vuelta al trabajo era fundamental con el fin de iniciar la negociación, pero éstos repetían día tras día su lema: «O todos o ninguno». Las centrales sindicales, se negaron a aceptar como válido el voto a mano alzada. Por su parte los trabajadores, a causa de algunas votaciones muy polémicas en las anteriores huelgas, se negaron a cambiar el método de votación.

El 1 de diciembre, E. Cerdan, M. Salas y C. Navales, todos de Comisiones Obreras propusieron formar una mesa de negociación compuesta por cuatro trabajadores de Roca, escogidos por voto secreto y no despedidos, y seis líderes sindicales de la comarca (miembros de Comisiones, por supuesto). Los trabajadores de Roca se negaron a dejar su negociación en manos de CCOO,[18] que a su vez argumentaba:

> Las luchas de nuestra comarca nos han dado la razón: Laforsa, Dumper Ibérica, Tombauto... huelgas en las cuales hubo que ser flexible en el momento del diálogo y en las cuales fueron nuestros hombres los que representaron a los trabajadores de la comarca en aquellas negociaciones.[19]

La respuesta de los trabajadores fue que ellos no habían pedido entrar en la negociación de ninguna fábrica de la comarca, por lo que nadie de otras fábricas debía entrar en sus negociaciones. Además los trabajadores acusaron a CCOO de tener un acuerdo cerrado con la patronal y querer hacer de la negociación una farsa.

Por otra parte, en la manifestación convocada en Cornellà (simbólica capital obrera de la comarca), el 14 de enero, en solidaridad con los despedidos, se produjo otro nuevo choque entre los trabajadores y las

---

[17] La UGT era casi inexistente en Roca a pesar de contar con un delegado.

[18] La mayoría de estos dirigentes de sindicatos ocupaban también cargos en la franquista CNS.

[19] Nota publicada al diario *Avui* el 29 de enero de 1977.

centrales sindicales. La manifestación fue apoyada por diferentes sindicatos y organizaciones. Momentos antes de empezar, USO y CCOO decidieron desconvocarla por miedo a posibles incidentes. CNT, como tantas otras veces en la huelga, se quedó en solitario como único sindicato representado en la manifestación. Antes de empezar la marcha, no obstante, los trabajadores y sus familiares fueron apaleados. Grupos de jóvenes volvieron a enfrentarse a la policía. Al día siguiente, los trabajadores enseñaron una vez más las balas que la policía les había disparado, pero organizaciones como el PSUC volvieron a cargar contra los trabajadores acusándoles de violentos y radicales. A causa de estos enfrentamientos y de la presencia de los piquetes de autodefensa en los diferentes actos, USO y CCOO se negaron a convocar a sus afiliados a las jornadas en solidaridad con Roca, que se realizaron coincidiendo con los juicios a los trabajadores.

La oposición llamada «democrática» dio así la espalda a los trabajadores de Roca. En cambio otros muchos sectores sociales que se oponían a la reestructuración del Estado franquista mantuvieron una actitud de abierta solidaridad. La autonomía o la autogestión se habían ido abriendo camino, no sólo entre la clase trabajadora, sino también entre estudiantes, mujeres, comerciantes, y sectores liberales como los empleados de banca, etc., convirtiéndose en un serio peligro para el futuro diseño político.

La huelga de Roca despertó una gran simpatía entre estos sectores y fue fuente de inspiración para muchos de ellos. En multitud de ocasiones, trabajadores de otras fábricas y estudiantes se desplazaron hasta Gavà y Viladecans para poder asistir a las asambleas y ver, desde dentro, el funcionamiento de los trabajadores. El propósito era adaptar posteriormente estos métodos a sus empresas u organizaciones.

Cabe destacar también el papel de las mujeres de los trabajadores durante la huelga. A diferencia de otras huelgas, las mujeres de los trabajadores se pusieron al frente del conflicto desde el primer momento: en los enfrentamientos, en las manifestaciones, haciendo piquetes para impedir la entrada de esquiroles a la fábrica, participando en la caja de resistencia, haciendo sus propias asambleas y participando en la de los trabajadores, con voz y voto.

Muchas de estas mujeres eran hijas de trabajadores y conocían bien la empresa, «esta empresa machacó a nuestros padres, nos ha machacado a nosotros y si no luchamos machacará a nuestros hijos».[20] Mientras que en los anteriores conflictos, liderados por CCOO-PSUC, las mujeres mantuvieron un papel pasivo, a expensas de las decisiones de los hombres, en esta huelga se organizaron ellas mismas tomando sus propias decisiones. La primera asamblea de mujeres se celebró el 21 de noviembre dejando claro, en un comunicado, que el tiempo en que se quedaban en casa, mientras los hombres luchaban, se había acabado ya que esa era también su lucha.

La solidaridad llegó desde amplios sectores de la sociedad: estudiantes, banca, médicos, actores… Uno de los actos más importantes y recordados fue la colecta de juguetes durante las Navidades, para que los niños no sintieran la penuria de la lucha durante las fiestas. Efectivamente, la Navidad de 1976 fue muy difícil. Diversas organizaciones (Socors Popular Francès, un grupo que tuvo muchos problemas para pasar los juguetes por la frontera, CNT, Dones Lliures, Col·lectius Llibertaris de Sant Andreu, vecinos de Polígono Porta, de Gràcia, de Poble Sec, Radio Barcelona y Radio Joventut) decidieron recoger juguetes para los hijos de los trabajadores. Finalmente ningún niño se quedó sin su juguete y los medios de comunicación desplazados pudieron comprobar la buena organización del acto por parte de los trabajadores.

También se debería resaltar la ayuda que prestó, desde el primer momento, el párroco de la iglesia del Poblado. De hecho, en el interior de la iglesia se celebraron numerosas reuniones y asambleas, además de ser el lugar donde se repartía el dinero recaudado en la caja de resistencia.

Miembros del colegio de Médicos de Barcelona se organizaron también para dar cobertura médica a los trabajadores y a sus familias que habían perdido la prestación de la seguridad social. Profesores de magisterio mostraron su apoyo organizando festivales infantiles y servicios de guardería con el fin de permitir que los padres pudieran continuar su lucha y que los niños pudieran evadirse, al menos a ratos, de la tensión que vivían sus padres.

---

20 *Ibidem,* casete 611.

Pero no todo el mundo vio con buenos ojos esta huelga. Para algunos de los habitantes de las poblaciones afectadas, este conflicto significaba violencia en la calle y el fin de la «paz social» impuesta por los franquistas. Además afectaba a los comercios que habían prosperado gracias al consumo de los inmigrantes que habían ido llegando para trabajar en Roca. Para éstos la huelga supuso un descenso en sus beneficios económicos; se calculó que se dejaron de mover 300 millones de pesetas, lo que correspondía a los sueldos no cobrados de los trabajadores durante la huelga.

El desenlace del conflicto

En esta atmósfera se realizó el juicio en Magistratura de Trabajo. Se dio entonces uno de los debates más intensos durante todo el tiempo de la huelga. Se discutió sobre si los despedidos debían presentarse al juicio o tenían que negarse porque la justicia franquista era al fin y al cabo una farsa en favor de la burguesía, una pieza más del régimen que los oprimía. En un texto redactado por los propios trabajadores se leía:

> Es la clase obrera la que nos debe juzgar. No nos podemos someter a una magistratura de trabajo que tiene que decidir con unas leyes dictadas por el Estado y en beneficio de los patrones.[21]

La mayoría de los delegados (19 sobre 33) se negó, de este modo, a aceptar la autoridad del juez, pero la asamblea votó a favor de que se presentasen a juicio. Finalmente aceptaron, aunque hicieron saber al juez que estaban allí por decisión de la asamblea. Se trató de la primera división importante de los delegados.

El juicio se celebró entre unas espectaculares medidas de seguridad. De forma paralela, se convocaron unas jornadas en solidaridad con Roca para los días 20, 21 y 22 de enero, justo el día en el que empezaba el juicio. Durante estos días, 17.000 trabajadores, según datos de la Guardia Civil,[22] pararon en las fábricas de la comarca.

---

21 Libro inédito hecho por los propios trabajadores y facilitado por el Colectivo Ronda.

22 La Guardia Civil sólo contabilizó paros en 17 fábricas. Según los trabajadores y la prensa éstas fueron más de 35.

Al mismo tiempo, en las calles de Barcelona se produjeron diversos enfrentamientos entre policías y simpatizantes con la lucha de los trabajadores de Roca: varios jeeps de la guardia civil fueron quemados y el Banco Español de Crédito recibió el impacto de cuatro cócteles molotov provocando un incendio. Otras instituciones, como la Bolsa, también fueron atacadas. También hubo incidentes en las poblaciones cercanas.

Los seis abogados de Roca prepararon el juicio con dos objetivos: que el juez declarara improcedentes los despidos y que la opinión pública conociese la realidad de un conflicto, manipulado y ocultado constantemente por los medios de comunicación. En el primer día de juicio los abogados de los trabajadores comunicaron al juez la negativa de la empresa a negociar. El juez aplazó entonces el juicio instando a las dos partes a sentarse a negociar. La empresa respondió con una oferta económica a los despedidos, que hicieron saber al propio juez que ellos no podían decidir y que tendrían que llevarlo a votación en asamblea. A pesar de que el magistrado intentó hacerles entender que la justicia no podía caer en terceras personas aceptó la petición de los trabajadores de aplazar el juicio para que pudieran pedir opinión a la asamblea.

El día 25 se celebró la asamblea con más de 3.000 personas; la decisión fue rotunda: «O todos o ninguno».

La noche antes de reanudarse el juicio, el día 28, fue detenido, sin cargos, Joaquín Sánchez, el delegado que había hablado con la empresa el día de inicio del conflicto y testigo clave para la defensa. El comité de defensa de los trabajadores pudo evitar, sin embargo, que otras personas fueran detenidas.

El 1 de febrero, por la mañana, se leyó la sentencia que obligaba a la empresa a readmitir en el mismo puesto y con las mismas condiciones a todos los despedidos.

La sentencia entre otras cosas resaltaba el conflicto como: «Alteraciones muy graves del orden laboral, y hasta ocupación de la factoría por parte de los productores». Resumía el proceso de autoorganización, la elección de delegados, la negociación del convenio: «Desde luego la empresa conocía los nombres de estos delegados entre los que se encuentran la totalidad de los hoy actores», la negativa a negociar por parte de la empresa y que incluso había expulsado a un trabajador que estaba de vacaciones. «El resto de los actores participó, al igual que el resto de la plantilla, en el paro sin que se

haya acreditado que interviniera en otros actos ni que tuviese otra actuación que la de esporádicos portavoces de las decisiones de la Asamblea de los trabajadores».

No obstante, a pesar de que la sentencia devolvía el puesto de trabajo a los despedidos, gracias a la correcta interpretación del art. 35 (sobre el despido libre), que era además una de las reivindicaciones de la lucha de Roca, la empresa podía dejar de nuevo a los trabajadores en la calle con una simple indemnización. Previendo esta respuesta patronal, la asamblea decidió no volver al trabajo, a pesar de la victoria en el juicio.

En todo caso, y pese al recurso presentado por la empresa y el artículo 35, algunos empezaron a pensar en la necesidad de volver al trabajo. Animaban a ello las pocas perspectivas de salida y la determinación de la empresa «derrotarnos por el hambre». Así y a través de Carles Navales, representante de CCOO en la comarca y que durante toda la huelga intentó convencer a los trabajadores de la necesidad de volver al trabajo, se presentó a la asamblea una oferta por la que no habría despedidos ni sancionados en caso de que se asegurase la vuelta al trabajo. La situación era difícil ya que la amenaza sobre los enfermos y los jubilados de cobrar la parte proporcional trabajada el último año, 8 meses, les dejaba en una situación francamente precaria.

La oferta tenía un ultimátum el día 10 de febrero. El día 9 se celebró la asamblea en el polideportivo de Viladecans, con más de 3.000 personas. Por supuesto, la reunión fue autorizada; a las autoridades les interesaba una asistencia masiva. Sin embargo, a pesar de que una pequeña parte de los trabajadores votó a favor de la vuelta al trabajo, la gran mayoría se negó por considerar este ultimátum como un chantaje de la empresa y del mismo Carles Navales.

El día 10, y a pesar del ultimátum, sólo unos centenares de personas entre directivos, miembros de seguridad y trabajadores de oficinas entraron a trabajar. A la vista de los resultados, la empresa decidió ampliar 24 horas la vuelta al trabajo.

Por primera vez los delegados se encontraban divididos. Los partidarios del retorno al trabajo defendían que era la única forma de seguir todos unidos y conseguir una victoria sobre la empresa y la patronal que deseaba la separación de los trabajadores y que éstos volvieran a la fábrica sin permiso de la asamblea. Después de una

votación muy ajustada se tomó la decisión de volver al trabajo, pese a que se hizo saber que no les habían vencido y que la lucha continuaría en el interior de la fábrica.

Uno de los últimos parlamentos de esta asamblea en el Poblado fue la intervención del delegado Priego. Éste hizo un emotivo llamamiento a la autoorganización de la clase trabajadora:

> Lo que es indiscutible es que cada vez estamos alcanzando unas metas mucho más difíciles y mucho más imposibles de conseguir. No están dispuestos, ni la empresa ni el gobierno, a ceder lo mas mínimo en todo lo que signifique un avance de la clase obrera. Ellos tienen un plan establecido de seguir con las centrales sindicales... porque a estos se les puede mantener en línea, lo que no se puede mantener en línea es una asamblea y mucho menos una asamblea como la de Roca que se ha mantenido unida 96 días, que tiene unos representantes que saben que no pueden tomar decisiones que no hayan sido aprobadas por esta asamblea y que entonces no los pueden comprar, cuando esto sucede la empresa no quiere negociación con nadie. [...] Nunca jamás dejéis vuestro poder decisorio en las manos de ningún representante, no hay nadie, por muy legítimo que se considere, por muy honrado que se crea y por muy luchador, que sea, capaz de defender imparcialmente los derechos de una asamblea, nunca. La clase trabajadora ha de ser ella misma la que se autoorganice y tiene que ser ella misma la que considere siempre que tiene que tener el poder.

Rodeados por la policía, el día 11 a las 7 de la mañana, los trabajadores celebraron la última asamblea, en la cual hubo momentos de tensión con las fuerzas policiales y con las cámaras de Televisión española, que no habían aparecido hasta ese día y que venían a enseñar al país que en Roca se volvía a trabajar. Mientras, Carles Navales, representante de las Comisiones Obreras, observaba desde la puerta de entrada de la fábrica la vuelta de los trabajadores. Deseaba asegurarse de que entraban al trabajo y de que su victoria en la desmovilización de la huelga era efectiva. Años más tarde un historiador de Comisiones reconoció este papel del propio Carles Navales: «A mi me impresionó aún más el coraje de años más tarde cuando se trataba de neutralizar a los demagogos manipuladores de una huelga en Roca en Gavà...».[23]

---

23 Ignasi Riera «Carles Navales», *Avui*, 2 de febrero de 1984, p. 12.

Después de volver al trabajo aún se tenía que negociar el convenio, aunque la empresa aseguró durante la huelga que no negociaría con ningún trabajador que no fuese elegido mediante voto secreto. Una vez se volvió al trabajo no le quedó otra opción. Los delegados finalmente consiguieron un aumento salarial del 29 %, por encima del tope fijado en los pactos de la Moncloa de un 22 %.

No obstante, el relato de los dos últimos días de huelga, y con ello el fin de este artículo, debe corresponder de nuevo a los trabajadores. Su explicación difícilmente puede ser superada por las palabras de un historiador.

> Más de mil trabajadores salimos del Poblado a las cuatro y media de la tarde y nos dirigimos a la montaña a hacer nuestra asamblea. Sobre un peñasco estaban los delegados. Todos en pie, en silencio, esperábamos con impaciencia que comenzaran los turnos de palabra. Carles Navales, el dirigente de las Comisiones Obreras, estaba también presente, como siempre intentando convencernos de que había que volver al trabajo.
>
> Navales sabe hablar, ha aprendido a lo largo de muchas huelgas que ha dirigido, antes, cuando todavía no había «huelgas salvajes» y «huelgas civilizadas», sino simplemente huelgas, y todas eran reprimidas.
>
> En todos nosotros un sentimiento de impotencia. De impotencia, desprecio y rabia. El desprecio, la rabia, la impotencia de los oprimidos. ¡Lo sabes ya de sobra, Navales, que la empresa no está dispuesta a negociar! Sabes que la empresa no transige con la asamblea y con los delegados! Y lo sabías ya al principio de la huelga. Cuando tú y los tuyos nos llamasteis «grupos incontrolados», «ultra-vanguardistas», «provocadores».
>
> En todos nosotros un sentimiento de desprecio: nos habéis ganado esta mano. Estaréis contentos. Pero nada más esta mano. La lucha es larga y el tiempo no se detiene. Nos habéis ganado esta mano, pero sabéis que la partida continúa: no habéis conseguido hacernos agachar la cabeza; no habéis conseguido desanimarnos, manejarnos, manipularnos.
>
> De la montaña bajamos ya de noche. Hacia Viladecans, hacia el Poblado, hacia Gavà. Las cosas no podían acabar así. Las cosas no acabarán así.
>
> ¡Ahora sí que nos daban «permiso» para celebrar una asamblea! Todos los buitres se concentraban alrededor del que creían moribundo. Esta vez la hicimos en el Polideportivo, y fuimos tres mil los asistentes.
>
> Pero teníamos que dejar constancia de que no aceptábamos el ultimátum de 24 horas de la empresa. ¡No nos habían derrotado! La respuesta de la Asamblea fue continuar la huelga. Eso fue lo que expresaron los puños de más de 2.000 de los asistentes: podemos reincorporarnos, pero estamos con los delegados, la empresa no nos hace bajar la cabeza.

Al día siguiente la factoría estaba rodeada por fuerzas de la policía. Se trataba de garantizar la entrada a quienes no querían respetar lo decidido en la asamblea. Querían hacernos entrar «como las hormigas», en cola, uno a uno, corriendo para no quedarse las últimas.

No lo consiguieron. Pero tenían muchas armas en sus manos.

Ese mismo día la asamblea, reunida en el Poblado, se manifiesta partidaria de un repliegue. Entraremos a trabajar, pero todos juntos, en manifestación, demostrándole a los patronos que la batalla continúa, que seguimos firmes en nuestras posiciones.

A las 7 de la mañana siguiente nos concentramos todos en el Poblado, y tras una asamblea nos dirigimos en manifestación, con las cabezas y los puños bien en alto. Con nuestros delegados al frente, gritando ¡Unidad, Unidad!, gritando ¡Vosotros fascistas sois los terroristas!, gritando nuestro odio y nuestro desprecio, gritando que nuestra lucha continúa, que los 100 días de huelga no han sido en vano, que la asamblea sigue, que siguen los delegados, que no hacemos más que esperar un momento mejor para reemprender el combate.

Con lágrimas en los ojos vimos como los delegados despedidos se hacían a un lado para dejarnos entrar al resto, mientras nos aplaudían; aplaudían nuestro combate, nuestra resistencia, nuestra solidaridad, nuestra conciencia obrera. Nosotros les aplaudíamos a ellos, les manifestábamos que nuestra unidad no se había roto, que no se rompería jamás.

Nuestra huelga ha terminado: nuestra lucha no ha echo mas que empezar.

Durante 95 días hemos estado a la cabeza del movimiento obrero en Cataluña y, en cierta medida, en toda España. En unos momentos en que ese movimiento se ve acosado por todas partes, de una u otra manera, quieren convencernos a los trabajadores de que nuestros problemas se han acabado con la reforma política o que, en todo caso, ya se encargarán los reformistas de resolverlos, hemos dejado bien claro que, ahora más que nunca, es la hora de luchar.

Hemos demostrado también que hay que deshacerse de toda organización que, en lugar de favorecer nuestro combate, no hace más que frenarlo, intentando manejarnos y conducirnos hacia las formas de acción que más interesan a la patronal.

Y hemos puesto en práctica una forma organizativa que se ha manifestado como la más apropiada, la más correcta para los momentos que estamos atravesando:

– El único órgano de poder es la Asamblea de los Trabajadores, que utiliza formas de democracia proletarias.

– Los delegados, elegidos por los trabajadores y revocables en cualquier momento que se considere oportuno, son simplemente los representantes de la voluntad de la mayoría, expresada en asamblea.

Nuestra huelga ha terminado: nuestra lucha no ha hecho más que empezar.

5. Puerto de Barcelona 1976-1988

Miguel Garau

Si hubiera que fijar una fecha, hablaríamos de que el 12 de diciembre de 1976 arranca la lucha de los estibadores en el Puerto de Barcelona. Ese día la Coordinadora de Organizaciones Sindicales (COS) que agrupaba a la mayoría de sindicatos aún ilegalizados, convoca una huelga general en todo el Estado. Será la última gran movilización de los sindicatos con el fin de medir sus fuerzas en pleno proceso de negociación de las bases del nuevo Estado democrático. Como en otros muchos lugares la huelga acabó con despidos, que en el caso del Puerto fueron siete, todos ellos estibadores y miembros de CCOO. Aun así este sindicato se negó a llevar a cabo movilizaciones para conseguir su readmisión. No así sus compañeros que lucharon durante 21 días para conseguir su vuelta al trabajo.

> ¡Veintiún días inolvidables! De nuestra voluntad colectiva había surgido el grito de ¡Huelga en defensa de nuestros compañeros![1]

Con esta huelga y con las que posteriormente se desarrollaron en el marco portuario entre 1979 y 1988, asistimos al principio del fin del ciclo de luchas autónomas que comenzara en el Estado español en 1969-70. Huelgas que recorrieron como una mecha encendida los años setenta. Blansol, Harry Walker, Bultaco o Roca entre otras, se convirtieron en exponentes de la autoorganización de la clase obrera al margen de los sindicatos clandestinos. Los estibadores, encargados de la carga y descarga de mercancias, vieron en estas huelgas un modelo a seguir. Un modelo que llegaba al Puerto en un momento político clave

---

1 *La Estiba. La voz de los puertos*, núm. 5, octubre de 1985.

(la Transición) en el que las huelgas autónomas y espontáneas trataban de disputar el protagonismo a unas Comisiones Obreras cada vez más burocrátizadas y jerarquizadas.

Los trabajadores, decepcionados por la postura de los sindicatos, respondieron organizándose a través del órgano mejor capacitado para proteger sus intereses: la asamblea. La propia estructura laboral de los puertos facilitó esta labor. En el puerto era de obligado cumplimiento presentarse cada mañana ante las puertas de la Organización de Trabajos Portuarios (OTP), para desde allí ser redistribuidos a los muelles. Estas reuniones matinales facilitaron la toma de contacto entre los estibadores. Fueron el caldo de cultivo para la reflexión y la discusión de su situación socio-laboral, fomentando el compañerismo y la toma de conciencia colectiva expresada en una serie de reivindicaciones compartidas.

Al día siguiente de los despidos, los estibadores decidieron iniciar la huelga por su readmisión. Mediante una asamblea, surgida en principio de forma fortuita, acordaron dotarse de un comité de huelga formado por delegados revocables en cualquier momento, y que tenía la misión de coordinar las acciones de protesta. Si bien esta huelga no logró el retorno de los despedidos, consiguió que calase un mensaje entre los trabajadores portuarios: «La defensa de nuestro puesto de trabajo ha de hacerse por nosotros mismos o no se hará». Bajo esta consigna, compartida por la inmensa mayoría de los estibadores, nació una organización asamblearia, unitaria, de clase, independiente, y democrática: la Organización de Estibadores Portuarios de Barcelona (OEPB), bajo cuyas siglas se expresaba la vocación de autoorganización de los estibadores. Desde el mismo momento en el que se dotaron de esta «organización», y siempre con una perspectiva más practica que formal, se conminó a los enlaces sindicales a que rompieran con el sindicato vertical y se sumaran a la asamblea de todos. Así lo explicaban los propios estibadores:

> La huelga exigió un contacto diario de la asamblea para estar informado y controlar directamente el alcance de nuestra acción. Teníamos que ser los auténticos protagonistas de nuestras decisiones. Se exigió por asamblea a nuestros compañeros que dimitiesen como enlaces del sindicato vertical. [...] La asamblea eligió a un comité de huelga: delegados que no tenían poder de decisión, ni de negociación más allá de lo decidido por la asamblea y que eran revocables en cualquier momento.[2]

2 «Origen de la OEPB y de la Coordinadora». Ponencia al Congreso de Puertos, Barcelona, 12 al 14 de octubre de 1979.

Breve historia del Puerto

Durante muchos años el trabajo portuario se desarrolló entre el desamparo legal y el favoritismo. La contratación se hacía a dedo entre los estibadores reunidos en el Puerto. Se trabajaba en unas condiciones durísimas, sin ningún tipo de seguro, con el agravante de que se cobraba a diario, por día trabajado, sin que se garantizara un salario mínimo. Estas condiciones hacían del trabajo portuario un trabajo tradicionalmente mal considerado. El Puerto era la última opción laboral para mucha gente. Cuando hablamos de las huelgas acaecidas entre los años setenta y ochenta se trata también, por lo tanto, de un proceso de dignificación del trabajo de los estibadores, algo inédito en la historia de los puertos españoles.

En términos históricos, las luchas de la década de 1920 consiguieron instaurar un turno de rotación para trabajar. Con la llegada de la República las autoridades intentaron derogar este sistema. Los estibadores, mayoritariamente afiliados a CNT, respondieron entonces con ocho meses de huelga, una huelga que acabó con ocho estibadores muertos y con el retorno al sistema de rotación. Este sistema garantizaba el fin de la competencia entre los propios estibadores con el fin de conseguir el mayor número de jornales, ya que, mediante la creación de «manos» (grupos de trabajo reducidos) que hacían la tarea de forma rotativa, se garantizaba un mínimo de trabajo para todos. Por otra parte, el sistema de «manos» fomentó la creación de lazos de solidaridad y de confianza mutua entre los compañeros de una misma «mano», condiciones por otra parte indispensables para desarrollar el peligroso trabajo de la carga y descarga. Indudablemente, este compañerismo fue la base, mucho después, del movimiento autónomo y asambleario que se desarrolló en los puertos de los años setenta.

Con el comienzo de la Guerra Civil, como en la mayoría de las industrias, el control del Puerto de Barcelona pasó a manos de los estibadores mediante el recurso de la colectivización. Sin embargo, en menos de un año, tras las luchas intestinas de mayo de 1937, su control fue transferido por decreto a la Generalitat. Con la instauración de la Dictadura franquista, se promulgó la primera ordenanza laboral, la primera normativa común para todos los estibadores portuarios del Estado. En ella se establecía, con rango de ley, el turno rotatorio en la contratación. De este reglamento, que fue sucesivamente modificado a lo largo de la Dictadura, se derivaba también la creación de una empresa de carácter vertical, la Organización de Trabajos Portuarios (OTP).

La OTP se creó con el fin de aplicar la normativa vigente y, ante todo, de elaborar un censo en el que quedaran registrados y controlados todos los estibadores portuarios. La OTP se convirtió así en una bolsa de trabajo, además de que siguiese siendo el sindicato de los estibadores. De este modo, la afiliación obligatoria de los propios estibadores garantizaba también el encuadramiento en el sindicato vertical, la CNS, al que pretenecía la propia OTP. Como es de suponer, cualquier organización sindical que no fuera la CNS, fue prohibida y perseguida.

Durante los años sesenta, la energía del movimiento obrero en los puertos se concentró en la lucha por el control de la OTP. Poco a poco, así, los estibadores fueron capaces de apropiarse del control de los turnos, las mutuas, las jubilaciones, etc. De hecho, a la muerte del dictador, se podría decir que esta organización había pasado de ser un organismo creado por los empresarios portuarios con el fin de encuadrarlos y reprimirlos, a convertirse en el principal enemigo de la patronal portuaria.

En esta década se inició también la mecanización del Puerto a gran escala lo que transformó paulatinamente el trabajo del estibador. Su tarea empezó a implicar el manejo de una serie de máquinas que derivaban en la necesaria especialización del trabajador portuario. En este sentido, los estibadores exigieron la exclusividad en las labores de estiba y desestiba. La pertenencia al censo de estibadores de la OTP avalaba que los trabajadores poseían la debida preparación para realizar labores de estiba, que era requerida, por otra parte, por las empresas consignatarias que operaban en el Puerto.

En el Puerto y a nivel sindical, la forma de neutralizar al sindicato vertical corría por dos caminos diferenciados. De un lado, al hilo de lo que estaba ocurriendo en toda España, algunos estibadores se unieron para crear CCOO que, tras una breve andadura como coordinadoras independientes, fueron fagocitadas por el PCE. Desde entonces, su política siguió una vía legalista, aceptando presentarse a las elecciones sindicales y practicar el «entrismo» en la CNS para, desde allí, tratar de negociar una mejora en las condiciones laborales. Por otro lado, en los puertos surgió también un tipo de militancia informal protagonizada por estibadores que, sin cargos, pero con el apoyo del resto de sus compañeros, negociaban, en el día a día, una serie de actuaciones destinadas a mejorar las condiciones del trabajo.

Se trataba por ejemplo de la negociación del precio de los destajos a pie de muelle o de la denuncia de las empresas para que cumplieran las condiciones de seguridad e higiene.[3]

El singular perfil de este tipo de portuario «concienciado» sirvió para espolear la organización autónoma de los portuarios, frente a los representantes sindicales que, mayoritariamente, no habían alcanzado ese grado de cercanía y legitimidad entre sus compañeros. En cuanto a la otra gran opción sindical de la democracia, la UGT, bastaría decir que su presencia en el Puerto, tal y como ocurría en otros sectores industriales, es nula. De hecho, hubo que esperar hasta los últimos años de vida del Franquismo para que se crearan pequeños núcleos ugetistas en algunos puertos. Más tarde este sindicato se caracterizó mucho más por su enfrentamiento frontal con la OEPB y la Coordinadora Estatal de puertos, que por haber logrado alguna mejora en las condiciones del trabajo portuario. Por su parte, los delegados de CCOO lograron salir elegidos en 1975 como enlaces sindicales. Sólo un año después pasaron a engrosar las bases de la Asamblea del Puerto de Barcelona.

La Coordinadora

Tras la huelga de 1976 a la que aludíamos anteriormente, la OEPB se convirtió en un modelo de organización para todos los puertos. Los puertos canarios, por ejemplo realizaron un camino similar, con una dinámica propia, pero con las mismas bases que habían llevado al nacimiento de la OEPB. Así pues en 1978, una vez acaecida la organización de los puertos canarios y de algunos puertos más, se dieron las condiciones para crear la Coordinadora Estatal de Estibadores Portuarios, cuya fecha fundacional se sitúa el 19 de mayo de 1978 en una reunión de puertos en Alicante.[4]

---

3 Véase J. Ibarz, *Historia general de la Coordinadora*, ed. Coordinadora Estatal de Trabajadores del Mar, Barcelona, 1998, pp. 29 y 30.

4 A esta reunión asistieron delegados de los Puertos de Vigo, La Coruña, Barcelona, los ocho puertos canarios, Alicante y Palma de Mallorca. Posteriormente se unieron al resto de puertos de España. En *ibidem,* p. 43.

La Coordinadora se constituyó con unos propósitos muy claros:

a) Coordinar luchas y planteamientos de los distintos puertos.

b) Constituirse en portavoces ante la OTP exigiendo que se acepte la representatividad sindical de la Coordinadora.

– Canalizar la ayuda y solidarizarse con los puertos en conflicto.

– Crear canales estables de comunicación con otros colectivos de estibadores a nivel europeo.

Desde el momento de su creación el mayor frente de lucha al que se enfrentó la Coordinadora fue la temida reconversión industrial. Las sucesivas administraciones trataron de remodelar la gestión del espacio porturario. Esta reconversión suponía que todos los trabajos que derivan del transporte de mercancías, incluidas las labores de estiba y desestiba, pasasen a manos de empresas privadas. El interés en el control del puerto por parte del gran capital era evidente, se trataba de un lugar estratégico, clave en el proceso de liberalización económica que se abrió a partir de la Transición democrática.

La oposición, cada vez más patente a la privatización de las tareas portuarias no significaba que los estibadores no estimaran necesario llevar a cabo una modernización en dichas tareas. Al contrario, ellos fueron los primeros en comprender el progreso que suponía la mecanización de sus tareas (grúas, elevadores y sobre todo la containerización en el transporte de la carga), en la misma medida en que ellos mismos eran los que sufrían las deficiencias estructurales de su trabajo. Lo que diferencia la lógica de los estibadores de la lógica del gran capital era que, para la segunda, lo deseable no era situar al trabajador al lado del container, sino su completa sustitución. En este sentido, la lucha de los estibadores, cuando se aprecia desde un prisma más amplio que el de las reivindicaciones concretas, era en esencia una lucha por la supervivencia y la dignificación de los puestos de trabajo.

Desde su formación, la Coordinadora consiguió una enorme fuerza, gracias a una forma sumamente efectiva de organización: la asamblea de puerto. La dinámica asamblearia se generó con la intención, explícita desde el principio, de no derivar en una burocracia sindical jerarquizada. Esta opción dotó al movimiento de una gran flexibilidad para hacer frente a los problemas diarios y además logró

obtener plena legitimación entre los portuarios, lo que la diferenciaba claramente de las centrales sindicales. Cada puerto tenía autonomía para llevar a cabo sus propias luchas, al mismo tiempo que se trataban de consensuar las reivindicaciones comunes, pero siempre respetando la situación concreta de cada puerto.

Su funcionamiento antiburocrático, y su papel limitado a mero transmisor de las decisiones tomadas en las asambleas de puerto, hizo de la Coordinadora un mecanismo extremadamente flexible y eficaz. De hecho la Asamblea General de Coordinadora era tan sólo el último escalafón de una cadena en la que las decisiones se tomaban en los eslabones inferiores. La postura de cada uno de los puertos era así trasladada a la Asamblea de Zonas en la que los estibadores dividían la geografía española (zona norte, Levante, etc). Las conclusiones de esta reunión eran transmitidas, finalmente, a la Asamblea General para que verificase las decisiones que se habían tomado desde la base. El poder de decisión queda organizado, pues, de abajo a arriba y no a la inversa.

La lucha por un convenio colectivo

En 1979 UCD ganó las elecciones generales. Suárez lideró un gobierno (1979-81) anegado por las disputas internas. Sus planes de reconversión industrial pretendían hacerse efectivos sin contar con la opinión de los trabajadores perjudicados. Se inició entonces una dura lucha por parte de la OEPB, en Barcelona, y de la Coordinadora, a nivel estatal, con el fin de conseguir que fueran aceptados en la negociación. A este fin, la Asamblea General de estibadores aprobó una serie de puntos básicos discutidos anteriormente en cada puerto que habrían de dotar de contenido al primer convenio colectivo del sector. La respuesta de la patronal ANESCO (Asociación Nacional de Empresas Consignatarias), fue la de no aceptar la negociación con la Coordinadora en la misma medida en que no se trataba de un sindicato legalizado, además de que no aceptara un convenio colectivo sino pactos concretos, puerto a puerto.

Las intenciones de ANESCO chocaban con la primera de las reivindicaciones de los estibadores, el mantenimiento de la unidad. Para lograrla era indispensable que se negociaran las condiciones de

trabajo de forma colectiva, y a nivel estatal. La idea de los estibadores era que la OTP se transformara en empresa pública de ámbito estatal, con lo que todos los estibadores portuarios quedarían vinculados a un mismo régimen laboral. Los trabajadores defienden también el turno de rotación en su trabajo frente a las intenciones del gobierno de aumentar el número de fijos de empresa en detrimento de los primeros. Para los estibadores el mantenimiento de su unidad significaba el derecho a la exclusividad en el trabajo. Sostenían que para trabajar en el puerto se debía tener la capacitación necesaria. Su intención era protegerse frente a la frecuente utilización de esquiroles en momentos de conflicto.

Una vez constatada la inflexibilidad del gobierno y de los empresarios, los estibadores estudiaron diferentes posibilidades con el propósito de hacerse oír, dando rienda suelta a su imaginación. La medida de presión más lógica, la esperada por la patronal, hubiese sido llevar a cabo una huelga, que se preveía larga. A juicio de ANESCO las consecuencias de la paralización del transporte de mercancias se dejarían notar pronto entre la población, lo que la haría reaccionar con animadversión. Además, ante el posible hartazgo del resto de la clase obrera esperaban un rápido desgaste en el seno de la plataforma reivindicativa de los estibadores.

Lo que ocurrió fue algo muy distinto. Los estibadores decidieron seguir trabajando previa aplicación de la normativa, es decir, aplicando los rendimientos mínimos y sólo cuando las condiciones de seguridad e higiene se cumplieran. Los rendimientos mínimos establecidos legalmente eran claramente insuficientes en relación con el volumen de mercancías que se movía diariamente en el puerto. Asimismo las condiciones de seguridad e higiene eran permanentemente incumplidas, por lo que, de hecho, aplicar la ley de forma estricta tal y como proponían los estibadores, suponía graves pérdidas para las empresas consignatarias.

De este modo, los estibadores lograron sentar al gobierno y a la patronal a negociar el convenio colectivo. Así, durante la primavera de 1979 se produjeron varias reuniones entre el Ministerio de Trabajo, el Director General de la OTP y representantes de la Coordinadora. El objetivo era evitar que la Administración pudiera, unilateralmente o de acuerdo con los empresarios, adoptar una política de reestructuración de los puertos que dejara al margen el interés de los estibadores representado en la Coordinadora. No obstante, y ante el rápido estancamiento de la vía negociadora las movilizaciones siguieron su curso.

La patronal, mientras tanto, intentó minar las bases de la Coordinadora, de la OEPB en Barcelona, negociando un convenio con la UGT. Se pre-

tendía demostrar a los estibadores que, dando su apoyo a una opción sindical menos radical, lograrían su tan ansiado convenio. La realidad es que dicho convenio, que no recogía las reivindicaciones elaboradas por los estibadores, no tuvo ninguna incidencia real. De hecho, la Coordinadora representaba ya a 12.000 de los 13.500 estibadores de toda España.

El trabajo a rendimientos mínimos se alargó hasta junio de 1979. En ese momento, y dada la actitud inamovible de la patronal, se decidió seguir la misma consigna que se había empleado al negociar con UGT: divide y vencerás. Así, los rendimientos mínimos tan sólo fueron aplicados en las empresas más reacias a la negociación.

En un corto periodo de tiempo la Coordinadora se había asentado en todos los puertos y los estibadores eran protagonistas de un proceso autónomo donde primaba la creatividad y la espontaneidad, en el que nadie sabía qué se decidiría mañana y en el que todas las opciones eran escuchadas. Sólo mediante la comprensión de la lógica interna de este proceso, verdadera interrupción de la «sociedad del espectáculo», puede concebirse la decisión adoptada en diciembre de 1979 de dar el salto a la huelga de las horas pares. Con esta huelga intermitente no se abandonaba el puesto de trabajo sino que tan sólo se dejaba de trabajar a horas alternas, con lo que se imposibilitaba la contratación de esquiroles. Todo un ejemplo de nuevos e imaginativos métodos de lucha.

Pocos días después los estibadores resolvieron convocar varios días de paro a nivel estatal (21, 27 y 28 de diciembre). Sus métodos, aunque sorprendentes, no habían logrado forzar una negociación que obedeciera a sus intereses. Éste fue el momento esperado por la patronal para desembarcar una legión de esquiroles en los puertos, lo que derivó en graves enfrentamientos con algunos de ellos. En el caso del Puerto de Barcelona, hablar de esquiroles, no significaba hablar de estibadores contrarios a la huelga. No tenemos constancia de que ningún estibador, censado como tal en la OTP, dejara de secundar las decisiones consensuadas en la Asamblea. Los esquiroles, al contrario, eran personas ajenas al trabajo portuario que, por lo tanto, no tenían la cualificación necesaria para realizar las labores de estiba y desestiba, constituyendo un caso claro de intrusismo laboral. De los trescientos esquiroles que operaron en el Puerto, doscientos estaban afiliados a Fuerza Nacional del Trabajo, organización ultraderechista.[5]

---

5 *Indolencia*, diciembre de 1980, p. 8.

El seguimiento de la huelga fue total en los puertos en los que dominaba la Coordinadora (prácticamente todos) y trajo consigo significativas muestras de solidaridad internacional sobre todo en Inglaterra. Es el caso de dos de los barcos cargados que en esos días llegaron a ese país. Los estibadores ingleses, avisados por la Coordinadora, se negaron a descargar las mercancías amenazando con declararse en huelga si no se pedían disculpas por escrito a la organización de estibadores españoles. Tras unas horas de tensa espera la patronal inglesa accedió a la exigencia. Pero este no fue el único acto de solidaridad, gestos como éste se dieron en más de una ocasión. La unión de los trabajadores portuarios se dejó sentir así allende las fronteras. Al fin y al cabo, lo que se estaba jugando en este proceso era la extinción o la supervivencia del oficio de estibador, ya no sólo en el Estado español, fruto de las medidas liberalizadoras, sino también a nivel europeo.

En Barcelona, mientras tanto, se palpaba una fuerte armósfera de tensión. La administración trató también de terciar para evitar males mayores. En enero de 1980 el gobierno estuvo dispuesto a asumir la liquidación de la OTP, de la que dependían los estibadores, algo que se presentaba como necesidad inmediata en su política de privatización de los puertos. Sin embargo, tanto el gobierno como ANESCO, deseaban evitar la inestabilidad que provocaban los constantes conflictos con los estibadores, y que podrían obstaculizar la llegada de nuevos inversores. Entretanto los estibadores habían elaborado un escrito en el que se exponían un conjunto de reivindicaciones salariales, tomadas como punto de partida ante la futura negociación. Igualmente, se instaba a las empresas conformes con la negociación de un convenio colectivo a que firmasen su adhesión. Finalmente la huelga intermitente y de rendimientos mínimos llevada a cabo de forma discriminatoria dio sus frutos. Las empresas más pequeñas se avinieron a firmar el documento con lo que recuperaron el ritmo normal en sus transacciones. Este hecho dividió de forma notoria a la ANESCO. Entre la Navidad y el verano de 1980, el «convenio de mínimos» propuesto por la Coordinadora fue firmado una a una por todas las empresas.

De todos modos, el balance para los estibadores no era nada halagüeño: agresiones, enfrentamientos con la policía, detenciones, heridos e incluso un muerto. Así, el 21 de julio de 1980 murió Belén María, hija de un estibador, atropellada por un coche mientras realizaba una sentada pacífica. Su foto preside hoy el local de la Organización de Estibadores Portuarios de Barcelona. Su padre

murió cinco años más tarde a causa de un accidente mortal ocurrido en el Puerto de Tenerife. Se trata sólo de un ejemplo de la altísima siniestralidad laboral que sacudía el trabajo portuario y que injustamente se cebaba sobre las familias de los estibadores. Por esta razón, la OEPB y la Coordinadora en su conjunto pusieron gran empeño en la creación de fondos de asistencia de tipo mutualista (pensiones para los jubilados, para las viudas, etc.). Los estibadores decidieron trabajar también los veinte minutos del bocadillo, práctica que aún hoy continúa, con el fin de obtener el dinero necesario para cumplir estos propósitos. De esta forma, la Coordinadora, en especial en el Puerto de Barcelona, se demostraba que no se dedicaba sólo a la lucha en el plano sindical. Las ayudas mutuales, ejemplos de solidaridad corporativa, y sobre todo las acciones de solidaridad internacional ocuparon largo tiempo en el orden del día de las asambleas. Prueba de ello es el conocimiento del panorama político internacional por parte de los estibadores y su constante toma de partido. Así se acordó cargar gratuitamente los barcos que transportaban víveres a la Nicaragua sandinista o a Somalia, y de igual modo se decidió no cargar material de guerra destinado a las dictaduras militares latinoamericanas. La organización de los estibadores, por lo tanto, no sólo respondía a la mera lucha económica y sindical, sino que su propuesta alternativa y radical impregnaba toda una forma de aprehender el mundo, caracterizada por un alto grado de rechazo y de desafío hacia las formas de vida imperantes.

El Decreto de 1980

Una vez firmado el convenio colectivo, los estibadores apenas tendrán tiempo de saborear su victoria. Así lo anunció la patronal ANESCO: «Una vez perdida la batalla sindical emprendemos la batalla política». Así pues, el 23 de octubre de 1980 se aprobó el Decreto Ley sobre la reestructuración de las labores de estiba y desestiba, que anulaba los logros obtenidos por los estibadores. Lo que no había conseguido sindicalmente la ANESCO ahora era impuesto políticamente de la mano de un decreto elaborado por el gobierno. Es entonces cuando los estibadores comprendieron que habían sido engañados; que el gobierno y la patronal, habían estado manteniendo reuniones secretas; que las ansias de reestructuración no se habían disipado en la mente de los gobernantes.

La respuesta por parte de los estibadores consistió en la elaboración de cuatro puntos cuya aplicación evitaba lo que se consideraban los aspectos más negativos del citado Decreto. Estos puntos, que se pretendía fueran respetados por todas las empresas, giraban en torno a la estabilidad laboral, el respeto al turno de rotación, el mantenimiento de las «manos» y de los índices de rendimientos mínimos, y la eliminación del régimen disciplinario a cargo exclusivo de las empresas.[6]

Mientras esto ocurría, gobierno y empresarios escogieron a Barcelona para iniciar la aplicación del Decreto, en buena medida por su función de liderazgo de todo el movimiento autónomo de estibadores. Se abrió así una de las etapas de conflicto más duras y prolongadas de las que tuvieron que llevar a cabo los estibadores. Indudablemente no estaban solos, contaron siempre con la solidaridad del resto de los puertos, que secundaron sus paros y movilizaciones. Barcelona, pues, se vió en la tesitura de actuar de forma contundente para impedir la aplicación del Decreto...

> Utilizamos una manera de lucha muy singular, que fue, no atacar a todas las empresas y a todos los patronos a la vez. Impusimos una forma de lucha que nosotros le decíamos (sic) la huelga selectiva. Consistía en que le hacíamos la huelga a unas empresas sí y a otras no. Esto para los patronos, en las condiciones de competencia que estaban en aquel momento, entre las grandes que empezaban a surgir y las pequeñas que veían que las iban a acabar absorbiendo... Las pequeñas, viendo que les interesaba la situación, lo empezaron a firmar y, claro, cuando nos quedaban tres o cuatro que no firmaban y eran las más grandes... bueno, realmente, las podíamos borrar del Puerto.[7]

Así fue como se puso en marcha la huelga selectiva contra las cuatro empresas más beligerantes: Mapor, Ceosa, Contenemar y Marítima Layetana. Sin embargo esta táctica, que realmente resquebrajó la unidad patronal, implicaba también una situación realmente dura y difícil de asimilar por los estibadores: más de 5.000 sanciones, lo que significaba la suspensión mínima de tres días de empleo y sueldo, y 172 despedidos de una plantilla de 2.300 personas. Las sanciones eran

---

6 Para una explicación más detallada véase *Estibarna, Sociedad Estatal de Estiba y Desestiba del Puerto de Barcelona*, edita Argentaria, concretamente el capítulo XIII «El sindicalismo portuario», pp. 189-213.

7 Entrevista a Francisco Aroca, estibador y delegado de la OEPB, 17 de noviembre de 2006.

impuestas según el régimen disciplinario de cada empresa (que era distinto en cada caso) y, por supuesto, realizar una huelga discriminatoria que sólo afectase a algunas de ellas era motivo de sanción. Llegó un momento en el que toda la plantilla de estibadores había sido sancionada. Las sanciones y sobre todo los despidos limitaban las posibilidades, económicamente hablando, de mantener la huelga. Se necesitaba poner remedio a esta situación de forma urgente. ¿Cómo podrían continuar su lucha si no hallaban un medio de subsitencia? Así fue como se llegó a la resolución de socializar el salario.

> Ibamos a trabajar y veníamos aquí, al local del sindicato, y teníamos un grupo de compañeros que llevaban todo el tema contable, y les entregábamos el dinero. Se nos daba la parte establecida, para todos igual y los 172 despedidos pues cobraban igual que los que estábamos trabajando.[8]

La autoorganización de los estibadores demostró no tener límites. A cada nuevo problema se le enfrentaba una solución igualmente novedosa. Quizás no sabían con qué tendrían que lidiar mañana pero sí, y así lo demostraron, poseían una plena conciencia unitaria. Sólo así, perfectamente unidos y con un salario mínimo garantizado por el reparto, los estibadores pudieron llevar a cabo su lucha sin miedo, sabiéndose respaldados por el resto del colectivo.

Por otra parte, los estibadores contaron en más de una ocasión con la solidaridad, ya no sólo de la Coordinadora, sino también del propio barrio de la Barceloneta, donde se ubica el Puerto. El 1 de noviembre todos los comercios del barrio cerraron sus puertas en solidaridad con sus vecinos, los estibadores. También sus mujeres participaron en la lucha demostrando su solidaridad. En una acción conjunta, más de 400 mujeres que, en no pocos casos y al igual que sus maridos nunca se habían movilizado anteriormente, ocuparon la carabela de Colón para exigir la readmisión de sus maridos despedidos. Situaciones de este tipo demuestran que el grado de concienciación de los portuarios y sus familias iba, en muchos casos, parejo a los avatares de la lucha.

En resumen, el movimiento autónomo de los estibadores era ante todo una práctica, el método a seguir no estaba preestablecido, sino que surgía de la necesidad de hacer frente a conflictos concretos. De ahí que no hubiese

---

8 Entrevista con Julián García, ex secretario general de la Coordinadora, 28 de enero de 2007.

partidos políticos, ni grandes teóricos externos al trabajo portuario, de los que emanaran las consignas, sino que fue la situación concreta a la que se enfrentaban en cada momento la que dictaba el comportamiento a seguir, siempre revisada y refrendada en cada nueva asamblea de estibadores.

El 26 de enero de 1981 se puso fin a la huelga selectiva. Aun así cientos de esquiroles siguieron trabajando. Los portuarios entablaron una lucha diaria por recuperar sus puestos de trabajo radicalizando sus métodos, persiguiendo a los esquiroles fuera de su lugar de trabajo, llegando incluso a tirar al mar a varios de ellos. Los medios de comunicación magnificaron estas acciones hasta este momento aisladas, procurando poner en contra de los estibadores al conjunto de la sociedad que había seguido su lucha con cierta comprensión. Los esquiroles contaban sin embargo con la protección policial que no dudó en excederse en el uso de la fuerza con el fin de protegerles. De hecho la presencia policial era tan fuerte que muchas noches los policías dormían en el Puerto con el fin de evitar posibles acciones por parte de los estibadores.

Mientras tanto quedaba pendiente la readmisión de los 172 compañeros despedidos. Como medida de presión se volvió al trabajo a rendimientos mínimos. Los estibadores despedidos, por su parte, organizaron nuevas formas de presión como la ocupación durante unas horas de un barco italiano de nombre *Aquilia*. La solidaridad del resto de los estibadores del Estado trajo consigo la convocatoria de dos jornadas de huelga general para los días 23 y 24 de febrero.

En ese momento, se produjo el fallido golpe de Estado del 23 de febrero. Ante el cariz convulso que tomó la situación política general algunos estibadores aconsejaron el comedimiento, sin embargo la voz de la Asamblea se decantó abiertamente por continuar con las acciones de protesta y por no suspender el paro generalizado. Así se hizo. Pocos días después un enfrentamiento entre estibadores, esquiroles y los policías que les respaldaban acabó a tiros. Un estibador quedó tendido en el suelo y por un momento se temió lo peor. Finalmente no hubo que lamentar la pérdida de vidas humanas y el estibador se recuperó de la herida de bala. Sin embargo, en los meses posteriores, los enfrentamientos no cesaron. Para un observador advenedizo, la situación en el Puerto bien pudiera retrotraerse a los convulsos años de la Dictadura. En tres meses se registraron 56 agresiones que ocasionaron, directa o indirectamente, la baja de 262 esquiroles.[9]

---

9 *Ibidem,* p. 12.

Poco a poco, no obstante, la tensión y la violencia generada fueron perdiendo fuerza. A esto contribuyó sin duda el fallo de la Magistratura del Trabajo de Barcelona a favor de los trabajadores, que declaró nulos 23 de los 172 despidos. Como gesto de buena voluntad los estibadores decidieron volver a trabajar a ritmo normal, confiando en que la Magistratura devolviese a su lado al resto de sus compañeros. Y esto teniendo en cuenta que las grandes empresas continuaron siendo reacias a acatar las sentencias. En ese mismo verano la justicia declaró «nulos» todos los despidos, excepto 17 que fueron declarados «improcedentes», lo que para estos trabajadores significaba ser reintegrados en el turno de rotación. Los esquiroles se fueron por fin del Puerto. Se llegó entonces a la esperada negociación de un convenio colectivo. Su firma fue sellada el 31 de agosto de 1981. Las partes implicadas sabían, sin embargo, que tan sólo se trataba de una tregua temporal.

La lucha en los puertos continúa

Como hemos visto desde la muerte de Franco el Puerto de Barcelona, y el resto de puertos del Estado, se mantuvó en estado permanente de ebullición. Cualquier bronca entre los porturarios y las empresas consignatarias podía desencadenar paros y movilizaciones. En 1982 ganó las elecciones el Partido Socialista, los estibadores temieron por la fragilidad del convenio que tanto esfuerzo les había costado. Durante algunos años se respiró la calma que antecede a la tempestad. Finalmente, en 1985, el Real Decreto de 1980, que apenas pudo ser puesto en práctica por las cuatro empresas más poderosas, fue anulado por el Tribunal Supremo. De inmediato, el 23 de mayo, el gobierno socialista aprueba un nuevo Decreto que trata de reorganizar los trabajos de estiba y desestiba y de nuevo se desencadena el conflicto. Los objetivos de este Decreto fueron expresados nítidamente por el gobierno: constituir las «Sociedades de Estiba y Desestiba», es decir iniciar la escalada privatizadora en los puertos y, con ello, eliminar a la OTP de la gestión y contratación portuaria. Con la eliminación de la OTP los trabajadores pasarían a ser divididos entre aquellos de contratación diaria, pertenecientes a los grupos de rotación, y los fijos de empresa, repartidos entre una treintena de nuevas «Sociedades de Estiba y Desestiba» (todas ellas de carácter mixto; 51 % en manos del Estado, 49 % en manos privadas). Esto suponía, en definitiva, la desaparición

de la OEPB. Como ya se ha dicho, una de las reivindicaciones básicas de la organización, así como el *leit-motiv* de su existencia, era que la OTP se convirtiera en una empresa estatal. Dispersando a los trabajadores se rompía con la unidad de los estibadores. Por último, además de fomentar la división entre los estibadores, el gobierno se proponía aplicar la jubilación anticipada a un nutrido «tercer grupo», lo que dejaría en la calle a unos 5.000 trabajadores.

El 27 de mayo se reunieron 1.200 estibadores con el fin de decidir sobre la marcha de los acontecimientos. En un primer momento se pensó en ir a la huelga, sin embargo algunas voces plantearon la necesidad de imaginar nuevas vías menos desgastantes. Debe tenerse en cuenta que el conflicto, casi permanente, afectaba a miles de usuarios. Además arrastraba consigo las constantes manipulaciones con que era abordado el proceso de lucha por parte de los medios de comunicación. Todo esto había ayudado a consolidar en la opinión pública una visión muy negativa de los estibadores, que los catalogaba como mafiosos y gremialistas, con un sueldo privilegiado.

Sobre esta situación, baste aquí señalar, como botón de muestra, uno de los múltiples casos de manipulacion informativa. En un comunicado de prensa escrito por la Coordinadora y dirigido a todos los medios de comunicación para explicar los atropellos cometidos contra los estibadores se denunciaba que «con los métodos más heterodoxos y fuera de la ley, la administración socialista pretende imponer un Decreto que supone la pérdida de más de 5.000 puestos de trabajo y la venta de los puertos a las muntinacionales».[10] Este mismo entrecomillado aparece en *El País*, con una variación mínima, pero substancial. Dice *El Pais* «... los estibadores añadían que "con los métodos de la fuerza de la ley, la administración pretende imponer un Decreto que..."».[11] Con esta pequeña manipulación, tan sólo de una letra, los que quedan fuera de la ley eran los estibadores y no los métodos del gobierno, todo lo contrario a lo que éstos denunciaban en su comunicado. Éste es sólo un ejemplo de entre muchos otros que pudieran señalarse. Sólo en este escueto comunicado, se manipulan los entrecomillados, es decir, la voz de los estibadores, hasta en tres ocasiones.

---

10 Reproducido en *La Estiba,* núm. 19, septiembre de 1986.
11 *El País*, agosto de 1986, página fotocopiada e insertada en el mismo número de «La Estiba».

En cualquier caso, la asamblea de Estibadores resolvió, finalmente, que junto a la convocatoria de una huelga, se tomara otra medida estratégica que, en esta ocasión, resultaría plenamente eficiente. Se planteó a los fijos de empresa que forzaran su despido, pues sólo mediante el despido «improcedente», podían reingresar en el turno de rotación (en caso de que el despido fuera pactado con la empresa pasarían al INEM, al paro).

A lo largo de un año y mediante todo tipo de vías (que conllevaron más de 500 sanciones) los estibadores fijos fueron despedidos, uno a uno, de sus empresas y devueltos al turno de rotación donde se acabaron reencontrando con el resto de los estibadores, dejando sin efecto la división que había establecido el Decreto. El objetivo se logró y la OEPB, la organización unitaria de estibadores, no pudo ser derrotada. En esta ocasión los estibadores demostraron ser más inteligentes que el Estado que les quería destruir.

Mientras esta estrategia era puesta en práctica se siguieron realizando todo tipo de acciones con el fin de que sus reivindicaciones básicas fueran tomadas en consideración: no a los despidos, no al intrusismo laboral, y sí a la rotatividad y a la unidad de todos los estibadores, es decir a la transformación de la OTP en una entidad de ámbito estatal.

Una de sus acciones más llamativas fue el paro realizado el 14 de mayo. Ese día la Asamblea de estibadores decide parar el Puerto a las 10 de la mañana e ir en manifestación hasta la Generalitat. Toda la actividad portuaria quedó en suspenso durante unas horas, mientras, más de 1.000 estibadores marcharon por la Vía Layetana. Sin embargo, los estibadores no fueron solos. Les acompañaba toda la maquinaria pesada del Puerto. Durante unas horas el Puerto quedó desierto. La Vía Layetana se paraliza observando como las imponentes máquinas detienen el tráfico con su lento caminar hacia la Plaza Sant Jaume. Esta acción, como cualquier otra, denota un grado de coordinación y de efectividad nunca antes vista en una organización de portuarios, lo que sorprendió y desesperó a la organización patronal, la ANESCO.

Por otro lado, 1986 fue el año del intenso conflicto con la empresa Contenemar. Esta empresa de containers decidió en julio, antes que ninguna otra, aplicar las resoluciones del Decreto en Barcelona, atacando así a la cabeza visible del movimiento asambleario de estibadores presente ya en casi todos los puertos del Estado. Ante esta situación se reanudó la estrategia de trabajo a bajo rendimiento, pero de forma selectiva, de modo único contra esta empresa. La empresa no titubeó y

resolvió contratar esquiroles. Así pues se produjeron duros enfrentamientos entre portuarios y «rompehuelgas». Los esquiroles trabajaron entonces con protección policial mientras los huelguistas fueron expulsados del Puerto de forma violenta por las fuerzas de orden. Los estibadores emprendieron una urgente tarea de información colgando carteles en todas las oficinas del INEM que rezaban: «Niégate a actuar de esquirol».[12] Por otra parte se interpuso una demanda contra esta empresa por la contratación ilegal de esquiroles (trabajadores no censados en la OTP), expresamente prohibida en la ordenanza laboral. Ante la escasa efectividad de las hojas informativas y la lentitud de los cauces legales se pusieron en marcha medidas más drásticas de boicot a Contenemar. El día 6 de agosto quinientos estibadores se presentaron en la sede de Contenemar e impidieron la carga de navíos, lo que derivó en breves pero violentos enfrentamientos con la policía; el 13 de agosto fueron saboteadas tres máquinas utilizadas por Contenemar para el desplazamiento de sus contenedores; el 15 de septiembre quinientos estibadores ocuparon el muelle donde trabajaba esta empresa y se enfrentaron a los esquiroles; el 2 de Octubre un camión del grupo Contenemar fue incendiado...[13]

Las repercusiones para los estibadores, a su vez, fueron más de cuatrocientas sanciones, pero aun así no cejaron en sus reivindicaciones. Para evitar la infiltración de esquiroles en el resto de puertos donde operaba Contenemar se resolvió realizar una huelga de horas alternas. En Barcelona, sin embargo, desde el día 14 de agosto, la empresa trabajó sólo con esquiroles, a los que hizo un contrato a todas luces ilegal «a disposición plena según los horarios convenidos [...] y trabajando a horas impares» es decir ¡siguiendo la huelga que realizaban los estibadores!

El intento de imponer el Decreto sin consensuarlo con los estibadores resultó insostenible para Contenemar (y de manera indirecta para el Gobierno que era quien alentaba a la empresa), así que, tras aceptar la negociación, los estibadores levantaron las medidas de presión sobre la empresa y finalmente, en febrero de 1987, se llegó a un

---

12 Un extracto de este texto dice: «Aquí no faltan trabajadores lo que te ofrecen es simplemente que actúes de "rompehuelgas" como hicieron en el año 1980 sin conseguirlo. Si por negarte toman contra ti alguna represalia los estibadores portuarios te ofrecemos asesoramiento y defensa jurídica…» *La Estiba. Voz de los puertos,* núm. 19, septiembre de 1986.

13 Datos extraídos de la cronología de los acontecimientos realizada por el grupo Os Cangaceiros en: *Actas de la guerra social en el Estado español 1868-1988,* ed. Pepitas de Calabaza, pp. 146-149.

acuerdo. La empresa accedió a respetar las condiciones pactadas en los convenios vigentes y a no utilizar trabajadores propios en las tareas reservadas al censo de rotación.[14]

El final del litigio con Contenemar no significó, de todos modos, más que el comienzo de otro con las otras empresas. Una situación agravada por la actitud de la administración que mantenía una contundente negativa a la aceptación del paso de los fijos de empresa despedidos a los turnos de rotación. Además resolvió crear las «Sociedades de Estiba y Desestiba» tan sólo en los puertos más grandes, calificados como «de interés general» lo que dividió a los portuarios entre los que pertenecían a esos puertos, cuya administración dependía del gobierno central, y todos los demás, que pasaron a depender de las administraciones locales.

Morir de éxito

Esta estrategia del gobierno y la patronal dio finalmente sus frutos. La división y la divergencia de intereses entre los estibadores de los distintos puertos fue haciéndose cada vez más palpable. A esta situación se unió el cansancio de toda una generación que llevaba casi quince años de lucha diaria. Por otra parte, muchos de los portuarios más combativos se fueron jubilando, en un momento en el que la administración no estaba dispuesta a realizar nuevos contratos. En consecuencia el número de estibadores fue mermando con los años. Algunos empezaron a hablar de «guardar los cañones» de ese «barco de guerra» que era la Organización de Estibadores Portuarios de Barcelona, y en definitiva de toda la Coordinadora de Estibadores Portuarios a nivel estatal, y convertirlo en un «barco mercante»,[15] que se adaptase a las inevitables circunstancias de la nueva situación, esto es, a la privatización y a la reducción del número de estibadores, que se estaba imponiendo irremisiblemente.

Llegó entonces el momento de la firma del I Convenio Marco que desató luchas intestinas abiertas en el seno de Coordinadora. Los puntos más conflictivos eran los referidos a aceptar las «Sociedades de

---

14 J. Ibarz, *op. cit.*, p. 69.

15 Entrevista a Julián García, ex Secretario General de la Coordinadora, 28 de enero de 2007.

Estiba y Desestiba» y las jubilaciones anticipadas. Lo que se jugaba, tal y como lo ha calificado Jordi Ibarz, era pasar de un sindicalismo de confrontación, creado por y para la lucha, a un sindicalismo pacífico de concertación, con el fin de gestionar los momentos de calma. Los estibadores que no se mostraron a favor de este cambio de estrategia, se quejaban de que las asambleas eran cada vez menos frecuentes y de que tenían menor capacidad de decisión. Poco a poco la burocratización se instaló en la Coordinadora. En poco tiempo, se produjo un estancamiento definitivo del proceso autónomo y asambleario que se había vivido a lo largo de más de una década.

En cualquier caso, más allá de las circunstancias propias de los puertos, y en particular del Puerto de Barcelona, se planteaba un problema de mayor envergadura: el aislamiento político de los estibadores. Los trabajadores portuarios habían logrado erigirse en un verdadero contrapoder autónomo, frente a la patronal y al gobierno, pero una vez hecho suyo el poder se encontraron solos. Las luchas autónomas ya habían sido derrotadas en el resto del Estado español, y no pudieron digerir su éxito. Hay que señalar, sin embargo, que no todos aceptaron el viraje hacia el «sindicalismo de concertación» emprendido por la Coordinadora en 1988. Si acuden hoy al barrio de la Barceloneta ellos mismos se lo contarán gustosamente. En cualquier plaza, en cualquier bar, allí podrán encontrarlos, jubilados.

6. Autónomos... ¿qué autónomos? La experiencia de Gerra-aundi y del movimiento autónomo en Azpeitia

La entrevista me llegó vía mail hace cosa de un año (no recuerdo ni el día ni el mes), con una nota. En ella se pedía que, lamentándolo mucho y debido a razones personales, no se enviara el documento a imprenta. Esta negativa venía a engrosar una larga lista de airadas críticas generadas por otras publicaciones sobre el mismo tema. Son varias las razones que he oído esgrimir a lo largo de este proceso enmarañado de mosqueos y malentendidos que componen el intento de rescate de los grupos autónomos, Comandos Autónomos Anticapitalistas (CAA) o movimiento autónomo, para los más entusiastas, si se quiere: la relativa proximidad de los hechos y sus consecuencias, para muchos aún dolorosas, un periodismo apresurado, la frustración ante las nuevas condiciones de vida, la excesiva relevancia que se les ha dado a las expresiones armadas (cuando precisamente se partía de negar una distinción entre éstas y el resto de expresiones, susceptible de generar disciplinas separadas), el no sentirse protagonistas de los procesos de elaboración de los relatos que han visto la luz y alguna otra que seguramente dejo en el tintero.

El título de la entrevista –traducida del euskera– que aquí se presenta, Autónomos…¿qué autónomos?, hace alusión a la diversidad propia de aquellos grupos de los años 1970-1980. Se suele decir de la memoria que, como todo producto humano, es también una construcción selectiva e interesada: así, parece que la imagen que ha quedado de aquellos grupos –en el mejor de los casos– es la de unos milis desorganizados, unos asilvestrados dispersos por el Urola, Donostialdea, Arrasate, Portugalete y alguna parte de Navarra.

Sin embargo, no hay que olvidar que, además de buscar un enfrentamiento radical con el poder, se buscaba generar la posibilidad de hacerse con el control efectivo de la propia existencia (o quizás se

entendía que uno iba con lo otro, la verdad es que no lo sé), algo no del todo ajeno a las siguientes generaciones gaztetxeras, más interesadas de entrada en la segunda vía. Junto a toda una serie de prácticas, éstas heredaron también un cierto vocabulario (como la propia palabra «autonomía»). Pero el campo de sentido que estas palabras apuntalaban frente a realidades concretas, esa posibilidad de significar (trascendiendo incluso las acciones o iniciativas puntuales) ha sido hoy a todas luces colonizada.

Y es que a pesar de todo, autonomía se refería por aquel entonces a ser protagonista de la existencia propia (con todos sus fantasmas), y no a la autorrealización (impuesta y convertida en un factor de evaluación) del espíritu en las propias carnes. Ese espíritu que, como si padeciéramos una enfermedad, termina por culpabilizarnos de todas las frustraciones y sufrimientos que cualquier sometimiento naturalmente conlleva.

Oier Etxeberria

Pregunta. ¿No hay más remedio que empezar por el principio. ¿Cuándo y qué es lo que empezó?

Intervención. Tengo la sensación de que empezamos cierta gente del movimiento obrero en torno a algunas ideas. Una gente de LAIA (Partido Nacionalista Obrero Revolucionario), LAK (Comites de Obreros Nacionalistas) y de los Komites… empezamos en torno a unas ideas, dándole vueltas al tema de si tomar parte o no en las elecciones. Se debatía también la necesidad o no de una organización. Nos juntábamos en Regil, bueno nosotros hasta ese momento habíamos sido siempre militantes marxistas de partido, y creíamos en ello, éramos militantes-militantes, como todos los demás…

Pregunta. Los del partido LAIA…

Intervención. Sí y los de los Komites, también gente que salía de la OIC (Organización de Izquierda Comunista) y de ETA, y alrededor de esto fueron saliendo algunas nuevas ideas, tanto desde las historias del 3 de Marzo de Vitoria como desde las asambleas de barrio de Rentería,

algunas nuevas ideas que decían que no eran necesarios los partidos; nosotros decíamos: uno puede militar en una historia y tener su recorrido particular, y luego juntarnos todos pero no en torno a una ideología sino para compartir experiencias: entre trabajadores, entre estudiantes… Compartir experiencias a nivel de vivienda, en las asambleas, etc…

Intervención. Entonces para mí se mezclaban dos ideas: había que cambiar la sociedad, y junto a eso Euskal Herria estaba oprimida, había un problema nacional. Y claro, un montón de gente con ganas de hacer algo.

Pregunta. Han mencionado el problema nacional. Éste no ha dicho nada de eso…

Intervención. La cuestión nacional estaba ahí. No puede obviarse, y fue tomando cada vez más peso en nuestros debates, demasiado peso. Pero no estamos hablando de eso. Yo diría que en las reuniones iniciales había un gran respeto entre nosotros: contarnos experiencias que habíamos tenido, debatir las cosas entre todos para ir creando plataformas, y no había estructuras burocráticas, dirigentes y esas cosas. Hay que dejar claro que en aquel entonces estos debates incluían a muchísima gente y que en las asambleas se juntaba más gente aún. Y como ha dicho él, entre otras cosas se plantea el tema de las elecciones: ¿nos sirve eso de algo a nosotros? Hubo unos debates tremendos en GAI (Juventudes Nacionalistas Revolucionarias) y en LAIA. De hecho aquello trajo consigo la escisión de LAIA bai y LAIA ez, con todo el tema de la Autonomía Obrera… Bueno y ETA también estaba ahí, y lo que se planteaba era que su lucha era exclusivamente nacionalista, y que no respondía a cuestiones sociales, y que por lo tanto había que plantearse la violencia desde otra posición. Eso llegó a plantearse en las asambleas: el debate de cómo deberia ser el uso de la violencia.

Intervención. Que la lucha armada era lucha del pueblo, eso venía de nuestro entorno. La lucha armada como un componente de refuerzo para los movimientos sociales. Entonces en las historias contra ADEGI (Asociación de Empresarios de Guipuzcoa), había huelga en el sector de metal en Guipuzcoa, había mucho movimiento, por lo tanto desde la autonomía se pensaba que la lucha armada tenía que servir de ayuda a esas luchas. Le pusieron un petardo a ADEGI, y el planteamiento correlativo era: hay unas historias sociales y nosotros tenemos que tomar parte en ellas, pero no para ser

dirigentes, sino como mucho para ser un punto de coordinación entre diferentes experiencias, y no todo ese rollo de crear una dirección con una ideología sabida…

Intervención. En esos debates salió una cuestión muy interesante, que era la siguiente: qué importancia se le daba, y hasta qué punto y en qué se valora la implicación personal de cada uno. O la entrega y sublimación total mediante un sacrificio o el hecho de cambiar a la propia persona, para cambiar la sociedad. Éste era para mí un debate clave. O la entrega de la persona a una lucha genérica abstracta (esto era lo que reflejaba ETA, pero también los partidos revolucionarios clásicos) o, por el otro lado, lo que se planteaba entre nosotros era crear algo nuevo, nuevos espacios… ¿Y si fuéramos cambiando nosotros? ¿Y si fuéramos creando nuevas relaciones entre nosotros? Entonces se hablaba mucho de contracultura y esas cosas. Estos planteamientos se hicieron fuertes en Azpeitia, en Rentería, en unos sitios sueltos.

Intervención. Eso fue importante: cambiar a la persona para cambiar la sociedad.

Intervención. Hasta entonces se entendía la lucha social sobre todo como una entrega. Entregar todo su ser a algo que está digamos fuera.

Intervención. Nosotros entonces pensábamos que todo era posible. No sabíamos lo que iba a venir, ni si iba a ser democracia o que demontre… pero era también la época. Cualquier cosa era posible para nosotros. Y, por supuesto, la revolución, claro está.

Pregunta. Por lo tanto la revolución andaba en boca de muchos, ¿verdad?

Intervención. Entre nosotros mismos, sin ir más lejos. Nosotros en LAIA éramos medio trotskos [los trotskistas estaban mayoritariamente agrupados en la LKI, Liga Comunista Revolucionaria].

Intervención. Nosotros no debatimos demasiado sobre la revolución en sí. El debate comenzó, pero rápidamente quedó interrumpido. Nuestro punto de partida era: no necesitamos dirigentes, tenemos que crear algo nuevo por medio de nuestras propias experiencias. Pero no hubo tiempo para la discusión, pues con la lucha armada se crearon

dirigentes entre nosotros mismos; los que decidían qué hacer antes de que nosotros dijéramos nada. Eso es lo que sucedió: se crearon dirigentes entre nosotros con la historia de la lucha armada. El que pega tiros es el que decide qué hacer, qué tipo de acciones. Es el que marca el recorrido. Por lo tanto el debate fue de muy corto alcance como se decía antes, hubo poco tiempo.

Intervención. El debate se interrumpió porque empezaron los tiros. Imagina que estás en un grupo y que en ese grupo uno o dos deciden hacer algo, si quieres una acción anticapitalista, un petardo contra ADEGI; bueno, llegábamos hasta ahí, pero de ahí en adelante empezamos a ver que aquello se disparaba, y esto tuvo una consecuencia si se quiere, estábamos muy unidos afectivamente, todos amigos, de alguna forma «eran de los nuestros, eran nuestros amigos, nos amábamos, y además el capitalismo estaba ahí»… pero sucede que nosotros estábamos en esos precisos momentos discutiendo el uso de la violencia por parte de las masas, de cómo tenía que ser, de cómo y qué tenía que ser la revolución, pero una gente empieza a marcar los pasos, «pues ahora las cosas deben ser así y asá», y eso trajo el cierre de un debate que se estaba dando. Este debate quedó colgando y sin terminar. Mientras que el capitalismo sigue más fuerte que nunca, con viejas y nuevas fórmulas.

Intervención. Pese a todo, cuando hablábamos de movimientos sociales, ni tan siquiera nos imaginábamos que con el paso de los años surgirían fenómenos como los gaztetxes, que prescinden de los dirigentes, y tantas otras cosas que surgieron más tarde. Nosotros en nuestra época de militantes de partido lo vivíamos como una estructura que dominaba la vida colectiva, en la que debías tomar parte para extender sus ideas y su influencia; luego vinieron otras maneras de entenderlo, tú tomas partido por esto y por lo otro porque te interesa y estás ahí; tú vives en un movimiento social, y no estás vendiendo ninguna ideología de ningún partido.

Intervención. Se puede decir que de alguna forma, se fueron perfilando dos puntos de vista: uno era el de liberar el País Vasco y para ello era necesario tomar el poder, esto en las reuniones se veía que era así, y de esto saldría luego HB (Herri Batasuna) y ésa historia. Y el otro era el que decía: no nos gusta el poder por lo que deberíamos ir creando espacios liberados luchando contra el poder, y en ese proceso si llega el momento que sea necesario usar la violencia, ésa tiene que ser una violencia de masas, y no

matar a uno o a otro que además son inmediatamente sustituibles. Este debate fue decisivo y se llevó a cabo. En las ultimas reuniones de LAIA, cuando estuvimos en Urraki, este punto estaba sobre la mesa, pero no tuvo continuación… ya habían empezado los tiros.

Pregunta. Sí, pero dejemos eso para más tarde. Lo que no puede ser es que los tiros se coman también esta conversación, no es posible, puesto que aquí no hay pistolas… Estamos hablando de las discusiones que solíais tener… pero bajemos a la calle. ¿Pensáis que se logra cambiar algo en la vida cotidiana o es un discurso más que no afecta ni incide en la realidad?

Intervención. Yo lo que veo es que nosotros al principio éramos muy azpeitiarras, gente muy normal. Para nosotros ese debate vino de fuera, empezaron a meternos cosas nuevas. Nosotros en realidad éramos como todos los demás, trabajadores de las fábricas sobre todo, muchos de los cuales habían empezado a currar a los 16…

Intervención. Sí, pero la idea que tenías tú de irte a vivir a un piso con los amigos, pues entonces no era nada normal, y aceptabas la homosexualidad y la mayoría de la gente pues no, y hablábamos sobre diferentes filosofías, y los trabajadores normales no trataban de estas cosas, ni las pensaban… y fueron estas cosas las que impulsaron después la experiencia de Gerra-aundi.

Intervención. Sí, entonces hubo entre nosotros un debate contra la familia, romper con la familia, con el modo de vida que representa…

Intervención. Y el amor libre, el decir yo amo a éste y a éste también, y el sexo libre… en aquella época plantear esas cosas aquí era mucho, además de lo de compartir el dinero, uno gana esto y el otro aquello, pero da igual, y ese espíritu…

Pregunta. ¿Pero ya estamos en Gerra-aundi, o antes o cómo?

Intervención. No, no, antes. El amor libre, el compartir dinero eran cuestiones que se habían hablado antes de lo de Gerra-aundi. No quizás de forma pública en las asambleas, pero sí en círculos más pequeños, entre nosotros.

Intervención. Luego existía entre nosotros esas cosa de hermanos, eso de ser hermanos y hermanas: no somos seres solitarios, tampoco somos hermanos/as biológicos pero sí hermanos/as culturales o algo así, y a nuestra manera formamos una familia y podemos compartir el sexo o el dinero o… Nosotros hablábamos mucho de todo esto.

Intervención. Bueno pero había bastante gente que había andado en el seminario y con esta gente podías hablar sobre ideas, pero nunca se hablaba de estas cosas. Hasta para nosotros, para los que salimos de la escuela para meternos en el taller, éstas eran grandes novedades. Pero en aquella época solo el ponerse a hablar de esas cosas de las que nadie hablaba, pues era algo. Y gente que estaba hasta las pelotas de la familia, pues seríamos la mayoría, y había un sentimiento generalizado. Por supuesto que no éramos nosotros solos: estaban también los trotskos, y demás gente, y hablaban de esas cosas: de la liberalización de las drogas, de los modos de vida… Aquí las primeras pegatinas que salieron por la liberalización de la marihuana fueron hechas por los trotskos. Pienso que ellos empezaron antes a hablar de estas cosas, de la familia y del amor libre, de la liberación de la mujer… Sobre todo hablar, más que hacer, pero bueno… Estos empezaron antes que nosotros, sí. Nosotros nos metimos en estos temas a través del mundo abertzale, y llegamos más tarde. Ahora, tal vez como experiencia, de poner en práctica las cosas con la gente que nos rodeaba, tal vez fuimos de los primeros en eso.

Pregunta. Bueno, Gerra-aundi es un caserío de Landeta, y allí se montó una comuna hacia el año 1977.

Intervención. Alquilamos ese caserío, porque el chico de Gerra-aundi andaba con nosotros. Nosotros antes nos juntábamos en Estra, donde ahora está el puti-club. Cogimos ese caserío para hacer reuniones, y luego algunos se pusieron a vivir allí. En las reuniones se juntaba un montón de gente en el ático: unas 50 personas. Viviendo estuvieron unas 10-12, a veces 14 personas.

Pregunta. He oído una historia que pasó allí: el día en el que los trabajadores a la vuelta de las vacaciones tenían que empezar a currar, la gente de Gerra-aundi pone la música a tope, y con los altavoces en los balcones empiezan a tocarle un poco las pelotas a la gente que iba a trabajar, ¿no? Lo que me gustaría señalar es esta especie de distancia con el mundo obrero que está ahí, y que es algo más, ¿no? Cambiar el modo de vida de verdad…

Intervención. Bueno, yo ese día fui a trabajar. Y otros de Gerra-aundi también. Pero es cierto; eso ocurrió tal y como lo dices.

Intervención. Ese fue el mayor nivel de provocación al que se llegó en Azpeitia. Nadie sabía muy bien qué había qué hacer, pero se sentía que eso de ir todos con la cabeza agachada a trabajar era una porquería. Otra cosa muy fuerte fue cuando empezaron a llegar taxis a Gerra-aundi con gente que preguntaba por cuánto se podía follar. Una vez vinieron cuando estábamos en una reunión, como si fuera un puti-club.

Intervención. Se corrió la voz de que las chicas de Gerra-aundi se lo hacían con cualquiera, y fama de putas, claro, hubo quien lo pasó muy mal en aquellas épocas.

Pregunta. Sí, se comentaba que fue el doctor Artetxe ¿no? quien advertía del riesgo de que se propagaran enfermedades desde Gerra-aundi al pueblo…

Intervención. Pues, sí… ¡así lo dijo!

Pregunta. La experiencia de la comuna de Gerra-aundi, el compartir… ¿hasta qué punto se puede decir que se cumplió, o que se trató de cumplir?

Intervención. Ahí hubo de todo. Por ejemplo, unos iban a trabajar y otros pues no, y para decir las cosas como son pues algunos acababan sus noches en el Gau Txori, se retiraban a las 5 ó 6 de la mañana, a la hora en la que otros compañeros de casa se tenían que levantar para ir a trabajar… Los que iban a trabajar ponían todo el dinero, y como es normal surgieron algunas contradicciones. Algunos empezaron a irse, otros se quedaron… La gente no supo qué hacer cuando surgían las contradicciones, ni cómo enfocar estos problemas. A pesar de todo, me parece que a nivel práctico, ésta es mi opinión, Gerra-aundi ha sido uno de los experimentos más interesantes que se han llevado a cabo nunca a nivel de Azpeitia para desarrollar otro tipo de relaciones humanas, y para hacer un pueblo diferente también. Pero, se acabó, y no nos dejaron ni respirar siquiera.

Intervención. Había poca experiencia también para esas cosas. Aquí cerca o más lejos tampoco había cosas que se le asemejaran. Lakabe[1] y esas cosas se crearon más tarde, y qué decir de los gaztetxes.

Intervención. Un debate que marcó mucho, en mi opinión, fue entre lo que, por un lado, muchas veces denominamos hedonismo o búsqueda del placer, y por el otro, el tanatismo o el mundo unido a la muerte. Para nosotros el objetivo de todas aquellas historias era cómo vivir mejor. Cómo vivir, o mejor cómo hacerlo sin comernos el capitalismo y esas porquerías. Se hablaba de cómo montar cooperativas, de cómo vivir bien trabajando poco, tener tiempo para ti mismo y para tu vida, y de cómo situarse fuera del sistema político o en sus márgenes; nuestra palabra era «boikot», boicot a esto y a lo otro, boicot a las cosas que nos meten por arriba, y por supuesto a los partidos, a la mentira democrática, al sistema parlamentario: y luego había un sector que no veía con buenos ojos esta impertinencia nuestra; nosotros decíamos que se podía vivir bien con poco dinero, y el Estado va a estar ahí pero es posible crear algo fuera de él, etc…; pero había otros que decían «este sistema nos putea por lo tanto debemos destruir este sistema, y tenemos que luchar contra el sistema, y destruir», y parecía que en ese destruir cierta gente buscaba su redención o su salvación; pienso que algo de esto había, y el que sufría en la lucha contra el sistema, el que estaba dispuesto a darlo todo, ése era un ídolo, y el que en la práctica diaria era dulce, agradecido, el que apostaba por vivir lo mejor posible, siempre en un sentido colectivo, ése para algunos pues no estaba tan valorado, ni bien visto. Y el modo de vivir, buscar nuevas prácticas que abriesen nuevos caminos, para nosotros era muy importante: por ejemplo en el sexo; ahora se habla de la teoría *queer* y empieza a extenderse. Nosotros empezamos a hablar de que no tenía sentido ser homosexual, ni ser bisexual, ni ser heterosexual, ni tan siquiera la obsesión sexual tenía sentido: la sexualidad es como salga en el momento, y con cualquiera y de cualquier manera pero sin definir nada, y por supuesto sin institucionalizar nada… hablábamos de estas cosas…

Intervención. ¡Tú hablabas de esas cosas!

Intervención. ¡Yo y más gente hablábamos de estas cosas!

---

[1] Lakabe es un pueblo situado en Navarra, que lleva ocupado desde la década de 1980.

Intervención. Pero dentro del movimiento autónomo no se hablaba de estos temas.

Intervención. En las asambleas no.

Intervención. El movimiento, principalmente estaba formado por gente del mundo obrero, y nuestro debate era cómo sacar la organización y esas cosas fuera de la órbita de los partidos. Luego, dentro de eso o alrededor, se planteaban las cosas de las que éste ha estado hablando, sin ninguna duda, pero en círculos más reducidos, y en la calle más que en las asambleas. ¿De qué se hablaba pues en las asambleas?

Intervención. En las asambleas se hablaba de cómo teníamos que liberar Euskal Herria, y sobre todo de cómo mejorar la situación de la clase trabajadora. Bueno, también solía haber más cosas. Joder, yo mismo me acuerdo de que en una de esas reuniones tú mismo dijiste una vez: «Aquí llegará el día en el que tendremos que plantearnos incluso si merece la pena trabajar o no». Tú lanzaste eso en una reunión: «El trabajador y todo eso estará muy bien, pero fuera de la empresa, fuera de todo ese mundo, ¿no es posible algún otro modo de vida?» Había planteamientos de este tipo. Se planteaba también la autogestión: «Tenemos que echar al patrón y hacer las cosas a nuestra manera». Otros, por su parte: «¿Autogestión?, ni pensarlo, porque si nos ponemos a gestionar los trabajadores, la gente tendrá que hacer más horas de trabajo aún, y eso no: es mejor un burócrata ahí arriba, fichar y cobrar el jornal». Se daban este tipo de debates. Otros, en cambio, y tú entre ellos: «Lo hagas como lo hagas el trabajo de la fábrica es una porquería». Y nos planteábamos si había otros modos para vivir en el sistema, en los márgenes o fuera de él, y entre algunos nos planteábamos cosas de este tipo.

Pregunta. Vosotros mismos habéis comentado que dentro del movimiento autónomo estabais mal vistos por algunas cosas, por darle importancia a cosas que no se entendían como políticas…

Intervención. No creo que llegara a tanto.

Intervención. Hombre un poco locos sí.

Intervención. Tibios, eso sí; yo lo escuchaba a menudo, que éramos unos tibios.

Intervención. A mí por ejemplo me costaba mucho arrimarme a la cuadrilla de éste: me sentía muy raro. Yo igual le daba un beso a éste, y en fin, la cara que ponía la gente. A mí no me partieron la cara en algunos momentos, no se, por respeto…

Intervención. Pero en el ambiente de Gerra-aundi no había esos problemas. Aquello era muy abierto.

Intervención. Yo en Gerra-aundi me sentía muy aceptado.

Intervención. El hedonismo y todo el mundo de Gerra-aundi, tampoco se puede exagerar. Se decía que todo el mundo follaba con todo el mundo. Al fin y al cabo ¿qué fue lo que allí paso? Pues que se crearon parejas, eso mismo. Hubo unas experiencias, en un cuarto, música, fumando porros, meterse mano mutuamente y alguna historia así.

Pregunta. ¿Alguna orgía?

Intervención. ¡Qué va! como para llamarlo orgía… ¡nunca!

Intervención. Siguiendo las preguntas que antes formulabas, a nosotros la gente nos relacionaba con una tendencia que no tenía ningún futuro. Lo nuestro no era ni serio ni realista. Eso incluso dentro de los autónomos. «Estos están locos» y esas cosas. Las cosas que reivindicábamos no eran comunes en Euskal Herria, para nada. Tenían más que ver con la liberacion del individuo. Quizás después se han entendido mejor nuestras ideas de entonces.

Intervención. Éste ha hablado como si en aquella época nosotros tuviéramos muy claras cuales eran nuestras ideas, y para mí no es así. Tú vives en el mundo de Azpeitia, de aquel mundo de entonces, habíamos leído cuatro cosas y otras cuatro que te habían contado. Tú andabas fuera, en la universidad, en otro rollo. Yo no veía tan claras aquellas teorías tuyas, de cómo venía el futuro y demás. «Es posible organizar el modo de vida de otra manera» y todo eso sí, pero de ahí para adelante, no muchas cosas más. Para nosotros el mundo era muy pequeño, ni tan siquiera teníamos muchas noticias de experiencias semejantes.

Pregunta. Entonces, en medio de todo esta marea, de repente… empiezan los tiros. Empiezan a aparecer pistolas por todos lados, ¿no? Surge algo, pero al mismo tiempo ¿acaba algo?

Intervención. Aparecen las pipas y nosotros en medio. En el piso de éste cayo un comando, por ejemplo. Yo sabía que él no estaba metido, sabiendo como sabía qué pensábamos sobre esos temas. Ahora no se piensa en las cosas. La cuestión era cómo salir de esa situación. En los años posteriores nos hemos puesto a la defensiva. Pasamos un montón de años a la defensiva.

Pregunta. ¿A la defensiva frente a quién?

Intervención. Frente a los que cogen las pipas. Como diciendo: «Tú haz lo que quieras, pero nuestra vida es ésta; yo también quiero cambiar el mundo, pero ahora no sé por qué de repente nos hemos metido en una historia así».

Intervención. Yo estuve una vez en Iparralde con dos de Azpeitia, con dos de nuestro entorno, y bueno, para entonces ya había empezado la lucha armada. Nosotros decíamos que entendíamos la lucha armada de otra forma; tuvimos una discusión en una comida, y terminaron medio enfadados porque yo les lancé esa crítica. Uno de ellos era amigo de la niñez, y fue con él con quien estuve hablando y les critiqué por aquel tipo de lucha armada que estaban llevando a cabo. Para entonces ya había un montón de gente en Bayona. Salieron en mi contra a partir de ese momento. Ni tan siquiera discutirlo. Se dejaba de lado. Nuestro punto de vista era el de nuestras discusiones, la lucha armada como ayuda a los movimientos sociales. Pero la lucha armada entonces era un mito; delante de algunos no se podía ni tocar el tema. Estaba mitificado, porque ETA llevaba aquí ya unos cuantos años y porque muchas y muchas cosas salieron de ella. Y muchos de nuestro entorno provenían también de ese mundo. Había un rollo sagrado en torno a ETA y en torno a ese tipo de lucha armada.

Intervención. Nosotros en las discusiones, entre autónomos, muchas veces decíamos que no había que reproducir la misma estructura que el enemigo; que no era posible crear nada nuevo copiando las estructuras, la organización y las prácticas del enemigo. Que no era posible admitir la estructura de un ejército para cambiar la sociedad. Y entonces, ¿qué es lo que vimos de golpe? Que nacen los Komandos Autonomos con una estructura similar o cuando menos parecida.

Intervención. Al principio no había liberados. Pero cuando la gente se quema y huye a Iparralde, se juntan 20 amigos, 30 amigos, había unos comandos allá, y se crea un aparato, gente que no trabaja y que se montan la vida en torno a eso. Esta gente crea una especie de organización. Ellos hacen las acciones y son ellos los que deciden qué hacer. Y tú estás aquí en los movimientos sociales, pero no hay ninguna conexión ni nada. Se crea otra historia.

Pregunta. Yo he llegado a escuchar de boca de gente cercana: «Los Komandos Autonomos no eran autónomos».

Intervención. Es así si se mira desde ese prisma. Empieza a haber una gente, que son profesionales.

Intervención. Hubo un momento frustrante y dramático, y fue que empezamos a ver que aquellas acciones lo que hacían era suplantar el movimiento, esto es a la base. Eso fue muy fuerte para nosotros. Tú estás en un taller llevando un movimiento adelante, concienciando a la gente y demás, y ves que matan al patrón. Y dices: «Hostia, han matado al patrón, y claro, ¿dónde queda lo que estábamos montando nosotros?». Matan al patrón… se lo merecería, sería un hijodeputa, lo que quieras, ¿pero eso qué tiene que ver con la lucha de la gente de base? La gente que estaba trabajando ahí, la gente que llevaba a cabo una labor política, ¿dónde la dejas? Y se acaba todo; todo es acción-represión, muertos… la historia termina girando en torno a eso. Y ésa es la paradoja más sangrante: en vez de hablar por nosotros mismos, en vez de tratar las cuestiones que nos afectan, como hasta entonces, por nuestra libertad, por la libertad de la gente, terminamos hablando del problema del Estado, y de los problemas de la gente que se enfrenta al Estado con sus propias armas. ¿Quiénes utilizan la violencia? Unas organizaciones: el Estado la usa, ETA la usa y los Autónomos la usan. Entonces la cuestión es quién usa la violencia. La libertad y todas nuestras historias se van a tomar por culo. Esos están por encima nuestro.

Pregunta. Entonces había un entorno de gente previa, una especie de confianza entre esta gente, una apertura… y llegamos a una situación en la que os dais cuenta de que «hostia, aquí hay gente que está haciendo algo a escondidas». ¿Cómo vivisteis esta nueva situación?

Intervención. Hay gente que quiere hacer algo…

Intervención. Y lo respetas.

Intervención. Con el tiempo te das cuenta de lo que estás haciendo, y entonces piensas que quizás no merece la pena. Pero en aquel momento sabes que éste o aquél puede tener una pipa, pero es tu rollo, y bueno, ahí está. Luego te das cuenta de que no es lo que tú querías…

Intervención. Y que encima en unos momentos pueden ir contra ti.

Intervención. Hombre, los tiempos también eran así…

Intervención. Nosotros pensábamos que había un enemigo, y el que fuera contra ese enemigo, aunque no lo vieras muy claro, o no estuvieras del todo conforme con él, lo respetabas. Pasan años hasta que te das cuenta de que la lucha que están llevando a cabo quizás se esté volviendo contra ti, pero de eso te das cuenta después.

Pregunta. De las acciones contra ADEGI, etc., en una de éstas se pasan a matar personas. Toman una decisión, algo así como «ETA mata gente, ¿nosotros por qué no?».

Intervención. Se compite con ETA. Concretamente hubo un año que se compitió con ETA. Y ellos lo reconocían. Había que demostrar quién era más fuerte. Y las movidas que hubo en Iparralde, con pipas en la cabeza y demás discusiones… pues es muy triste tener que decirlo así, pero son parte de la pequeña historia de este pueblo.

Intervención. Hay una gente liberada, hay una burocracia, hay un dinero…

Intervención. En realidad, cuando esta gente empieza, cogen la pipa mientras trabajan en el taller, mientras están llevando una vida normal, pero cuando pasan a Iparralde, pues hay que mantener económicamente todo esto, hay que hacer unos atracos o unos secuestros o lo que quieras, luego hay que hacer unas acciones para decir que la organización está ahí, y luego surge un nombre, surge una organización; ése no era el concepto de lucha armada de los autónomos; ésta se entendía más como un sabotaje o como una ayuda a alguna lucha, pero no que había que crear unos profesionales o unos liberados para llevar a cabo unas acciones. Yo por lo menos era lo que entendí de la idea inicial, ¿eh?

INTERVENCIÓN. Además en los debates sobre la violencia nosotros pensábamos que la violencia era el último recurso y siempre a la defensiva. Esto es: siempre decíamos que se podía asaltar un supermercado, o «vamos a hacerle un algo a un gerente para que se quite de en medio», pero matar a un tipo, pegarle dos tiros y matarlo, eso no lo habíamos pensado nunca, y menos que había que montar una organización propiamente para eso. Eso estaba muy claro para nosotros.

INTERVENCIÓN. La cuestión era si debía haber una vanguardia o no, y para nosotros era claro que no. En cambio, otros no lo veían así. Nosotros éramos militantes de un movimiento social…

INTERVENCIÓN. Y lo que había que ser era revolucionario…

INTERVENCIÓN. Nosotros no aceptábamos que se creara una organización con liberados, y al final se crearon los liberados por medio de la lucha armada.

INTERVENCIÓN. Ellos eran los que decidían todo, los núcleos clandestinos, encima nos pedían tener fe… Al fin y al cabo era el mismo rollo que ETA. ETA lo hacía por la patria, y éstos lo hacían por una sociedad comunista o anarquista. Y precisamente acabó por eso: el nacionalismo tenía fuerza en la sociedad, por lo tanto el rollo de ETA tenía futuro, pero el reivindicar el comunismo o el anarquismo por medio de la lucha armada, eso no podía durar más de cuatro o cinco años.

INTERVENCIÓN. Al final la historia de los autónomos acabó siendo una serie de comandos en sustitución de un movimiento social, una serie de profesionales quemados en el otro lado… y el movimiento social se fue al carajo. Hay que decir que la represión también fue muy dura, acabó con todo, quedaron unos cuantos comandos. Y luego con lo de Pasaia acabaron con todo. Fue tan dura la represion… En Azpeitia, nosotros que éramos más de 100 personas que andábamos en las movidas, nos comieron a todos. Éramos un montón, en las reuniones y demás, como una centena… Para haber tantas pipas en un pueblo así, pues fue demasiado.

PREGUNTA. ¿Cuantas pipas?

INTERVENCIÓN. Pues igual unas 30 pipas. Pero de un día para otro… ¡eh!

Intervención. Eso los que han tomado parte con pipas.

Intervención. Ahora mismo si tu coges 30 personas en cada pueblo y les das una pipa a cada uno… pues puede que no vayas a hacer una gran revolución, pero pones patas arriba al Estado. Haciéndolas sonar… ¡claro!

Intervención. Sí, montarías un buen jaleo.

Intervención. Con los medios de los que hoy disponen lo destruirían, pero la que se armaría no sería broma; pues en Azpeitia en aquella época habría unas 30 personas con pistola… Pero ahí hubo otro rollo en mi opinión: la lucha ya estaba dirigida, y la lucha era que las fuerzas, las armas a favor de Euskal Herria tuvieran mucha influencia. ¿Te acuerdas de qué decíamos cuando la gente empezó a pegar tiros? Habrá que visitar a éste, a ver si le echamos una mano a éste… ¿dónde quedaron nuestros debates y nuestras sesiones? ¡No se volvió a hablar más!

Intervención. Lo de Gerra-aundi también se acabó así. Cuando empezaron los disparos, aquello se fue al carajo.

Intervención. ¡Venía la pasma cada semana! ¿Sabes cuántas veces se pasaron algunos por la comisaría por la única razón de vivir en Gerra-aundi?

Intervención. ¿Quién se come eso, en esas condiciones?

Intervención. Aquello estaba supercontrolado, ¡salieron tantas movidas de allí! Todos los que iban allí estaban controlados, y en la calle igual… y para ti 100 personas es un movimiento de la hostia, pero para la pasma es una cosa muy fácil de controlar.

Pregunta. Cuando hemos empezado a hablar, el asunto era más que nada las formas de vida, cambiar ésta de raíz, crear algo nuevo, o por lo menos eso era para algunos lo importante, pero pasa un tiempo y ¿se puede decir que todo empieza a girar en torno a la muerte? Represión, etc… Como un mal trago, al fin y al cabo ¿no? Txakurras, miedos, muertos…

Intervención. Yo estoy convencido de que si aquí no hubiera esa tradición armada de ETA, no se habrían torcido las cosas hacia ese lado. Nosotros no compartíamos eso; nosotros en un sentido… éramos unos tontainas.

Intervención. Bueno, bueno…

Intervención. En un sentido sí… Yo más, pero éste era mi amigo. Yo era un provocador, pero éste era mi amigo fiel; éste no me abandonó nunca; me solía defender.

Intervención. El que contaba cosas raras era él.

Intervención. Pero también era coherente. Yo nunca dejé de lado mis batallas y mis historias, y tampoco me callaba. Éste tampoco, ¡eh! ¡Es que no son cosas como para guardártelas! Y luego, empezó a caer la gente, joder, a Kurro y Pelitxo se los cepillaron. Me acuerdo del cuerpo de Kurro lleno de balazos cuando lo trajeron a su casa. Fuimos los dos, y todas las movidas de esos días… nosotros siempre hemos estado donde nos correspondía, aunque la verdad es que en medio de esta movida nos quedamos sin palabras…

Pregunta. Habría quien insinuaría que no os metisteis en la lucha armada por no tener cojones…

Intervención. Sí, la gente ha dicho barbaridades sobre estas cosas. Nosotros, cuando mataron a los de Pasaia… ¿quién iba a hablar en las asambleas de la plaza? Unos tontos como nosotros. Lo que dijimos fue: estos son gudaris, son de nuestra movida; también era más fácil para nosotros: nosotros éramos políticos, llevábamos una vida pública, no estábamos quemados. Habría más gente en esas asambleas que hubiese dicho más cosas, pero estaban metidos en el ajo, y no les convenía dar la cara… Aunque una vez uno si que le echó cara al patrón en el taller, estábamos discutiendo el tema salarial y va y le dice: «Ándate con cuidado que te mando a Abitain (lugar donde está situado el cementerio de Azpeitia)». No pasó mucho tiempo antes de que tuviera que irse a Iparralde y entonces me vino el patrón diciendo: «Oye, ése ¿hablaba en serio cuando decía que me mandaba a Abitain?». Aquel amigo nuestro era muy callado, pero cuando se calentaba echaba lo que tenía que echar, y si había que echar tiros, pues tiros. Eso sí, en las manifas no aguantó mucho, y era así: se iba pronto. Era un acojonao para esas cosas. Aunque parezca raro, es así: he conocido gente que ha participado en la lucha armada que se acojonaba pronto en las manifas; que a escondidas y solos se las arreglaban bien, pero en otras cosas, para nada. O que se le hacía más fácil matar a alguien que hablar en público, por ejemplo.

INTERVENCIÓN. Lo nuestro era profundizar en el debate, y buscar nuevas vías. Nosotros hablábamos de las teorías de Engels, del origen de la familia… Y contra la familia. Incluso en las reuniones de LAIA. O sobre los consejos obreros del Pannekoek, y la propiedad privada. Leíamos. Estaría bien o mal, pero la gente se curraba las cosas. Es una cosa que ya no se hace. No por lo menos en los sitios que frecuento, y esas eran cosas buenas. Nosotros, la verdad, en toda esta salsa, lo que teníamos era sobre todo ganas de vivir.

INTERVENCIÓN. Aquí en Azpeitia sacábamos una cosa que se llamaba «Iritzia», una especie de folleto o fanzine. En la última página aparecía el mapa de Euskal Herria, la ikurriña y un puño con una guitarra (metralleta) y así… nuestra idea era crear un debate, que la gente diese su opinión.

INTERVENCIÓN. Nosotros queríamos saber qué pasaba en el mundo, no sólo en Euskal Herria, sino en el mundo. Luchar está muy bien, protestar está muy bien, pero se puede hacer todo eso y seguir viviendo; poner patas arriba el capitalismo pero seguir viviendo. Lo que veíamos mucho era: «Tenemos que hacer esto y esto», y la clave era: «y si hay que morir por esto, pues tenemos que morir».

INTERVENCIÓN. Eran los tiempos que corrían… Entonces se pensaba que cualquier día iba a suceder algo grande, la de Dios. Por que el ambiente que se vivía en Euskal Herria era así.

INTERVENCIÓN. Pero reinaba eso de: «Si se ha de morir, vamos a morir».

PREGUNTA. Vamos a morir y vamos a matar…

INTERVENCIÓN. Sí, las dos cosas. Pero bueno, es verdad que era el ambiente que se respiraba, y que nadie sabía qué iba a suceder… Tenía un amigo del colegio que cuando se metió en el rollo armado, me decía: «Ya estás con tus teorías raras…», pero me quería antes y ahora también… Y el otro me dijo: «Bueno, al final ¿aquí qué pasa?, ¿vienes o no vienes?», y yo: «Yo no voy a ningún sitio, y menos a pegar tiros». Ese era el tema. Eso me paso a mí, y seguramente a él también. Nos pasaba a mucha gente, y tú decidías si sí o si no. ¿Cobardía? ¿Miedo? Quizás sí… pero las ganas de vivir también.

Además, éramos ateos y materialistas. Tenemos que vivir de aquí o de allá. Luchar sí, pero para cambiar nuestro modo de vida; la vida, los modelos, defendiendo este patrimonio nuestro, y sin olvidar el pasarlo bien y todo eso.

Intervención. Pegábamos palos para robar fotocopiadoras en algun colegio… Eso sí; mogollón de material: botes de pintura en el Ferron… Para algunos eso era una especie de prueba, para pasar a mayores, pero bueno… Nosotros cuando LAIA teníamos un montón de fotocopiadoras, ¡pero nadie que supiera escribir a máquina!

Pregunta. Esa es una buena…

Intervención. Luego lo que hicimos fue distribuirlas por otros pueblos… Eran prácticas muy extendidas, pero lo de coger la pipa era otro tema. Lo tenías que tener muy claro, y el ambiente arrastraba a la gente.

Pregunta. ¿En qué ha quedado el movimiento de los antiguos autónomos?, ¿en un homenaje anual? ¿Pensáis que tiene algún sentido el seguir con este homenaje, el seguir manteniendo una especie de ritual?

Intervención. Lo de acordarse de los muertos es una cosa muy presente en muchas culturas, aunque a mí no me diga gran cosa. Están muertos, nos acordamos de muchas cosas que compartimos, pero el institucionalizar ese recordatorio… Yo no suelo ir. He ido tres o cuatro veces, pero ahí no entro. Si acordarse de los muertos es para que los que vayan reafirmen su identidad, el demostrar que tienen que ver con la autonomía o con el hecho de ser autónomo, o con el poner el sistema patas arriba… Entonces que la gente sepa que es mentira, pues no es así. Que la gente sepa que es mentira. Para mí es una gran mentira.

Intervención. Pero ha servido para mantener vínculos, relaciones. Y no sólo afectivamente. Ha servido para mantener un hilo con las siguientes generaciones. Una relación con las generaciones de los gaztetxes que nacieron a continuación. En una época íbamos la gente de aquellas generaciones, y ahora los que vamos de aquellas generaciones no pasamos de diez de los 100 que toman parte, pero viene gente que estuvo en el gaztetxe de Azpeitia, y otra gente también. Para mí ha tenido mucho valor, no para acordarme de los viejos tiempos, pues somos pocos los que

vamos, sino para entablar nuevas relaciones con otro tipo de gente. Para hablar y si quieres también para emborracharte. Eso tiene su propio valor. Yo he conocido a cierta gente, gracias a ese día. Ha tenido relación con el gaztetxe y otros rollos. Para mí las historias más autónomas que han salido han sido los gaztetxes y esas cosas. Como a partir de nuestras movidas… ha sido otra gente quien las ha llevado a cabo… pero han resultado cosas bonitas.

Intervención. Yo estoy de acuerdo en que la continuación de la historia autónoma son los gaztetxes y la okupación, pero la relación de esas 100 personas y las estrategias y la ideología que había entonces, creo que no tiene mucho que ver. Estoy hablando de los autónomos que defendieron una estructura militar… no creo que su revuelta armada fuese encaminada a crear cosas como los gaztetxes.

Intervención. Pero no sabíamos ni siquiera que eso pudiera venir.

Intervención. A uno como tú eso le da una manera para unirlo todo, más que al concepto que teníamos nosotros de autonomía. Pero otra cosa es que tú pienses que esos muertos… y yo conocí a Pelitxo y Kurro y ¡xapo!… eran mis amigos y yo les quería un montón, pero no tiene nada que ver con la historia que hubo entonces.

Intervención. Una gente que no conoció aquello monta este día, preparando una cosa colectiva para todos, y eso es una cosa bonita.

Intervención. Hacer memoria de algunas cosas y personas de entonces, buscándoles relación con cuestiones actuales está muy bien, pero…

Intervención. La única memoria que queda es la de estos.

Pregunta. A eso venía esta conversación de hoy, puesto que la única memoria que queda es la de las pipas, los tiros y esa guerra. No hay memoria de nada más que eso.

Intervención. No queda, no. Pero si hay una continuación y se crean una serie de vínculos en torno a ese homenaje… no porque la gente que viene sea autónoma, no hay por qué usar ese nombre, pero intentar mantener una cierta atmósfera montando un día así, para mí es una cosa maravillosa. No digo que sea la de Dios; es un homenaje, sin más.

Lo que veo es que muchas cosas que nosotros planteábamos y que no llegamos a hacer, las han llevado a cabo otros. Los gaztetxes, okupar casas… Han conseguido hacer cosas a las que nosotros –por la época, por las circunstancias– no llegamos. Nosotros planteábamos romper la familia y esas cosas, no pensábamos que tenía que seguir así, y decíamos «esto está mal». O cuando surgió el movimiento antimilitarista: eso fue una cosa fresca y bonita. Toda esa gente en contra de la mili, y luego los otros con lo de «la mili con los milis», eso era interesante.

Intervención. Dices que el omenaldi sirve para juntar a la gente, pero nunca le hacemos un homenaje a un alcoholizado, ni a un yonki, o a una mujer que ha sufrido malos tratos tampoco, o a un tipo al que la mujer le ha machacado psicológicamente y se ha suicidado… hay muchos casos de esos. Siempre, por desgracia, tendemos a celebrar a los santos y a los héroes que se han ido a tiros, a los que han martirizado, y siempre celebramos los días que de alguna manera giran en torno a una guerra, y yo estoy hasta los cojones de eso, y en eso lo de los autónomos no se libra. Yo no tengo ningún problema en celebrar un día en honor a Kurro y Pelitxo, pero igual que en honor a ellos, en honor a mi madre, en honor al hermano yonki de éste… y en honor a muchos otros. Y encima toda la parafernalia que rodea a ese día, parece que es un día de guerra… a mí eso ya no me dice nada. En ese sentido me he vuelto muy crítico. Puede haber mil otras maneras de juntar a la gente. Y otra cosa: creo que hay que aprender a dejar a los muertos en paz.

7. Autonomía y contracultura. Trabajo, revuelta y vida cotidiana en la Transición

Pablo César Carmona Pascual

> Hermanos y hermanas, ha llegado la hora de realizar cosas importantes. Nosotros somos un pueblo que nos reconocemos como hermanos y hermanas, unidos en una lucha común en pro de la libertad. Y en nuestra supervivencia, nosotros nos reconocemos porque compartimos una cultura en común. Hacemos las mismas cosas; vivimos de la misma manera; oímos la misma música, fumamos los mismos sacramentos. Estamos unidos por nuestra edad, nuestros valores comunes, nuestro estilo común de vida. Deseamos las mismas cosas —libertad, autodeterminación, paz, justicia e igualdad para todo el mundo.
>
> John Sinclair, *Mensaje a la nación de Woodstock,* 1970.

Cuando se dibuja el mapa de las nuevas formas de conflictividad en la Europa de la década de los sesenta, siempre se señala la transformación subjetiva como factor clave para saber interpretar aquellas disidencias emergentes. La aparición de los movimientos underground[1] supuso, dentro de un marco alternativo y de nueva radicalidad, la reinterpretación de toda la experiencia de las comunidades políticas obreras y de lo que hasta ese momento había significado la acción colectiva. El fenómeno disidente, expresado por la generación del ‘68, por ponerle apellido a un fenómeno mucho más amplio y complejo, marcó un nuevo hito dentro de un proceso iniciado al menos en los años veinte del siglo pasado. Una nueva disidencia que puso en crisis no sólo un modelo de producción, sino también un modo de vida.

---

1 Por *underground* se entiende el movimiento o movimientos que nacen como corrientes sociales, con formas de comunicación descentralizada, por debajo de las redes sociales instituidas (familia y clase social fundamentalmente) instaurando modelos invisibles de agregación comunitaria.

Aquel régimen disciplinario, que impregnó todas las dimensiones de la vida política y social de postguerra, y ambos lados del muro de Berlín, comenzó a ser quebrantado por una revolución masiva y silenciosa. Una revolución que desde las cloacas del sistema puso en crisis todas sus instituciones capilares: la familia, la escuela, el ocio, la política y las relaciones sociales.

Nada hay casi escrito en torno a esta nueva realidad dentro del reino franquista. Y muy pocas veces se ha hecho la genealogía de cómo fue posible romper el aislamiento cultural al que estuvieron sometidos los jóvenes hispanos de la década de los sesenta. ¿Qué significado tuvo la contracultura en el Franquismo? ¿Cuál fue el '68 del Estado español? ¿Cuáles fueron sus singularidades y cómo se desarrolló? En muchos casos estas cuestiones permanecen sin respuesta cuando se habla de «nuestra contracultura». En este capítulo trataremos de esbozar uno de los posibles relatos de aquellos años de revuelta y agitación en lo más profundo de los deseos y los horizontes vitales. Una transformación que desde las entrañas de lo cotidiano hizo que el mundo nunca más volviera a ser lo que fue.

No podremos resolver aquí todos los interrogantes en torno a esta revolución subterránea, si bien al menos se pretende trazar algunas líneas maestras. Para ello, nos apoyaremos en distintos momentos y procesos, que pueden llegar a alumbrar a algunos de los territorios de confluencia entre la autonomía social y los patrones contraculturales. Así y por un lado, vamos a esbozar una primera aproximación a los focos contraculturales de Sevilla y Barcelona, ciudades en las que los experimentos contraculturales adquirieron cierta consistencia ya desde mediados de la década de los sesenta. Se trata efectivamente de dos ciudades en las que se expresaron formas de vida asociadas el hippismo, la ética *beatnik*[2] y la construcción de nuevos estilos estéticos, y en las que también encontramos ciertos elementos de innovación como la mezcla musical y el nacimiento del cómic underground.

---

2 Se entiende por *beatnik* a la ola de jóvenes que encarnaron la ética y las formas de pensar que la generación *beat* plasmó en sus obras literarias y su poesía. Estas ideas estuvieron marcadas por el fuerte impulso a escapar de una sociedad, la occidental, que estaba «preñada de muerte». Con fuertes influencias del pensamiento libertario, de las filosofías orientales y de las subculturas negras, los *beatniks* han sido señalados como los antecesores directos de la contracultura y el movimiento hippie.

Un segundo momento, ya en la década de los setenta, viene marcado por lo que podríamos llamar los lugares de frontera, en los que se encontraron la cotidianidad obrera –especialmente la más juvenil– y los nuevos marcos de la ética contracultural. En concreto vamos a considerar algunos grupos de la autonomía obrera que en el devenir de las luchas de fábrica fueron capaces de reconocerse en un nuevo imaginario de fuga y rechazo del trabajo. Para ello nos vamos a sumergir en sus formas de vida y también en la «larga marcha» que emprendieron para sacudirse las cadenas del trabajo fabril. En tercer lugar, vamos a desgranar algunos ejemplos relativos a sus formas de expresión política, cultural y creativa.

Por último analizaremos algunas de las causas que ya acercándonos a la década de 1980 fueron ahogando este proyecto colectivo, descentralizado y transversal al que llamaremos contracultura social.

We come to Smash this time. Contracultura, rock progresivo y cómic underground

A comienzos de la década de los sesenta el flamenco, a pesar de la represión y el folklorismo oficial, seguía conservando en sus letras el dolor del trabajo y el rechazo a la explotación jornalera. Grandes figuras del toque como Diego del Gastor (Morón de la Frontera)[3] agruparon a multitud de jóvenes inquietos por conocer las raíces sociales y musicales del flamenco. Como un rumor, el llanto gitano y el gusto inconformista y desairado de aquellas letras, que se arraigaban en lo más popular del gesto racial de desobediencia, fueron ampliamente descritas en algunos libros de viajes publicados en Estados Unidos. En estas guías se señalaba a Sevilla y a sus alrededores como un lugar idóneo para experimentar la vida desde otros puntos de vista. Gracias a esta llamada empezaron a aterrizar en el sur español algunas comunidades *beatniks* que, como por arte de magia, se hermanaron con estas esencias andaluzas. Un cruce de caminos que tuvo su tercer pilar en la base

---

3 El guitarrista Diego Flores Amaya nació en 1908 en Arriate (Málaga) y fue el creador y máximo estandarte de la *Escuela de toque de Morón* (Sevilla), donde pasó la mayor parte de su vida y en la que desarrolló su principal actividad artística. Diego Flores murió en Morón de la Frontera en 1973.

americana de Morón de la Frontera. Paradójicamente la base aprovisionó de algún que otro desertor a estas comunidades emergentes. Por este camino llegaron los sonidos del *Rithm and Blues* y de otras músicas negras que también conservaban en su ADN –a pesar de las autoridades– el ritmo de libertad, expresado en biografías repletas de dolor y en las revueltas de la comunidad negra representadas por los movimientos por los derechos civiles y las luchas contra la guerra de Vietnam.

Siempre en un difícil equilibrio empezaron a mezclarse jóvenes universitarios, conocedores de la cercana grifa norteafricana y las nuevas corrientes de aires *beatniks* traídas de Estados Unidos. Efectivamente, las *comunidades beat* se convirtieron en el modelo de una nueva subjetividad social que se estaba instalando a lo largo y ancho de Europa. El rechazo al trabajo, la liberación sexual, la experimentación con las drogas y la negación de cualquier régimen disciplinario se encarnaron en toda una generación literaria. Quizás los poetas *beat*, Allen Ginsberg, Gary Snider, o su libertario precursor Kenneth Rexroth, fueron los más conscientes e inteligentes a la hora de destripar la esencia de la sociedad disciplinaria, e incluso de las nuevas formas de poder que se imponían desde las ópticas psiquiátricas y de dominación en la vida cotidiana.[4]

Pero, volvamos a Sevilla. Los encantos del flamenco abrieron las puertas para que, ya a mediados de los sesenta, los pioneros dieran los primeros pasos de este movimiento en tierras hispalenses. Sin embargo, no fue hasta los años setenta cuando aparecieron revistas dedicadas a la contracultura, como era el caso de la revista *Star,*[5] y que efectivamente comenzaron a popularizar a estos personajes. «Los padres del Cordero» así se tituló la sección en la que se publicaron las biografías, los poemas y las reflexiones de la *Beat Generation*. De esta manera llegaron a la Península las renovadas formas de pensamiento libertario. Y la recepción fue explosiva. El underground andaluz y el catalán acogieron y mezclaron estas influencias para inventar todo un modelo de habitar a la contra las ciudades del desarrollismo franquista.

---

4 Esta dominación fue la que desveló William Burroughs en *El almuerzo desnudo.* Aunque no cabe duda de que fue Neal Cassady el personaje que mejor representó la ambivalencia de esta generación a la vez cansada, vencida, golpeada, agitada y beatificada, adjetivos que traducen al castellano el término *Beat.* Véase el diccionario de *conceptos* que aparece en E. Bevilacqua, *Guía de la Generación Beat,* Barcelona, Península, 1996.

5 La revista *Star* publicó su primer número en el año 1974 y rápidamente se convirtió en el referente más importante para el underground hispano, sobre todo en materia de cómic. No obstante, otras cabeceras como *Nuevos Fotogramas* o *Triunfo* ya hicieron buenos anticipos de los tiempos de disidencia que se vivían en el mundo entero.

Gracias a estas influencias, y escapando de todos los parámetros predecibles parcelas inéditas de la vida cotidiana experimentaron una revolución explosiva y potente, aparecieron entonces figuras sociales desconocidas hasta ese momento. Por sólo señalar dos ejemplos: Nazario, el irreverente dibujante de cómic underground y *Smash*, grupo insignia del rock progresivo de raíces andaluzas. Sus biografías ilustran los primeros itinerarios por los que la onda revolucionaria de la contracultura se coló en la monolítica sociedad española. Así, las melenas y el aspecto hippie de los integrantes de *Smash* (Manuel, Guadalberto, Julio, Henrik y Antonio) empezaron a verse por determinados rincones de Sevilla como la Plaza de España y La Alameda de Hércules, a la que dedicaron su tema *Alameda´s blues*. Efectivamente en aquel momento la transgresión estética era, en esencia una controversia política. El aspecto de estos jóvenes y su actitud significaban una agresión a lo más sagrado y gris de las instituciones sociales franquistas. En la canción *We come to smash this time* se decía «venimos a aplastar estos tiempos, tiempos en los que hay que callarse».

En este caldo originario aparecieron así multitud de personajes y grupos humanos «de todas las leches». Otro ejemplo, José Pérez Ocaña, *La Ocaña*, inclasificable revolucionaria nacida en 1947 en un pequeño pueblo de Sevilla y que desde su absoluta singularidad construyó un referente del fenómeno contracultural. Ocaña la *libertataria,*[6] como a ella le gustaba definirse, dibujó una de las biografías más esclarecedoras de la profundidad, de las posibilidades del mestizaje y del viraje cultural producido en la década de los sesenta y setenta. Sus formas artísticas y su propia existencia –al fin y al cabo indistinguibles– estuvieron unidas en las rupturas transgénero que a principios de los setenta abrieron a golpe de *procesión queer* y *angelotes*[7] las callejuelas de El Gótico y Las Ramblas barcelonesas.[8]

---

6 Véase el documental de V. Pons, *Ocaña, retrato intermitente*, Barcelona, Producción Teide y producciones Zeta S.A., 1978.

7 La Ocaña nunca renunció a las raíces populares del arte religioso y a su dimensión trascendental, por lo que en su arte siempre dotó de un irreverente paganismo a figuras tan emblemáticas como la virgen, los clásicos angelotes barrocos y las procesiones, que eran utilizados como modo de irrupción de otras realidades sexuales en la Barcelona de la lucha antifranquista y el paradigma obrero.

8 Onliyú, *Memorias del underground barcelonés*, Barcelona, Glenát, 2005.

La calle emergió en efecto como espacio de intervención. La transgresión sexual, la libertad expresionista y, sobre todo, la subversión de todo lo que tuviese un cierto halo de sagrado estaban definiendo, de este modo, el fenómeno disidente que de una u otra manera atravesó el conjunto de la realidad social instituida. En cualquier caso, esta primera realidad contracultural tuvo que experimentar sus propias diásporas y agrupamientos para prosperar, así fue en el caso de Barcelona. Nazario y Ocaña, siguiendo con los ejemplos anteriores, se vieron forzados a emigrar a esta ciudad. Uno porque su pasión no era la enseñanza –Nazario era profesor– sino el cómic; el otro porque el grado de marginación que sufría en su pueblo materno le hicieron la vida insoportable. Gracias a este tipo de inmigrantes «ilustres» Barcelona se convirtió en un nuevo laboratorio cultural. Algunas experiencias como la Rosa de Foc[9] fueron determinantes para este nuevo devenir underground, de hecho su permeabilidad fue total para con todo lo que llegaba tanto de Europa como de Estados Unidos.

De este modo, el viaje, la aceleración, el juego, la provocación y la tensión subversiva alumbraron una reordenación del *modus vivendi* metropolitano. Barcelona estaba sintiendo la *revolución mochilera* que un día soñó Kerouac. Y se hizo realidad con los miles de vagabundos de corte *beat* y *hippie* que recorrieron sus calles a la espera de dar el salto a Ibiza, Menorca o cualquier otra parte de la costa mediterránea. La Barcelona de los malditos, los *freaks* y de las culturas underground de mediados de los sesenta se vio así amplificada a la enésima potencia.

> El mundo entero es una cosa llena de gente que anda de un lado para otro cargada de mochilas, Vagabundos del Dharma negándose a seguir la demanda general de la producción de que consuman y, por lo tanto, de que trabajen para tener el privilegio de consumir toda esa mierda que en realidad no necesitan [...] todos ellos, presos en un sistema de producción, consumo, trabajo, producción, consumo...[10]

Nos encontramos así con un movimiento que marcó las vidas de cientos de miles de jóvenes que se sacudieron las ataduras del Franquismo. «Quitarse la represión» como se solía decir, significaba vivir de otra manera, en comunidades que formulasen formas alternativas de vivir y expresarse, un hecho que estaba encontrando soportes comunicativos

---

9 Nazario, *La Barcelona de los 70 vista por Nazario y sus amigos*, Barcelona, Ellago, 2004.

10 J. Kerouac, *Los Vagabundos del Dharma*, Barcelona, Anagrama, 2004, p. 95.

como el cómic, la música o el teatro. *El Capitán Trueno* o el *Guerrero del Antifaz* dejaron de ser un referente suficiente para acompañar a un estilo de vida que quiso caminar fuera de control.

Entre estos medios, quizás el cómic underground, nacido a trancas y barrancas desde mediados de los sesenta con cabeceras para adultos como *Bang!* y *Cuto* nos dan el tono de lo más novedoso de aquellos momentos. En esta nueva ola, de cualquier modo, los laboratorios colectivos de creación underground más importante fueron *El Rrollo* en Barcelona o la *Cascorro Factory* en Madrid. El componente psicodélico, de experimentación homosexual y el tono libertario del discurso manejado en estos cómics definieron un sistema de valores donde se acogieron la estética feísta y la provocación como mecanismo de expresión realista.

Sin duda, los cómics underground hispanos anunciaron en cada una de sus imágenes e historietas la crisis generacional que apuntábamos. Las biografías de aquellos jóvenes llamados a ser padres y madres arquetípicos, seres «temerosos de Dios», acabaron por apuntar otros rumbos. Algunos personajes de esta nueva literatura como *El Gato Fritz* de Robert Crumb, o los textos de Kerouac, publicados por *Star Books* y sobre todo los dibujos de Nazario con personajes como *Purita*[11] apuntalaron críticas feroces al amor y al matrimonio, a través de un recorrido sexual en el que las relaciones homosexuales eran constantes y la promiscuidad se convertía en la única norma de obligado cumplimiento.

Indudablemente este cambio en los códigos y en las conductas interpelaba a todas las capas sociales, y empezaron a calar también en las jóvenes generaciones obreras. Éstas últimas, ayudadas por estas nuevas *maneras de vivir,* pusieron en crisis la ética del trabajo y las bases sociales del obrerismo tradicional que todavía impregnaba el imaginario popular de la época. De este modo, al tiempo que los proyectos del primer underground desempeñaron la labor de abrir brecha, desde mediados de los años sesenta a modo de vanguardia difusa, también cumplieron el papel de hacer las primeras traducciones prácticas de lo que habían significado los sesenta en lugares tan dispares como Alemania, Holanda, Francia o Estados Unidos.

---

11 Nazario y Tita, «Purita y los Morbos», *Star,* núm. 25, Barcelona, noviembre de 1977, pp. 4-8.

El «rechazo al trabajo», autonomía y lucha: la nueva experiencia del movimiento obrero

> Por clase, entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, tanto por lo que se refiere a la materia prima de la experiencia, como a la conciencia. Y subrayo que se trata de un fenómeno histórico. No veo la clase como una «estructura», ni siquiera como una categoría, sino como algo que tiene lugar de hecho en las relaciones humanas.[12]

Crisis y desencanto revolucionario, derrumbe de la extrema izquierda. El proceso de Transición política, los reajustes estructurales del capital y la reforma pactada fueron el dique contra el que se estrellaron los proyectos revolucionarios de los setenta. La dura batalla entablada en la primera mitad de la década, en la que el movimiento obrero, desde una formulación asamblearia y unitaria dibujó un horizonte de conflicto y autogestión de proporciones desconocidas desde la Guerra Civil, comenzaba a verse perdida en el consenso impuesto por los Pactos de la Moncloa (1977). Según lo que dictaban los «agentes sociales» (patronal, partidos políticos y sindicatos) el movimiento obrero debía replegarse a los cuarteles de invierno, entender los criterios de productividad y renunciar a subidas salariales, dejando escapar las conquistas conseguidas durante el decenio anterior. Y sobre todo tendría que ceder en su orgullo, dignidad y protagonismo social, abandonando su papel como sujeto y actor de la vida política del momento.

Y también la traición, de todos aquellos que se sumaron a los cuadros de poder y al mando capitalista que pocos años antes estaban dispuestos a derrumbar a sangre y fuego. ¿Cómo fue posible la derrota? ¿Por qué no fraguaron las alternativas revolucionarias? ¿Qué falló en los movimientos radicales de los años gloriosos? Parece que todos los análisis de la derrota se han dirigido hacia factores estructurales, externos si se quiere, vinculados al tablero político y sindical de la época, a la traición generalizada y a la corrupción del proceso. Pero ¿cómo fue posible que el movimiento obrero –aquel llamado a asaltar los cielos– dejase escapar la victoria?

---

12 E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (vol. I), Barcelona, Crítica, 1989, p. XXII.

En nuestro análisis trataremos de mantener una hipótesis: el movimiento obrero –además de lo señalado– sufrió una quiebra de orden generacional, intrahistórica. Las bases subjetivas de su fortaleza: la disciplina organizativa, la ética del trabajo y las seguridades que proporcionaba una vida planificada por el trabajo y la familia, perdieron sentido. Cambios generacionales en el seno de las comunidades obreras que impusieron una profunda mutación en los códigos de valores. Los jóvenes trabajadores de las grandes ciudades encontraron un nuevo imaginario a través de la experiencia de la rebeldía y la disidencia que imprimió parámetros de interpretación distintos de los propios mecanismos de lucha.

En esta misma dirección, se deben apuntar algunas razones de peso con el fin de comprender la crisis sufrida por las estructuras de izquierda de toda Europa. Una crisis que se enmarca en el profundo desajuste producido entre los partidos de extrema izquierda y sus nuevas generaciones de militantes. Valores como la proletarización[13] y la defensa de un imaginario obrero basado en la organización centralista, la disciplina de partido, la ética del trabajo y la elaboración de programas políticos entraron en crisis. La revolución proletaria, máxima aspiración de las múltiples organizaciones de la extrema izquierda, se vaciaba igualmente de sentido. Lo más íntimo del proceso de subjetivación social, pero muy especialmente del proceso de subjetivación de los y las militantes, estaba mutando; su horizonte de vida se distanciaba paulatinamente de aquel que había sido dibujado en el programa político de la época.

Para hacer el análisis de esta crisis es necesario conjugar diferentes elementos y señalar la fenomenología concreta de este proceso. Por ello tomaremos como punto de referencia una parte del movimiento obrero autónomo de Madrid y Barcelona,[14] aquél que se inició en 1969 y

---

13 Se denomina proletarización al proceso por el cual un estudiante, técnico medio o superior se ponían a trabajar en las fábricas. El propósito era entrar en contacto con la clase obrera y vivir la experiencia obrera con la finalidad de dar cobertura a sus luchas. Era una táctica habitual practicada por militantes estudiantiles de partidos de extrema izquierda.

14 La autonomía obrera es el movimiento que encontraba su raíz ideológica en la superación y crítica del marxismo-leninismo. La democracia obrera y la autonomía de clase como conceptos, despertaron y se encarnaron a través de la experiencia de las luchas de los últimos años del Franquismo. Las huelgas de Harry Walker, Bultaco, Roca o Standard en Madrid y Barcelona, o la experiencia de luchas barriales autoorganizadas fueron los campos de batalla donde tendrían una presencia más destacada. Las luchas de «La Vaguada es Nuestra» del Barrio del Pilar de Madrid y «La Lucha por el Ambulatorio» de Santa Coloma en Barcelona son dos buenos ejemplos.

que tocó a su fin en 1977. Experiencias como las de los denominados Grupos Autónomos de Madrid[15] o los conocidos Grupos Obreros Autónomos (GOA) de Barcelona y Santa Coloma vieron como su modelo político, fruto de las luchas del momento, se fue haciendo permeable a las corrientes culturales antes señaladas. De alguna manera, estos grupos que habían nacido al calor de la lucha contra la burocratización de las Comisiones Obreras y en la lucha por un movimiento obrero autónomo fueron también un caso ejemplar de aquellos sujetos que habitaron la frontera entre los movimientos estrictamente contraculturales y el obrerismo tradicional. Una situación fronteriza que ha sido poco reflejada en las interpretaciones historiográficas al uso. Y al mismo tiempo una metáfora esencial para comprender cómo se produjeron las derivas de decenas de miles de jóvenes que en un momento determinado se sintieron atrapados dentro de la subcultura obrerista de la que a su vez trataban de huir a toda costa.

Llegados a ese punto, dos fueron los factores que acompañaron e hicieron detonar ese giro cultural a lo largo de la década de los setenta. El primero fue la radicalización de los procesos de lucha obrera y las ansias por hacer valer el concepto de autonomía con todas sus consecuencias. El segundo viene constituido por las ansias de experimentar con el sentido y la organización de la vida cotidiana en todas sus facetas.

En un primer plano, la radicalidad y la fuerza que tomaron las luchas de la primera mitad de los años setenta, hicieron que una nueva generación de trabajadores experimentase la necesidad de derrumbar el ciclo de producción, que a todas luces se mostraba como ejemplo del despotismo franquista. La fábrica fordista y sus métodos disciplinarios –fundamentalmente la cadena de montaje– despertaron un profundo odio de los trabajadores hacia la esclavitud que suponían las largas jornadas de *trabajo en la cadena* o la negación de los derechos sociales más básicos. Este rechazo al modelo general de producción provocó una fuerte presencia de la denominada *indisciplina individual*, que se expresó fundamentalmente en tres frentes: el sabotaje, el absentismo y la rotación en los puestos de trabajo.

15 Estos grupos tuvieron presencia en distintos barrios de Madrid, en la Universidad y en sectores productivos. De ellos tomaron sus nombres: Autogestión, Construcción, Academia, Federación, Usera, etc. Y tuvieron una trayectoria paralela y en muchos casos coordinada entre 1969 y 1976, cuando muchos de ellos pasaron a reconstruir la CNT, mientras que otros decidieron formar grupos de agitación armada bajo el nombre de GAR (Grupos Autónomos Revolucionarios).

Existen pocos estudios sobre estas cuestiones, sobre todo en lo que se refiere a los métodos de sabotaje e indisciplina al pie de la cadena de montaje, pero los ejemplos son infinitos en lo que se refiere a sus métodos y sistemas. En este sentido, organizaciones como Plataformas[16] publicaba en su *Boletín* un manual de *cómo hacer mal las cosas* o de *cómo ser lo menos sistemático posible*[17] en la cadena. Ralentizar la producción, trabajar de una manera más cómoda, o directamente hacer que lo producido fuese defectuoso o inservible, son algunos de los ejemplos de indisciplina que, en muchos casos, tomaron dimensiones de epidemia.

Conocemos también las cifras de la Ford de Valencia de 1977,[18] donde en los momentos de mayor malestar la producción bajaba de 1.104 coches/día a 700 y de los 700 al menos el 50 % salían abollados, con las piezas mal colocadas o dañados parcialmente, en definitiva inservibles. Pero también sabemos que en el año 1973 patronales como las del textil, en pleno proceso de intensificación y expansión de la Organización Científica del Trabajo (OCT) y de la consiguiente intensificación de los ritmos, se quejaban del alto grado de absentismo que se producía en sus empresas. Pero el dato más relevante es el que publicaba en 1976 la Escuela de Organización Industrial, que amargamente verificó que en un año en el que las jornadas perdidas por conflictos colectivos superaron la cifra de 110.000.000 horas, el absentismo superó en veinte veces esa cantidad de horas perdidas por huelgas.[19]

> Los sabotajes eran mucho más viscerales que organizados, por ejemplo uno de los sabotajes más curiosos era la patada al cuadro eléctrico de la máquina y mientras venía el mecánico o el electricista y más por la noche que sólo había un electricista para toda la fábrica que era muy grande [...] cosas de este tipo muy visceral. [...] Luego cuando vino el sistema de primas del taylorismo,

---

16 *Plataformas* fue una organización obrera afincada en Barcelona. Contó con presencia en diversas fábricas del cinturón industrial barcelones. Organizada por zonas, sirvió de lugar de coordinación para distintos grupos autónomos.

17 Entrevista con Marcelo López Pinto, Barcelona, 24 de noviembre de 2005. Marcelo fue responsable de cronometrajes de la empresa Bultaco y encargado de escribir los artículos al respecto de la indisciplina individual en el *Boletín de Plataformas*.

18 A. Pérez Collado, *Queridas cadenas. Veinticinco años de luchas y derrotas en Ford España, mientras la progresía dejaba a Marx y Bakunin para entrar en Marks & Spencer,* Valencia, Ediciones AL MARGEN, 2001, p. 33.

19 J. Babiano Mora, *Emigrantes, cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid, 1951-1977)*, Madrid, Siglo XXI-FPM, 1995, p. 319.

> entonces había que ir más lento, tirarse en el water un montón de tiempo, es que dependía mucho, porque en nuestra sección, la sección de preparación y parte de hiladura, habíamos roto mucho con la autoridad de los encargados, les mandábamos al carajo cada dos por tres. [...][20]

La revuelta cotidiana que se instaló en las grandes y medianas empresas de todo el Estado se configuró en torno a un cierto imaginario de rechazo a las formas de explotación fabril. Se trataba de apuntar hacia modos de vida que arruinasen los mecanismos de mando articulados en la fábrica, apareciendo así un segundo plano del conflicto, la vida diaria: la escuela, la familia, la sexualidad y la cultura franquista objetos de una crítica feroz. Una parte importante de las jóvenes generaciones de militantes obreros, se lanzaron así a vivir un mundo radicalmente distinto. Una nueva postura, sobre todo en lo que se refiere a cuestiones sexuales y familiares, que vinieron a poner en crisis también al movimiento obrero clásico, que no comprendía la *actitud hippie* ni de los estudiantes ni de muchos jóvenes trabajadores.[21]

En este terreno surgieron las denominadas comunas urbanas,[22] en las que por ejemplo los grupos autónomos de Madrid se decidieron a ensayar formas de vida diferentes a las que habían experimentado sus padres. Pisos compartidos, que puestos en red aplicaron fórmulas de convivencia de nuevo cuño: la droga, el amor libre y el rechazo a la familia como lugares comunes de experimentación. Con esto no queremos decir que las comunas urbanas que estructuraron estas nuevas comunidades sociales fuesen una realidad paradisiaca, sino que fueron lugares donde las aspiraciones y lo propiamente nuclear de estos proyectos de vida se pusieron en liza y en crisis, siempre en un intento por construir biografías colectivas que escapasen de los usos y costumbres del momento.

---

20 Entrevista con Luis Hornillo Pulido, trabajador de ITASA (Industrias Textiles Andaluzas Sociedad Anónima) el 10 de diciembre de 2006.

21 Para entender mejor este fenómeno se puede acudir a la obra de Julio Sanz Oller (Jose Antonio Díaz) en la que explica algunas de las contradicciones suscitadas por este fenómeno en una parte del movimiento obrero, sobre todo aquél que correspondía a los varones de mediana edad. J. Sanz Oller, *Entre el fraude y la esperanza. Las Comisiones Obreras de Barcelona*, Barcelona, Ruedo Ibérico, 1972, pp. 35, 41 y 97.

22 Se entiende por comunas urbanas las casas que eran alquiladas por grupos de jóvenes militantes con el fin de ensayar un modelo de vida que escapase de la familia. En estos pisos solían convivir militantes obreros, gente con mayor vinculación a la vida artística y parados. Las comunas trataban de desarrollar modos de vida comunitaria con valores libertarios y comunistas.

La controversia sobre «la pareja», la generación de fondos monetarios comunes, la llamada «caja de zapatos»,[23] las redes de apoyo, los viajes colectivos para apoyar a las mujeres que tenían que abortar fuera del Estado o las compras comunitarias que hacían algunas redes de pisos, son algunos casos que muestran una nueva cara de la intervención política. El fenómeno disidente no se centraba sólo en la concienciación o en la organización de programas revolucionarios, la fuerza de estas nuevas formas de disidencia partía del punto de vista personal. La revolución de la vida cotidiana significaba atender a un nuevo horizonte de pasiones, deseos y motivaciones.

En este contexto, según avanzaba la década de los setenta, los Grupos Autónomos se situaron en una creciente encrucijada vital. Si bien por un lado gran parte de su bagaje militante estaba enmarcado en los parámetros de construcción de un movimiento de *corte obrerista,* centrado en la consolidación de una organización de trabajadores autónoma, capaz impulsar un movimiento obrero asambleario e independiente. Por otro lado, el marco abierto por la propia experimentación en la lucha obrera y las motivaciones intelectuales, les alejaron del paradigma obrerista. Las condiciones de trabajo, el trabajo mismo, se hizo por momentos insoportable.

Es difícil precisar cuando se produjo el punto de inflexión, la ruptura de los equilibrios, pero sin duda la frontera del año 1976 señaló un antes y un después en el ciclo de luchas obreras. Los asesinados en Vitoria hicieron tocar las *campanadas a la muerte* de todo un sistema de producción. Si bien hasta ese momento la ofensiva permitió albergar ciertas esperanzas gracias a las múltiples huelgas y luchas de los trabajadores y las trabajadoras de todo el Estado, el paso de la barrera de 1976 despejó todas las dudas, los movimientos que se produjeron a partir de ese momento debían plantearse su existencia en un marco de crisis generalizada y de una voluntad política que iba a actuar con determinación a la hora de aniquilar cualquier atisbo de reivindicación obrera de corte

---

23 Se conocía como la «caja de zapatos» porque solía ser una caja donde todos los miembros de una casa depositaban el dinero que ganaban al mes y el resto podía coger según sus necesidades. Al menos había dos métodos de organización de la caja, uno era el puramente comunista, en la caja se ponía todo el sueldo del mes y se cogía según las necesidades, y un segundo método, usado en algunas comunas de Usera (Madrid) en el que se podía coger sólo para gastos considerados de importancia: sanitarios, educativos, de transporte, quedando una parte «para vicios» que no se aportaba a la caja común y se gestionaba individualmente.

autónomo. La posibilidad de armar fuertes combates en el corazón del ciclo productivo fordista, en la cadena de montaje, favoreciendo las huelgas, la conflictividad y la insubordinación, que se había convertido en la única razón de ser de la militancia, comenzó a resquebrajarse. Y una vez rota la relación entre conflictividad y militancia obrera, la permanencia en la fábrica dejó de tener sentido.

Por esta razón, entre 1976 y 1978 se abrieron con fuerza nuevos campos de intervención. A *grosso modo* podemos señalar dos opciones colectivas. De un lado nos encontramos con todos aquellos militantes que abandonaron la fábrica, las luchas obreras y dieron sentido a sus reivindicaciones en ámbitos vinculados al ecologismo o el feminismo. Fueron cientos los grupos de trabajadores y trabajadoras que dando por perdido ese ciclo de luchas obreras y observando con nuevos ojos su futuro, dieron rienda suelta a su aprendizaje contracultural y decidieron construir proyectos comunales en el campo. En consecuencia, sindicatos enteros de los sectores más radicales y de grupos autónomos de toda índole formaron decenas de proyectos de comunas rurales en Extremadura, los Pirineos o en territorios rurales cercanos a las ciudades. Y ésta no fue la única salida de este tipo, otros muchos grupos se lanzaron a abrir pequeños proyectos económicos, cooperativos y empresariales, que tratando de vincular los circuitos militantes y las prácticas políticas con la supervivencia económica les permitiesen superar la crisis sin volver al trabajo fabril. Bares, librerías, imprentas o pequeñas tiendas fueron la vía de escape de miles de trabajadores de fábrica que quisieron salir al paso del *impasse* planteado por el fin del ciclo obrero.

Por otro lado, en este periodo la autogestión se presentó también como un horizonte posible, al menos en ciertas empresas en crisis. Tal y como había quedado reflejado en el ideario político de los sectores autónomos, donde gran parte de las reivindicaciones incluyeron implícita o explícitamente la futura (auto)gestión obrera del tejido productivo, de las fábricas y de todo el sistema económico, algunas asambleas de trabajadores afrontaron el cierre patronal y la crisis de finales de los setenta tomando el mando de sus empresas. Es precisamente este trayecto tan contradictorio y apasionante, lo que constituye el relato de Joaquín Jordá en sus dos películas *Numax presenta* y *Veinte años no es nada.* En estos dos trabajos se refleja la vida de una fábrica, *Numax,* que tras la crisis queda en manos de los trabajadores en régimen de autogestión. En la segunda película Jordá recoge la vida de algunas de las personas que vivieron aquel proceso, veinte años después. El hilo que

une la dos películas es la fiesta de despedida organizada por la plantilla cuando ellos mismos –un tiempo después de haberse hecho cargo de la empresa– deciden cerrarla. En ese momento los trabajadores y las trabajadoras de *Numax* se despiden ante la cámara, sus análisis tienen un fondo común, más allá de discutir sobre las formas de gestión de la fábrica, el enemigo a batir es el trabajo mismo, el propio sistema productivo. En palabras de una de las trabajadoras: «Lo que tengo claro es que no quiero volver a trabajar nunca».

Veinte años después, los trabajadores y trabajadoras de Numax lejos de volver a la fábrica han buscado trabajos que les reportan mayor autonomía e independencia. Entre las experiencias retratadas en *Veinte años no es nada* aparecen trabajadores que se han retirado al campo, algunos que han acabado como trabajadores y trabajadoras autónomos o informales, e incluso actuando fuera de la ley como atracadores «a tiempo parcial». En prácticamente todos los casos, la salida de *Numax* supuso el final del trabajo fabril, la vuelta a los estudios y la búsqueda de formas de vida que les permitieran sobrevivir de un modo más creativo y en consonancia con sus expectativas vitales.

Efectivamente, la caída de las tasas de beneficio y la crisis de productividad, las dos variables económicas más citadas para explicar la crisis mundial abierta en 1973, tuvieron mucho que ver con esta recomposición subjetiva de la clase obrera y con lo que podríamos llamar como la nueva «economía moral» de una parte significativa –la más joven– de las clases trabajadoras. Tan osados y valientes fueron algunos sectores del movimiento obrero, tanto creyeron en su proyecto autogestionario que incluso –como muestra Jordá– se atrevieron a desafiar la caída del tejido industrial. Un desplome que se tradujo en masivos expedientes de crisis y de regulación de empleo que fueron contrarrestados con la autogestión de esas mismas fábricas abandonadas a su suerte por los propios patrones. Factorías como la de Numax o CYFISA[24] son sólo algunos ejemplos, dos casos en los que la plantilla fue más allá de la ocupación de la fábrica como medio de protesta y se convirtió en un ensayo de control obrero de la producción.[25]

---

24 Una de las fábricas autogestionadas más famosas debido a la radicalidad de la experiencia autogestionaria. Calor y Frío Industrial S.A. CYFISA, radicada en Burgos, fue efectivamente ocupada por sus antiguos trabajadores en 1978 con el fin de superar el expediente de crisis. La experiencia duró unos pocos años.

25 I. García-Perrote Escartín, *La huelga con ocupación de lugar de trabajo,* Madrid, Akal, 1981, p. 37.

En definitiva, la década de los setenta apuntaba ya su final y la sensación de que la ola de conflictos obreros tocaba a su fin hizo aflorar los sentimientos de cambio de ciclo, agudizando el sentido de la supervivencia. La fábrica, la cadena de montaje, la condena del trabajo se habían hecho soportables sólo por la posibilidad de la política, y del denso y rico mundo de sentido asociado a la militancia. Acabado ya el ciclo central de huelgas, el trabajo volvía a mostrarse al desnudo, con toda su crudeza. Y con toda su crudeza se presentaba también el rechazo del mismo. Sin la posibilidad de desarrollar una militancia similar a la vivida en los últimos años del Franquismo, y con el retraimiento de las luchas ante la nueva ofensiva pactada entre sindicatos mayoritarios, patronal y gobierno, la fábrica y el trabajo se hicieron insoportables. Escaparse, ahora más que nunca, adquirió el tacto de un aire de supervivencia. Esta misma necesidad de búsqueda fue también la que dio el impulso definitivo para el florecimiento de la contracultura hispánica. Más allá de las reivindicaciones se impulsó la insubordinación en otros aspectos de la vida cotidiana, y con ella todo un nuevo campo de referencias teóricas. Las lecturas de los grupos situacionistas europeos, de los movimientos contraculturales de todo «Occidente» y la necesidad de un giro estratégico eran más propicios y adecuados en relación con estos nuevos territorios de conflicto. De este modo, se superaba la vieja centralidad obrera como sujeto protagonista de las luchas. Por otro lado, se articulaba el discurso contra el sistema desde ópticas diversas, como la impresa por las feministas, los ecologistas y las luchas contra las instituciones disciplinarias. Se trazaron así las líneas de renovación de la agitación social más allá de un movimiento obrero que en 1977 daba ya claras señales de fatiga.

La subcultura obrera, referente y vanguardia hasta la mitad de la década de los setenta, daba paso a nuevas formas de expresión política. Formas que se habían ido incubando durante más de una década y que ahora se estaban consolidando en espectros tan diferentes como las luchas por el aborto libre y gratuito, el movimiento antinuclear o las luchas anticarcelarias, pero también en toda clase de medios de expresión y de experimentación estética. En lo que sigue analizaremos el nacimiento de estas otras formas de expresión social, política y cultural que se fueron abriendo paso desde mediados de los setenta en el viejo mundo del obrerismo y de los movimientos de la izquierda antifranquista.

Underground y contracultura: formas y tendencias de la autonomía social

> Los aullidos de Ginsberg, el fermento hippie de Haight-Ashbury, la charanga de las elecciones norteamericanas de 1968, cuando en la convención de Chicago se eligió como presidente a un cerdo, los miles de comuneros que iniciaron un peregrinaje hacia la nueva tierra prometida: místicos, vagabundos, obreros alternativos, nuevos campesinos, artesanos, cooperativistas, militantes de extrema izquierda. Todos con la esperanza de «lo posible», de lo «realizable», dejando atrás la seguridad económica de un empleo en el rol ciudadano. Algún que otro marginado, algún proletario no reformado, pero en general un nuevo tipo revolucionario, practicando o intentando abrirse camino por las difíciles laderas de una revolución desconocida y sin teorizar,
>
> *Marx ha muerto: Viva la anarquía.*[26]

Hacer una repaso de las formas y tendencias de la contracultura, de la autonomía social resultaría prácticamente imposible. Aunque podemos esbozar una ubicación de sus recorridos en un doble panorama de intervención. De un lado podemos señalar los *espacios libertarios* o de la *autonomía social*, es decir, aquellos vinculados a las luchas antiinstitucionales desde un plano más organizado: marginación social, ecologismo, feminismo, antipsiquiatría y movimiento homosexual, que en muchos casos conservaron y reprodujeron gran parte de los debates de la extrema izquierda o, por decirlo así, de los movimientos netamente reivindicativos y políticos. Y de otro lado, encontraríamos, aunque en constante mezcla, el *espacio libertatario* o de la *autonomía creativa,* o lo que es lo mismo las expresiones de autonomía nacidas en el teatro, el cómic, la literatura o el cine. Esta división, más didáctica que real, nos sirve para entender las dos dimensiones del proceso contracultural. Una de orden más político, de gestión radical de todos los aspectos de la vida por parte del magma vivo de lo social, y una segunda dimensión que atendía más a la fluidez creadora que acompañó y definió a los movimientos de los años setenta en todos los frentes de la creación cultural.

Parque Güell, 22 de julio de 1977, cientos de miles de personas se congregan en torno al espacio en el que se celebran las Jornadas Libertarias Internacionales. Gentes llegadas de toda Europa y de todo

---

26 P. Ribas, *De que van las comunas*, Madrid, La Piqueta, 1980, p. 15.

el Estado se encuentran en Barcelona entre los días 22 y 27 de julio para exponer y proponer nuevas formas de acción e intervención política. La CNT de Cataluña y la revista *Ajoblanco*, principales promotores del evento vieron superadas todas sus expectativas. Se reúnen todas las formas de expresión alternativas del momento, desde las más vinculadas a las luchas obreras hasta las más culturales: teatro, cómic, cine y música, pasando por grupos ecologistas, feministas y homosexuales que también se habían dado cita en los encuentros.

Estaba naciendo un nuevo espacio de crítica y de lucha, que arrancaba de las bases del underground. Este sentido cultural de las luchas, a través de la relectura cotidiana de los tiempos, tuvo en ciertas revistas algunas de sus experiencias más acabadas. Cabeceras como *BICICLETA*, *Star* y *Ajoblanco* se presentaron como puntos de referencia y nuevas coordenadas de grupos e individuos de toda índole. Junto a estas revistas, con un perfil más general, aunque cada cual mantuviera su punto de vista específico (anarquista o contracultural, gráfica o textual), nacieron otras muchas vinculadas a aspectos especializados de las luchas, esto es, publicaciones que, de manera temática, cubrieron las necesidades de movimientos emergentes. Así, por ejemplo, *Primer Acto* y *Pipirijaina* para la formulación del teatro independiente y underground; *Vindicación feminista* y *Xiana* para el feminismo radical; o *Alfalfa* y *El Ecologista* para el movimiento verde alternativo, por citar sólo algunos ejemplos.

Todavía no se ha valorado con suficiente profundidad el papel de las revistas en estos momentos de transformación. Sólo atendiendo sus tiradas, que en el caso de *Star*, *BICICLETA* y *Ajoblanco* iban de los 30.000 ejemplares de la primera a los 70.000 de la última, se puede suponer su fuerte incidencia. Las revistas, a falta de medios más directos, como fueron a principios de los ochenta las radios libres, se convirtieron en factor de coordinación de toda una nueva generación de freaks, grifotas, undergrounds, hippies y contaculturetas. Y efectivamente, cada una de estas revistas tenía una amplia sección de contactos, que servía de intercambio y coordinación para la puesta en funcionamiento de comunas urbanas y rurales. De hecho, las revistas sirvieron para que se formaran multitud de comunas en todo el Estado, e incluso que se diera curso a algunas federaciones, como la que se desarrolló en Madrid con sede en el Ateneo Libertario de Prosperidad.

Las secciones de contactos también sirvieron para dotar de transversalidad territorial al movimiento. Miles de personas rompieron el aislamiento urbano, y por supuesto rural, al ponerse en contacto con gente

de inquietudes similares en diferentes zonas del Estado. La descentralización, las formas subterráneas de hacer llegar la información y la novedad de estas ideas requirió de un profundo esfuerzo de comunicación y de búsqueda de referencias que estos *equipos editoriales* cumplieron, tanto con las revistas como también con la edición de libros. Pues de la mano de estas revistas nacieron editoriales que importaron otras miradas y puntos de vista sobre el mundo. Star Books y Editorial Campo Abierto, asociada a *BICICLETA*, son sólo dos ejemplos de este giro editorial. Con textos sobre marginalidad social, homosexualidad, ecologismo o psicodelia empezaron a ofrecer un cierto cuerpo escrito a las intuiciones del momento.[27] La contracultura hispana encontraba así un lugar de socialización y expresión, y se convertía a su vez en un referente social fácilmente reconocible. Librerías, ateneos libertarios, comunas, universidades, plazas y bares de todo pelaje se convirtieron en las nuevas sedes de un movimiento impregnado por la pasión de experimentar.

Conceptos como la autogestión y la autoorganización se trasvasaron de unos ámbitos a otros. Las máximas del cómic underground: autoedición, distribución directa fuera de circuitos comerciales y sin censura, se encontraron en lugares tan diversos como las obras de teatro *Castañuela 70*, en el *Don Juan Tenorio* de la Asamblea de Actors i Directors de Catalunya o en los Tebeos de *El Rrollo Enmascarado*. Ansias de independencia e indisciplina que corrieron como la pólvora en el teatro underground. Grupos como Tábano, Los Goliardos, Els Joglars o el Gayo Vallecano, comenzaron a romper el cerco censor. Y de hecho, universidades, colegios mayores, festivales independientes, fábricas o asociaciones barriales fueron los lugares en los que el teatro underground encontró sus mejores escenarios. Presentaciones escénicas como la de *Castañuela 70*, un esfuerzo de creación y autoría colectiva o la representación de *Antígona* por parte de *La Cuadra* con música en directo de *Smash*, un auténtico alegato contra toda tiranía y todo poder, fueron tan pronto como 1970 la antesala de las experiencias más acabadas de este proceso tan singular de creación grupal.

Más adelante, la ocupación del Saló Diana en Barcelona por parte de la Asamblea de Actors i Directors, la apropiación de la escena del teatro griego «El Grec» y la autoorganización de casi dos temporadas

---

27 En este mismo espectro no podemos olvidar otras muchas editoriales como Tusquets (colección Acracia), Kairós o, muy especialmente Anagrama que desde un planteamiento empresarial hicieron accesibles títulos de referencia en casi todos los campos de experimentación.

de teatro independiente en el año 1976, supusieron los hitos más destacados del crecimiento teatral de la época. Una evolución que tuvo su momento de eclosión mediática con la censura y posterior procesamiento, en 1978, de *Els Joglars* por la obra *La Torna*, que marcó el último hito de un proceso creativo sin precedentes. Curiosamente, al mismo tiempo que el teatro hispano luchaba por su supervivencia, en Estados Unidos el *Spanish Underground Drama,* contaba con cerca de diez compañías teatrales que representaban sólo obras creadas por autores hispanos. En el abanico que recorre autores tan dispares como Luis Riaza, Francisco Nieva, José María Rodríguez Méndez o Alfonso Sastre encontramos las esencias del teatro como lugar de ruptura de las convenciones sociales y como escenario de agitación política.[28]

El teatro vino a abrir, por lo tanto, un canal de expresión de las nuevas problemáticas sociales y a cubrir un territorio que había sido vetado para las clases populares. Las actuaciones callejeras, el espectáculo de corte carnavalesco y la feroz crítica a las clases burguesas y aristocráticas, además del realismo social se alternaron, en todos los formatos dramáticos desde el teatro de cámara hasta las apuestas más renovadoras, en un esfuerzo por acercar el teatro a la clase obrera y a la vez que se acompañaba de los espacios de disidencia y de crítica social.

Sea como fuere, tanto el teatro como las revistas, el cómic o la música no hicieron más que presentar un fiel reflejo de una profunda transformación social que estaba tomando cuerpo. La cuestión de clase, elemento privilegiado hasta ese momento en los discursos políticos se vio acompañada desde entonces por nuevos discursos disidentes que estaban abriendo no sólo campos novedosos de crítica a la sociedad franquista y capitalista, sino que también arrancaba con movimientos específicos que hasta ese momento no habían sido tratados más que como mero acompañamiento y comparsa de la izquierda organizada.

Como ya hemos señalado fueron las temáticas relacionadas con el nacimiento del movimiento feminista y las luchas en torno a la sexualidad donde se abrió la crisis de los modelos tradicionales articulados en torno a la lucha de clases y el sujeto obrero como actor privilegiado del devenir político. Cuestiones como el aborto, la homosexualidad, la crítica a la familia, el divorcio o las luchas de mujeres abrieron algunos

---

28 A. Miralles, *Nuevo teatro español: una alternativa social*, Madrid, Villalar, 1977.

de esos campos de batalla que permitieron la aparición de otros protagonistas en el combate contra las formas de dominación articuladas bajo el Franquismo y la Transición democrática.

En el caso barcelonés, personajes como la Ocaña, Nazario o sus compañeros Camilo y Alejandro –entre otras– abrieron brecha a pie de calle en un nuevo frente, el homosexual. Un movimiento homosexual que tuvo su primer hito histórico en el agitado Nueva York de 1969 en torno a los sucesos de Stonewall.[29] La revuelta asociada a este bar neoyorkino significó efectivamente la proyección global de las luchas homosexuales contra el apartheid sexual y la homofobia, encontrando también en la atmósfera hispana un amplio eco.

Unos pocos meses después de aquellos sucesos, se promulgaba en España la Ley de Peligrosidad Social que criminalizaba las prácticas homosexuales. Un escalón más en la persecución que la población gay-lesbiana había sufrido históricamente. Pero esta vez el underground rosa supo articular una respuesta.[30] Ese mismo año nacieron los primeros grupos de homosexuales. AGHOIS (Agrupación Homosexual para la Igualdad Sexual) fue el primero en aparecer, pero rápidamente surgirían otros con nombres como MERCURIO en Madrid y los Frentes de Liberación Gay de Cataluña, Castilla, Islas Baleares y País Valenciano, así como el contundente Frente Homosexual de Acción Revolucionaria. Grupos que se encontraron con el rechazo no sólo de la Dictadura, sino también de la oposición oficial tanto moderada como radical que consideró sus reivindicaciones –y de acuerdo con las posturas más «benevolentes»– como propuestas políticas de segunda fila, frente a los grandes temas de la agenda política. Peor aún, como delirios de la pequeña burguesía, entendiendo la homosexualidad como un vicio que desviaba la atención de los verdaderos intereses de la clase obrera.

---

29 Stonewall se considera la primera revuelta del orgullo gay-lesbiano-trans, un momento histórico en el que drag queens, locas, lesbianas y chulazos de toda índole, acostumbradas al insulto y al reproche, decidieron romper el cerco de la redada policial que rodeaba uno de sus templos nocturnos: el Stonewall. Por primera vez los abusos, las vejaciones, los insultos y las detenciones masivas tuvieron respuesta. Aquella noche se formaron los primeros disturbios por los derechos de homosexuales y lesbianas, naciendo así el día del orgullo.

30 M, Soriano Gil, *La marginación homosexual en la España de la Transición*, Madrid, Egales, 2004.

La primera manifestación homosexual celebrada en 1977 no contó así con el apoyo real de las diferentes familias de la izquierda. A excepción de algunos grupos libertarios, la CNT y la Liga Comunista Revolucionaria, ninguna otra organización se implicó en las coordinadoras de marginados que pedían la derogación de la Ley de Peligrosidad Social de 1970.

Igualmente las mujeres seguían siendo excluidas tanto por la Ley de Peligrosidad como por otras de rango mayor como el código civil o el código penal, un cuerpo legislativo en el que la mujer quedaba invariablemente en situación de minoría de edad. Cuestiones como el aborto, el divorcio, el «adulterio» o la libertad sexual estaban duramente perseguidas por la ley. Las Jornadas Catalanas de la Mujer celebrada en marzo de 1976 o los diferentes juicios a mujeres abortistas como los producidos en Bilbao en 1982, fueron quizás dos de los hitos más importantes de la lucha feminista en los años de la Transición.

Pero quizás el caso de mayor dimensión mediática, dentro del campo de las luchas feministas de aquellos años, fue el de María Ángeles Muñoz, una mujer de Sant Adriá del Besos.[31] María Ángeles fue denunciada por su marido en 1976 por cometer adulterio. El marido, que había abandonado a sus dos hijas, y hacía varios años que vivía en Palma de Mallorca trató de usar la penalización del adulterio femenino para llevarse a sus dos niñas. Lo vergonzoso del caso y la acumulación de situaciones similares en distintos puntos del Estado hicieron saltar las protestas, con importantes movilizaciones feministas que desarrollaron un amplio trabajo legal de defensa jurídica de la acusada y de lucha por la eliminación de las leyes discriminatorias existentes en el Código Civil y en el Código Penal. Bajo el lema «Yo también soy adúltera» miles de mujeres se manifestaron con María Ángeles Muñoz, que un año más tarde logró que su marido retirase la demanda.

De la misma manera que el desfase generacional y el antagonismo contracultural desmontaron los viejos aparatos organizativos de la izquierda clásica, la cuestión de género, puso en crisis el corazón del discurso de clase. La lucha de las mujeres, el discurso feminista y la cuestión homosexual situaban en el centro de la política a personas que distaban mucho de ser la imagen del «obrero (varón) disciplinado y bien organizado», que

---

31 M. A. Larrumbe, *Las que dijeron no. Palabra y acción del feminismo en la Transición,* Zaragoza, PAZ-EAZ, 2004.

de uno y otro modo la gran mayoría de la extrema izquierda seguía teniendo como sujeto esencial de las revoluciones venideras.[32] Efectivamente, en la puesta en práctica de las experiencias feministas el concepto de trabajo estalla con la visibilización de todas aquellas mujeres que trabajan en el sector doméstico o en la producción textil a domicilio, además de las labores del hogar. Un conjunto de actividades que no había sido reconocido en los análisis clásicos sobre el trabajo. En otras palabras el sesgo de género dejaba fuera del programa reivindicativo, basado en la centralidad obrera, a cientos de miles de trabajadoras que desde sus casas desarrollaban una labor central a la hora de hacer funcionar la maquinaria productiva.

No es casual, por lo tanto, que en esta atmósfera comenzaran a formarse organizaciones de mujeres de nuevo cuño que pretendían escapar de las dicotomías de la tópica obrerista. Así, Mujeres Libres, LAMAR (Liga Antipatriarcal de Mujeres Antiautoritarias y Revolucionarias), el Frente de la Liberación de la Mujer o la revista *Vindicación Feminista*, que defendieron las posturas de un movimiento feminista y de mujeres autónomo. Un movimiento nuevo que se volcó en apoyar y en promover las luchas protagonizadas por mujeres.[33]

De hecho, el movimiento feminista y las experiencias de autoorganización de las mujeres llegaron a permear al movimiento obrero, dotándolo de nuevos contenidos y de un sentido específico, al menos en aquellos conflictos en los que la participación femenina fue significativa. Un buen ejemplo es la lucha de las mujeres de Roca, que se presentaron como un grupo de presión determinante en la huelga histórica que protagonizó la factoría de Gavá. El Poblado de Roca construido al lado de la fábrica y que fue organizado por las mujeres, se mostró como un caso ejemplar de lucha por la dignidad y la autonomía.[34] También en otros conflictos se puede observar la importancia del factor de género como elemento determinante y diferenciador de las tradiciones de lucha de fábrica. Es el caso de la factoría de INDUYCO en Madrid,[35] una importante fábrica textil en la que las trabajadoras fueron protagonistas de una huelga singular cargada

---

32 Para hacer un acercamiento a estas cuestiones se puede recurrir al texto de B. Weinbaum, *El curioso noviazgo entre feminismo y socialismo*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

33 En la época estos debates surgieron con fuerza, podemos señalar las obras de VV.AA., *Primeras jornadas de la mujer trabajadora,* Madrid, Akal, 1977; M. Bayón y G. Lázaro, *Empleadas del hogar: trabajadoras de tercera clase,* Madrid, Zyx, 1976.

34 Mujeres de Roca, *Hablan las Mujeres de Roca*, Barcelona, Mujeres Libres, 1977.

35 Trabajadoras de Induyco, *Trabajadoras de Induyco cuentan su huelga*, Madrid, Mujeres Libres, 1977.

de novedosos tintes feministas. En ella se volcaron todas las organizaciones de mujeres y tuvo una especial relevancia el debate de género. No podía ser de otra manera en una lucha en la que las mujeres en rebeldía además de ser reprimidas «porra en mano» fueron *puestas a disposición de los psicólogos*. Las condiciones bestiales en relación con los salarios, los horarios y condiciones de salubridad de la empresa (marcadas por El Corte Inglés) eran acompañadas por el acoso sexual de los encargados y los informes de los psicólogos, un factor impensable en el caso de trabajadores varones. Unas condiciones que indudablemente imprimieron un carácter distinto a los objetivos de la huelga.

Se trata sólo de algunos ejemplos del papel de las mujeres en el movimiento obrero. Sin embargo la presencia del nuevo movimiento feminista únicamente es comprensible si se la sitúa en el marco de otras reivindicaciones. El ecologismo, las luchas de homosexuales y de presos sociales o la aparición de formas de vida heterogéneas que trataban de descomponer en lo más cotidiano las pautas de comportamiento aprendidas de la Dictadura se alzaron como uno de los factores que hicieron paulatinamente ingobernable el régimen franquista y que protagonizaron las mejores experiencias de lucha en los años siguientes.

En este contexto de ingobernabilidad y de crecimiento exponencial de los conflictos, sólo un radical esfuerzo de recomposición económica y política, además de la aplicación de una nueva batería de dispositivos de control en forma de crisis económica, podría lograr reconducir una situación que tendía a desbordar los márgenes del consenso parlamentarista.

Derrota, desencanto y punk: la Transición hacia ninguna parte

> Perdida la esperanza, perdida la ilusión,/ Los problemas continúan sin hallarse solución./ Nuestras vidas se consumen, el cerebro se destruye,/ Nuestros cuerpos caen rendidos como una maldición./ El pasado ha pasado y por él nada hay que hacer./ El presente es un fracaso y el futuro no se ve./ La mentira es la que manda, la que causa sensación,/ la verdad es aburrida, puta frustración./ Prefiero morir como un cobarde/ que vivir cobardemente./ Nuestras vidas se consumen, el cerebro se destruye, nuestros cuerpos caen rendidos como una maldición./ El terror causando hábito, miedo a morir./ Ya estáis muertos, ya estáis muertos….
>
> Eskorbuto, «Cerebros destruidos», 1986.[36]

---

36 Véase también D. Cerdán, *Eskorbuto: Historia Triste*, Madrid, ediciones Marcianas, 2001.

Hasta el año 1977-1978, Felipe González y los socialistas andaluces todavía mantenían ciertos lazos con algunos de sus amigos del mundo underground. Es cierto que habían aprendiendo mucho de las formas de la contracultura andaluza, no en vano algunos de ellos estuvieron en sus mejores grupos de teatro y en sus círculos de discusión. Pero la farsa se hizo insostenible a partir del año 1977. Julio Matito, líder espiritual del grupo *Smash* rompió relaciones con Felipe González. En ese mismo año, coincidiendo con las elecciones y con operaciones políticas de altos vuelos, se percató de lo que toda la extrema izquierda y, en especial los grupos autónomos y libertarios, ya sabían desde hacía mucho tiempo atrás. La política iba a ser dirigida desde arriba, desde las sedes de los partidos y los restaurantes de las élites económicas. El proceso de sustitución de élites había comenzado y no quedarían huecos para *devaneos utópicos ni revoluciones pedientes*.

Sin duda, el aviso más serio lo recibió la CNT de Cataluña. El 15 de enero de 1978, gracias a un atentado decidido por un sector de la clase política y preparado por el infiltrado policial Joaquín Gambín, se prendió fuego a la sala Scala, justo después de una manifestación de CNT. Son muchos los detalles oscuros que rodean este hecho, pero el resultado de cuatro muertos en un local en el que la mayoría de los trabajadores eran afiliados a CNT fue un golpe casi definitivo a las ya debilitadas estructuras anarcosindicalistas. Las desafiliaciones masivas por el miedo generado en los medios de comunicación –que señalaban a la CNT como una organización terrorista– hicieron que se desmoronase la última apuesta de convergencia entre los grupos de autonomía obrera, los anarcosindicalistas y los sindicalistas revolucionarios, siempre con el propósito de mantener un campo de batalla abierto dentro del proceso de Pacto Social. Sólo la huelga de gasolineras de 1978 trató de levantar un frente de lucha activo y sólido, pero nunca más se recuperaron los 70.000 afiliados que CNT llegó a tener en Cataluña durante 1977.

El movimiento obrero asambleario quedó entonces desmembrado y relegado a pequeñas plataformas, coordinadoras o sindicatos que mantuvieron posiciones aisladas, aunque en algunos casos fuertes en diferentes sectores y empresas. Los expedientes de regulación, la crisis de finales de los setenta y la reconversión industrial emprendida por el gobierno socialista, en plena connivencia con los *grandes aparatos sindicales,* acabaron por arruinar las últimas oportunidades de formar un movimiento de lucha de matices autónomos.

El recorrido de la izquierda institucional –ya en labores de gobierno– condensado en los códigos del consenso del sindicalismo pactista fueron el marco institucional necesario para afrontar la crisis derivada de la reconversión política y económica. Pero mientras la locomotora del consenso avanzaba, la realidad social sufría un momento de profunda descomposición. Las cifras de paro,[37] especialmente el paro juvenil, y el sentimiento de que la democracia abría un periodo de institucionalización política, tuvo su reflejo en la muerte de la creatividad social vivida en los años anteriores.

En este ambiente decadentista, sólo una versión descafeinada de la contracultura y del underground podían triunfar. Caso ejemplar, La Movida madrileña, esperpéntica y glamurosa celebración de un movimiento que ya no estaba a la ofensiva, se encerraba en los patrones ensayados y ya sabidos del underground. Una Movida que sólo fue capaz de escandalizar a un Madrid que había dado la espalda a sus barrios infectados de heroína y de jóvenes en paro. En todo caso, los felices años ochenta que quisieron vender los alcaldes «progres» del PSOE por todo el Estado, adaptados a marchas forzadas a los tiempos del rock and roll, no lograron ocultar la amarga derrota que las nuevas generaciones de adolescentes tuvieron que experimentar en sus carnes.

A pesar de lo que pueda parecer, el justo epílogo al underground peninsular no lo sellaron los folklóricos contraculturales venidos a menos en el museo de la fama. En 1977, el grupo Triana, apuntando la debacle de modo visionario, publica «Hijos del Agobio (y del dolor)», un canto a los duros tiempos que estaban por llegar. Igualmente, en el Madrid de los ochenta, si bien Almodóvar o Alaska iniciaban una trayectoria pública que cada vez tenía menos que ver con los tiempos de la Prospe, del Ateneo Politécnico y el Ateneo Libertario, aparecían grupos de barrio menos sofisticados pero mucho más agresivos en sus letras y mucho más apegados a la desesperación cotidiana de las periferias.[38] En cualquier caso, fue en Euskadi donde surgió la mejor

---

37 El paro en 1976 era de 615.240 personas, mientras que en el año 1981 se llegaría a los 2.000.000, con especial reflejo en el paro juvenil que en ciertas zonas industriales en reconversión llegó a ser de empleo nulo, con cifras cercanas al 40 %.

38 El barrio de Prosperidad en Madrid fue la cuna de la contracultura libertaria, en sus calles estuvieron el Ateneo Politécnico y el Ateneo Libertario de Prosperidad, espacios de referencia para el movimiento de comunas, la elaboración de fanzines y sede del primer punk madrileño. Pocas calles más abajo se encontraba la sala Rock Ola mítica sala punk de Madrid, el CBGB del foro.

respuesta a los nuevos tiempos. Eskorbuto, por ejemplo, hizo aterrizar la ética punk, aquella que había contagiado a los hijos de clase obrera sumidos en la absoluta marginalidad social de toda Europa. Lejos de la estética *glam* de las tendencias netamente artísticas adoptadas en La Movida, los problemas sociales, la rabia y la frustración adoptaban formas de comunicación genuinas.

El punk rompió con los viejos paradigmas y escupió en el rostro de una generación de ascendencia contracultural y *sesentayochista* que comenzaba a sentarse, con todo el capital heredado de su pasado en los sillones del poder. La trascendental unión entre ética y estética del *underground* quedaba así traicionada. Los hijos del agobio resultaron atrapados entre el paro, el rechazo al trabajo y la falta de alternativas en los barrios más populares. La verdaderas coordenadas de los nuevos guetos de los ochenta no fueron las propuestas por *La Movida*, sino por el rock radical vasco (Eskorbuto, Polla Records o Cicatriz), el heavy metal (Obus y Barón Rojo), el rock barrial y marginal (Topo, Leño, Asfalto) y las mezclas flamencas con aires de heroína y cárcel (Bambino, Los Calis y Los Chunguitos).

No obstante, conviene detenerse algo más en el punk, ya que fue el movimiento que mejor se supo ubicar en el nuevo escenario de crisis. Por eso mismo, desde muy pronto el punk fue objeto de denigración y debate. En *Vibraciones*, revista oficial de tendencias musicales donde aparecía «todo lo más moderno», los punks fueron representados en algunos artículos como la escoria social, asesinos y violadores.[39] Una imagen que trató de usarse en repetidas ocasiones como punta de lanza para su criminalización. En el lado opuesto, la revista *Star* consideró, desde muy temprano, el «sentido político» que tenía el movimiento punk, y dio bastante espacio a grupos como Mortimer, La Banda Trapera del Río o Peligro. Se pretendía seguir la pista de un nuevo estilo de música marginal y radical que permitiese «sobrevivir psíquicamente» al mundo que se imponía.

Quizás baste con analizar brevemente la trayectoria de uno de estos grupos, La Banda Trapera del Río. La Trapera nació en 1978, el mismo año en el que Ramoncín firmó con la multinacional EMI. En sus filas estaba Morfi Grei un extrabajador de la Harry Walker, y todo el grupo provenía de Cornellá uno de los barrios más deprimidos de Barcelona. Su lema «las penas con punk son menos» fue toda una declaración de intenciones para

---

39 *Vibraciones*, núm. 37, octubre de 1977.

un grupo que puso ritmo a la crisis en la que vivió la juventud de finales de los setenta. El punk conformaba así un modelo de resistencia, quizás uno de los primeros intentos culturales por habitar la derrota y el desencanto, por sobrevivir a la crisis e imponer nuevas *maneras de vivir*, de *tirar palante* desde las cloacas del sistema y sin agachar la cabeza. El desencanto fue también una forma de afrontar la derrota, de poder vivir en la propia derrota.

No obstante, estos años distaron mucho de ser un periodo tranquilo y pacífico. Perdida la «lucha final», no dejaron de plantearse numerosas batallas aunque en su mayoría estuvieran bañadas de un nuevo tinte resistencialista. Los movimientos ecologistas fueron capaces de recomponerse; se organizaron también las primeras campañas exitosas de objeción de conciencia que más tarde darían lugar a la insumisión; aún entre 1979 y 1980 los movimientos estudiantiles vieron morir a tres compañeros suyos a manos de la policía en protestas contra las nuevas reformas universitarias. Tampoco fueron despreciables las luchas obreras de los centros neurálgicos del movimiento vasco, catalán y astuariano. En todos estos espacios el desencanto no impidió que se gestase todo un ciclo de pequeñas insurrecciones. Las viejas herramientas revolucionarias debían ser permutadas por otros utensilios de lucha, si la forma-partido y el sindicato habían entrado en crisis fue en gran medida por el lugar donde se había desplazado la política, pero también por las nuevas éticas de vida que hicieron reventar al sujeto obrero.

En cualquier caso, la nota dominante del periodo, especialmente en las generaciones más jóvenes, fue la desesperación y la quiebra de los horizontes vitales. Por eso es preciso terminar este artículo, de nuevo, refiriéndonos al *no future* del punk. El punk vino a despreciar a todos aquellos que abandonaron los proyectos revolucionarios y que trataron de educar a la juventud sobre la base de la crisis, el paro y la heroína. El punk añadió una feroz crítica de las culturas alternativas que a principios de los ochenta ya se habían convertido en pieza de museo. La *nueva ola* de los barrios populares de las grandes ciudades estuvo huérfana de referentes, no pudo atender a ninguna norma o institución, significó un momento crucial en la invención de nuevas culturas de supervivencia. El punk fue su mejor arma, y la heroína su peor enemiga. Como dijeron los Eskorbuto, en *Ratas de ciudad*, entre la crisis y el desencanto, estas nuevas generaciones abrazaron al mismo tiempo una nueva forma rebeldía y también la adicción a la heroína. Lo pagaron con la muerte de decenas de miles. Nos preguntamos por qué todavía nadie se ha lanzado a reabrir las fosas comunes donde yacen los cuerpos de estas víctimas de la democracia.

8. Subirse al tejado. Las revueltas de los presos sociales en la Transición

La Ciutat Invisible (Sants, 2007)

A mí de todos los lados me echaban,
menos de la cárcel, que me tuve que ir yo.

Treinta años atrás era un joven inquieto harto de tanta norma. Preso por rebeldía, por inconformismo y necesidad. Porque tras el hospicio y el reformatorio acabaría, más pronto que tarde, con sus huesos a la sombra de un penal. Veinte y pocos, sin familia, sin oficio ni beneficio. Desconfiado y despierto en medio del arrabal de aluvión en el que le tocó crecer. Y como él, otros tantos. Cientos, miles, jóvenes y no tanto, que purgaban las culpas de sus familias emigrantes, obreras, desarraigadas a las afueras de aquel Estado del bienestar de cartón piedra que algunos pretendieron (y pretenden) ver en la España del Seat 600.

Hoy podría ser un padre de familia discreto con una juventud intensa a sus espaldas, un trabajador como tantos otros que siempre lleva manga larga para evitar mostrar sus antebrazos llenos de cicatrices, de cortes. O puede que un usuario endémico de los servicios sociales de su ciudad, al no ser aceptado por el mercado de trabajo tras demasiados años de reclusión reinsertadora. Muy probablemente, sólo sea un nombre en una lápida. Otro muerto, por disparo de la policía, por sobredosis, suicidio o ajuste de cuentas. Una víctima más que empezó a cavar su fosa con la ayuda de muchos otros en aquellos años oscuros de la Transición española.[1] Sus experiencias

---

[1] Cuando escribimos estas líneas leemos con pesar que Eduard Pons Prades, víctima de la guerra, luchador por la libertad, historiador y maestro de periodistas, ha muerto. Una de sus obras *Los años oscuros de la Transición Española*, es un buen ejemplo de todo aquello que la versión oficial del proceso deja de lado. Este escrito es, en parte, deudor de su trabajo.

conforman la historia de los que a la muerte de Franco no tenían nada que perder y sí mucho que ganar. Aquellos presos comunes que ostentaron el triste honor de ser los últimos en abandonar las prisiones de la dictadura y los primeros en pisar las cárceles de la democracia.[2] Aquellos que, después de todo, con el cambio de nombre, de titular o de reglamento, ganaron muy poco y perdieron la esperanza.

El relato de sus vidas, de las acciones de protesta que les llevaron a subirse al tejado, no es un ejercicio de historia política, sino social. La suya no fue una opción definida, preestablecida, ni tampoco demasiado elaborada ideológicamente. Se trató más bien de una respuesta instintiva a una agresión continuada, al enésimo olvido. En algunos casos este rechazo a ser meros espectadores fructificó en experiencias políticas tan efímeras, pero brillantes, como la llama de una cerilla iluminando la negrura de una celda de castigo. Alientos de calor humano entre compañeros dispuestos a compartir las desventuras para lograr un preciado objetivo común. En otros, el fuego más que iluminar devastó todo lo que encontró a su paso. Y la política a penas se salvó de la deflagración que la explosión contestataria causó tras el imprudente almacenaje de material humano altamente sensible en esos polvorines al rojo vivo. Sin embargo, ambas facetas no son sino variantes de una misma experiencia: el sentimiento de marginación convertido en estandarte, las ansias de libertad, la voluntad de un cambio de sino en sus condenadas vidas. Éste es el origen de todo.

* * *

El Franquismo había sido, como bien dijo Marcos Ana, *una inmensa prisión*.[3] De presos políticos a los que el Nuevo Estado debía convertir en españoles de bien, una vez hubiesen redimido sus culpas (oponerse

---

2 Parafraseamos un título imprescindible sobre el fenómeno, la experiencia autobiográfica de Ramón Draper Miralles, *De las prisiones de Franco a las cárceles de la Democracia*, Barcelona, Argos Vergara, 1984.

3 Marcos Ana fue, a causa de sus casi veintitrés años pasados entre rejas, el preso decano del Penal de Burgos. Firme en sus convicciones, pese al larguísimo encierro que padeció, su actitud de rebeldía es un símbolo de entereza y coraje. Sus poemas están recogidos en diversas obras, pero es especialmente emocionante *Páginas de la prisión*, un número especial de la revista *MURO*, de circulación interna de los presos políticos de Burgos, publicado en París por el Comité d'Aide aux Victimes de la Répression Franquista en 1961. Un texto más explicativo es el de Manuel Azanar Soler, «Marcos Ana, un poeta en el Penal de Burgos», en C. Molinero; M Sala y J. Sobrequés (eds.), *Congrés. Els camps de concentració i el món Penitenciari a Espanya durant la guerra civil i el franquisme*, Barcelona, Museu d'Història de Catalunya - Crítica, 2003, pp. 522-544.

al régimen o, simplemente, disentir de la doctrina oficial) sobre la base de trabajo y sufrimiento; pero también de presos comunes a los que apartar de la sociedad debido a su conducta desviada. A estos últimos, ladrones de gallinas durante las primeras décadas, y de coches en los últimos años, por ejemplificar (caricaturizando) en estos elementos el tipo de delincuencia contra la propiedad que poblaba juzgados y cárceles, se les aplicó una normativa penal y penitenciaria tan dura como la de sus compañeros de reclusión política, restrictiva en derechos y generosa en castigos. La cárcel fue, para estos presos, el peaje forzoso que una vida marginal llevaba asociada. Un pudridero donde esperar el juicio, perpetuar la miseria y salir peor de como entraron.

Cuando con la muerte de Franco se abrió un interrogante sobre el futuro de España, entre los elementos que emergieron con más fuerza se situó la concesión de una amnistía. La reivindicación de la excarcelación de los presos políticos se encontraba entre las demandas de las organizaciones de oposición y de los movimientos sociales desde hacía bastantes años, pero fue a partir de entonces cuando resonó con más fuerza en las calles de todas las grandes ciudades del Estado. *¡Am-nis-tía!* gritaban, junto a otras consignas y eslóganes, los numerosos manifestantes que hicieron de aquel primer semestre de 1976 el periodo más conflictivo de todo el Franquismo. Y el clamor no pudo ser ignorado por más tiempo.[4] Cuando en el mes de julio, Adolfo Suárez, un político de carrera (nada proto-democrática, por cierto, al contrario de lo que últimamente se pretende hacer creer) fue encumbrado a la presidencia del gobierno, ésta fue una de las primeras medidas que dictó. La promulgación de un Real Decreto Ley abría las puertas a los encarcelados por motivos políticos no implicados en delitos de sangre. Una amnistía, al fin, pese a las restricciones («la amnistía con cuentagotas», tituló gráficamente un medio de oposición) que fue bien recibida por sus beneficiarios mientras no llegaba la medida definitiva. El reverso de la moneda, la cruz, la representaban los presos comunes: la mayoría invisible del sistema penitenciario a la que para nada afectaba esta concesión aperturista. Al día siguiente de que Suárez estampase su firma en el documento, un grupo de reclusos protagonizan un plante en demanda de atención pública a su causa. En

---

4 Tras la muerte de Franco, el Rey otorgó un indulto general para determinadas penas: un remedo a todas luces insuficiente y alejado de lo que una amnistía implicaba. Decreto 2940/75 de 25 de noviembre con motivo de la proclamación de S. M. Don Juan Carlos de Borbón como rey de España. (BOE 25 y 26 de noviembre.)

las pancartas hechas con jirones de sábana que los internos de la 7ª Galería de Carabanchel enarbolaban desde el tejado se podía leer: «Amnistía Total», «Indulto para los comunes», «Pedimos una oportunidad». En las prisiones de Córdoba, La Coruña y San Sebastián otros reclusos les imitan sin provocar incidentes. Se trata, pese a la modesta movilización de recursos y escasos logros a corto plazo, de la primera acción colectiva de protesta carcelaria, o más propiamente anticarcelaria, que reivindica abiertamente la concesión de una medida de libertad para todos los encarcelados. Una variación substancial respecto a anteriores actos de protesta intramuros, influida, sin duda, por la coyuntura política que se vive, y que abre la caja de los truenos de las protestas de los presos comunes en la Transición.

El acto no obtuvo respuesta más allá del silencio y la dispersión, y fueron muy pocos los que al otro lado de las cancelas les mostraron su apoyo. Pese a todo, algunos meses después unos cuantos de los participantes en el episodio madrileño empezaron a discutir la necesidad de formar un grupo estable para encabezar la defensa de sus derechos. Si los que hasta entonces habían sido sus compañeros de reclusión por motivos políticos estaban siendo liberados en virtud de la nueva etapa que se abría, ellos, que habían delinquido por sus condicionantes económicos y sociales y habían sido encarcelados de acuerdo a leyes igualmente antidemocráticas («¿acaso no es la Sociedad que los "hace" delincuentes que los germina y los incuba, para luego abandonarlos como a un feto?» reflexionaba un boletín afín a mediados de 1976),[5] también pedían una nueva oportunidad. Ésta fue la primera y más sólida reivindicación de la que más tarde se conocería como Coordinadora de Presos en Lucha.

La COPEL es creada, por lo tanto, en la más absoluta clandestinidad por un reducidísimo grupo de presos acusados de delitos comunes, que han conseguido dotarse de una nueva conciencia que presenta ciertos matices políticos. «Somos conscientes –afirman– de que nuestra lucha, debe salir a la calle como una "Lucha Social", contra la Injusticia manifiesta, de un Régimen brutal, que ha creado las bases socio-económicas, de la desigualdad contra la que nos rebelamos, y que ha institucionalizado la represión como forma de Gobierno, sobre los

---

5 E. Z., «El preso común toma conciencia de su situación carcelaria», *¡¡Quienes no han tenido jamás el "derecho" a la(s) palabra(s), la(s) toman ya!!*, núm. 1, noviembre 1976.

Pueblos y Hombres de España».[6] Un informe realizado a posteriori sobre el origen de las protestas en Barcelona define este cambio como «una toma de conciencia de la dignidad humana que subsiste en cada recluso, un descubrimiento de los orígenes socio-económicos de una gran parte de sus hechos delictivos, y un concepto muy asumido del hecho de la marginación social de la vida carcelaria y del ex preso, en el momento de recobrar la libertad».[7] No aceptan seguir siendo presos comunes, se consideran presos sociales.

La profunda reflexión que antecede a este posicionamiento no se había producido a raíz, exclusivamente, del último motín. A partir de un momento indeterminado en la biografía de cada uno de ellos se empezó a gestar un cambio de perspectiva sobre su condición y su entorno. Para algunos, las relaciones con determinados presos políticos, jóvenes estudiantes o «hippies» desmadrados que pagaban con cárcel su disentimiento de las buenas costumbres, fue la clave. El préstamo de libros, los debates en grupo, la largas charlas sobre *¿qué hacer?* fueron una buena escuela para aquellos presos más despiertos, mejor capacitados gracias a su formación, o más necesitados de un asidero mental al que agarrarse para no sucumbir ante la degradación que el encierro conlleva. Además de estudiantes y militantes políticos clandestinos, también algunos «chorizos» se beneficiaron de las enseñanzas que proporcionaba «la universidad» de la prisión. Fromm, Huxley, Burroughs, Marcuse o Freud constituyeron el sustento intelectual de un grupo de presos sociales, pequeño en número, pero muy importante por su implicación posterior en el desarrollo de las revueltas. Otras veces fue el mundo el que se abrió ante sus ojos a través del diario *Liberation* (convenientemente camuflado entre las tapas de un libro) o los retazos de *La horda de oro* que asolaba Italia que llegaban a nuestro país y evidenciaban como en otros países otros presos subían al tejado para protestar por su situación. En distintos lugares, por medios diversos, en momentos diferentes, unos cuantos presos lograron dar este paso. La marginación de la amnistía del verano anterior había sido sólo la gota que colma el vaso de la paciencia. Se acabaron las «peticiones respetuosas» a «Su Majestad Don Juan Carlos I Rey de España, por la Gracia de Dios». A finales de 1976 un «Programa de Reformas» diagnosticaba

6 «Manifiesto reivindicativo de los presos sociales».

7 *El País*, 15 febrero 1978, p. 21.

con precisión los males del sistema penitenciario y proponía alternativas. Apenas dos meses después, en febrero de 1977, ya no quedaba rastro de las súplicas en favor de una gracia por el año santo jacobeo,[8] el objetivo estaba claro:

> Reivindica[r] la libertad de todos los presos sin excepciones, […] la puesta a punto de un Código Penal en el ámbito europeo, reforma del sistema penitenciario dejando de ser represivo para convertirse en educativo, la abolición de los Juzgados Especiales y de Peligrosidad Social, la reforma del aparato represivo, cuerpo general de policía, y guardia civil, por considerar, que éstas son las principales puntas de látigo con que castigan los oligarcas al humilde trabajador que está harto de ser robado y estafado y que se rebela contra el opresor usando los únicos medios que una sociedad alienante nos ha enseñado.[9]

En aquel momento la influencia de la misteriosa e inédita organización no alcanza más allá de unas pocas galerías, aunque sus escasos miembros tengan la aspiración de convertir a la COPEL en la representante de todos los presos del Estado. No se definen al lado de ningún grupo político, de los que recelan y se muestran partidarios de una ruptura con el ordenamiento legal vigente. Cuando todavía estaba fresca la tinta de los primeros comunicados, su participación en diversas acciones de protesta hacen visible las siglas entre el resto de presos de la cárcel, pero también a los ojos de la dirección que intentará anular la acción del grupo por todos los medios. A partir de ese momento su funcionamiento asambleario ya no se librará nunca de ciertas particularidades asociadas al medio cerrado: la acción de chivatos, el aislamiento de sus miembros más destacados, la contaminación informativa practicada por las autoridades,[10] y la enorme disparidad de perfiles de personas que a medida que se sucedan los acontecimientos se sumarán a las acciones. Y esto sólo son algunas de sus características.

---

8 Este argumento se encuentra entre otros pretextos muy del estilo de los usados durante el Franquismo, como el nacimiento del príncipe heredero, en una carta colectiva firmada por un grupo de presos: *A Su Majestad El Rey*, Madrid, 26 de agosto de 1976.

9 *A la opinión pública: el dilema de los derechos humanos en España*, Carabanchel [finales de febrero] 1977.

10 Un ejemplo: «Cuatrocientos comunes de Carabanchel piden la desarticulación de bandas extorsionistas», *Informaciones*, 26 de febrero de 1977, p. 7.

Durante los próximos meses la Coordinadora se extiende furtivamente a un buen número de cárceles y, lo que es tan importante o más, logra el conocimiento público de su existencia gracias a la difusión que le proporcionan los medios de comunicación.

> COMPAÑEROS: la lucha en las prisiones no se ha paralizado, al contrario. Hoy COPEL está extendida a BURGOS, BARCELONA, OCAÑA, ZAMORA, CARTAGENA, CORDOBA, PUERTO DE SANTA MARÍA, ALICANTE, continúa en Madrid CARABANCHEL y HOSPITAL. La solidaridad y la unión es total, viviendo en régimen de comuna, sin que los secuestros, torturas, privaciones y amenazas hagan mella en nuestra fortaleza. Son los últimos coletazos de la «marea verde» franquista.
>
> COPEL hace un llamamiento a todos los presos, ex presos, familiares y amigos y simpatizantes de los presos para intensificar nuestra unión y nuestra lucha. Pedimos justicia, el fin de la represión y el terror, el fin de nuestra explotación. COPEL es consciente de la base política de nuestra lucha, pero mantiene su independencia de cualquier grupo político, solidarizándose con todas las organizaciones que tiendan a la justicia social y el fin de la represión de los marginados como objetivo fundamental de su lucha, porque ésta es la nuestra.
>
> – Amnistía general sin exclusiones.
> – Libertades políticas, sindicales y ciudadanas.
> – Reforma de las leyes penales favorecedoras solo del poderoso.
> – Supresión de la ley de peligrosidad, auténtico chantaje al pueblo.
> – Verdaderos cauces de rehabilitación para el recluso.
> – Fin del terror en las prisiones.
> – Responsabilidades por las torturas y secuestros que seguimos padeciendo.
> – Fin de las farsas en los juicios, igualdad en la justicia distributiva.
> – Fin de la explotación del preso.
> – Supresión del reglamento de prisiones, que permite la tortura y el terror.
>
> Somos los presos que deseamos rehabilitarnos y no nos dejan, para mantener el negocio suculento que suponen las prisiones.
>
> Compañeros, ex presos, amigos solidaridad con COPEL.
> Apoyar la lucha de COPEL que es la de todos. […].[11]

---

11 «A todos los presos, ex presos, familiares y amigos de presos», 25 abril 1977.

Gracias a comunicados como éste, redactado en Madrid, la COPEL pasa del anonimato a las portadas, de las reuniones de unos pocos en una celda a centenares de reclusos encaramados a los tejados. A las denuncias de su situación en informes a la prensa se sumaran las huelgas de hambre, las autolesiones, la contestación pública de juicios y, finalmente a partir de julio, los grandes motines en las principales cárceles del país.

Pero el incremento de efectivos no es ordenado ni se asimila de la misma forma en cada centro. A medida que avanza el año ya no se puede hablar de una sola organización (si por tal nombre entendemos el grupo original) sino más bien de un nombre, unas siglas, que representan unas ideas con las que presos de diferentes cárceles se identifican, considerándose miembros de la Coordinadora allí donde estén, pese a no tener ni tan siquiera contacto directo con sus promotores. No hay carnés ni cargos de mando, todo lo más una rudimentaria comunicación entre centros a través de traslados, el correo y algunos abogados, siguiendo en algunos casos, y en otros no, unas pautas marcadas desde Carabanchel. Precisamente esta diversidad es la que dificulta elaborar un único perfil del preso «militante», o de la relación que se estableció entre ellos. En su lugar de origen, la pertenencia a COPEL significó no sólo el respaldo a una tabla reivindicativa, sino el establecimiento de una red de apoyo y respeto mutuo entre los presos como pocas veces antes se había visto entre reclusos de delito común:

> […] durante unos meses en la sexta galería de Carabanchel estuvimos conviviendo como cuarenta y tantos presos de la COPEL en régimen de comuna, o sea, compartíamos ¡todo! Todo lo que enviaba la familia, todas las pertenencias, el tabaco… se compraba todo colectivo… en fin, como sucedía en las comunas de los presos políticos.

De esta manera, consiguieron vencer el individualismo feroz que impera en el medio cerrado y la presión del grupo evitó que se reprodujeran los asaltos entre reclusos y las violaciones de menores, tan frecuentes entre presos carentes de ideología política. Durante unos meses consiguieron ser algo más que habitantes forzosos de un mismo espacio, se convirtieron en compañeros de lucha. Crearon, en definitiva, una nueva ética. Semejante unión no se dio en todas las prisiones donde hubo presos identificados con la COPEL. En Barcelona, por ejemplo, el segundo gran polo penitenciario de preventivos del Estado, las consignas llegaron pronto a través de un

traslado, pero la dinámica interna tuvo poco que ver con la observada en Madrid. En la Modelo no fueron los presos comunes los que tomaron la iniciativa durante la primavera, sino los miembros de organizaciones políticas de signo libertario y de extrema izquierda (FAI, CNT, FRAP, FAC, GRAPO…). Detenidos en los últimos meses, encabezaron las huelgas de hambre y el envío masivo de instancias a principios de junio, coincidiendo con la semana pro amnistía declarada en todo el Estado, y a la que se sumaron cerca de 400 presos, la mayoría sociales, en diferentes cárceles. Probablemente, estos jóvenes izquierdistas se sintieron cercanos a la lucha de COPEL por tratarse de una iniciativa rupturista, radical, que casaba bien con el posicionamiento ideológico antiautoritario que profesaban. Y vieron que, desde dentro, la lucha de los presos comunes era la más sólida alternativa a la perpetuación de su estado de marginación del espectro político en vías de legalización. Fueron ellos, pues, según parece, quienes incitaron a sus compañeros a la protesta. Lo que no excluye, por supuesto, la participación e incluso el liderazgo de presos sociales. Aquí no hubo comuna y, es más, cuando meses después se sitúen al frente de la COPEL «local» una mayoría de presos sociales caracterizados por su exaltación, los testimonios de los que vivieron esta situación hablan más de abusos y atropellos escudados en la fuerza de la organización, que de compañerismo y fraternidad. Lo que sucedió exactamente en cada una de la cincuentena de prisiones que había en España, en cada galería, es prácticamente imposible conocer: hubo lugares en los que se reprodujo la dinámica observada en Madrid, así lo recuerdan sus protagonistas, otros en los que la fuerza de las siglas sirvió de paraguas para el control tácito de la galería por parte de unos pocos. En todo caso, los logros no deben oscurecerse por efecto de las sombras, ni éstas se pueden obviar del todo, porque lo cierto es que no hubo experiencias monocolor.

El nacimiento y desarrollo de esta particular asociación de presos se produce, por lo tanto, en un contexto de enorme politización de la sociedad y en una fase de la transición en la que todavía había lugar para la esperanza entre aquellos que como los subidos a los tejados deseaban la ruptura total con el régimen anterior. La Ley para la Reforma Política, la legalización selectiva de siglas y la convocatoria de elecciones legislativas para junio de 1977 irán reduciendo el abanico de posibilidades a lo largo del mismo periodo que acabamos de ver;

encauzando la acción transitiva hacia lo que se ha denominado la ruptura pactada y, con todo ello, despreciando las esperanzas de que el deseado giro copernicano se produjese. Es por esto, por la negativa del Estado a asumir sus reivindicaciones, y ni tan siquiera plantear alternativas a la perpetuación de un sistema penitenciario plenamente anclado en la dictadura, que en aquel verano de 1977 las cárceles estallaron.

> Cuando preparamos el Motín del 18 de julio en Carabanchel, ya había gente en la rotonda encerrada, eran los que ellos creían que eran los más activos, no sabían, que había más gente.

En el 41 aniversario del funesto golpe de Estado franquista, comenzó otro punch de muy distinto signo que los medios titularán como la *Batalla de Carabanchel*. Preparado al detalle se trataba de hacer visible de una vez y de manera incontestable su existencia y sus demandas.

> Aquel motín lo preparamos no más de treinta personas, pero cuando los demás vieron lo que pasaba se sumaron en masa, muchos porque creían en ello, y otros por apuntarse al carro del desorden… fue como un estallido de rabia contenida, lo rompimos todo, quedó Carabanchel destrozada…

Además de Madrid, durante tres días lo secundaron centenares de reclusos de prácticamente todas las prisiones importantes del Estado: el Puerto de Santa María, Málaga, Zamora, Valencia, Valladolid, Almería y Oviedo, se sumaron el 19; y Palma de Mallorca, Sevilla, Burgos, Badajoz, Las Palmas de Gran Canaria, Granada, Barcelona y Yeserías, el 20. La existencia de un problema penitenciario, encarnado para unos en la COPEL, y para otros en las condiciones del sistema, fue desde ese momento innegable.

La *Batalla de Carabanchel,* un nombre nada exagerado si tenemos en cuenta que la policía acabó reduciendo a los amotinados empleando un helicóptero y explosivos para acceder al interior de las galerías, marca también el inicio de la deflagración contestataria. A partir de entonces las acciones de protesta se extenderán a toda la geografía, ganando día a día en virulencia y espontaneidad, y perdiendo, al mismo tiempo, homogeneidad y coordinación. Motines como el de Barcelona, de 29 de octubre, en el que participa la mayoría de la población reclusa, excitada por la sensación de caos y destrucción, son una muestra de cómo las protestas van

perdiendo parte del carácter táctico del que les había dotado la reflexión inicial, ganando peso la función de válvula de escape de tensiones internas. Aún así, la demanda de una excarcelación generalizada y una transformación total del sistema penal perdura más allá de la concesión de la última y definitiva amnistía política (el 14 de octubre de 1977, que paradójicamente equipara en beneficios a perseguidores y perseguidos de la dictadura).

A partir de enero de 1978, cuando fracasa la última oportunidad de que fuese concedido un indulto general por la derrota de la iniciativa parlamentaria capitaneada por Juan Mari Bandrés,[12] la dinámica de protesta se vuelve imparable. Los presuntos líderes de la Coordinadora confinados en el penal de El Dueso por el nuevo director genera no consiguieron apaciguar tampoco los ánimos del resto. Efectivamente, presos destacados de diferentes prisiones habían sido recluidos antirreglamentariamente en el penal santanderino a principios de febrero. Allí redactaron llamamientos a la calma y al comedimiento en las acciones, en forma de cartas y hasta de unos «Estatutos de COPEL», mediante los que pretendían unificar criterios de actuación. Tampoco, por supuesto, las autoridades lograron frenar la escalada de motines sobre la base de cesiones en cuestiones secundarias (permisos de salida navideños, por ejemplo) pero sin abordar el grueso de la problemática penitenciaria, redoblando siempre los esfuerzos en la coerción de los miembros más activos (traslados, régimen de aislamiento, censura de correspondencia, observación de conducta…).

En esta situación de impás, la pugna entre las diferentes posturas representadas entre los presos, que van desde esperar la prometida reforma penitenciaria, como sugería una propuesta de tregua emitida desde El Dueso, a perseguir la libertad a cualquier precio, se salda con

---

12 Este abogado vasco pertenece, a nuestro juicio, a la categoría de los actores políticos de la Transición a los que los homenajes llegaron tarde y mal. Amén de su militancia política en la izquierda nacionalista vasca, y su actividad como letrado en defensa de los represaliados por la dictadura, Bandrés capitaneó una audaz propuesta de concesión de un indulto general a los presos sociales. Después de aprobada la Ley de Amnistía, de la que fue acérrimo defensor, junto al senador catalán Lluís Maria Xirinachs elaboró un proyecto de ley de indulto que contemplaba la excarcelación de «los otros presos de la dictadura», la movilización de recursos para su reintegración a la vida laboral y diversas medidas para atajar los graves problemas estructurales del sistema penitenciario español. Tras duras negociaciones consiguió llevarlo a trámite, pero el día de la votación no se produjo el milagro y sólo 16 escaños votaron a favor del texto, frente a los 128 en contra. «El grupo socialista, que, según parece, estuvo tentado en algún momento por la abstención, se decidió finalmente por votar en contra, en un intento de reforzar su imagen de alternativa responsable de poder.»

un sonoro sálvese quien pueda que catapulta a los más impacientes a los planes de fuga. Por si no hubiese suficiente presión ambiental, dos muertes complican todavía más la búsqueda de una solución al conflicto. El primero, Agustín Rueda. Un joven de tendencia libertaria sorprendido cavando un túnel en Carabanchel, muerto a palos a manos de los funcionarios de la prisión con el asesoramiento técnico del médico del centro y el conocimiento del director.[13] La réplica a la muerte, apenas una semana después, la certificó un comando de los GRAPO al tirotear al director general de Instituciones Penitenciarias, Jesús Haddad (sin que la COPEL ni los presos sociales mediasen en el asunto, ni haya una relación lógica entre ambas, dado que Agustín Rueda no tenía ningún tipo de vinculación con miembros de la banda armada). El baño de sangre, por supuesto, no solucionó nada. Ni cesaron los malos tratos en prisión, a pesar del revuelo inicial por las circunstancias en que se halló el cuerpo de Rueda. «Estos anarquistas tienen muchos cojones», es la frase que según algunos de los que sufrieron la paliza junto a él, decía el médico para justificar la insensibilidad en sus piernas completamente amoratadas. Tampoco el magnicidio carcelario decapitó al sistema. A rey muerto, rey puesto. Y el nuevo amo y señor de las prisiones se llamó Carlos García Valdés.

A partir de este momento la combinación de diversos factores, con la preeminencia de algunos, llevará a una rápida descomposición de la unidad de acción y, poco después, al fin de las acciones de COPEL. En primer lugar la política de mano dura bajo la apariencia de concesión mesurada ejercida por el sustituto del difunto Haddad, García Valdés, autor de la reforma penitenciaria ratificada en forma de Ley Orgánica por el Parlamento un año después. A continuación, la agudización de las contradicciones del movimiento de presos, cuya laxitud interna propicia, y que junto a la represión selectiva de líderes y miembros destacados y el fomento de la desunión a través de una política de premios acaba por descomponer a la COPEL y romper la solidaridad.

---

13 *Dossier Agustín Rueda*, Centre de Documentació Arran, Barcelona, 2003. Agustín Rueda, pertenecía al círculo de exiliados de Toulouse. Fue sorprendido al pasar la frontera con explosivos meses antes, y desde su ingreso en prisión se identificó plenamente con las ideas defendidas por la COPEL, ejemplificando la sintonía que se estableció entre miembros de grupos de acción de tendencia libertaria y algunos presos sociales.

> Por un lado nos secuestraron. A los que despuntábamos un poco más, ¡zas!, nos sacaban a las cinco de la mañana con un esparadrapo en la boca, los ojos vendados, las manos a la espalda, sin nuestra ropa, nos daban un mono lleno de polvo, nos daban zotal, y nos rapaban el pelo… bueno pues a los que veían más así, cabecillas, nos separaron nos llevaron por todos los lados a Santoña, al Puerto, a Burgos… y a los otros les dieron su vis a vis, los hincharon a permisos y así los contentaron. Divide y vencerás esa fue la reforma de García Valdés. Muchos contentos porque se creían que gracias al curro de protesta habían conseguido algo, cuando en realidad no se había conseguido lo principal. Eso fue la reforma, la jugada maestra. Unos, venga beneficios, y otros secuestrados.

A ello habrá que añadir el inicio de la difusión masiva del consumo de heroína, un cambio que se empezó a notar desde entonces y que será un causante de la desmovilización a todos los niveles, causando estragos en los siguientes años.[14] Además, las campañas de desprestigio en los medios (con la inestimable ayuda de sucesos tan turbios como la fuga de 45 presos de la Modelo de Barcelona, «sin que ningún funcionario viese ni oyese nada…») que auparon el tema de la inseguridad ciudadana al podio de las preocupaciones del ciudadano medio,[15] sumado al desinterés de la opinión pública, que con la reforma legislativa dio por zanjado el asunto, acabaron por silenciar su trascendencia pública. Todo ello provocó que antes de final de año la COPEL, prácticamente, ya perteneciera al pasado. Si bien las protestas desde los tejados persisten durante años, ya no consiguieron ni la contundencia ni la repercusión que alcanzó durante 1977 y 1978.

Aunque la centralidad de esta singular organización dentro del movimiento anticarcelario de la transición es indiscutible, ello no excluye la participación de otros colectivos afines. El surgimiento de un sentimiento de injusticia basado en la acción del sistema penal franquista, no se produjo de la noche a la mañana, ni fue exclusivo de los que en ese preciso instante estaban dentro, sino que fue compartido por reclusos y personas libres. En ambos casos, y obviando las particularidades que imprime cada situación, coincidieron experiencias propias y ajenas relacionadas con el aparato de justicia, junto con un pensamiento radical asociado a la voluntad de cambio en el marco de

---

14 *Los años de la aguja. Del compromiso político a la heroína*, Mira, Zaragoza, 2002.

15 «Informe sobre la encuesta de victimización», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas,* núm. 4, 1978.

la nueva coyuntura política. A las tradicionales ideas anarquistas, ahí está hace más de un siglo el alegato de Kropotkin contra las cárceles,[16] se añadieron las influencias de las corrientes antiautoritarias post-sesenta y ocho, mientras que el contacto con los presos opositores a la dictadura, las experiencias de actividad clandestina durante el Franquismo, en unos casos, o las protestas carcelarias anteriores al gran estallido, en otros, sin olvidar el contexto internacional, sirvieron de aprendizaje y referente. Este bagaje de ideas y conocimientos ejerció sobre los cuerpos marcados por el trato vejatorio y la represión un poderoso estímulo para la reivindicación de su condición de víctimas de las leyes dictatoriales y, por lo tanto, para exigir al amparo de las circunstancias políticas el fin de sus consecuencias.

La presencia de este sentimiento a ambos lados de los muros se tradujo, desde el primer momento, en que las protestas adquirieron eco entre ciertos sectores de la marginalidad política y social. Sin este respaldo, como sin el de sus familiares o abogados, los presos jamás hubiesen logrado poner en jaque a la administración. En Valencia, Madrid, en diferentes lugares de Euskadi o de Barcelona, y en otros sitios de los que no ha quedado apenas constancia, grupos de personas anónimas con inquietudes sociales y políticas se convirtieron en el altavoz de los reclusos. Jóvenes, en su mayoría, bregados en las luchas vecinales, o con antecedentes políticos en su familia, por un lado, huidos de la mili o con problemas con la Justicia, ex convictos, trabajadores sociales, estudiantes, algún religioso camino de colgar el hábito…, *progres* que habían leído a Bassaglia y creían a pies juntillas en la abolición del manicomio, la escuela, y el cuartel… todos ellos, y ellas, tuvieron su lugar de encuentro en los grupos y grupillos que dieron su apoyo a los presos y las reivindicaciones de la COPEL.

Las personas que se manifestaban en la puerta de la Modelo al salir de las Jornadas Libertarias del Parque Güell, editaban boletines de denuncia de la *sociedad carcelaria*, hacían colectas en conciertos y vendían pegatinas o, las más atrevidas, que tiraban cócteles molotov contra la puerta de un juzgado, constituyeron el mermado pero fundamental apoyo a los reclusos desde la calle. Si, como se ha visto, la Coordinadora tenía un carácter abierto y muy poco estructurado, los grupos que le daban respaldo desde fuera no lo estaba mucho más.

---

16 Piotr Kropotkin, *Las Prisiones*, José J. de Olañeta, Barcelona, 1977.

Los Comités de Apoyo a COPEL, nombre genérico usado en diferentes capitales para designar a los implicados en estas acciones, sin excluir otros más variopintos, no reunieron nunca ni grandes ni medianas cifras y tuvieron una vida tan efímera como la entidad a la que respaldaban. No desarrollaron jerarquías ni delegados, no al menos en el sentido organicista que la esclerotización de los grupos provoca, pero tampoco es probable que se diese una reflexión muy elaborada sobre su propia dinámica interna.

> Dentro de la parte de izquierdas éramos todo gente autónoma, después, con el tiempo, se llamaba la gente anarquista, pero ni eso, éramos gente autónoma que participábamos en todas las movidas del barrio, que en aquel momento eran muchas.

Como recuerda uno de los participantes en «las movidas» de un barrio obrero de Valencia, no eran anarquistas, *stricto senso*, desde luego no anarcosindicalistas de la órbita de la CNT, aunque dentro de la Confederación hubiese corrientes de todo tipo, y no pocas personas a título individual hubiesen pasado por las reuniones del sindicato, y menos aún simpatizantes de la izquierda de inspiración marxista. Anti autoritarios, libertarios, anticapitalistas, o *autónomos*, son los calificativos, que por su misma ambigüedad e indefinición etiquetan mejor aquella mezcla de rechazo ante toda forma de poder y simpatía por el oprimido que destilaban los escritos, las consignas y los boletines que sacaron a la luz. Su autonomía, eso sí, no encaja exactamente dentro del molde de la autonomía obrera, que tuvo sus estandartes en algunas reivindicaciones laborales y en las relaciones de fábrica de aquellos años, y de las que se da cuenta en esta misma obra. En primer lugar, por que a parte de unos referentes teóricos que no eran exactamente los mismos, el medio de socialización no era el ámbito fabril. En las asambleas de estos grupos no se discutía acerca de cómo autogestionar su trabajo, sino de cómo autogestionar sus vidas, rechazando, incluso, en algunas ocasiones, de forma abierta, la venta de la mano de obra a cambio de un salario. Una particularidad de enfoque que explica, en parte, la poca relación entre el sindicalismo autónomo o de base, y estas manifestaciones rayanas en la marginalidad política y social. El hecho de que estos grupos constituyesen en muchas ocasiones la etapa embrionaria o formativa para sus miembros, de otros que ya de forma abierta se autodenominaron Grupos Autónomos, haciendo de este hecho su bandera, y que se posicionasen abiertamente en contra de

toda concesión al Sistema, con una dedicación teórica y práctica destacada contra las cárceles y en ayuda de los presos, políticos y sociales, refuerza las diferencias respecto a la mayoría de las experiencias autónomas ligadas al ámbito del trabajo.[17]

En lo que respecta a las acciones de los propios presos, calificarlas de *autónomas*, sin más, dando a entender que su lucha a favor de sus demandas fue otra más de las *luchas autónomas* de aquellos años puede ser, también, un tanto arriesgado. La reflexión teórica e incluso ideológica, que las inspiró no fue patrimonio de todos los rebelados. Unos, pioneros en los inicios y recalcitrantes y persistentes hacia el final no dudaron en dar un contenido político *autónomo* a su actitud. La prueba está en la misma convivencia comunal, a la que nos referíamos más arriba, de presos de los grupos de acción y presos sociales en distintas prisiones durante los últimos setenta y los primeros ochenta. Pero muchos otros, se subieron al carro de la protesta alertados por el humo, sin saber qué se cocía. Esos otros presos, participantes destacados en las protestas, no desarrollaron forzosamente una actitud política asociada a sus acciones sino que muchas veces aprovecharon la oportunidad legítimamente, ¿por qué no?, para mejorar su situación a título individual, lo que incluía intentar la fuga por todos lo medios.

> El director general de entonces, Carlos García Valdés decía, cuando la fuga de la Modelo de aquí, que no se podía dialogar con nosotros porque por un lado, por el día dialogábamos, y por la noche nos fugábamos. Por supuesto, pues claro que sí, si podíamos nos fugábamos. Si no había ninguna medida que aliviase nuestra situación, a parte que el derecho de todo preso a fugarse es innegociable.

De ahí que desde la izquierda, incluso desde la izquierda de la izquierda no siempre se entendiese y menos todavía se compartiese la actitud de los presos sociales. Estas mismas reticencias subyacían por ejemplo en el debate sobre «Autonomía y marginación social», que *Emancipación. Revista mensual por la autonomía obrera* publicó en su número 4 (marzo 1978), o tras las inquietudes de un grupo de obreros por las implicaciones que se derivarían del contacto de la CNT con los movimientos marginales (*Cuadernos de Ruedo Ibérico*, núm. 58-60, 1977).

---

17 Sobre la ideología y las acciones de estos es especialmente recomendable la lectura del libro *Grupos Autónomos, Comunicados desde la prisión de Segovia. Y otros llamamientos a la Guerra Social,* Muturreko Burutazioak, Bilbao, 2000.

En parte por esta razón, pero también por la delicada situación que atravesaba un movimiento obrero sumido en un proceso de desmovilización impuesto, el mismo movimiento que durante el Franquismo había sido el principal motor social de oposición apenas si prestó atención a las extremistas demandas de aquellos chorizos y maleantes, quinquis que sólo hacía dos años compartían infortunio, pero que en la nueva situación quedaron definitivamente fuera del alcance de la presión democratizadora.

Explicitadas las cautelas pertinentes, no hay razón para no reconocer que la experiencia de los presos sociales encaramados a los tejados fue también un ejercicio de autonomía, más, si cabe, que cualquier otro. Los presos sociales fueron autónomos con respecto de los partidos políticos, de los que no obtuvieron más que vagas promesas de revisar su situación, una petición de indulto ínfimamente respaldada, y la consolidación de un sistema penitenciario forjado a sangre y hierro. Autónomos con respecto de los sindicatos, con la salvedad particular de la CNT, que no consideraron a los excluidos del mercado de trabajo sujetos susceptibles de su acción defensora. Autónomos del cuarto poder, ya que una vez agotado para el periodismo de izquierdas el filón de la temática marginal y superada la fase más espectacular del conflicto, el orden volvió a imperar y el silencio se impuso de nuevo en los medios. Autónomos, en definitiva, del conjunto de la sociedad, pues su causa salió a la luz por la espectacularidad de sus acciones y la gravedad de las crónicas, pero nunca se dio un cuestionamiento generalizado o profundo de las razones de fondo y menos aún el respaldo necesario para su excarcelación.

Pese a todo, su experiencia no fue estéril. En clave sociológica o historiográfica la COPEL fue un tipo de organización inédita y jamás repetida en la historia de España. Un fenómeno tan complejo y desconocido como fascinante a los ojos del científico social. Para el activista de nuestros días supone un resquicio abierto a la esperanza de que, pese a la enorme disparidad de la situación actual y la de entonces, es posible una revuelta de los hambrientos, de los oprimidos. Para los presos que participaron, sus protagonistas, fue una etapa que marcó sus vidas con tinta indeleble, a unos por la autonomía mental que la revuelta liberadora les supuso; a otros, por la dominación de cuerpo y mente que la siguió y de la que en no pocos casos, aún no se han recuperado.

Para ti, lector, que conoces quizás por primera vez su existencia, una invitación a pensar en un mundo sin cárceles, una utopía puede que tan lejana como necesaria y perentoria su erradicación. Una ventana a través de la que asomarse a la libertad soñada por un grupo de presos inconformistas.



PAZ
PP
RESPONSABLE
CARLOS
ALMIRON
DIEGO
LAMAGNA



Segunda parte
Actualidad, potencia y límites de los movimientos autónomos

En la primera parte del libro hemos expuesto algunos momentos en los que la autonomía obrera se expresaba en sus caras más diversas. Ciertamente se trataba sólo de una selección pero creemos que conseguía dar cuenta de la amplitud del proceso. De las fábricas a los puertos pasando por las cárceles y las múltiples formas de rebelión contracultural. Mostrar estos procesos, sacarlos a la luz, era nuestra primera intención. La segunda parte del libro intentará abordar el «después». Ese «después» de la derrota que es el acontecimiento más escondido por silenciado. No nos ocuparemos de toda la ingeniería social, económica y política, puesta en marcha por el capital para responder al desafío obrero. Sabemos perfectamente lo que ha sucedido porque en la precarización de nuestras vidas esa derrota ha sido grabada. Destrucción del obrero masa protagonista principal de las luchas, y más en general, desarticulación política, económica y social de la clase trabajadora. Eso es lo que verdaderamente ha sucedido. Recientemente ha tenido lugar en Barcelona una exposición sobre la evolución del *management*. La exposición que se titulaba «Fer fer» («hacer hacer») estaba promovida por la Generalitat y la escuela de administración de empresas ESADE. En ella se podía ver desde cómo surgía la cadena de montaje a cómo se aplicaba la teoría de la motivación. Pero lo más increíble era la presentación: «El *management* (en tanto que saber) ayuda a organizar el esfuerzo colectivo [...] ayuda a construir una sociedad mejor». Así es como el vencedor escribe la historia. La exposición no es más que la constatación de la victoria del capital, de la total desarticulación de la clase trabajadora. La clase trabajadora ya no existe, tienen razón en obviarla.

La pregunta entonces es ¿con el *fin de la centralidad obrera* sigue teniendo sentido hablar de autonomía y de luchas autónomas? Desde diferentes aproximaciones es lo que intentamos contestar en esta segunda parte. La discusión colectiva final muestra una pluralidad de puntos de vista. Sin embargo, antes de avanzar alguna respuesta, creemos que se hace necesario profundizar en el significado del «fin de la centralidad obrera». Y aquí hay que aclarar, en seguida, algo fundamental. Nos hallamos frente a dos hipótesis:

1. El *fin de la centralidad obrera* supone una crisis momentánea de la identidad-trabajo. Se cree, por lo tanto, que surgirá una nueva composición de clase (llámese trabajador inmaterial, multitud o lo que sea) sobre la cual construir un proyecto colectivo de emancipación.
2. El *fin de la centralidad obrera* es el fin del concepto mismo de sujeto político en tanto que organizador de sentido, en tanto que fuente de inteligibilidad de nuestro mundo. Esto es así porque hemos pasado a un nuevo tipo de realidad indeterminada y obvia, una realidad que se ha hecho una con el capitalismo y que, sin embargo, es múltiple. En esa *multirealidad* la antigua «cuestión social» entra en crisis.

> La cuestión social aparece con la llegada de la República, cuando la aplicación –por primera vez– del sufragio universal muestra el contraste entre la soberanía política igual para todos y la trágica inferioridad de la condición civil de algunos, aquellos que acaban de acceder a una capacidad política a partir del estado de casi sometimiento económico en el que se encuentran.[1]

La «cuestión social» era la palabra que empleaba la sociología para calificar la explotación capitalista. De aquí que fuera sinónimo de conflicto de intereses, aunque el discurso de la solidaridad y de la paz social intentase en todo momento reconducirlos. En la época global y postpolítica, la multirrealidad de alguna manera borra el interés de clase. Ciertamente, no desaparecen los conflictos, si bien se trata de una conflictividad de nuevo tipo. Por un lado, la conflictividad se libera de toda lógica, incluso del propio antagonismo social. Se hace entrópica. Por otro lado, la conflictividad queda encerrada ya que, asociada a identidades/diferencias en búsqueda de reconocimiento, es incapaz de herir la realidad. Que en la multirrealidad se dan, pues, conflictos es algo bastante claro. Muchos de ellos serían expresión de los «restos» del antiguo conflicto de clase que todavía subsiste. La pregunta no es por lo tanto si hay conflictos –lo que está fuera de toda duda– sino si esos nuevos conflictos de los que hablamos nos permiten hablar verdaderamente de una «nueva cuestión social». Dahrendorf plantea el problema del modo tradicional aunque nos es de utilidad:

> Los conflictos han de verse para que sean reales. Tiene poco sentido hablar de grietas en las estructuras sociales si no sale ruido alguno de ellas.[2]

---

[1] J. Donzelot, *L'invention du social,* París, 1994, p. 67.

[2] R. Dahrendorf, *El conflicto social moderno,* Barelona, 1990. p. 189.

La antigua «cuestión social» organizada en torno a la clase obrera se presencializaba en toda la sociedad. En la fábrica o en el barrio era fácil ver las manifestaciones del conflicto obrero ¿Y si la nueva «cuestión social» no se hiciera presente de la misma manera? Más exactamente: ¿y si en la multirealidad la «nueva cuestión social» no fuese directamente visible? Afirmar de algo que no puede verse no significa obligatoriamente invisibilidad. No-(poder)-verse remite a la «ausencia de una presencia que insiste». En este sentido, son múltiples los modos de darse ese aparecer: mostrarse, y en el mismo momento, ocultarse; mostrarse con interrupciones; imposibilidad de universalizarse la particularidad… En la «ausencia de una presencia que insiste» está funcionando una tensión que es la que existe entre el «aún no» y el «ya no». Pues bien, esa conflictividad nueva que tiene la forma de «la ausencia de una presencia que insiste» es a lo que llamamos *malestar social*. El malestar social que sería la nueva «cuestión social» no deriva tanto de la explotación capitalista clásica como de la movilización global. De la permanente movilización global de nuestras vidas en una sociedad-red en la que nos insertamos en tanto que somos un «centro de relaciones» o una auténtica marca (comercial). La movilización global comprende y lleva más allá la explotación capitalista, porque es la autorreproducción de esta realidad obvia que coincide con el capitalismo. Los síntomas de ese malestar social son, entre otros, las llamadas enfermedades del vacío (depresiones, ataques de pánico, anorexia, etc.). Creemos que plantear el malestar social como hipótesis política ayuda a entender nuestra actualidad, y que esa comprensión es necesaria para una intervención política. Evidentemente, se trata únicamente de una hipótesis. No sabemos aún el verdadero carácter de este malestar, y las vías hacia su politización constituyen vías de experimentación. Lo que sí es seguro es que el malestar social y su politización siguen caminos distintos de los que abría el antagonismo obrero.

* * *

Aristóteles afirmaba que el ser se dice de muchas maneras pero siempre en relación a un mismo fundamento: la sustancia. Del mismo modo podemos sostener: el malestar social se dice de muchas maneras pero siempre en relación a un mismo fundamento que es el querer vivir. O lo que es igual, el malestar social tiene muchas manifestaciones distintas de darse, pero todas ellas remiten

a la imposibilidad de vivir. La «ausencia de una presencia que insiste» es el malestar social. En definitiva, la «nueva cuestión social» es el *malestar del querer vivir*, el estar mal del que quiere vivir y no puede. Cuando hablamos de malestar no nos referimos por tanto a la angustia de la condición humana que existiría desde Adán y Eva. El malestar del que hablamos es *nuestro* malestar. Y su origen reside en la imposibilidad de expresar una resistencia común y liberadora ante la realidad que nos oprime.

Estamos ya en condiciones de volver hacia atrás, y explicar mejor por qué el ser del malestar social puede caracterizarse como la «ausencia de una presencia que insiste». El malestar del querer vivir es esencialmente político pero no se deja aprehender por la política tradicional. Se escapa al pensamiento político y a la práctica política. Y lo hace porque la política maneja necesariamente el código presencia /ausencia para poder llevar a cabo su función cognitiva. La política se impone imponiendo la legibilidad de lo social. El malestar del querer vivir huye ante dicha categorización. Lo que para nada significa que sea inefable. Únicamente que el discurso político clásico al emplear un código reductor y un vector tiempo acumulativo, es incapaz de aprehenderlo. Y, sin embargo, el malestar social es el anillo débil de la cadena. Por eso decimos que constituye «la nueva cuestión social». Pero también, por esta razón, nos obliga a inventar un lenguaje que pueda dar cuenta de él. La forma ya no nos sirve. El proletariado era el alma de la historia moderna que daba forma a la vida. Esta forma, este gesto, ya no nos sirven. En la multirrealidad no existe ningún gesto que pueda englobar –dar sentido y coherencia– al malestar social. Esa imposibilidad no hay que recibirla como un fracaso sino como una bendición. Los diferentes malestares seguramente no podrán sumarse entre ellos. Sin embargo, esta irreductibilidad del malestar social que hace del malestar algo mío –y exclusivamente mío– ¿no es justamente la garantía de que jamás podrá ser integrado, de su insuperabilidad frente a la acción reconductora del poder?

Hemos dicho que la politización del malestar social es nuestro objetivo. Y ahora volvemos al principio. ¿Qué relación mantienen dicha politización con la autonomía? ¿Se pueden pensar luchas autónomas que arranquen del malestar social? Es difícil contestar a estas preguntas. En Argentina los compañeros de Situaciones hablan de politizar la tristeza. En México el zapatismo resiste en sus comunidades. Los militantes del SOC que han sido capaces de plasmar la autonomía en

algunos pueblos de Andalucía describen cómo los jóvenes se alejan… Hay otras reflexiones en la segunda parte del libro que problematizan también la idea misma de autonomía. A pesar de todo, nos gustaría avanzar algunos puntos. Creemos que en nuestra época la lucha autónoma se reformula como una *práctica autónoma sin sujeto*. Eso es lo que hoy se nos aparece: desde el zapatismo a V de Vivienda, desde el movimiento de okupación a las luchas contra la precariedad. Parece que el malestar social, cuando se expresa, se autoorganiza. Y, sin embargo, no se suman las luchas. Ocurre casi como si fueran inconmensurables. La práctica autónoma no tiene hoy sujeto en el sentido de que no pertenece a nadie. Podríamos afirmar que es un gesto (no una gesticulación) que se repite y que *está a disposición* de todos los que quieren luchar. *Sin sujeto*, quiere decir, que en esta práctica autónoma confluyen la fuerza del anonimato y la fuerza de la espontaneidad. La autonomía sigue siendo lo que siempre ha sido: invención radical de nuevas formas de vida y de resistencia. Pero lo que sucede es que en nuestra época esa invención no se produce ya bajo el vector tiempo sino el vector espacio. Lo social (y su malestar) se muestran cuando la movilización total se bloquea, cuando se pone el tiempo entre paréntesis. Cuando «lo social» se espacializa como un *espacio del anonimato*. Los espacios del anonimato son agujeros negros en la multirrealidad. En verdad no sabemos qué puede un espacio del anonimato. Lo que es seguro es que deberá reinventar la autonomía. A esa reinvención que ahora solamente vislumbramos es a lo que hemos llamado «práctica autónoma sin sujeto».

9. De la autonomía obrera a la autonomía social: La experiencia de Socialismo o Barbarie

Entrevista a Daniel Blanchard,[1]
por Amador Fernández-Savater

Introducción: la mirada radical

¿Cómo puede el pensamiento morder la realidad? Es decir, ser fiel a la vieja exigencia: «No interpretar, sino transformar, por medio de la acción colectiva...». El partido revolucionario fue durante décadas la respuesta a esta cuestión, como gozne entre elaboración teórica y práctica política, como visión de conjunto, expresión de universalidad y articulación que conjuraba el riesgo de fragmentación sectorial, corporativa, etc. Era «el órgano del pensamiento colectivo», como reconocía incluso el teórico consejista Anton Pannekoek. Mediante el partido revolucionario, el marxismo dejaba de ser sólo una especulación teórica más y se volvía una fuerza material de transformación práctica, social. Sus verdades no sólo formulaban lo real, sino que lo modelaban, producían efectos. Sin embargo, aunque reaparezca hoy de vez en cuando disfrazada con nuevos ropajes, la respuesta del partido revolucionario ya no es más que un fantasma. El discurso de la totalidad, que se eleva sobre las diferentes luchas y deduce la línea política (el «deber ser») de un análisis, sólo puede ser un efecto de lenguaje. A la vez seductor, orgulloso y del todo impotente. Pero el problema sigue abierto, aunque la respuesta tradicional se agotara hace décadas. El problema de cómo registrar, conceptualizar, comunicar, encarnar, acompañar y potenciar con el pensamiento los indicios de transformación social, las nuevas formas de politización, la búsqueda de autonomía.

---

[1] Daniel Blanchard (París, 1934) es hoy escritor, poeta y traductor. Entre sus publicaciones cabe señalar *Idéal portrait* (1984), *Halte sur la rive orientale du lac Champlain*, Vermont (1990), *Fugitif* (1994), *Ici* (2001), *Vide-poches* (2003) o el poemario *Battant, dormant* (2005). En castellano, Acuarela & A. Machado ha publicado *Crisis de palabras; notas a partir de Cornelius Castoriadis y Guy Debord* (2007).

Si la autonomía es siempre creación, es decir, reinvención constante de algo distinto a lo que ofrece la sociedad, por tanto surgimiento de lo nuevo, de lo que no está ya inscrito en el presente, ¿cómo leerla con los esquemas conceptuales heredados? Si cada época construye sus propias formas de radicalidad, un pasado reificado es el que da lecciones al presente y le impone sus propios modelos: ya sea la agitación armada, el contrapoder o los proyectos alternativos de sociedad. Sin embargo, la única certeza que podemos tener al respecto es más bien que los procesos de nueva radicalidad no asumen nunca la forma que esperamos ver: siempre nacen impuros, mezclados con elementos viejos, a veces se camuflan, llegan a ser oscuros durante años, surgen como expresiones apolíticas o antipolíticas... Los situacionistas recordaban el aspecto «criminal y secreto» que ha adoptado siempre la lucha de clases en cada una de sus reapariciones: luchas antisindicales, huelgas salvajes, conflicto generacional, etc. Hoy ni siquiera podemos estar seguros de que lo que reaparece tenga alguna continuidad con la vieja lucha de clases, que definió durante dos siglos la conflictualidad histórica. ¿Cómo descifrar entonces los procesos de nueva politización si cada uno de ellos «traiciona» la forma que asumió la anterior (la creación de las Comisiones Obreras *traiciona* la forma del maquis y la aparición del «no a la guerra» *traiciona* la forma de las Comisiones Obreras). ¿Qué es lo que permanece, el hilo de continuidad que nos permite establecer entre ellos una semejanza? La búsqueda de radicalidad pasa necesariamente por la radicalidad de la búsqueda. Es decir, por hundir el pensamiento en la propia época, en la propia experiencia, en la propia carne. Acompañar con el pensamiento los nuevos procesos de politización implica una creación paralela de nuevos conceptos, nuevos nombres, nuevas imágenes. No basta con abrir los ojos para ver el presente sin modelo que guíe nuestra mirada, sin categorías previas sobre las que se recorte lo visible y lo invisible, sin el peso de la repetición. Una mirada radical es siempre una lucha constante contra las ideologías que reintroducen una y otra vez lo nuevo en viejos esquemas, aprovechándose del cansancio extenuante que suscita toda experimentación. Pero no es una lucha principalmente crítica o negativa. La mirada radical es sobre todo una *construcción* que parte de materiales muy heterogéneos: lecturas, acontecimientos, encuentros, malestares, gestos de creatividad, signos de rechazo. Distintos fragmentos de la materia social que pueden funcionar como un zoom o un interfaz entre lo particular y lo general, lo existencial y lo político, lo singular y lo social. La mirada radical elabora experimentalmente esos materiales: registra, sintetiza, conceptualiza.

Y produce de vuelta espacios mentales, consignas, imágenes. Es un laboratorio, es decir, un espacio ligeramente separado de la vida cotidiana, donde sin embargo la vida cotidiana es la materia prima, y que persigue contaminar el mundo exterior, transformarlo.

Laboratorios del pensamiento crítico ha habido, hay y habrá muchos. Algunos están compuestos exclusivamente de libros y elementos de medición. Pero en otros casos las fuentes de calor son las propias experiencias, pasiones, heridas, crisis. En unos se seleccionan los materiales según un patrón previo. Y en otros se dejan pasar líquidos oscuros a riesgo de que desordenen el laboratorio entero. Aquí se utilizan varillas, campanas y filtros para evitar rozarse con las sustancias que se manejan. Y allá se aspiran los vapores para probar en primera persona si funcionan las mezclas, a sabiendas incluso de que pueden resultar tóxicas. Por un lado, prevención e higiene. Por otro, mucha delicadeza en el trato hacia unos materiales difíciles, en desequilibrio permanente. Los hay que tienen la manía de etiquetarlo todo y los hay también que utilizan fórmulas deliberadamente provisionales y vacilantes, que permiten sin embargo seguir avanzando. Unos no sacan nada en claro a pesar quizá de la riqueza de los materiales que reunen y otros formulan soluciones inéditas prácticamente a partir de nada. Nos interesan los segundos.

La siguiente entrevista es un aproximación a uno de esos microcosmos, uno de los laboratorios que llegó hasta el fondo del malestar de una época: Socialismo o Barbarie. Este colectivo revolucionario nace en 1948 de una ruptura con el movimiento trotskista en torno a la cuestión tan decisiva entonces de la «naturaleza de la URSS», emprende luego el análisis de la burocracia como experiencia *epocal* que define la realidad entera al Este y al Oeste, y finalmente desarrolla una crítica de la vida cotidiana alienada más allá de la contradicción de clase, que encuentra un eco atronador en Mayo del ‘68.

Daniel Blanchard militó en SoB desde 1957 hasta 1965. Y como ha demostrado en varios textos y mil conversaciones mantenidas de viva voz, es alguien muy capaz de una narración apasionante y absolutamente actual de aquella historia, irónica con respecto a las ambiciones desmesuradas del pasado, pero no arrepentida ni renegada de la apuesta por el pensamiento crítico, una mirada especialmente atenta a los detalles que pueden iluminar verdaderamente el proceso de construcción de la experiencia, su mismo hacerse, como si fueran de las costuras de un tejido o de «los roblones y las junturas ocultas que es preciso conocer» (Benjamin).

¿Por qué SoB, de qué modo puede su experiencia interpelarnos hoy? Desde 1948 a 1967, el grupo atraviesa una época de total bancarrota de los modelos tradicionales de pensamiento y acción revolucionarios, en la que emergen de manera frágil e inesperada nuevas luchas completamente irreconocibles en los marcos teóricos heredados. Como SoB rechaza el esquema de la teorización previa a las experiencias prácticas, se entrega en primer lugar a la tarea de descubrir cómo se concreta en su época la idea-fuerza del grupo y su única certeza: son los hombres quienes hacen su propia historia. Es la tarea de *ver lo invisible* y, más difícil todavía, de acompañarlo y darle valor. Por eso su historia pueda resonar poderosamente en nuestro presente: nos habla del proceso de (auto)construcción de una mirada radical en un tiempo histórico marcado por la indeterminación y la apertura donde además encontramos precisamente los primeros indicios del pasaje laberíntico que nos lleva de la autonomía obrera a la autonomía social.

La historia de SoB me parece verdaderamente inspiradora, pero no como un modelo portador de lecciones, sino como «acción ejemplar»[2] que admite y procura mil declinaciones, reenvíos y remisiones distintas. La situación ha mutado de nuevo radicalmente y, por lo tanto, otra vez hay que buscar «las claves de las situaciones». Sin duda, muchos de sus análisis y herramientas podrían ser hoy releídos y recuperados desde esa exigencia presente. Pero no es el objetivo de la siguiente entrevista. Aquí ensayamos un acercamiento al mismo proceso de invención del grupo, lo que constituye siempre el corazón de una mirada radical. Así, lo que la experiencia de SoB puede «enseñarnos» es que el pensamiento crítico no es un resultado, sino una operación. No son unos procedimientos, sino una forma de mirar. No son unas conclusiones más o menos extremistas, sino una construcción rigurosamente situacional.

Crítica es crisis

Amador. En *Crisis de palabras*[3] has tratado de explicar qué constituye para ti el pensamiento crítico.

---

2 Hablando sobre su experiencia en el Movimiento 22 de Marzo durante Mayo del ‘68 en esta misma entrevista, el mismo Daniel explica: «Creo que lo más interesante era su concepción de la acción: lo que llamaban “acción ejemplar”. No se trataba de una acción-modelo, sino de dar ejemplo de que la acción era posible».

3 Uno de los ensayos recogidos en *Crisis de palabras; notas a partir de Cornelius Castoriadis y Guy Debord*, Madrid, Acuarela & A. Machado, 2007.

DANIEL. Creo que un discurso o una voz pueden hacerse de repente efectiva y activamente «críticos» o «revoucionarios» en el momento en que una cierta configuración de la realidad cambiante de la historia les confiere el poder de imantar, captar, amplificar innumerables voces dispersas. En términos más generales, puede decirse que un texto o incluso un propósito está animado por la virtud crítica cuando el movimiento que lo impulsa entra en resonancia con el movimiento que revela en lo real; es decir, cuando surge y se forma como análogo a la crisis de lo real.

AMADOR. ¿Y ese fue el caso de Socialismo o Barbarie?

DANIEL. Sigo convencido de que en el momento en que encontré al grupo [1957] y durante algunos años, el movimiento continuo de invención de ideas unido a la confrontación de las mismas entre sí y con la realidad hacían que cada uno de nosotros viera en esta aventura, que era la vida del grupo, una verdadera virtud crítica. Y ello por múltiples razones, que son como la repercusión las unas de las otras a niveles diferentes. El trabajo teórico del grupo (trabajo que no debe separarse de una cierta invención práctica inspirada por el interés en poner de acuerdo las formas de organización y el contenido de la política revolucionaria, aquí y ahora, con el sentido que nuestro análisis de las sociedades modernas nos parecía que daba a la Revolución) se encontraba por entonces inmerso en una crisis de la mirada que ciertos individuos aplicaban sobre el mundo; una crisis, por lo tanto, que afectaba a su pensamiento y a sus vidas, y que no es otra que aquella en la que caemos cada vez que se impone incoerciblemente la temible necesidad de mirar las cosas «con los sentidos sobrios», como dice Marx. Del mismo modo, evidentemente, este trabajo ponía en crisis todo un corpus de ideas recibidas o reinantes –sobre la historia contemporánea, sobre la sociedad, la economía, la política, etc.– y en particular el corpus marxista. A fin de cuentas, esta labor venía exigida e impulsada por la crisis misma que detectaba en la sociedad, una crisis cuyas manifestaciones –sobre todo la revolución húngara– venían a validar y relanzar el trabajo teórico del grupo. Puede decirse que en aquella época el discurso de SoB era auténticamente crítico porque el arsenal de conceptos que desplegaba y las armas de los insurgentes húngaros o de los maquis argelinos tiraban en la misma dirección, contra los mismos poderes de la mentira y la dominación, de la anulación del pensamiento y de la vida misma. De golpe esos

conceptos habían dejado de ser solamente conceptos y se convertían en palabras, como si, gracias a un «efecto especial», las viéramos brotar de la garganta de los rebeldes.

Repensarlo todo sin miedo a la soledad

Amador. Pero me parece que ese «efecto especial» del que hablas no es una casualidad, sino el resultado de todo un proceso de invención de nuevas maneras de escuchar la crisis de lo real, dejarse atravesar por ella y darle categorías y nombres. Remontémonos al principio de la historia, ¿qué fue lo primero que te atrajo del grupo al conocerlo?

Daniel. Había un aspecto muy importante para mí y creo que para la mayor parte de los miembros del grupo, que era esa impresión de estar en contacto con la modernidad misma: de estar ahí no con el fin de repetir fórmulas existentes desde hacía más de un siglo para describir la sociedad capitalista, sino para comprender de verdad lo que era la sociedad capitalista de nuestro tiempo. De lo que se trataba era de comprender la sociedad a partir de nuestra propia experiencia, es decir, no a partir de esquemas abstractos sino en virtud de una vía de elaboración teórica que permitiera la aportación que cada uno pudiera hacer a la comprensión de la realidad moderna.

Amador. ¿Y por qué sentíais que esas fórmulas existentes ya no valían?

Daniel. Tras la II Guerra Mundial habíamos entrado en una situación completamente distinta. La URSS no podía seguir siendo considerada según la tesis trotskista, es decir, un Estado obrero degenerado, intermedio entre el capitalismo y el socialismo, sino más bien una sociedad capitalista de nuevo cuño, caracterizada, por un lado, por la concentración total del capital y su fusión orgánica con el Estado y, por el otro, por la constitución de una nueva clase –la burocracia– que ejercía colectivamente el poder sobre los medios de producción y sobre el proletariado. Todo esto puede parecer ahora una discusión bizantina sobre el sexo de los ángeles, pero se trata de un punto teórico a partir del cual Castoriadis, Lefort y los que a ellos se unieron rompieron no sólo con el trotskismo, sino también con el marxismo clásico, y finalmente con el marxismo a secas. Las primeras manifestaciones de esta divergencia pueden leerse ya en el número 1 de la revista *Socialismo o Barbarie*. El hecho masivo de una nueva sociedad requería ser analizado con nuevas

categorías. Ese es el punto de partida. Y la categoría de la burocratización funcionaba como un analizador de toda la sociedad, incluida por supuesto la sociedad occidental. La dominación, la opresión, la alienación ya no estaba ligada a la estructura capitalista tal y como Marx la había analizado –relación entre poseedores de capital y proletarios–, sino a la burocracia como división entre dominantes y dominados, dirigentes y ejecutantes (en empresas, partidos, sindicatos...).

En Francia, la instauración del régimen gaullista inauguró una empresa de racionalización de la sociedad francesa que se tradujo, no sólo en la liquidación del lobby de los «azucareros» o de los «destiladores de crudo», sino sobre todo en la transformación de la dominación colonial en imperialismo neo-colonial y, en el sistema productivo entendido en un sentido amplio, por una reorganización del trabajo en nombre del imperativo del control y de la eficiencia. Numerosos servicios, especialmente postales o bancarios, fueron mecanizados, industrializados, y los empleos, proletarizados. La definición estandarizada de las tareas y el control burocrático se extendieron al campo de la información y la investigación. En la universidad, donde un comienzo de «democratización» provocó una afluencia mayor de estudiantes, hacía estragos el mismo espíritu de «racionalización» que tendía a modelar los contenidos de la enseñanza y los perfiles profesionales según las necesidades del aparato productivo de personal directivo. Del consumo al ocio, de la información a la transmisión del saber, del laboratorio a la fábrica, todo debía estar sometido a los principios de instrumentalidad y funcionalidad, sometido a ese fin, absurdo y exterior a la vida de la «gente común». Entonces redefinimos la «contradicción fundamental» del capitalismo como crisis y conflicto entre la dominación burocrática (su servilismo, irracionalidades, opacidad) y la autonomía.

Amador. Desde finales de los años cuarenta hasta las revueltas en el Este (Berlín 1953, Hungría 1956), el grupo emprende una auténtica «travesía del desierto». Es el precio a pagar por la radicalidad del análisis crítico sobre la burocracia y por la apuesta en torno a la autonomía de clase. El marxismo ortodoxo, que daba entonces «derecho de domicilio en el mundo», excluía absolutamente ambas hipótesis. Me asombra la constancia del grupo, sin reconocimiento ni visibilidad alguna. ¿Dónde encontró fuerzas para sostenerse en el camino?

DANIEL. Yo no era miembro de SoB en aquella época, pero luego pude saber que había sido un periodo muy difícil y doloroso. El grupo reunía sólo a 15 personas. Consultando el índice de la revista, puede verse que entre dos números transcurría hasta un año y además cada uno de ellos era muy fino. Un reflejo de la dificultad. Creo que la fuerza que mantenía el grupo en pie era doble. Por un lado, la absoluta convicción de que el trabajo teórico era esencial para la reconstrucción de un movimiento revolucionario. Esta idea se encarnaba quizá especialmente en dos intelectuales revolucionarios como eran Lefort y Castoriadis. Para ellos había que seguir desarrollando el trabajo teórico aunque éste no tuviese ningún eco inmediato y visible en la sociedad. Por otro lado, el hecho de que estuviesen acompañados en el grupo por otras personas que personificaban hasta los huesos la figura del militante revolucionario, gente muy determinada y que hubieran continuado siendo militantes en cualquier circunstancia, como Vega (pseudónimo de Alberto Maso, un catalán que había militado en el POUM durante la Guerra Civil española). No hay que imaginarse a los miembros del grupo durante la «travesía del desierto» como predicadores sin fieles, sino más bien como militantes, luchadores. La dureza misma con la cual el partido estalinista, y los «compañeros de ruta» que le servían como auxiliares en el medio intelectual, cerraban todas las vías de difusión posible de una crítica revolucionaria de la burocracia, era para ellos un estímulo. Ciertamente, es algo admirable que durante un periodo de aislamiento completo, de débiles luchas proletarias verdaderamente creadoras y significativas, la idea directriz del grupo estuviese aun así en contacto con la realidad esencial de la sociedad, hasta el punto de ser verificada por los hechos insurreccionales de Europa del este. Quizá eso nos dio también una sensación de dominio intelectual de la realidad que luego nos hizo estar demasiado seguros de nosotros mismos.

No víctima, sino sujeto

AMADOR. «¿Dónde está el proletariado? ¿Dónde reconocerlo, si las organizaciones que se había dado a sí mismo habían dejado de representarlo?» Estas preguntas abisales impulsan y sostienen la primera trayectoria intelectual y militante de SoB. Las respuestas dominantes en aquel tiempo definían esencialmente al proletariado como víctima que sufre pasivamente sus condiciones de vida, que necesita una dirección exterior que le ilumine sobre ellas y le conduzca a otro mundo, etc. Sin embargo, la respuesta de SoB es muy diferente.

Daniel. ¡En todo caso considerábamos que era una víctima *activa*! Pienso que la historia del grupo se entiende mejor si la recorremos a partir de esta pregunta sobre el proletariado y no empezando por el análisis de la burocracia. Me explico. Hay una idea esencial en SoB que es verdaderamente el motor de la producción teórica del grupo: son los hombres quienes hacen la historia y si hay una perspectiva revolucionaria debemos buscar sus fuentes en la práctica de los seres humanos en la sociedad. Esa es la idea que sostiene el movimiento del trabajo teórico del grupo durante toda su historia. La burocratización está ligada a esto, en la medida en que esta práctica de los hombres en la sociedad (particularmente en su trabajo, en un primer momento) pone de relieve y evidencia el hecho central de la burocratización, que a su vez puede explicar la crisis de la sociedad occidental y también de los regímenes soviéticos. Castoriadis lo resumía así: «No podemos comprender nada del capitalismo y de su crisis en un sentido profundo sin partir de la idea más plena de socialismo. Porque todo lo que tenemos que decir puede reducirse a fin de cuentas a lo siguiente: el socialismo es la autonomía, la dirección consciente por los hombres mismos de su propia vida; el capitalismo, privado o burocrático, es la negación de dicha autonomía y su crisis resulta del hecho de que, si bien suscita necesariamente en los hombres la tendencia hacia la autonomía, al mismo tiempo está obligado a suprimirla». ¿Cómo se concretaba la idea de que son los seres humanos quienes hacen su propia historia? El primer número de la revista respondía de esta manera: había que reconocer al proletariado en la actividad productiva misma, que es una actividad propiamente creadora, no sólo de riqueza para la sociedad, sino también de capacidades técnicas y de autoorganización, a la vez para realizar la producción y para resistir a la explotación, creadora, por lo tanto, de una experiencia y por ello, potencialmente, de una conciencia. Nuestro análisis revelaba hasta qué punto la organización capitalista del trabajo volvía imposible, de hecho, la producción. Para ganarse la vida y obtener un salario, los obreros debían desobedecer las reglas y, en buena medida, autoorganizar ellos mismos su trabajo. Esta «contraorganización» del trabajo, como la llamábamos, era al mismo tiempo una organización de resistencia contra los cronometrajes y la opresión general del trabajo. Y nos parecía, por lo tanto, el núcleo inicial de una autoorganización posible de la lucha y, más allá, de la sociedad entera. Incluso en el trabajo en cadena, donde se tendía con más fuerza a eliminar la «contraorganización» del trabajo, no era posible prescindir completamente de la actividad y la cooperación humanas. Como explicaba Castoriadis, «la nueva técnica sólo puede aplicarse masivamente si se la apropian millones de obreros, por sí misma abre nuevas posibilidades

que no pueden explotarse si los obreros no colaboran. [Quienes trabajan en la cadena] no son peones analfabetos, sino una masa de obreros semiespecializados, homogénea y disciplinada por su propia cuenta, indispensable para la producción». El capitalismo comprendió muy pronto esta capacidad de autoorganización en el trabajo –fue la tarea de la sociología industrial americana– y la puso a su servicio.

Amador. «El proletariado es su propia creación y su propia teoría», llega a escribir Lefort.

Daniel. No sé si el mismo Lefort llega a decir que el proletariado es «su propia creación». En «La experiencia proletaria», por ejemplo, admite que no se puede repudiar un análisis objetivo, no sólo de la evolución histórica de la cual nace el proletariado –y de la cual, por supuesto, no ha podido ser el único «creador»–, sino también de sus condiciones actuales de existencia, sobre las que influyen enormemente la evolución técnica y la concentración de capital. Es su propia creación en tanto que existe *para sí*, es decir, en tanto que es «su propia teoría». Pero, en todo caso, sobre este punto creo que, incluso si no había oposición frontal en el seno del grupo, esa formulación era sobre todo cosa de Lefort. Para Castoriadis, o para Philippe Guillaume, me parece que el proletariado es sobre todo actividad creadora, sujeto potencialmente autónomo, por tanto *para sí*, pero también alienado, porque la conciencia que tiene de sí mismo sólo rara vez llega a estructurarse en «su propia teoría». De ahí que para ellos fuese necesaria la organización de revolucionarios que, en un diálogo orgánico y permanente con el proletariado, sistematizase su experiencia y extrajese de ella el horizonte revolucionario.[4]

---

4 SoB rompe con la tradición leninista, basada en una concepción victimista de la clase obrera, y apuesta por la «autonomía de la clase» frente al programa y la dirección de cualquier partido revolucionario. Pero, ¿cómo podía una organización de militantes revolucionarios contribuir a esa autonomía, sin representarla o dirigirla? En 1958, el debate en SoB sobre la organización se salda con la ruptura entre la «mayoría» y la «minoría». La discusión revela varias formas de entender la unión de obreros e «intelectuales» en una práctica colectiva de organización y acción. Por un lado, Castoriadis (y con él la «mayoría») dice: no siempre hay luchas, las luchas no acumulan necesariamente memoria, lenguaje, radicalidad; se necesita una organización que las preserve e impulse, una organización de «militantes revolucionarios». Por otro lado, Lefort (y con él la «minoría») apuesta más bien por una «vanguardia facilitadora» que contribuya a «conceptualizar, apoyar y comunicar» las luchas y las experiencias obreras. «El movimiento obrero» —dice Lefort— «no trazará una vía revolucionaria más que rompiendo completamente con la mitología del partido, para buscar sus formas de acción en núcleos múltiples de militantes que organicen libremente su actividad y que aseguren por medio de sus contactos, sus informaciones y sus vínculos, no sólo la confrontación, sino también la unidad de sus experiencias obreras».

La palabra obrera

Amador. Si se niega a los partidos y a los sindicatos la cualidad de representantes auténticos del proletariado y se afirma que éste no existe más que en sí mismo, se abre inmediatamente el problema de escuchar lo que quiere y lo que hace, restituir esa experiencia, mostrarla, comunicarla, articularla. ¿Cómo se organiza esa escucha? No basta con abrir los oídos. Hay que inventar dispositivos concretos de «escucha» y «diálogo». SoB puso en marcha varios para explorar concretamente esa experiencia proletaria y componerse organizativamente con ella: la rúbrica «La palabra a los trabajadores» en cada número de SoB, que recogía testimonios obreros, producidos directamente o bien traducidos; la encuestas directas en momentos álgidos de lucha (como por ejemplo en el Borinage belga durante las huelgas de 1961); la prensa obrera...

Daniel. El periódico obrero era considerado como un interfaz (por decirlo con palabras de hoy) entre el grupo revolucionario y los obreros. Permitía a la vez cosas tales como «dar la palabra a los trabajadores», recoger una experiencia de primera mano y profundizar en ella, intervenir en las luchas o servir, incluso, de núcleo organizador para un comité de lucha… Era una herramienta de agitación, de organización y a la vez un espejo, un receptáculo de testimonios obreros. Esos testimonios ponían en evidencia la iniciativa de la que daban pruebas los obreros, tanto en el trabajo como en sus luchas, su capacidad de autoorganización, su tendencia a la autonomía. El papel del proletariado como portador de las potencialidades revolucionarias de la sociedad se encontraba así localizado en su actividad cotidiana en el desarrollo concreto de la producción y no en la abstracción de las relaciones económicas. Y esa palabra subversiva de los trabajadores, reinscrita en la experiencia acumulada de los momentos más elevados del movimiento obrero, daba un fundamento positivo a la representación que podíamos hacernos entonces de una sociedad liberada –que aún llamábamos *socialista*. Ahí está, en definitiva, el principio que subyace a la deriva profundamente innovadora que Castoriadis emprendió para elaborar lo que él llamó el «contenido del socialismo» en dos grandes artículos publicados con ese título en los números 22 y 23 de la revista. Si tradicionalmente la crítica revolucionaria partía del análisis de la sociedad capitalista y de sus taras para deducir de ahí aquello que debería y podría ser una sociedad socialista o comunista, Castoriadis empieza por describir los órganos y el funcionamiento de

la sociedad socialista, es decir, totalmente autogestionada, tal y como podemos extrapolarla a partir de las creaciones más avanzadas del proletariado en sus luchas, fijándose en particular en los consejos obreros de la Revolución Húngara. A continuación, en un segundo momento, este modelo positivo le sirve para iluminar y analizar todo lo negativo de la sociedad existente. Así, las ideas que el revolucionario puede formarse a propósito de la sociedad en la que vive y de aquella a la que aspira, no las habrá de hallar, ni en la elucubración utopista, ni en una pretendida ciencia de la historia, sino en las creaciones del movimiento obrero. El proletariado es, por su práctica, el inventor perpetuo de la teoría revolucionaria y la tarea del intelectual se limita a sintetizarla y sistematizarla.

Amador. La teoría como punto de vista de las luchas: me resulta muy contemporáneo este primado de la experiencia sobre la ideología como modo de proceder...

Daniel. Mientras que en las organizaciones leninistas se mantenía a los trabajadores manuales e intelectuales cuidadosamente separados en papeles específicos (los segundos educando a los primeros en todo caso), en SoB nos esforzábamos –muchas veces sin éxito– en abolir esa división. Por ejemplo, la relación entre Daniel Mothé[5] y Castoriadis fue un ejemplo interesante de trabajo en común entre un obrero muy inteligente, como Mothé, y un teórico como Castoriadis. Porque las ideas que desarrollaba Castoriadis ayudaban a Mothé a ver su propia realidad en la fábrica. Y él mismo era entonces capaz de analizarla de una manera muy concreta que alimentaba a su vez el trabajo teórico de Castoriadis. Pero quizá sobreestimas, en la práctica de la elaboración teórica en el seno del grupo, «el primado de la experiencia sobre la ideología» (entendiendo que no se trata aquí de ideología en el sentido marxista del término: discurso de la clase dominante que busca velar la realidad de la dominación). Ciertamente, la teoría revolucionaria debía asumir el punto de vista de las luchas, pero no –salvo casos excepcionales,

---

5 Daniel Mothé, cuyo verdadero nombre era Jacques Gautrat, trabajó desde 1950 hasta 1972 en la fábrica Renault de Boulogne-Billancourt como obrero fresador. Ingresó en SoB en 1952. A partir de 1954, animó con Gaspard (Raymond Hirzel) un periódico de agitación en el interior de la fábrica: *Tribune ouvriére*. Sus análisis sobre la condición obrera, publicados en primer lugar en la *SoB*, fueron retomados y amplificados en dos libros: *Journal d'un ouvrier* (Minuit, 1959) y *Militant chez Renault* (Seuil, 1973).

como el de Hungría en 1956– el de luchas particulares. Lo que asumía–y ello constituía el fundamento mismo de la crítica radical– es la «lucha» latente, permanente, de los hombres y las mujeres por reconquistar el control sobre sus propias vidas, por su autonomía. A partir de esa lucha, fundadora, fundamental, la teoría juzgaba y eventualmente criticaba las luchas particulares. Esto está muy claro en el caso de nuestro trabajo sobre las huelgas belgas o las huelgas que son analizadas en la revista bajo la rúbrica «Cómo luchar». Lo que se desprende de nuestro folleto sobre las huelgas belgas es que esta visión teórica de la sociedad y de sus «crisis» preside la selección de los interlocutores y de los testimonios sobre lo que han vivido. Del mismo modo, cuando Mothé, Henri Simon o Philippe Guillaume dan parte de su experiencia en el trabajo o del papel de los sindicatos en su empresa, lo hacen sin ninguna *ingenuidad*, como militantes *socialbarbares*, como militantes de la autonomía. Lo mismo ocurre en el caso de las «palabras obreras» que nos transmiten los compañeros extranjeros de los grupos Correspondence, News and letters o Solidarity. Quien fue más lejos en la búsqueda del documento salido de la base fue Danilo Montaldi.[6] En su *Autobiografie della leggera* (es decir, de los marginales de los años cincuenta y sesenta), estableció con sus «autobiografiados» una relación tan estrecha que ellos mismos aceptaron finalmente *escribir* su autobiografía, es decir, hacer por sí mismos un trabajo de reflexión y, por así decirlo, de «teorización» sobre su vida.

Desplazamiento: abrirse a otras creaciones

Amador. Cuando conociste el grupo eras estudiante en la Sorbona. ¿Cuál era tu motivación personal en un grupo que orientaba principalmente su mirada y sus esperanzas hacia el proletariado fabril?

Daniel. El grupo nos brindaba la oportunidad de descubrir determinados aspectos de la realidad moderna que nunca habríamos llegado a percibir a partir de nuestra mera experiencia individual. Por ejemplo, gracias al grupo pude relacionarme con bastantes obreros,

---

6 Danilo Montaldi fue una figura muy importante en la extrema izquierda anti estalinista que hizo conocer el trabajo de SoB en Italia y estuvo en el origen de innovaciones políticas como la *inquiesta operaia* (encuesta obrera), una de cuyas referencias es el «testimonio obrero» practicado por SoB. Fundó el grupo que editaba la revista *Unitá proletaria* desde dentro del PCI italiano.

que nos relataban lo que era el trabajo de fábrica. Un gran foco de influencia fue para nosotros el de los camaradas americanos, en particular el pequeño grupo Correspondence[7] (con base en Detroit, es decir en pleno corazón de la industria del automóvil americana), que nos describía lo que era la vida en las que por entonces eran las ciudades más modernas del mundo. Por otra parte, un poco más tarde se constituyó en Inglaterra el grupo Solidarity,[8] en torno a Chris Pallis y Ken Weller. Todos ellos eran camaradas de base y su medio eran las fábricas inglesas y americanas. Estas experiencias representaban para nosotros (para mí, por ejemplo, que era un pequeño burgués que venía de un ambiente más o menos intelectual y que había estudiado Historia y un poco Filosofía en la Sorbona) la apertura a un mundo que nos era por completo desconocido. Una apertura, además, que no era abstracta sino concreta, porque estaba ligada a una experiencia de lucha y no era simple sociología.

Nuestro interés por el mundo obrero no era en absoluto el reverso de un sentimiento de culpabilidad. Por mi parte, quizá marcado por mi infancia en la montaña durante la guerra, por el hecho de frecuentar

---

7 Según explica Philippe Gottraux en *Socialisme ou barbarie, un engagement politique et intellectuel dans la France d'aprés guerre* (Payot Lausanne, 1997), los lazos de *SoB* con Estados Unidos se tejieron primero en el interior de la IV Internacional, entre los militantes que fundarían SoB y los militantes agrupados en la tendencia Johnson-Forest del Socialist Workers Party. Johnson era el pseudónimo de C.L.R. James y Forest, el de Raya Dunayevskaya. Esta minoría de izquierdas abandonó la organización troskista en 1951 y existió desde entonces como organización independiente, publicando desde 1953 el periódico obrero *Correspondence*. En *Correspondence* cabe destacar también la presencia de Ria Stone (Grace Lee Boggs). Gottraux señala las trayectorias paralelas de *SoB* y *Correspondence*, que partieron de una crítica de la concepción trotskista de la URSS, desarrollaron luego un obrerismo que se traducía en la valorización de la palabra obrera y ampliaron finalmente la crítica del capitalismo más allá de la explotación de clase aplicando su mirada sobre la emergencia de nuevas contradicciones en la sociedad de los años sesenta.

8 La organización Solidarity for worker's power, más conocida como Solidarity, intervenía al mismo tiempo sobre el terreno de las luchas obreras y en el contexto de las campañas que, a finales de los años cincuenta, se desarrollaron en Inglaterra contra la bomba atómica. Ken Weller, militante activo de Solidarity, era asimismo *shop steward*, es decir, delegado de taller elegido directamente por la base de trabajadores. En 1961 escribió un artículo en *SoB* sobre esta particular forma de organización obrera que desencadenaba luchas que desbordaban el marco clásico de la representación sindical. Véase *Socialisme ou barbarie, un engagement politique et intellectuel dans la France d'aprés guerre*, Philippe Gottraux, Payot Lausanne, 1997. Sobre el papel de los *shop stewards*, se puede consultar en castellano el artículo de Castoriadis, «Las huelgas de la automatización en Inglaterra», publicado en *La experiencia del movimiento obrero*. vol. I, *Cómo luchar,* Barcelona, Tusquets Editores, 1979. [N. del E.]

de manera muy cercana a campesinos prácticamente *neolíticos*, influido sobre todo por los relatos de mi padre resistente que aparecía en casa, de cuando en cuando, *out of nowhere* para relatar de manera casi mítica los combates de los partisanos sobre las crestas de las montañas y en valles fabulosos durante 1944, siempre he considerado, más allá de toda razón, las condiciones de existencia duras, las que suscitan una poderosa solidaridad y una socialidad elemental, como la «verdadera vida». Ese mito tenía un poco la impresión de vivirlo con Mothé particularmente. Estaba muy ligado a él. En cierto momento, pensé incluso en abandonar mi camino de «intelectual» y me informé bastante seriamente sobre las posibilidades de formación en el oficio de la construcción...

Amador. A pesar de que el personaje no te sea muy simpático, creo que puede ser interesante traer a colación aquí la idea de «desplazamiento» de Alain Badiou. Frente a la política que se hace en el «propio espacio» y que remite a una identidad, «desplazamiento» es un concepto que sugiere una «deslocalización» o un «trayecto», es decir, abrir la intervención política a otros lugares, otros referentes, otras alianzas, otras creaciones y otros interlocutores. Inéditos, imprevisibles, insólitos. El desplazamiento empieza siempre por un gesto de desidentificación: negarse al propio destino reservado por la posición social y abrirse a otros mundos, prácticas, creaciones. Seguramente, en no pocos casos, el «desplazamiento» puede implicar una noción religiosa, trascendente y sacrificial de la política. Pienso en biografías marcadas por la consigna maoísta de «servir al pueblo». Pero el «desplazamiento» también puede significar una liberación del propio papel social, el enriquecimiento en el lazo tejido entre gente que no estaba destinada a encontrarse, el placer en la ruptura de las fronteras y el establecimiento de nuevas relaciones sociales, incluso el desarrollo de una voz propia en el encuentro con «el otro», como ocurrió en tu caso.

Daniel. Efectivamente, en la época en la que conocí el grupo yo ya me había sacado la oposición para profesor de Historia, así que se supone que sabía hacer disertaciones como para aprobar exámenes en la Sorbona. Sin embargo, puedo decir que fue en SoB donde de verdad aprendí a redactar algo de manera rigurosa y no universitaria. En concreto fue Guillaume (un tipo algo mayor que Castoriadis que había llevado una vida increíble: había vivido en los burdeles de Marsella y hecho infinidad de cosas; también había sido obrero de fábrica y, sobre todo, siempre había cultivado como autodidacta un espíritu

extremadamente fecundo, apasionado por los problemas científicos, tecnológicos y militares; escribió cosas en la revista que son interesantísimas) el que me hizo trabajar una y otra vez los artículos que me habían encargado, y ello con un rigor y una precisión que ningún profesor había tenido jamás conmigo. En fin, después de tantos años tan vanamente desperdiciados enhebrando sobados párrafos de disertación para que los exámenes pudieran verificar mi conformidad, empecé a aprender a escribir, es decir a reconocer, entre el rigor y la inventiva propios de la escritura, los arriesgados parajes de la libertad de pensar.

A pesar de la connotación «mao» del término, estoy de acuerdo en lo que dices: yo deseaba ese «desplazamiento» como una liberación del papel social al que estaba destinado, como una reivindicación de mi libertad de desplazarme en la sociedad, de ser «otro», etc. Me parecía intolerable estar «confinado a arresto domiciliario». Profundamente, ese deseo formaba parte de mi revuelta sorda contra el orden social, que yo sentía como una impostura. No quiero teorizar sobre ello, pero creo que esa –no quedar confinado a un lugar, no tener lugar...– es una de las libertades más preciosas del hombre moderno.

La autonomía como analizador

Amador. Leyendo los análisis que dedicáis en la revista a distintas luchas proletarias del momento (obreros de Berlín Este, Hungría 1956, metalúrgicos de Nantes, portuarios de Londres o Liverpool, obreros del automóvil en Chicago, movilizaciones contra la guerra de Argelia en Francia, etc.), me llama mucho la atención el gran valor que dabais a ciertos aspectos de la lucha que generalmente debían pasar desapercibidos o ser considerados muy secundarios: por ejemplo, la importancia de las reivindicaciones locales (referidas a la seguridad, la limpieza o los descansos en el trabajo) y cualitativas (en torno a las condiciones y la gestión de la producción), la significación de la «crítica silenciosa» (inactividad, apatía ante el trabajo) y de las luchas informales (cooperación, apoyo mutuo), etc. ¿Qué os llevaba a fijaros en estos «detalles»?

Daniel. En el marxismo clásico, el conflicto en torno al reparto de la plusvalía tenía una gran importancia estratégica porque, en razón de la *bajada tendencial de la tasa de ganancia*, el capitalismo no podía aumentar los salarios bajo pena de muerte. Pero desde SoB constatamos

en determinado momento el aumento a largo plazo de los salarios reales, es decir, la capacidad del capitalismo de digerir la lucha de clases en torno al reparto de la plusvalía y de utilizarla incluso para racionalizarse y superar sus crisis. Esta constatación contribuyó en buena medida a desplazar en nuestro análisis el punto vital de la «crisis» del capitalismo desde el campo de la explotación al campo de la alienación (dominación burocrática contra autonomía), abriéndose así camino finalmente la crítica de la vida cotidiana, entendida en un sentido muy amplio: desde el urbanismo a la familia, del consumo a la sexualidad o a la enseñanza...

Pero quizá debería precisar un poco esta noción de autonomía para explicar en qué sentido era para nosotros un «analizador» de las luchas y, más en profundidad, de la sociedad moderna. Con respecto a los conflictos en el trabajo, la autonomía se entendía esencialmente como independencia con respecto a los sindicatos. Pero más en profundidad, nos preocupábamos de todo lo que podía reforzar la autonomía de los trabajadores en tanto que clase. Por lo tanto la autonomía significaba también cohesión, solidaridad, igualdad, etc. En ese sentido, apoyábamos siempre los aumentos de salarios no jerarquizados, la resistencia al cronometraje y, en general, todas las reivindicaciones que cuestionaban el poder de los patrones y de los burócratas, que minaban la legitimidad de la división entre dirigentes y ejecutantes. No sólo buscábamos localizar las manifestaciones de autonomía como un ingrediente significativo –pero oculto– de la vida social, sino como indicios de la apertura posible de una perspectiva revolucionaria. Las luchas que comportaban un cuestionamiento de los fundamentos de la dominación nos aparecían como jalones en el camino de una transformación revolucionaria de la sociedad. Por lo tanto, de forma subyacente a nuestro análisis de la vida social, había una visión, en cierto sentido, estratégica –evidentemente, no estratégica en el sentido que le daban a la palabra los leninistas de diversas obediencias.

Por ejemplo, a los movimientos de liberación nacional no les aplicábamos de manera simplista un criterio de potencial revolucionario («las luchas anti-colonialistas sacudirán profundamente la empresa del imperialismo en el resto del mundo», como se pensaba desde la visión estratégica leninista). Nosotros no teníamos nada de tercermundistas, pensábamos por el contrario que la descolonización constituiría una ocasión para la racionalización capitalista del capitalismo moderno y veíamos claramente que aquellos movimientos no tenían ninguna posibilidad de desembocar en una revolución en el sentido en que nosotros

la entendíamos. Sin embargo sí pensábamos que en lo que estos movimientos tenían de revuelta espontánea, «autónoma», de afirmación de dignidad, de superación en acto de la alienación del colonizado «salvaje» y del colonizador «civilizado», podían contribuir a despertar la conciencia crítica de todos los dominados –o a profundizar en ella–, también en las sociedades desarrolladas. En ese contexto era *vital* tratar de establecer un vínculo entre estos movimientos y las luchas de los proletariados desarrollados. Los análisis que hizo Lyotard sobre la Guerra de Argelia en la revista pueden dar una idea muy precisa del tipo de interés que despertaban en nosotros los movimientos de liberación nacional: «Cuando un pueblo colonizado abandona las armas de la crítica por la crítica de las armas, no se contenta con cambiar de estrategia. Destruye, por sí mismo e inmediatamente, la sociedad en la que vive en el sentido de que aniquila las relaciones sociales constitutivas de esa sociedad. Esas relaciones no existen más que porque las toleran los hombres que viven en ellas. Desde el instante en que los hombres actúan colectivamente fuera de ese marco, producen conductas que no encuentran lugar en el seno de las relaciones tradicionales entre los individuos y los grupos [...]. Esta situación de ansiedad y disponibilidad requiere una respuesta de actividad intensa, una sed de experiencias y de saber (comunicación, hipótesis y discusiones constantes). El menor detalle de la realidad se observa en relación a las cuestiones generales. No hay porvenir predeterminado, todo es posible. Todos los problemas están abiertos: tierra, sindicatos, familia, religión, industrialización, lengua, enseñanza, cultura, etc. No sólo se plantea el problema de la independencia, sino el de cómo vivir cuando seamos independientes. Los argelinos se han manifestado por el sentido de la vida, no por el gobierno. Un gobierno no puede ser el sentido de la vida».

Crisis de la vida

Amador. Llega el momento en que «hay que elegir entre seguir siendo marxista o seguir siendo revolucionario». Vuestra ruptura con el marxismo parte de la crítica de que haya un proceso central (explotación), un lugar central (fábrica) y un sujeto central (proletariado) en la política revolucionaria. Por un lado, el grupo registra la entrada en escena de nuevos actores (obreros con reivindicaciones cualitativas, colonizados, negros, mujeres, estudiantes...) que no hablan sólo en tanto que explotados. Por otro, se abre a una crítica de la vida cotidiana (urbanismo, consumo, relaciones entre géneros, etc.), rompiendo

con los temas de la conciencia, la acumulación de contradicciones objetivas, etc. ¿Cómo se llega a dar este paso de la crítica de la explotación a la crítica de la alienación?

Daniel. Quizá habría que precisar mejor el itinerario de SoB. Desde el principio, SoB rompe con una vulgata marxista-leninista que reduce el proletariado al estatuto socio-económico de *clase explotada*. Confinado en esa «objetividad», el proletariado no tiene subjetividad, su conciencia no puede superar el nivel *trade-unioniste*, es decir, limitado a plantear la cuestión de la tasa de explotación. Ni subjetividad, ni conciencia, ni, por lo tanto, alienación. La conciencia está ella misma objetivada en un supuesto sentido de la historia, un destino dictado por la historia y que se trata de realizar. No existe la alienación, excepto como ceguera sobre ese destino histórico. Sólo el Partido puede superar esa ceguera gracias a la ciencia, el *materialismo histórico*. Constatando el resultado catastrófico de esa ideología, a saber, la constitución de una nueva sociedad dominada por una burocracia surgida de ese Partido, que supuestamente encarna al proletariado como sujeto histórico y político, y detrás del cual el proletariado efectivo desaparece, SoB se atribuye la tarea de reencontrarlo allí donde se constituye, es decir, en las relaciones de producción concretas, en el trabajo. Y ahí el grupo le constata alienado: bajo la explotación, porque reduce su humanidad a la sola *fuerza de trabajo* y a su valor monetario, el salario; y también en el trabajo, porque no domina ni sus modalidades ni su finalidad (alienación que se expresa en la separación entre dirigentes y ejecutantes), aunque lucha constantemente por reapropiarse de un cierto dominio sobre el proceso de producción.

Creo que el itinerario de SoB se puede entender como una profundización de este análisis de la alienación y su generalización a todos los grupos sociales y a todos los aspectos de la vida social.

El impacto de este desplazamiento teórico se encontraba, durante este periodo, amplificado por una mutación económico-social importante: la importancia creciente del trabajo intelectual en el proceso de producción. La empresa, sobre todo la gran empresa, comenzaba a integrar entonces en su organigrama servicios gigantescos de investigación científica aplicada y técnica, de organización racional del trabajo (oficina de «métodos», etc.), de promoción, comunicación, venta, etc. Servicios organizados jerárquicamente, pero a diferencia del taller clásico de producción no bajo el modo militar, sino bajo el modo burocrático, con una estructura piramidal de la

autoridad, de la responsabilidad, de los salarios y del interés del trabajo. Ingenieros, técnicos, científicos, profesores, médicos, sociólogos, psicólogos, administradores, economistas, planificadores, organizadores... Se crearon innumerables situaciones concretas cuyo análisis crítico podía hacerse, principalmente, en términos de alienación. Alienación a la posición social en la pirámide, a la competencia, a las finalidades de la empresa, al consumo como índice de reconocimiento o prestigio social, etc. Puntos donde se jugaba una ambivalencia, incluso un conflicto, entre una frustración que podía llegar hasta la revuelta y el deseo de integración y pertenencia. Las nuevas necesidades de la economía en trabajadores altamente cualificados obligaron a una «democratización» masiva de la enseñanza superior, que se tradujo en una gran proporción de estudiantes, muy heterogéneos por lo tanto, y en el conflicto entre la «cultura» que supuestamente debían asimilar y la de sus medios de origen, entre la función cultural de la Universidad y su función «social», absolutamente sometida al utilitarismo.

A partir de entonces pasamos a retomar cuestiones como son el problema del hombre y la mujer (que el marxismo había ya abordado hacía un siglo) y el problema de la juventud (que jugó un papel muy especial en aquella época, sobre todo en el movimiento de oposición a la Guerra de Argelia, toda vez que nosotros los jóvenes –que podíamos ser llamados a filas– estábamos por fuerza más concernidos por ella). Por todo el mundo los estudiantes participaban decisivamente en los movimientos radicales de la época: me acuerdo del caso de Corea del Sur, donde el movimiento estudiantil contra la dictadura era extremadamente violento, o del caso de Japón, donde estábamos en contacto con el movimiento radical y masivo de estudiantes llamado Zengakuren. Por supuesto, también me acuerdo del movimiento americano, o del movimiento inglés contra la bomba (el *Ban the Bomb Movement*), que estaba en gran parte nutrido por jóvenes, y en el que nuestros amigos de Solidarity jugaron un papel importante. A modo de anécdota, diré que los chicos del *Ban the Bomb Mouvement* llegaron a robar del Ministerio del Interior británico los planos de construcción de refugios nucleares para uso exclusivo de los miembros del gobierno: planos que fotocopiaron por millares y que difundieron acto seguido, provocando un escándalo mayúsculo. La acción se llamaba *Spies for peace* (Espías por la paz). En medio del jaleo, el movimiento contra la bomba envió a estos activistas a que se ocultaran en Francia. Los dos chicos que vinieron se alojaron en mi casa, donde estuvieron bien escondidos –si bien la policía francesa estuvo a punto de arrestarlos ¡por beber vino en la calle!

La unidad de estos actores en apariencia tan distintos (proletarios, estudiantes, mujeres, técnicos) se realizó y se reveló a la vez en Mayo del '68. De ello dan testimonio los innumerables relatos de experiencia vivida que pudimos escuchar en el teatro del Odeón en París, los cuales ponían en evidencia el fondo común de alienación y de opresión que compartían todos estos actores de la sociedad moderna. Particularmente conmovedora fue la sorpresa gozosa con la que tantas de aquellas personas reconocían de repente, en la experiencia de los demás, la suya propia.

Amador. En el primer periodo de SoB, la idea del proletariado como sujeto de la Historia era el centro de la teoría *socialbarbare*. Pero tras 1963, ya no hay sujeto de la historia: las luchas mismas son el sujeto. Nada hay que esperar de las «contradicciones objetivas» del capitalismo: la contradicción principal es subjetiva, el rechazo de una forma de vida sometida a la burocracia y, por tanto, a la repetición, al silencio, a la infantilización. Este paso desgarra SoB y en 1963 se produce otra escisión entre el grupo que apuesta por las tesis de Castoriadis (la «Tendencia») y quienes insisten en que «el proletariado sigue siendo la única fuerza revolucionaria de la sociedad capitalista» (la «antitendencia»). La «antitendencia» defiende el valor de las luchas salariales y señala igualmente que si el desarrollo objetivo del capitalismo no ofrece una base material para una toma de conciencia, no hay más salida que el voluntarismo, el subjetivismo y el existencialismo. En ese mismo sentido, Lyotard (adscrito a la «antitendencia») denuncia vuestro pasaje «de la explotación a la crisis de la vida».

Daniel. Ciertamente, en numerosos análisis de SoB en los últimos años se señala la sensación de absurdo, generalizada socialmente, como un sentimiento de inadecuación que puede llegar a ser elaborado políticamente en una toma de conciencia revolucionaria. La división entre dirigentes y ejecutantes, entre organización formal e informal, entre norma y vida, producía una irracionalidad que como ruido de fondo se manifestaba también en mil detalles de la vida cotidiana: la obligación de conformarse a normas que no se interiorizan y tampoco sostendrían por sí solas el sistema, una racionalización del trabajo que sólo introduce más incoherencia y conflictos, las determinaciones finales de la actividad técnica o científica fuera de todo control y tiñendo por tanto de sinsentido las exigencias de rigor y responsabilidad, etc.

En el grupo cada vez fue mayor la importancia de la crisis de sentido en el análisis crítico. Recuerdo que el libro *Growing up absurd* de Paul Goodman fue una referencia importante para nosotros. Se trataba de un libro sobre la adolescencia, sobre el pasaje a la época adulta. Goodman describía con mucha profundidad vivida cómo el individuo es conducido entonces a una situación sin sentido para él, absurda. Lyotard, Vega y los demás nos hicieron efectivamente ese reproche de elaborar una teoría existencialista, sin referencias a la lucha de clases, a la explotación, al capital. Lo cual no deja de ser curioso en el caso de Lyotard, porque muy rápidamente se pasará al otro lado y ya sólo habló en términos de «existencia». Esta idea de la crisis de sentido es hoy más cierta que entonces, pero quizá en el pasado esta situación podía ser muy fácilmente asignada a un sistema opresivo, a unas causas estructurales. Existía una represión sexual, un sistema educativo autoritario, etc. De alguna manera, hoy a cada cual le es confiada la tarea de gestionar su propia ausencia de sentido, de gestionar su propio absurdo. Esa ausencia de sentido es fabricada por el sistema como un elemento esencial del propio funcionamiento de la máquina (de hacer dinero, etc.).

De laboratorio a sala de ecos

Amador. La paradoja de que SoB se disolviese un año antes de 1968 no deja de hacerme pensar. Porque en Mayo se verifican muchas de las hipótesis del grupo. Creo que si la revuelta estudiantil inicial encuentra luego un eco tan poderoso en el medio obrero se debe precisamente a que en ambos casos se combate una misma realidad: la organización de toda actividad social bajo el modelo burocrático de la eficiencia, la productividad y el control. El hecho de que la burocracia es la «práctica dominante» contestada en Mayo lo revelan también al trasluz las mismas formas de la revuelta: espontaneidad, descentralización, toma de palabra, iniciativa, responsabilidad individual. En resumidas cuentas, autonomía. ¿Cómo te explicas la paradoja de la disolución del grupo en las vísperas del acontecimiento que confirma sus análisis?

Daniel. Como ya he explicado, para la organización revolucionaria tal y como la concebía SoB era vital establecer una relación de diálogo con las luchas y, más en general, con las prácticas sociales de ruptura. Vital porque, repito, las manifestaciones de la «crisis» profunda de la sociedad, de su «contradicción fundamental», eran el único fundamento de su crítica, una vez descartada la ciencia del *sentido de la historia* y las

elucubraciones utopistas. Pero hacía falta que esas manifestaciones existieran... Ahora bien, desde 1959 (ausencia de reacción obrera al golpe de Estado de De Gaulle) y sobre todo tras 1962 (fin de la Guerra de Argelia y de la oposición que había suscitado en una parte de la juventud), Castoriadis y quienes le seguían creyeron ver en marcha un proceso de «privatización» –repliegue de los individuos de la esfera pública y reclusión en la vida privada y el consumo– que neutralizaba las oposiciones explícitas. De ahí se dedujo, finalmente, la decisión de «suspender» la publicación de la revista y la disolución de lo que quedaba del grupo SoB (en la carta a los abonados de la revista, se explicaba que «en una sociedad donde el conflicto político radical está cada vez más escondido, ahogado, desviado y es, en el límite, inexistente, una organización política no puede más que degenerar rápidamente»).

Retrospectivamente, pienso que el concepto de «privatización», coherente con el análisis que hacíamos del capitalismo moderno, sufría una especie de *abuso de la radicalidad teórica*. La teoría del «capitalismo moderno», que rompía de manera muy fundada con los esquemas marxistas o marxistoides tradicionales, se constituyó como un bloque terriblemente cerrado y proyectó sobre la época una sombra que nos impidió ver cosas muy importantes, las que de alguna manera explican Mayo del '68. Nos encerramos en un círculo vicioso: una teorización, que se quería fundada en la experiencia concreta de la sociedad, cristalizaba en un esquema conceptual que rompía el lazo nutricio con esa experiencia y justificaba el cierre en una postura puramente teórica (que, ciertamente, en Castoriadis encontró luego una nueva forma de fecundidad en la interrogación filosófica). Nuestras ideas ya no componían verdaderamente un discurso político, ni tan siquiera crítico en el sentido en que yo entiendo este término, a saber, un discurso de ruptura. Porque, ¿cuál podía ser la fuente de un discurso de ese tipo, si no los actos, gestos y palabras que, de entre las innumerables escenas sociales, alteran y sacuden el estado de cosas? En suma, el deseo de abrir la teoría a la novedad se crispó en una cierre sobre la realidad.

La teoría militante (revolucionaria, crítica, radical...) no sólo es *cosa mentale*, por decirlo como Leonardo, sino también *cosa sociale e politica*. Quiero decir que las relaciones de producción de la teoría determinan la naturaleza política de la teoría producida. Llegando al extremo, podríamos decir incluso que el vínculo entre lo vivido, los hechos empíricos y el concepto no es sólo un lazo lógico, sino también político. En ese sentido, la fórmula de Lefort –«el proletariado es su propia

teoría»– implicaba el rechazo de la organización revolucionaria tal y como la entendía Castoriadis. SoB hizo una camino teórico profundo (como crítica política) mientras que nos preocupamos, no sólo de «dar la palabra», sino de escuchar apasionadamente lo que decía la sociedad desde sus profundidades. Cuando ya no escuchamos nada –y creíamos que no había nada que escuchar–, entonces la teoría política se agotó y enmudeció. Todo esto lo cuento desde un ángulo muy subjetivo en *Crisis de palabras*.

Al trasluz de Mayo del '68 me cuestioné la práctica política «a la antigua» de SoB. Salvo en casos raros –como fue la acción de Henri Simon en su empresa Assurances Générales o cuando se participaba en manifestaciones–, la acción se concebía esencialmente como un discurso: análisis de una situación, propuesta de acciones a emprender… Ello se explica en parte por razones objetivas: el grupo estaba numéricamente muy débil, implantado en muy pocas empresas. Pero yo creo que esta clausura en la esfera del discurso se desprende también de una concepción exageradamente intelectual de la conciencia y, por lo tanto, de la alienación. Uno no construye su propia conciencia, por así decirlo, con el conocimiento, no se supera la alienación por medio de la información (al menos no exclusivamente) sino, sobre todo, mediante la acción y la experiencia, con la profundidad pasional que le es propia. Esto es algo evidente, pero a mí no me lo pareció así hasta Mayo del '68. En ese sentido, la práctica política del Movimiento 22 de Marzo, lo que ellos llamaban de forma algo pretenciosa como «acción ejemplar», me pareció muy reveladora. No se trataba de una acción-modelo, sino de dar ejemplo de que la acción era posible. «Si nos parece justo, lo hacemos.» Rompían con la idea de que la acción se deducía de un análisis exhaustivo y total de la realidad. Asumían la diversidad de la sociedad: no se trataba de dar ejemplo de lo que debía hacerse, sino de abrir posibilidades, confiando en su contagio.

Entre las épocas de ruptura social y política, la actividad de los revolucionarios siempre se ha limitado a ser un «juego del mundo» en el que de lo que se trata es de producir una simulación, una analogía del juego que se desarrolla, real pero subterráneamente, «a escala natural». Y esta actividad *in vitro* puede resultar bien fecunda, tal y como lo ha demostrado, creo yo (al menos por lo que respecta a los años cincuenta y sesenta), SoB y la Internacional Situacionista. Sin embargo, llega un momento, acaso irremediable, en el que ese laboratorio cerrado acaba convirtiéndose en una cámara de resonancia en cuyo interior

los confinados toman la reverberación de sus propias palabras por las voces de la historia; han dejado de oírse y «sentirse» pensar y, embriagados por la libertad, por la volatilidad y por la gratuidad de las palabras, se ponen a soltar como burbujas las más inconsistentes enormidades.

Para evitarlo, creo que entre otras cosas la teoría crítica tiene que hacerse cargo de las zonas de sombra en lo real, así como cada cual debe asumir lúcidamente sus propias zonas de sombra: el hecho de que el mundo no está *acabado*; el retorno de lo reprimido en la historia (me refiero a posibilidades históricas que en un momento dado no se dieron, pero tampoco se anularon y ahora caminan subterráneamente, se transforman en el contacto con lo real, pero también lo transforman solapadamente y pueden resurgir a la primera ocasión como *lo real mismo*); las zonas de sombra subjetivas (pulsión de muerte, servidumbre voluntaria, borrado del principio de realidad descrito por Baudrillard...), etc. Creo que el camino teórico de SoB no tuvo demasiado en cuenta todo esto y, particularmente Castoriadis, tenía tendencia a encerrar abusivamente lo real en modelos demasiado estrechos, racionalmente muy satisfactorios pero que no contenían la posibilidad de su superación o de su ruina. Dicho esto, creo que la teoría crítica radical, revolucionaria, no es una ciencia, no se propone dar cuenta totalmente y de forma neutra de la realidad. Es un acto político que desea la transformación del mundo y busca revelar en lo real las potencialidades de una acción positiva (según los criterios). Lo que no quiere decir que esté consagrada al optimismo. En lo que a mi me concierne, asumo el trabajo crítico (yo no soy un teórico, cojo de aquí y de allá lo que me parece pertinente) un poco como una apuesta pascaliana: no hay más que una posibilidad sobre mil de que una transformación positiva del mundo se realice, pero es esa posibilidad la que me interesa, a la que entrego mi adhesión y donde aferro mi gusto por vivir. Apuesto sobre esa posibilidad, sin cegarme sobre las otras.

10. Otros campos: La transmisión de la experiencia acumulada

Entrevista a tres militantes del Sindicato de Obreros del Campo

Situándonos

En las décadas de 1950 y 1960, la mecanización llevada a cabo en la estructura agraria latifundista del campo andaluz dejó en el paro a miles de personas, en su inmensa mayoría jornaleras sin tierra. Eran tiempos de hambre, sumados a una larga y terrible postguerra, en espera de que los capataces siguieran repartiendo unos jornales cada vez más escasos en los populosos municipios andaluces. Comenzó entonces el gran movimiento migratorio de los trabajadores rurales hacia el Norte. Muchos pusieron rumbo hacia países europeos, como Alemania y Francia, pero la mayoría se instalaron en el norte de una España que se hallaba en pleno proceso de industrialización y en la que se necesitaban cada vez más brazos para llenar las fábricas. Del campo a la fábrica, del pueblo a la ciudad y del Sur al Norte. Fueron cerca de dos millones de andaluces los que tuvieron que abandonar los campos del Sur, en busca de los salarios de las ciudades del Norte. Los profundos cambios que experimentaron sus vidas estuvieron marcados por el desarraigo y las pésimas condiciones de trabajo y vivienda. En efecto todo esto les aguardaba en los nuevos barrios que ellos mismos construyeron en las ciudades y pueblos industriales de Euskadi, Cataluña o Madrid.

En Andalucía, a pesar de ser una de las tierras más ricas de Europa, la gente que se quedaba también se veía obligada a la emigración temporal durante varios meses al año. Agrupadas en cuadrillas de veinte o treinta personas, familias enteras vivían meses de forma precaria fuera de sus pueblos. Eran las temporadas de recogida de la aceituna en otros pueblos andaluces, de los espárragos y la fruta en el Norte de España, de las vendimias en Francia o de los hoteles de Mallorca. Mientras

tanto, en los campos que rodean a los pueblos de Andalucía, la tierra tanto privada como de propiedad pública continuaba baldía, utilizada apenas para guardar unas pocas cabezas de ganado.

A partir del año 1973, la solución de la emigración, comenzó a limitarse cada vez más debido a la crisis económica. Para muchas personas en el medio rural andaluz, no quedaba más remedio que organizarse para luchar por transformar ese mismo contexto de paro estacional, en el que no existía ningún tipo de ayuda social o al desempleo. En esa época no existían los fondos para el empleo comunitario, los convenios laborales eran inexistentes y persistía como siempre esa gran asignatura pendiente de Andalucía: la reforma agraria. En esa misma atmósfera hicieron su aparición las Comisiones de Jornaleros, que en el verano de 1976 convergieron en la creación del Sindicato de Obreros del Campo (SOC). El SOC fue promovido por personas de diversos orígenes profesionales, no solo jornaleros. El objetivo era llenar el vacío organizativo que existía en el campo andaluz desde que la Guerra Civil acabara en la derrota de la clase obrera en 1939.

El SOC se implantó con fuerza en varios pueblos de Andalucía mediante un modelo organizativo sin grandes estructuras, ni con un aparato burocrático complicado. Su forma de funcionamiento estaba basada en el trabajo y en las decisiones tomadas en asamblea por las diferentes uniones locales, lo que garantizaba siempre la autonomía de cada pueblo. El nacimiento del SOC supuso un paso más en la organización de las tendencias autónomas que latían en las formas de lucha de los jornaleros andaluces, particularmente en la comarca de la Sierra Sur de Sevilla. A esto contribuyó la profunda tradición del viejo movimiento campesino libertario, que se había ido implantado sólidamente en aquellas tierras desde finales del siglo XIX y durante todo el primer tercio del siglo XX.

> El SOC comparte, al menos en su momento fundacional, las características básicas que responden a la filosofía que subyace a la lucha del movimiento jornalero y que son: condena al capitalismo, escepticismo hacia la democracia formal, valores éticos e igualitarios a los que se atribuye la dimensión de ley natural, la subordinación de la tecnología al progreso moral y humano, la propiedad colectiva con posesión individual y la autorregulación política a escala local.[1]

---

1 Luís Ocaña Escolar, *Los orígenes del SOC (1975-1977),* Sevilla, Atrapasueños / Autonomía Sur y SOC, Sevilla, 2006, p. 95.

Décadas más tarde, y sobre esta base, el trabajo organizativo fue retomado entre otros por un grupo de curas obreros que a principios de los años setenta se instalaron en la comarca y comenzaron una intensa labor de formación y organización de los jornaleros. Destacaba entre ellos Diamantino García:

> Somos un grupo de hombres y mujeres que vivimos en la Sierra Sur de Sevilla convencidos de que el dolor de nuestro pueblo jornalero (los más en número y en necesidad) tiene unos causantes concretos y también tiene una salida clara. Así mismo aspiramos a un hombre nuevo y a una sociedad más justa. Creemos que este hombre y esta sociedad tienen que ser conquistados con la autoorganización y promoción del pueblo.[2]

Recuperando la consigna revolucionaria de «la tierra pá quien la trabaja», los fundadores del SOC se dieron a la labor de construir una organización específica de jornaleros:

> – Nos declaramos independientes de cualquier poder económico, del Estado, de los grupos políticos, de la patronal y de cualquier otra institución de poder.
>
> – La Democracia interna se ejercitará mediante el más amplio sentido democrático. Las asambleas de afiliados y afiliadas marcarán el funcionamiento libre y participativo de todos y todas.
>
> – El Sindicato no se puede quedar en la simple reivindicación de las mejoras del trabajo. Asumimos también, todo aquello que afecte a las personas en el terreno Social y Político.[3]

Entre los objetivos generales planteados se insistía en la necesidad de dignificar la vida de los trabajadores del campo andaluz y acabar con el arraigado prejuicio de que dedicarse al campo es lo último a lo que debe aspirar una persona que quiera vivir dignamente. A esto se unía la lucha por la tierra y contra el paro, que estructuralmente constituyen los problemas sociales más profundos de la Andalucía rural, sin olvidar por eso la necesidad de obtener mejoras concretas en las condiciones de trabajo de los obreros del campo.

---

2 «Comunidad cristiana que acompaña las desesperanzas y esperanzas de los jornaleros andaluces». Pastoral misionera de Diamantino García, recogida en el libro *Como un diamante. Escritos de Diamantino García,* Madrid, Editorial Nueva Utopía, 1996, p. 31.

3 Estatutos del SOC. En Internet: http://www.soc-andalucia.com/estatutos.htm.

Desde sus comienzos el SOC fue un movimiento que contaba con una amplia base social. Conscientes sus miembros de que debían consolidar el poder que estaban adquiriendo y sin vocación de limitarse a los temas sindicales, en el año 1979 decidieron presentarse a las elecciones municipales en varios municipios. Para ello crearon las Candidaturas Unitarias de Trabajadores en cada pueblo y así fue como ganaron en varios ayuntamientos. En alguno de estos municipios han podido conservar el poder hasta hoy en día y en la elecciones municipales de 2007 obtuvieron nueve alcaldías, seis de ellas con mayoría absoluta. En los municipios que controlan tratan de llevar a cabo una gestión muy participativa de los asuntos locales y han logrado, en temas tan fundamentales como el empleo, la vivienda o los servicios públicos, garantizar el acceso de toda la población a esos mismos recursos.[4]

En la segunda mitad de la década de 1980, el movimiento jornalero vivió un profundo momento de crisis. La política de subsidios y el Plan de Empleo Rural introducido por el PSOE estaban provocando la desmovilización en el campo. Hartos de emigrar y de sobrevivir con la limosna del subsidio agrario, la exigencia de las tierras cercanas a los pueblos se tradujo en las continuas ocupaciones de grandes fincas, algunas de ellas propiedad de personajes como el Duque del Infantado o la Duquesa de Alba. Finalmente la Junta de Andalucía, tras largos años de lucha, se vio obligada a otorgarles la cesión de uso de varias fincas de latifundistas. De esa manera han ido desarrollando sus propios proyectos productivos y hasta hoy han logrado asentar nueve cooperativas de producción en diferentes pueblos de la Sierra Sur de Sevilla y del norte de Cádiz.[5] En estas cooperativas todo el mundo cobra por igual y no se reparten beneficios, ya que éstos se reinvierten en la propia cooperativa. Así se garantiza el trabajo no solo a sus socios, sino también a muchas personas de los pueblos cercanos.

---

4 Por ejemplo, en El Coronil el ayuntamiento de la CUT recalificaba y hacía público todo el terreno que pretendía urbanizar. Lo otorgaba gratis, en concepto de subvención, a la gente del pueblo que quisiera una vivienda. A continuación contrataba la construcción de un número determinado de viviendas a una empresa y una vez acabadas las vendía, por sorteo y a precio de coste. A pesar de todo en las elecciones municipales de 2007 las gentes del SOC perdieron la mayoría absoluta y el gobierno pasó al PSOE.

5 Como la cooperativa de El Humoso, en Marinaleda, que cuenta con 1.200 hectáreas de terreno, una gran variedad de cultivos, un impresionante molino de aceite y una fábrica de conservas.

En el trabajo del SOC ha sido una constante la lucha contra el modelo agrícola dominante y la Política Agraria Común europea, que efectivamente ha destrozado a la agricultura andaluza. A esto añaden la apuesta por la soberanía alimentaria, la lucha contra los organismos genéticamente modificados y contra el olvido del mundo rural. De este modo, han acabado por confluir en una apuesta por la agroecología, tanto en lo que se refiere a los modos de producción, especialmente en la cooperativa La Verde de Villamartín, como en su participación en Vía Campesina.[6]

En los últimos años, el SOC ha consolidado su presencia entre los jornaleros inmigrantes que trabajan en Andalucía, sobre todo en los invernaderos del Poniente de Almería y en la fresa de Huelva. Llevan años denunciando atropellos, tratando de organizar a estos trabajadores y abriendo locales en lugares como El Ejido y Nijar. Conscientes de las transformaciones que se han producido en el mundo del trabajo, el SOC ha tratado de ampliar sus alianzas y aumentar su incidencia en el mundo laboral. Junto con Autonomía Obrera, un pequeño y combativo sindicato de Cádiz, con bastante presencia en diversos sectores, y algunos otros colectivos han promovido la creación del Sindicato Andaluz de Trabajadores. Su apuesta es constituir un referente sindical alternativo en Andalucía e intervenir desde un enfoque anticapitalista en los sectores más desfavorecidos de la clase trabajadora.[7]

Actualmente el SOC sigue siendo el sindicato con mayor implantación en el campo andaluz. Un sindicato «a pie de tajo», como lo definen ellos, y con muy pocos liberados. Esto coincide con el hecho de que ningún otro movimiento social de Andalucía ha sido víctima de tanta represión en los últimos treinta años. Una represión ejercida sobre la base de detenciones, multas y procesos judiciales además de las innumerables trabas que la Junta de Andalucía opone al desarrollo de sus proyectos productivos. Por eso mismo las gentes del SOC son

---

6 Vía Campesina es un movimiento internacional de lucha contra la industrialización y la liberalización de la agricultura en todo el planeta. En su seno se coordinan organizaciones campesinas, pequeños y medianos productores, mujeres rurales, comunidades indígenas, gente sin tierra, jóvenes rurales y trabajadores agrícolas migrantes.

7 «Todas las organizaciones y colectivos sindicales presentes nos reconocemos recíprocamente como sindicatos andaluces de clase, autónomos e independientes, democráticos y asamblearios, solidarios e internacionalistas, antipatriarcales, opuestos a la homofobia y no sexistas, plurales y con voluntad clara, expresa e inequívoca de intervención sobre la realidad sociopolítica.» Acta de acuerdos de la Asamblea Constituyente del Sindicato Andaluz de Trabajadores en Internet: http://www.sindicatoandaluz.org/?q=node/151.

muy conscientes del continuismo, que respecto del Franquismo, representa el régimen del PSOE en Andalucía, apoyado en no pocos aspectos por los sindicatos UGT y CCOO. Y no han dejado de denunciarlo. En las protestas contra las bases militares norteamericanas de Rota y Morón, en las huelgas que promueven y que son permanentemente saboteadas por los sindicatos mayoritarios, en los cortes de carreteras, en los paros de las cosechadoras de algodón para evitar la pérdida de puestos de trabajo, en las ocupaciones de oficinas gubernamentales y de los aeropuertos de Sevilla y Málaga, en sus marchas a Madrid, en sus expropiaciones de cosechas a los terratenientes, en la defensa del derecho de autodeterminación de Andalucía… Más de treinta años de lucha, con sus aciertos y sus errores, que les han otorgado un gran prestigio, tanto en Andalucía como en otras partes del Estado español y del mundo.

Conversando

A saber luchar, tienes que aprender.
Gente del pueblo

La idea que animaba la entrevista que mantuvimos con los tres militantes del SOC y que nos recibieron una fría tarde de finales de 2006 en el local del sindicato de Pedrera, Sevilla, era hablar sobre diversos aspectos relativos al momento actual de una organización que, nacida en el contexto de las luchas anticapitalistas de los setenta, sigue viva y combativa. Nos interesaba conocer sobre todo como se vive el relevo generacional dentro del sindicato, para tratar de entender, a través de este ejemplo, cual ha sido el legado de tantas luchas en personas que no vivieron aquello y que hoy conviven con gentes más veteranas. Sus testimonios reflejan el latido de una lucha que mantiene su combatividad, en un contexto social en el que muchas cosas han cambiado. El papel de la juventud cercana al sindicato en los pueblos donde tiene influencia el SOC, es decir, el papel de la gente que puede o no continuar con el ciclo de luchas jornaleras iniciadas en los setenta, es algo que ha planteado y sigue planteando retos a la organización.

Por eso comenzamos la entrevista con los relatos personales de cada uno, acerca de los motivos por los cuales se encuentran dentro de la organización. Manuel, el mayor de todos, es portador de una impresionante experiencia política, fruto en gran medida del contexto histórico

que le tocó vivir. Desde la adolescencia, su vida ha corrido en paralelo a la historia del SOC. Más de treinta años de lucha en las espaldas. Por su parte las jóvenes Rocío y Cherra nos contaron sus trayectorias y su pertenencia al SOC, obviamente mucho más breves. Rocío, de 26 años, originaria de El Coronil, recordaba así el origen de su estrecha relación con el SOC:

> Vengo de El Coronil y empiezo en el sindicato porque mi familia toda pertenece a esa organización desde los inicios y un poco mi vivencia personal, todo lo que ha ido sucediendo, lo he vivido en primera persona porque mis padres han hecho que así fuera y eso es lo que ha dado pie a que pertenezca a esta organización [...] El sindicato forma parte de mi vida [. . .] Es que yo siempre he vivido unida a la historia del Sindicato [...] No recuerdo ningún momento en que no haya estado presente [...]. Yo estudié trabajo social porque... bueno pues porque tuve la oportunidad de estudiar desde luego, pero también porque he trabajado en el campo y eso me ha dado una visión de cómo vive la gente. Me ha permitido conocer de primera mano cual es la realidad que tienen y no desvincularme, porque realmente yo no soy trabajadora del campo. No es ese mi fin ni mi objetivo.

Por su parte Cherra (José Ramón) de 30 años, a parte de ser trabajador de la cooperativa agrícola que tiene el sindicato en Pedrera, es de los pocos jóvenes que ocupan cargos dentro de la organización. Así nos contaba Cherra su llegada al sindicalismo agrario:

> Yo nací cuando el Sindicato, más o menos [...]. Mi padre y mi madre jornaleros de toda la vida, emigrantes en Barcelona, trabajando en los hoteles o trabajando en los cortijos y demás. Mi padre estuvo trabajando en Alemania, también emigrando. O sea que familia trabajadora jornalera de toda la vida. Yo también tuve la suerte de estudiar porque ellos se sacrificaron trabajando todo lo que pudieron. Entonces yo estudie ciencias empresariales en Sevilla. Y cuando empecé a trabajar ya tenía relación con el sindicato. Empecé trabajando con cursos de formación dentro del sindicato y luego pues estuve llevando las finanzas del sindicato. Se me brindó la oportunidad de venirme a trabajar en una de las cooperativas que montó el sindicato y por eso llegué al campo [...] Yo desde chico pues recuerdo que si participaba en lo que se llamaba aquí en Pedrera el movimiento «junior», que era una especie de educación no formal que daba una parte de gente del sindicato y se trabajaba en educación en valores, este tipo de educación con niños. Quieras que no esto te va despertando, inculcando ciertos valores y ciertas necesidades y demás. Luego, cuando uno es un poco más mayor y ya con esas inquietudes que se le han despertado y con su personalidad que se le ha ido cuajando, pues cree que tiene que luchar por unas cosas y cuando busca el sitio que cree que es donde se tiene que ubicar

para poder desarrollar esas inquietudes, pues cree que lo que más se asemeja a lo que él puede defender era el sindicato. O más bien la gente que tú ves que en tu pueblo representa esas siglas, en lo que es tu entorno más cercano. Y entonces pues tú te vas dejando llevar y empiezas a participar y a trabajar en algunas cosas.

Pregunta. Aquí en los pueblos donde tiene mayor presencia el SOC, ¿cómo todas esas personas jóvenes, cercanas al sindicato y que tienen constancia de las luchas del pasado y de las que ahora mismo se están desarrollando, están asumiendo responsabilidades dentro del SOC y de que manera creéis que sienten ellos la organización?

Rocío. Yo creo que la organización tiene bastantes problemas para que los jóvenes participen y esto tiene muchos motivos. Uno de ellos es que la juventud, en general, participa poco, en todos los aspectos, y dentro del sindicato también. Otra de las cosas que influyen es lo que se ha transmitido de padres a hijos. Los padres parece que tienen hijos de cristal. Se han preocupado porque «a mi hijo no le falte de ná» y esto les ha hecho que no vivan o que no vean las necesidades reales que se tienen dentro de las casas, de los pueblos. Y si vamos ampliando pues del mundo. También influye la cultura individualista en la que se vive, pues al final a mi me preocupa cubrir mis necesidades mas inmediatas y la presión que sufro de la sociedad por tener un buen coche, una moto, poder salir los fines de semana, poderme ir de vacaciones. Eso crea como una ilusión óptica y hace que unos perciban la realidad no tal y como es, sino maquillada, adornada y parece que vivimos bien o que esos problemas que el sindicato reivindica no son tales y al final nos preocupamos por trabajar y vivir el día a día, lo más cómodamente posible, o lo mejor posible. Pero luego también creo que dentro de la propia organización hay un problema de darle participación a los jóvenes. Porque los jóvenes creo que para participar tienen que sentirlo suyo y esto no se ha sabido transmitir. No hemos sentido la organización como nuestra, los problemas como nuestros. No hemos sido partícipes de aquello que se ha ido organizando y entonces nos hemos ido quedando al margen, digamos. Después es verdad que en acciones puntuales o concretas sí que participan los jóvenes, en determinadas cosas participan y sienten la organización como suya, pero no a los niveles que quizás deberían sentirse. Lo que Manuel ha dicho antes de que «el campo es lo último», eso ha calado en los jóvenes. Además también hemos tenido otras oportunidades y hemos querido buscarnos la

vida por otro lado. La mayoría de los hijos de los militantes del sindicato, unos hemos podido estudiar, otros no, o no han podido o no han querido, y se han dedicado al campo, pero siempre con las miras puestas en otro sitio y con idea de poder cambiar de oficio. Muchos están ahora en la construcción, o en la hostelería, o en otro tipo de trabajo. Pero creo que es un problema de muchos y que cada uno tiene que asumir su responsabilidad y a veces no se asume. Creo que nos vamos tirando la pelota unos a otros. Los que más tiempo llevan en esta organización culpan a los jóvenes que pasan de todo y no quieren participar y los jóvenes culpamos a no se como decirlo... a los menos jóvenes [risas] de que no nos dan espacio, no nos dejan espacio para participar y al final eso es una pelota que va pasando de unos a otros, pero no se buscan soluciones reales que posibiliten que participen.

Manuel. ¡Hombre si se están buscando! Todo el tema de la formación pues es eso.

Cherra. Se intentan buscar. Yo creo que dentro del momento actual que estamos pasando, no sólo en el sindicato sino a nivel general, de desgana y de apatía generalizada, o al menos nosotros por aquí así lo vemos, es muy complicado hacer cualquier cosa. La juventud está dentro de esa normalidad apática que hay. Yo creo que la gente joven cercana al sindicato, entendiendo por gente joven cercana al sindicato aquellos hijos de gente que han sido dirigentes, o gente que han estado involucrados en el sindicato, o gente con una ideología de izquierdas y cercana, creo que esa gente joven... tienen más inquietudes que otro tipo de gente joven, a lo mejor que sus amigos, compañeros y vecinos del pueblo. Yo creo que esa gente, que nosotros les decimos «los nuestros», tiene más inquietudes porque luego cuando hacemos algunos actos o hacemos algunas movilizaciones o algunas cosas, y según que cosas hagas, esa gente joven participa. Por ejemplo, no participan o participan menos en un Primero de Mayo, pero si participan en movidas como las que hubo de la antiglobalización o en las movilizaciones contra la guerra. Si el sindicato tiene un discurso y una forma de actuar que no sólo es la lucha por la tierra o los temas sindicales, sino que también tiene su vertiente social que se involucra en un montón de cosas, entonces la gente joven a lo mejor puede pasar de algunos aspectos, pero sí tienen esas inquietudes que sí les hacen participar en aspectos que ellos, supongo yo, creerán más necesarios ahora. Y no sólo porque el sindicato no sepa llegarle, pues creo que se juntan las

dos cosas: se une que la gente joven está apática y que el sindicato no sabe llegarle de la forma que la gente quiere que le lleguen. Es por eso también. En el momento en que vivimos se crean unas expectativas a partir de que tú vives bien. Por ejemplo tú puedes ganar mil euros, tú puedes tener acceso a un portátil, a un coche pequeño, a poder ir al cine, a poder salir a la calle, pero no puedes aspirar a tener una casa, no puedes aspirar a eso, pero te dan una falsa sensación de que vives bien y entonces te despreocupas de ciertas cosas. Yo creo que al tener esa sensación de que tú vives bien, te involucras en aspectos como los de la guerra. Se puede decir que es algo de lo que se preocupa la gente que tiene su vida resuelta. Si tengo mi vida resuelta me preocupo de que están invadiendo a otros, pero no me preocupo de que me van a echar mañana o que no puedo tener acceso a una vivienda. Yo creo que la juventud se mueve en ese aspecto. La verdad es que desde el sindicato se está intentando o se ha intentado, un montón de veces, ver cómo se puede actuar con la gente joven, cómo se puede hacer para que la gente joven se acerque al Sindicato. Yo creo que muchas veces hemos partido, tanto del sindicato como de la CUT, de un error de partida que es... bueno yo sé que pasa también en más organizaciones. Se dice: «En el movimiento antiglobalización se mueven no se cuantos mil jóvenes, millones de jóvenes. ¿Cómo podemos hacer para meternos allí y que sean nuestros?» Si están ahí, están ahí porque... están ahí, quieren estar ahí, no quieren estar ahí para que tu llegues y se vayan contigo. Están ahí por una situación concreta. No están ahí porque tengan las mismas inquietudes que tienes tú como sindicalista. Creo que hay que analizar bien cuales son sus porqués... partiendo de que son gente joven que tienen unas inquietudes y unas necesidades, a lo mejor no son conscientes de todas las necesidades que tienen. Creo que habría que analizarlo bien, es de lo que se trata o lo que estamos intentando hacer ahora: analizar bien cual es la situación y ver de qué forma se puede hacer para que se acerquen al sindicato, porque partimos también de la base de que la gente tiene inquietudes, tiene ganas de hacer algo.

Manuel. Una de las cosas fundamentales de crear el Sindicato Andaluz de Trabajadores es porque todo ha cambiado, la clase obrera en los pueblos ha cambiado. Antes el 90 % éramos jornaleros, ahora ya no. Ahora la gente está en la construcción, está en la hostelería, está en el comercio. Hay un montón de gente estudiando que antes no estudiaba. O sea que... yo empiezo a trabajar con doce años, ahora la gente empieza a trabajar como mínimo con diecisiete, dieciocho años. ¡Como mínimo!

Porque el tiempo de los estudios se alarga también. Entonces, que el Sindicato de Obreros del Campo sea una cosa atractiva para un estudiante, o para un hostelero, o para un albañil, no es tan atractivo como podía ser para un jornalero, para un chaval o una chavala que empezaba a trabajar en la aceituna con trece, catorce, quince o dieciséis años, y que la única herramienta que tenía para defenderse del patrón era el sindicato. Ahora bien, el sindicato no es sólo la relación que existe entre el patrón y el jornalero, el sindicato abarca muchas más cosas de la vida y en esos otros aspectos sí se acerca alguna gente joven, no tanto como nosotros quisiéramos pero sí hay gente que se acerca. Además nuestro movimiento, aparte de ser el sindicato, nosotros participamos en todas las asociaciones del pueblo. Nosotros estamos en las organizaciones de solidaridad, tanto saharaui, cubana o con El Salvador, estamos en las Asociaciones de Madres y Padres de Alumnos, estamos en las asociaciones de vecinos, estamos en la asociación de diabéticos, en la de...

Rocío. Mujeres.

Manuel. Mujeres, o en la de discapacitados físicos, psíquicos... en fin en todo lo que se mueve en este pueblo, nosotros estamos prácticamente inmersos y todo eso más la CUT, todo eso es nuestro movimiento. No solo el sindicato, aunque el sindicato sea un poco la madre, el que aglutina todas las cosas, pero después existe toda una vertebración en los pueblos donde nosotros participamos y es ahí donde queremos que se inmiscuya la gente joven. Ahora tenemos un proyecto, Cherra presentó una ponencia en el sindicato, con temas de formación y queremos empezar a hacer cosas en la formación. Partiendo de la propia realidad de los jóvenes, partiendo de las necesidades que tengan los jóvenes, intentar crear formación sindical, formación política de la gente joven para que pueda incorporarse. Estoy de acuerdo en algunos aspectos de lo que dice Rocío, de que nosotros podemos ser una pared en la que sea difícil penetrar. Es complicado también soltar el... Cuando tú has hecho, cuando tú has creado una organización dejarla en manos de otros es muy difícil, es muy complicado, porque tú quieres mucho esa organización y en el momento en que tú ves que... no le das tiempo al tiempo, no le das tiempo a los jóvenes a que se asienten, a que hagan suyo aquello, sino que empiezas a *ir con la carreta delante de los bueyes*, a decirles: «Esto todavía no lo has hecho, esto lo tenías que haber hecho ya, esto tienes que hacerlo, por aquí tiene que ir el tema, no te quedes dormido, vente pa'ca, no te...».

En fin, estamos por un lado dándoles paso pero por otro diciéndoles: «Te doy paso pero para que lo hagas como yo creo que hay que hacerlo». Yo soy consciente de eso.

Rocío. Cuando yo empecé, estuve un año en el comité local de El Coronil, y había una persona que cada vez que yo hablaba me decía: «Niña tú eres muy joven, tú aún tienes mucho que aprender». ¡Pero bueno! ¡Yo tengo mucho que aprender, pero déjame que hable y corrígeme si hace falta, pero espera que yo diga lo que quiero decir!

Manuel. Luego la gente que hay al frente del sindicato somos gente ya con una edad, pero tampoco estamos para jubilarnos, y además ahora cómo se ha ampliado la esperanza de vida, pues prácticamente estamos empezando a vivir [risas] con lo cual es todavía más complicado dar el relevo. Aunque luego estamos locos por dar el relevo y estamos locos porque se acerque la gente joven. De hecho la acción interna del sindicato siempre va encaminada a eso. Que no damos con la tecla o que no somos capaces de entusiasmar a la gente joven, bueno, pero intentarlo lo intentamos de una forma, de otra… Aquí en Pedrera llevamos ya dos años que en verano hacemos un encuentro de jóvenes, nos los llevamos... ¡No! Se van ellos ya solos, este año ya se han ido solos. Bueno a cargo de Cherra y Rocío, que son ya más mayorcitos, como más conscientes. Pero estamos intentando eso y estamos intentando que se haga en otros pueblos, pues mira eso, a mi me parece que por ahí… El año pasado tuvimos cuarenta y tantas personas. ¿No? Y este año...

Cherra. Más o menos las mismas.

Manuel. Pues lo mismo, de gente no sólo de los nuestros sino... bueno yo creo que de los nuestros menos incluso, porque yo tengo dos [hijos] y no han ido ninguno de los dos.... Donde se intenta pues que los jóvenes hablen, por lo menos hablen entre ellos, que digan qué les interesa y qué es lo que pueden hacer en Pedrera, por su cuenta, sin mucho agobio de sindicato, ni de partido, ni de nada. Sino que se intenta que ellos solos se organicen, para ver hasta donde llegan y en el camino pues irán cogiendo responsabilidades, si es que quieren coger las responsabilidades de las organizaciones que hay en el pueblo, de las asociaciones donde hay movimiento. Los dos encuentros que ha habido yo creo que han sido positivos, aunque no han tenido mucha continuidad después, pero bueno... es

una ventana que se está abriendo por ahí. Y luego el tema de formación, yo creo que eso abre también expectativas. Por lo menos yo creo que eso puede ser muy interesante para que se incorpore la gente joven.

Pregunta. ¿Y cómo os ve la gente que tenéis alrededor? ¿Cómo ven vuestros amigos el que vosotros estéis metidos en el sindicato y el que les lleguéis diciendo esto y lo otro?

Rocío. También hay un problema con esto, y es que mucha gente joven estudia, o no estudia, pero lo que él [Manuel] ha explicado antes sobre el régimen en el que se vive, tú al final te marcas, te señalas políticamente, o sea te defines y si dices: «Estoy en este lado. Si estoy en este lado estoy contra ti». Y eso también es una barrera y es algo que mucha gente no esta dispuesta a asumir. Porque no es fácil, porque el hecho de posicionarte en un lado o en otro después te cierra puertas y te hace difícil poder acceder a un trabajo. De hecho, ¿cuanta gente de los que somos militantes del Sindicato o de la CUT podemos trabajar hoy en el Ayuntamiento? Es que no podemos acceder a ningún trabajo que salga del Ayuntamiento, porque ya de entrada estás excluido. Pues hay mucha gente que no está dispuesta a asumir ese coste. Bueno [la gente piensa] «yo quiero tener las mismas oportunidades que cualquier otro y si yo estoy durante dos años preparándome o formándome, que al menos pueda acceder al trabajo que quiera, en igualdad de condiciones que cualquier otro». Pero es que tenemos otro inconveniente también añadido que es que cuando están... bueno en este caso en los pueblos así [como Pedrera] cuesta menos trabajo poner al Ayuntamiento como ejemplo. Ahora mismo por ejemplo en Pedrera está gobernando el PSOE, yo no puedo acceder a un puesto de trabajo. Pero cuando estamos nosotros en el Ayuntamiento tampoco podemos acceder, porque te tachan de enchufados tuyos. Y nosotros como somos más puros que el agua, tenemos que meter a otros por lo que vayan a decir. Claro esto al final son cosas que hacen que la gente diga: «Es que yo con ustedes ná más que tengo inconvenientes, sacrificios». [Risas] Además eso es algo que el sindicato lleva consigo siempre: *los primeros en el sacrificio, los últimos en el beneficio.* Es algo que… vamos es un lema del sindicato y no todo el mundo está dispuesto asumir ese sacrifico.

Pregunta. Pero aparte de las instituciones. ¿Cómo os ve la gente más cercana? Porque supongo que tendréis más gente alrededor de esa militancia.

Rocío. Es que somos como una secta. [Risas]

Cherra. Es complicado, es complicado.

Pregunta. ¿Os pasáis el día predicando?

Cherra. No, si no hablas de política va bien y si hablas de política pues no creas puntos de encuentro. Aquí algunas veces se llega a esos extremos. O sea, se suele unir la gente también por política. Las reuniones de amigos se suelen centrar también en la política... no es que se reúna uno para hablar de política, pero sí que luego se reúnen para tomar copas los amigos de la política y el que tiene amigos que no son afines políticamente, tiene que evitar el tema de conversación. Si quieres mantener amigos que son de otra ideología, pues tienes que hablar de otra cosa.

Manuel. Está muy radicalizado. En los pueblos estos está muy radicalizado el tema. Hay mucha diferencia. Hay pueblos que tu dices: «Bueno pues está el PSOE y el PP». Pero es que entre el PSOE y el PP no hay mucha diferencia, o incluso en pueblos que está el PSOE e Izquierda Unida, pero bueno, está una Izquierda Unida más light. Pero en los pueblos nuestros hay una forma de entender la vida completamente diferente. Opuesta radicalmente, enfrentada al sistema. Entonces, evidentemente, es lo mismo que cuando nos enfrentábamos al régimen de Franco, ahora es lo mismo, es igual. Es otro régimen, pero es el mismo. Un régimen que tiene una cara más amable, pero que en definitiva es una cosa a la que tú te tienes que enfrentar de manera muy fuerte, porque no hay medias tintas. Entonces pues hay gente que no, que la radicalidad esa no le gusta. Y es verdad que... por ejemplo Pedrera está prácticamente partida por la mitad. Aquí tenemos la mitad del pueblo que está con nosotros, sino a muerte por lo menos muy identificada con nosotros, y la otra mitad que nos quieren ver en la hoguera. Y aquí estamos y aquí nos movemos. Y la gente joven igual, eso se va transmitiendo. Y no ya la gente joven. ¡Los niños en la escuela, vamos! Se pelean unos y se dicen unos a otros: «¡Tú eres del PSOE! ¡Pues tú eres...!».

Rocío. «Tú eres del PSOE». [Risas]

Cherra. Es que es verdad, que no es cachondeo.

Manuel. Sí, sí, es muy fuerte. Ahora entramos en una época por el tema de las elecciones... es increíble, eso es increíble, vamos. ¡Niños en la guardería! Hay dos proyectos diferentes y se ven.

Rocío. De familias divididas, peleadas. Familias que... en los pueblos así donde todo el mundo se conoce, donde todo el mundo nos conocemos, es que está todo muy politizado, entonces estás aquí o estás ahí, no caben medias tintas.

Manuel. Luego, no es porque tengamos nosotros unas prácticas radicales. En las formas nosotros no somos radicales.

Rocío. Ni violentos.

Manuel. Nosotros somos pacifistas y además con unos modos que a mí me parecen hasta exquisitos, en algunas ocasiones, vamos. Tratamos a la gente entre algodones, los tenemos... bueno. Cuanto más enemigo sea mejor los tratamos para intentar que, ¡hombre!, nos entiendan, que nos comprendan.

Cherra. Como lo que intentas es ir sumando, tienes que hacerlo de esa forma. No sumas pegando palos.

Rocío. De todas maneras yo creo que en este pueblo, la gente joven sí participa en cosas concretas. Porque por ejemplo nosotros trabajamos en feria, una forma de financiar el sindicato es con una caseta de feria y todo el mundo trabaja voluntariamente para poder tener dinero para el resto del año. Y hay un día en que trabajan todos los jóvenes y trabajan muchísimos jóvenes. De hecho yo creo que más que en ningún otro pueblo. Es de los pueblos del Sindicato donde más jóvenes participan y trabajan desde las 11 de la mañana, que hay que estar ahí para empezar a montar, hasta que cierra por la noche. Que es todo el día trabajando, sacrificando todo un día de tu feria, que después decimos: «A los jóvenes les gusta mucho la fiesta...». Bueno pues, es una de las fiestas más... Es en agosto, están de vacaciones, una de las fiestas del pueblo que más gustan y sacrifican un día de su feria por trabajar por un proyecto colectivo, o sea que también participan en muchas cosas.

Pregunta. ¿Hasta que punto creéis que hay diferencias entre los grandes referentes de la cultura política andaluza de los setenta, como la reforma agraria o el andalucismo y lo de ahora? ¿Son hoy en día temas que motivan y que provocan a la gente joven?

MANUEL. Yo creo que la gente joven está muy despolitizada. Y luego los grandes temas, como eran los temas de la reforma agraria, eso a la gente joven no le llega. Ni a la gente joven ni a la gente mayor. Pero bueno todavía hay un núcleo de gente que le puede interesar el tema de la reforma agraria.

ROCÍO. Sí pero cada vez hay más gente que ya no está en el campo y como no está en el campo, la reforma agraria le da igual. Pues porque: «Como el campo es lo último y yo no quiero trabajar en el campo, pues me da igual».

MANUEL. Sí, sin embargo la cooperativa de Pedrera es una cooperativa que la gente la tiene como modelo. La gente quiere trabajar en la cooperativa de Pedrera, quieren ser socios de la cooperativa de Pedrera porque ven que, primero, se vive dignamente; segundo, hay buena relación, buena armonía, tienen un proyecto, se puede vivir del campo. Es que claro, eso comparado con que yo me voy a trabajar con un señorito: el día que llueve no cobro, el día que se pincha el tractor y no puedo ir tampoco cobro, eso no. La gente que se ha criado en el campo le gusta trabajar en el campo, otra cosa es que en el campo se ganan 38 euros (al día) y en la construcción pues ahora mismo se están ganando unos jornalazos de mucho cuidado. Que la gente está viviendo bien ahora con el tema del *boom* de la construcción. Entonces es diferente. Ahora, viendo que hay un sector de gente que sí, que todavía puede mirar para el campo, que todavía puede mirar que el tema de la reforma agraria puede ser una salida para el medio rural, la gente joven desde luego… Si la gente joven tiene inquietudes, la reforma agraria no está dentro de sus objetivos, eso es clarísimo, vamos. Otra cosa es que también se deba al desconocimiento, y también a que no ha habido una continuidad, a que no ha habido una formación, a que no ha habido una transmisión de valores de nosotros a la gente joven. Hay temas que nosotros teníamos y que siguen calando en la gente joven. El tema del andalucismo yo creo que se puede seguir explicando y eso tiene un caldo de cultivo interesante entre los jóvenes. Una reivindicación histórica del sindicato es el tema de las bases militares (de Rota y Morón), y eso sí tiene todavía vigencia entre la gente joven, quizás más entre la gente joven que entre los más mayores. El tema de: «¿Por qué tenemos que ceder nosotros una parte de nuestra soberanía a los Estados Unidos para que tengan aquí bases militares?». Eso también creo que cala en la gente joven. El tema de la solidaridad, sobre todo con los pueblos en

lucha, con Cuba, Palestina, con el Sáhara, sobre todo con pueblos dinámicos existe la solidaridad y eso también cala bien entre la gente joven. De hecho, ellos dos [Rocío y Cherra] están en una brigada de trabajo en Cuba. Hay cosas que siguen calando y cosas que están un poco oxidadas. Oxidadas en el sentido de que no son inquietudes de ellos.

Pregunta. ¿Ha habido algún intento de plantear nuevas reivindicaciones que puedan sustituir a las viejas reivindicaciones del SOC y aglutinar con ellas a más gente joven? ¿Han tenido los jóvenes dentro del SOC la posibilidad o la iniciativa de desarrollar sus propios temas?

Rocío. ¡Hombre! Son reivindicaciones históricas y que el sindicato lleva toda la vida con ellas. Yo cuando llegué me las encontré. Lo de la lucha por la tierra, la reforma agraria, eso lo he conocido de siempre. De hecho es que yo he conocido al sindicato luchando por la tierra, reivindicando la tierra para el que la trabaja, reivindicando la reforma agraria, en contra de los grandes latifundios, de los terratenientes. Yo lo he conocido siempre así. Y de hecho yo sigo pensando que tiene que seguir con esa reivindicación, que no la puede dejar atrás. Es más creo que ahora mismo con el [nuevo] Estatuto andaluz en el que se ha eliminado la reforma agraria, ¡vamos, es que era para darle dos tortas a Izquierda Unida! Y nosotros cómo… dentro de Izquierda Unida que ha votado a favor. Yo creo que esas reivindicaciones tienen que seguir y además creo que las mismas inquietudes que tienen los jóvenes, las tiene el sindicato. Las tiene dentro de sus valores, dentro de sus principios, pero no son los ejes principales de la organización. Lo que él [Manuel] ha dicho, nosotros estamos en todas [las asociaciones del pueblo]. El Sindicato es el eje vertebrador de los pueblos y estamos un poco en todas partes, pero esas inquietudes que tienen los jóvenes no acaban de formar parte... Forman parte de la organización pero no con la fuerza que yo creo que deberían tener. Y de todas formas, lo mismo que dije al principio, yo creo que son los propios jóvenes los que tienen que tomarlas. Si estas son nuestras inquietudes, tenemos que ser nosotros quienes pongamos en pie esa otra vertiente... Yo voy a defender la reforma agraria, pero no como mi principal objetivo. Pero si tengo otro, yo creo que también es verdad que las herramientas de lucha del sindicato están abiertas a que la gente las use. Y nosotros como jóvenes podríamos empezar a abrir esos otros campos de interés. El problema es cuando empezamos, cómo empezamos y luego ponernos de acuerdo los no jóvenes con los jóvenes (risas). Por ejemplo lo de

Cuba que hay allí, en El Coronil, la asociación nuestra. Hemos sido gente joven la que ha empezado a montarla y hemos sido gente joven la que nos hemos organizado, la que hemos trabajado, la que hemos buscado cómo financiar los proyectos, hemos pagado nuestros viajes... todo ha partido de nosotros y eso ha hecho que la gente sienta eso como suyo y que participen más activamente. Yo creo que...

Cherra. El sindicato no ha dejado de estar presente.

Rocío. No ha dejado de estar presente pero no...

Cherra. No lo ha organizado, la asociación no ha partido de una idea del sindicato para movilizar a la gente joven, pero la gente joven que ha participado, de una manera o de otra, es afín al sindicato. Así se ha hecho la brigada teniendo en cuenta la ideología o la filosofía del sindicato. Tú no has hecho una brigada para irte de vacaciones baratas, tú has ido a colaborar con un proyecto, a traer información, a divulgar lo que hay y demás. Un poco teniendo en cuenta que tú no puedes defraudar al sindicato, tú no puedes ir allí a hacer cualquier cosa, porque luego eso va repercutir en el sindicato, aun sabiendo que eso no lo ha organizado el sindicato, pero sabes que está detrás. O sea que los métodos de participación pueden ir también por ahí. Que a lo mejor no tenemos porqué trabajar como el sindicato, pero sí desde cierto punto, de acuerdo a esa forma de trabajo. Trabajamos a nivel asociativo, como se puede trabajar en las capitales, a través de asociaciones y demás, pero sabiendo que tienes detrás al sindicato que está ahí para otras cosas. Y a lo mejor cuando empiezas a trabajar con la gente joven dentro de asociaciones para proyectos concretos, pues se van creando las necesidades... no las necesidades, no sé cual es la palabra... porque ahora mismo no tienen esa necesidad o creen que no la tienen. Entonces pues habrá que despertarles esa inquietud, creo yo.

Pregunta. Parece que la historia de la lucha del SOC tiene un importante peso. ¿Cuál es el peso de la memoria histórica de la lucha del sindicato en vosotros? ¿Creéis que eso condiciona a la gente joven a la hora de acercarse a la militancia, a la participación?

Cherra. No creo que la historia de lucha que ha llevado el sindicato sea motivo como para echar para atrás. Además el sindicato tiene un poco la imagen de romántico, ¿no? La gente más bien se acerca por las

movilizaciones... A lo mejor tú no eres capaz de participar, pero sí cuando te enteras te gusta, sientes admiración, te gustaría haber estado, acabas por informarte. Yo creo que lo que hacen las movilizaciones y la historia de lucha del sindicato es atraer a gente. Aunque luego esa atracción no se materialice en afiliados o en militantes, pero sí en gentes simpatizantes, que la tienes allí un poco a la expectativa de lo que vas haciendo porque se sienten identificados con tu lucha.

Pregunta. Entonces ¿Es una historia que está presente?

Rocío. Yo creo que sí. Además se intenta que esté presente, por ejemplo ahora [2006] hemos celebrado el 30 aniversario y la idea es un poco esa: ver de dónde partimos, cómo se empezó, las dificultades que se han tenido, que se siguen teniendo, la gente que ha estado, los que siguen y los que se quedaron en el camino. Cada cinco años se celebra un aniversario, la idea es mantener viva esa historia. En los pueblos donde está el sindicato se conoce. Y luego por ejemplo en el 30 aniversario, se invitó a muchos colectivos, asociaciones que vinieron de afuera. De hecho tuvimos gente de Barcelona, del País Vasco en éste no sé, pero en el 25 (aniversario) vinieron. Así se intenta invitar a otros colectivos, a otras asociaciones. Y personalmente yo no creo que la historia del sindicato pese sobre la juventud. Yo creo que todo lo contrario, que la gente que ha vivido o que conoce esta organización se anima, porque además es un sindicato que sigue ahí, que no se ha vendido nunca y que sigue defendiendo lo mismo que había defendido antes y que sus militantes siguen siendo gente de base, gente normal, que vive como cualquier otro trabajador de a pie, que no tiene grandes lujos ni grandes cosas. Entonces es al revés, la gente lo entiende como un orgullo. Yo personalmente la historia del sindicato y lo que para mí es hoy el sindicato es el mayor orgullo, porque siguen teniendo los mismos valores que defendían entonces y la gente que está no ha traicionado sus principios, sigue estando ahí, tal y como empezó, sin aspirar a grandes bienes ni a tener grandes sueldos, ni muchos coches, ni grandes lujos. Siguen siendo trabajadores del campo, humildes, como cualquier otro vecino del pueblo. Yo creo que la historia es lo más atrayente del sindicato.

Manuel. En los pueblos donde está bien implantado el sindicato hay una conciencia colectiva de tener... algo más, un plus con respecto a otros pueblos. No necesariamente el que esté en el sindicato, sino cualquier

persona del pueblo. Cualquier jornalero de Pedrera que va a trabajar a un pueblo de Córdoba, no es lo mismo que vaya de Pedrera o que vaya de Trebujena o de más pa'lla, no, no es igual. Primero el empresario sabe que viene de Pedrera y ya sabe que no puede pagarle menos, porque es de Pedrera, no porque es del Sindicato de Obreros del Campo, sino porque es de Pedrera, que es un sitio donde está el Sindicato de Obreros del Campo. O que es de El Coronil, de Marinaleda, de Puerto Serrano, de Jimena, de Aguadulce, o sea que ahí hay una diferencia. Entre los trabajadores, de alguna manera, esa historia y ese movimiento ha pesado, ha pesado... Hay pueblos que son más respetados que otros. Nuestro pueblo es muy respetado fuera. El pueblo de Marinaleda, el pueblo de El Coronil… Pueblos donde el Sindicato se ha asentado bien son pueblos muy respetados, por los patrones y por los propios trabajadores: «¡Ah coño! ¿Que tú eres de Pedrera? Claro, es que allí en Pedrera, es que como tenéis esa unidad». O «¡ah, es que éste es de Marinaleda! Es que allí estáis muy unidos, allí aquello es otra historia». Los pueblos combativos suenan incluso por lo alto de las siglas del sindicato. Pero indiscutiblemente es toda esa historia, toda esa filosofía del sindicato la que se ha plasmado en los pueblos.

PREGUNTA. ¿Vosotros pensáis que eso puede haber hecho que estos pueblos se encierren en sí mismos, a la hora de conectarse con luchas que puedan desarrollarse en lugares más cercanos que Cuba, como son las capitales, Sevilla en este caso?

MANUEL. Lo que pasa es que el ámbito urbano y el ámbito rural son completamente diferentes. Ahora mismo, nosotros estamos... Las películas se estrenan en Madrid y luego van a las capitales de provincia y luego vienen a los pueblos. O sea que hay mucha diferencia cronológica de los problemas. El problema de la vivienda que ya está siendo un problema en los pueblos, lleva siendo un problema en las ciudades, pues yo que sé, treinta años. Sin embargo es ahora cuando los jóvenes nuestros, aquí en Pedrera, cuando están empezando a tener un problema serio de vivienda. De aquí para atrás no lo han tenido: han tenido un solar, que el padre les ha ayudado, que el otro, que pa'aca, que pa'alla, que el mismo se ha empezado a hacer la casa, que al final se ha hecho la casa sin muchos problemas, sin muchos sudores... Ahora empiezan los problemas. O sea que nosotros vamos un poco con treinta años de retraso con respecto a las luchas, o a las reivindicaciones, o a las historias que puedan tener los jóvenes urbanos con respecto a los

jóvenes de aquí. No quiere decir que nosotros nos repleguemos en nosotros mismos. No es esa la historia. Y por otro lado el tema de solidaridad, el tema de participar en otras movidas o en otras movilizaciones... A nosotros nos requiere muchísimo esfuerzo plantear una reivindicación o una movilización. Muchísimo esfuerzo. Nosotros tenemos que ir a las casas de la gente a sacarlos para que vayan a la movilización. O sea que es un esfuerzo que nos desgasta muchísimo. Nosotros no podemos decir: «Hoy a vamos a hacer el día por la paz o en contra de la... no se qué». Nosotros, tenemos capacidad de movilización, de llevar a la ciudad a quinientas personas. Tenemos capacidad de llevar a quinientas personas a la capital cuando es un problema que llevamos un año trabajando con el colectivo y al final conseguimos que quinientas personas vayan a Sevilla y se pongan delante de un Ministerio, delante de una Conserjería. Pero no hacemos así [chasquea los dedos] y la gente se moviliza. Hay un mal entendido en la ciudad con respecto a nosotros, que dicen: «¡Coño! Es que esta gente nada más que participan en las tomas de tierras o nada más que participan en lo que dice el dirigente del sindicato, o los dirigentes del sindicato, pero luego no son capaces de participar con nosotros, porque sería una movida muy bonita que todos los pueblos a la vez pudieran...». Perfecto, todo eso es perfecto. Pero no tenemos esa capacidad. Nosotros tenemos la capacidad que tenemos.

Rocío. Ni recursos.

Pregunta. Pero quizás la gente en los pueblos de hoy día es más urbanita en su modo de ver y entender el mundo de lo que erais vosotros.

Manuel. Sí, claro.

Rocío. Hace algunos años, cuando el decretazo, hubo una capacidad de movilización importante, muy importante. Muchos jóvenes ya no son del campo, pero otros muchos trabajan en el campo y los jóvenes no participaban, cuando eran unos de los más afectados por el decretazo. Y es que a los que más afectaba era a ellos... ¡Ay! lo digo como si yo no fuera. [Risas] Y sin embargo no participaban. Que es que a veces también es difícil saber cuando vas a acertar. ¿Con qué tema? A ver cuando doy en la tecla y ese es el tema. Y es difícil. De todas formas en los pueblos la gente, aunque tenga un estilo de vida más urbano, quiere volver a su pueblo y se va temporalmente a estudiar, está un tiempo fuera, pero la idea siempre es volver. No hay mucha gente que quiera quedarse en la ciudad.

Pregunta. Hemos visto que para el sindicato el trabajo es un valor. ¿Cómo es la visión del trabajo entre la gente joven? ¿Qué puede haber cambiado en esta visión del trabajo?

Rocío. La gente más mayor del sindicato lo lleva como bandera: el trabajo dignifica. Y yo decía: «Es que tenían que haber quemado en la hoguera al tío que dijo eso». [Risas]

Manuel. Al que inventó el trabajo.

Rocío. ¡Hombre! porque el trabajo no dignifica. Algunos trabajos dignifican. Yo le decía a Diego [Diego Cañamero]:[8] «Diego, yo me voy a coger aceitunas y me quieres decir ¿en qué momento del día me siento realizada? Porque es que no lo encuentro. ¿Cuándo me tengo yo que empezar a sentir digna? Porque es que no me siento». [Risas] Y ese orgullo del trabajador del campo yo creo que ha sido un invento de la patronal que ha calado en los trabajadores, porque al final lo único que ha hecho ha sido que el trabajador intente rendir el doble para demostrar ese orgullo de trabajador y ahorrarle salario al empresario.

Pregunta. Sin embargo Manuel nos decía que el trabajo en el campo es una de las cosas que dignifican.

Manuel. No, yo no lo decía en ese sentido. Yo lo decía por la dignidad de tener ese trabajo. Ella se refiere a otra cosa. Por un lado está la dignidad de decir: «Bueno, a nosotros siempre nos han dicho que el campo es lo último». Pero sin embargo el sindicato le ha dado la vuelta a eso y ha dicho: «Sin la gente del campo, la gente se moriría de hambre, con lo cual nuestro trabajo es mucho más importante que el del médico, o que el del maestro, o que el del ingeniero. Nuestro trabajo consiste en darle de comer a la gente, por lo cual es la necesidad primaria». Total que a partir de ahí nosotros hemos intentado que la gente se sienta orgullosa del trabajo que hace. Ahora bien, otra cosa es lo de trabajar mucho... Entregarse al trabajo.

Rocío. Ese orgullo del trabajador que tiene que demostrar que puede más que nadie.

---

8 Dirigente histórico del SOC.

Manuel. Eso es una historia porque si tú eres del sindicato y no eres el trabajador que más rinde en esa finca, la gente no te hace ni puñetero caso, no te echa cuentas. Dice «éste lo que no quiere es trabajar. Éste lo que quiere son otras historias». Entonces tú tienes que estar demostrando continuamente que tú trabajas más que el, que no quiere ponerse en huelga. A la hora de trabajar trabajas más, vas por delante de él, y le ayudas a él en su tarea y le ayudas al otro que viene más pa'trás. Y luego tienes que decir: «Yo no es que no quiera trabajar, es que en estas condiciones no se puede trabajar compañeros». Entonces a eso es a lo que se refería ella. Muchas veces dices: «Es que el dirigente del sindicato no puede ir al campo y hacer tres mierdas». Tienes que estar el primero y tienes que trabajar el primero...

Rocío. ¡Claro! Una cosa es ser el primero y otra es ir tirando de la cuadrilla, que al final lo que haces es reventar a tus propios compañeros de trabajo.

Cherra. ¡Pero estamos hablando de cosas diferentes!

Rocío. Yo me fui a la vendimia y había un chaval que era ese orgullo de trabajador del campo y el tenía que ir por delante... a los demás nos llevaba destrozados. [Risas] «Pero hombre ¡Párate ya!»

Cherra. No es ni siquiera eso.

Rocío. Pero espérate que lo cuente. Luego el decía: «Rocío, es que tu no trabajas en el campo». Es que era el reivindicar ese orgullo del trabajador del campo, de que él como trabajador del campo tenía que hacerlo bien, que a mí me parece bien que lo haga bien pero: «Tú estas aquí para ganar un jornal, vas a estar veinte días y estas cogiendo la uva en quince. Al final estas ahorrándole salario al dueño y estamos perdiendo los demás, que vamos a un ritmo forzado y que vamos a perder cinco días de salario».

Pregunta. ¿Y cómo habéis desarrollado el tema del cooperativismo? ¿En que frente de lucha lo enmarcaríais?

Manuel. El frente de la lucha por la tierra es el frente del cooperativismo. Primero tenemos que conseguir la tierra para hacernos cargo de la producción. Si no tenemos tierra no podemos producir. En

Andalucía la tierra está en manos de los terratenientes y tenemos algunas experiencias en las que el Sindicato de Obreros del Campo ha sido capaz de arañarle algunas tierras, o bien al capitalismo o bien al Estado. Le hemos arañado unas cuantas, tenemos siete, ocho o nueve cooperativas. En esa idea de la lucha por la tierra, nosotros queremos que la gente se interese por una finca y que sea capaz de tener la constancia de estar allí hasta recuperarla, hasta hacerla suya, hasta que se la tengan que dar, hasta que la Junta de Andalucía la tenga que comprar. Ahora tú preguntas: «¿Eso en la gente joven está arraigado?». Es lo que decíamos antes con el tema de la reforma agraria. Es que eso es ir haciendo reforma agraria, y eso pues la gente joven no lo termina de ver.

Pregunta. Vuestro concepto de propiedad de la tierra creo que es particular: se lucha por la tierra, pero a la vez tampoco se lucha por la propiedad en el sentido de propiedad privada.

Manuel. Bueno, eso es un concepto que tenemos en el sindicato, sobre todo en el comité ejecutivo, la gente más consciente, no queremos la tierra en propiedad. No queremos la tierra en propiedad porque la tierra en propiedad después nos traería más problemas. Por el momento aquí la gente con el tema de la propiedad privada es muy suya y los proyectos se pueden venir abajo por ese tema. Si la tierra siempre permanece pública, si la tierra es de todos, si la tierra no es de nadie pero es de todos, para nosotros preserva mucho más su función social.

Pregunta. ¿Y no tenéis miedo de que algún día la Junta de Andalucía os pueda retirar la tierra?

Manuel. No, mientras haya fuerza en el sindicato no la retiran, porque saben que nosotros vamos a luchar con uñas y dientes, y es muy difícil que ellos se pongan así. Ellos están locos por vendernos la tierra, porque además saben que en el momento que nos la vendan nos meten el bicho en casa. Dicen «venga, ya sois propietarios». Y ahora ya puede salir cualquier cooperativista que diga: «¡Pues quiero mi sexta parte, porque ya no quiero seguir en este proyecto y como yo soy dueño de la sexta parte quiero mi sexta parte!».

Rocío. No sólo cualquier cooperativista, si es patrimonio sindical puede salir cualquier afiliado que puede decir: «Mire, es que yo quiero mi parcela».

Manuel. No con el patrimonio sindical ya es más difícil. Pero si tú eres socio de una cooperativa y dices: «Quiero mi sexta parte», o «quiero mi quinta parte», o «quiero mi veinteava parte». Es que tú legalmente la puedes conseguir a través de un abogado y eso es un problema.

Pregunta. Bueno, ¿queréis hacer alguna reflexión antes de terminar esta entrevista?

Manuel. Que vamos a hacer la revolución.

Cherra. Eso, que vamos a ganar. Que tenemos el tiempo de nuestra parte digan lo que digan. [Risas] No sé, por lo que estamos diciendo de las cooperativas, yo creo que las cooperativas vienen como consecuencia de una lucha por la tierra y en el momento en que consigues la tierra, tienes que gestionarla y la forma en la que mejor se puede gestionar esa tierra, la más social, la que mejor puede influir en la economía de los pueblos, se cree que es la cooperativa y se apuesta por trabajar en cooperativa. Y en ese momento tienes que demostrar que eres un buen empresario cooperativista. Ya no basta sólo con que seas sindicalista, sino que en el momento en que consigues la tierra y eres cooperativista, tienes que demostrar que tu empresa funciona, tienes que dar ejemplo de que funciona para que se pueda seguir manteniendo la lucha por la tierra, porque si no ¿cómo vas a mantener el espíritu de la reforma agraria y de la lucha por la tierra, cuando la tierra que consigues no la gestionas? No es tan solo la lucha por conseguir una tierra, sino que en el momento que la consigues, es cuando empieza el trabajo de gestión y de demostrar que la cooperativa es un elemento transformador de la economía. Ahí hay otro trabajo muy importante que también hay que hacer.

Manuel. La comercialización también. Estamos pensando en hacer tiendas por los pueblos donde está el sindicato y empezar a comercializar todos los productos de las cooperativas de otra manera. Proyectos tenemos... Por eso necesitamos estar fuertes en el sindicato y tener también los ayuntamientos, porque eso nos da mucha cobertura a la hora de plantear proyectos y a la hora de avanzar. Nosotros en los ayuntamientos transformamos mucho. Si no estamos en los ayuntamientos, intentamos transformar lo que podemos, pero nos hace falta estar en los ayuntamientos. Realmente cuanto más poder tengamos mejor.

Pedrera, diciembre de 2006.

11. Politizar la tristeza

Colectivo Situaciones

Introducción a esta edición

Que el poder *entristece* –por medio de la amenaza y la esperanza– es un tópico de las políticas emancipatorias. Cada derrota viene inevitablemente acompañada por un debilitamiento de la voluntad de experimentación. Es la historia de las revoluciones vencidas y los reflujos de masas. ¿En qué medida la consigna que proponemos –«politizar la tristeza»– es parte de la tradición que reflexiona estos momentos, a partir de su oscuridad intrínseca? La respuesta no es segura, dado que –por una cuestión de método– no pretendemos ir más allá de la singularidad histórica que nos toca vivir, y por lo tanto preferimos evitar toda evocación de un tiempo político más extenso que se desplegaría de un modo cíclico, con sus momentos altos y bajos, de triunfos y derrotas.

Politizar la tristeza solicita una comprensión ligada a un momento histórico preciso: aquel que pone fin, en el extremo sur de América, a un modo de gestión política capaz de imponer un modelo neoliberal extremo desarrollado por las élites locales en subordinación directa a los consensos de las instituciones imperiales.

Un final paradojal puesto que al mismo tiempo que encuentra su clave en la resistencia de unos movimientos sociales que en su radicalización y extensión horizontal fueron destituyendo progresivamente todo el andamiaje para tales políticas –a la vez que iban instituyendo un cotidiano de sobrevivencia, lucha y transformación–, da lugar a un sistema de gobierno que, acudiendo a las capas narrativas heredadas de las luchas de los años setenta, desplaza la inventiva de estos movimientos y se instala en una ambigüedad que habilita dos lecturas diferentes de lo que cada vez más se plantea como una fase «postneoliberal».

Por un lado, una lectura *setentista* –ligada hoy a la narrativa oficial– que enfatiza el desmontaje –el cambio de orientación– de tendencias y rasgos fundamentales del neoliberalismo implementado a partir de la dictadura militar (mediados de los años setenta) en antagonismo directo con las organizaciones populares. Desmontaje que daría fin a un largo siglo de hegemonía oligárquica y que inaugura un periodo más complejo de compensaciones y negociaciones múltiples, con el fin de establecer los rasgos de ese modelo postneoliberal.

Hay una otra interpretación que se mantiene alerta al carácter paradojal del proceso, enfatizando el hecho de que el protagonismo de las luchas sociales en la crisis del 2001 –que tuvo como resultado la aceleración del punto final de la transición propiamente neoliberal– ha sido desplazado, adormeciendo las posibilidades inventivas para la configuración de esta fase. A elaborar esta segunda interpretación apunta el texto que aquí presentamos.

Como es sabido, la historia argentina reciente puede ser comprendida, a grandes trazos, a partir de ciertas fechas claves, como la última dictadura militar iniciada en 1976 que acelera el pasaje de un modelo de aspiraciones industriales a una economía primarizada y financierizada. La desestructuración del mundo obrero y la vuelta a la institucionalidad republicana en 1983 dieron curso a un periodo signado cada vez más por la dualización social. Hacia mediados de los años noventa, ya bajo el gobierno de Carlos Menem, cristaliza un nuevo tipo de protagonismo social que aprende a organizar la resistencia a partir de estrategias ligadas al territorio y a las vías de circulación (sobre todo los movimientos de desocupados «piqueteros»), las redes de autoabastecimiento económico (los diferentes nodos de los club de trueque), la recuperación de fábricas quebradas por parte de sus trabajadores, la convergencia de los movimientos de derechos humanos (los escraches de HIJOS), y la movilidad asamblearia en las ciudades, lo cual va formando un contrapoder capaz de contestar al aparato político estatal. La crisis de diciembre del 2001 expone de un modo amplio y definitivo esta nueva composición social del país. A partir de allí se suceden diversos intentos de estabilizar un gobierno para el territorio nacional, lo cual sucede –en un nuevo contexto regional– a partir del gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007) y tiende a consolidarse con el flamante gobierno de Cristina Fernández de Kirchner.

Politizar la tristeza surge en y de esta atmósfera como un intento de formular apenas algunas preguntas útiles:

- ¿Cómo comprender esos momentos de inflexión a partir de los cuales los procesos de radicalización y crisis social permiten vislumbrar un movimiento reflexivo, un ethos autónomo –respecto del capital y sus instituciones–, y luego son sucedidos por procesos de normalización, que interpelan a la cohesión, al reconocimiento de los daños acumulados y a la vocación reparatoria?
- ¿Cómo continuar vinculados al proceso social y político cuando las coordenadas cambian tan de prisa y surge la inercia a aferrarse a los modos de intervención política eficaces para un periodo anterior?
- ¿Cómo dar lugar a la «puesta en crisis» de los lenguajes cuando éstos se estabilizan como retóricas cada vez más desenraizadas, propias de una circulación reificada, dineraria?
- ¿Qué queda iluminado –como iniciativas, como problemas, como saberes– a partir de estos momentos de apertura y creatividad social?

El texto se corresponde con una elaboración colectiva de los años 2004-2006. Como se verá, la necesidad de formular estas preguntas forma parte de una esfuerzo mayor por renovar la imagen de la *cuestión política*, intentando evitar la recaída en consideraciones generales sobre los declives inevitables. En ningún caso pueden confundirse estas tentativas con una apología de la tristeza, de la pasividad o de la impotencia. El fin es justo el contrario. Conocemos de sobra las fantochadas que se disfrazan de «dispositivo militante para la lucha» para evitar romper los esquemas que anulan toda viabilidad de lo que esos mismos dispositivos anuncian. El «olvido» de la crisis –como posición ética, epistémica– aparece como tentación de «hacer nicho» sobre la base frágil de retóricas vanamente voluntaristas o académicas.

La tristeza hace estragos bajo la forma de esterilizaciones de acciones y lenguajes otrora combativos. *Politizar la tristeza* surge de un método del preguntar activo, incluso del angustioso preguntar, que aspira a reencontrarse con una vitalidad social más amplia y difusa, con un cuestionar social –esencia de la política emancipatoria– más extenso y profundo.

Buenos Aires, enero de 2008.

Previo

A más de cinco años de los sucesos insurreccionales de aquel diciembre argentino del 2001, constatamos hasta qué punto fueron variando nuestras interpretaciones y estados anímicos en torno a aquel acontecimiento. La tristeza fue el sentimiento que acompañó, para muchos de nosotros, una fase de este sinuoso devenir. Este texto intenta rescatar un momento de la elaboración de «esa tristeza» con una doble intención. Por un lado, mostrar que referirse a un proceso abierto implica ir más allá de las nociones de «victora y derrota» propias del ciclo anterior de politización, caracterizado por la toma del poder del estado como último horizonte emancipador. Por otro, compartir un procedimiento que nos permitió, en determinado momento, «volver público» lo que era un sentimiento íntimo de personas y grupos, como vía de reencuentro con nuestra apuesta al proceso histórico en curso. La difusión de este texto es un momento relevante en la construcción de esa *publicidad*.

La tristeza llegó luego del acontecimiento: a la fiesta política –de lenguajes, de imágenes, de movimientos– le siguió una dinámica reactiva, dispersiva. Y, junto con ella, lo que entonces se vivió como una disminución de las capacidades de apertura e innovación que aquel acontecimiento había puesto en juego. A la experiencia de invención social (que implica siempre también la invención del tiempo) le sucedió un momento de normalización. Se declaró el «final de fiesta» y se le puso fecha de vencimiento a la «excepcionalidad» vivida. Según Spinoza, la tristeza consiste en un estar separados respecto de nuestras potencias, respecto de lo que podemos. Entre nosotros la tristeza política tomó muchas veces la forma de impotencia y melancolía ante la creciente distancia entre aquel experimento social y la imaginación política capaz de desarrollarlo.

Politizar la tristeza resume como consigna una intención de resistencia: reelaborar lo iluminado por aquel experimento colectivo bajo una nueva dinámica de lo público, ya que lejos de haberse retraído o interrumpido, el proceso abierto entonces subyace como dilema en los rasgos de la Argentina actual. De allí que, en este contexto y bajo esa consigna, nos reunimos –los días lunes durante varias semanas de fines de 2005– un conjunto diverso de colectivos que teníamos en común la experiencia de *transversalidad* política vivida en Argentina en los últimos años: el Grupo de Arte Callejero (GAC), la comunidad educativa Creciendo

Juntos, los Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de los barrios de Solano y Guernica, el Colectivo de Comunicación Lavaca y el Colectivo Situaciones.

La curiosidad de los compañeros de «*what is to be done?*» nos llevó a reencontrarnos con las transcripciones de aquellos encuentros, realizados hace más de un año atrás. De allí extrajimos, primero, una serie de mecanismos de generalización de la tristeza, en conexión con los poderes que la organizan (I. La tristeza política); y luego, las cualidades de una recomposición capaz de resistirla (II. Politizar la tristeza). Al escribir este texto narramos inevitablemente desde nuestra propia perspectiva lo entonces discutido, lo cual implica –también inevitablemente– hacerlo al calor de una dinámica que continúa en marcha.

I. La tristeza política

1. *Se impone la lógica de los especialistas.*«Si hacés política, hacé política y si te dedicás al arte, no hagas política, porque en el arte estamos quienes manejamos el lenguaje visual, la estética, y podemos decir qué es arte y qué no lo es». El mismo tipo de frontera se impone desde las ciencias sociales y la filosofía: hay que distinguir quiénes son aptos para inventar conceptos y hacer uso legítimo de la investigación social, y quiénes se dedican a la «propaganda política». El especialista funciona por categorizaciones que tienen el efecto de «separar» y descontextualizar lo que se produce para subsumirlo en el lenguaje cerrado de un «campo» que se pretende autónomo y específico. Así, tras una época de «desorden», las categorías de los especialistas llegan para restaurar y resucitar las clasificaciones que –apuestan– nunca se disuelven del todo. El especialista exige tomar distancia de la experiencia vivida, porque en ese desapego aparece su propia «capacidad crítica». El análisis que realiza prescinde de las operaciones políticas que dieron lugar a una obra, una consigna o un movimiento. El efecto es de despolitización.

También están los expertos de la política, que organizan el desorden en un sentido opuesto: «Si no tenés una estrategia definida de poder, «lo tuyo» no es política, sino «activismo social», asistencialismo, periodismo, contracultura, etc.». Así, se confunde intencionalmente la hibridación que toda creación de nuevas figuras políticas supone, con una fiesta de disfraces luego de la cual los viejos poderes clasificatorios vuelven a distribuir uniformes.

Sin embargo, la hibridación supone cierta irreversibilidad: un hacer social que no acepta una inscripción subordinada dentro del juego de las nuevas gobernabilidades ni su reducción a mero objeto de estudio; una modalidad de la investigación micropolítica que resiste convertirse en doctrina; un modo de expresión callejera que hace estallar un nuevo canon *fashion*; o formas de comunicación que desisten reencauzarse hacia una renovada servidumbre en los grandes medios.

2. *Repetición sin diferencia.* Las claves de la productividad (expresiva y organizativa) alcanzada en un momento de efervescencia creativa (como el que conocimos en torno al 2001) habilita «fusiones» personales y grupales y mezclas de lenguajes en las que ya no importa tanto la autoría de lo que va surgiendo, como hasta qué punto las energías cuajan. Esas efectividades –aún cuando pueden revivirse una y mil veces– no resisten su repetición fuera de las situaciones en que arraiga su sentido, sin convertirse en *fórmula*. La tristeza surge con la constatación de este desarraigo, pero se perfecciona como política cuando la pura repetición se cristaliza y consagra como fórmula a la espera de aplicación. Lo que se congela en este automatismo de la fórmula es nuestra propia capacidad de temporalizar el proceso. Si crear tiempo consiste en abrir posibilidades, la tristeza política suele operar impidiendo elaborar lo vivido como posibilidad presente y futura. Lo pasado-vivo se cristaliza interrumpiendo su elaboración como memoria política. La melancolía nos paraliza bloqueando toda relación virtuosa entre lo pasado-vivido y el presente en tanto posibilidad. Lo que en su momento fue invención, se desfigura luego en molde y mandato.

3. *La duración como criterio de validez.* Una pregunta que recorrió los años 2001-2003 fue cómo se relacionaban los grupos y movimientos entre sí, a qué tipo de tareas conjuntas se llegaba por fusión y cuáles no permitían esa flexibilidad de conexión. En cada grupo o colectivo (artístico, político, social, etc.) surgió la interrogación por las prácticas que se desarrollaban más allá de sí mismos, en un *afuera común*. Una idea clave para habilitar esos encuentros fue la del «tercer-grupo»: agrupamientos por tareas que indiferenciaban grupos a la vez que los asociaban en verdaderos laboratorios de imagen, palabra y organización. La tristeza, en su afán de simplificación, concluye que la finitud temporal de la experimentación alcanza para desestimar su

valor, invisibilizando ese «afuera común» vislumbrado, así como los procedimientos destinados a darle forma; disipando, con ello, el sentido más profundo del proceso.

4. *Desprecio por la socialización de la producción.*«La obra no es patrimonio del que la produce», «cualquiera puede producir imágenes o conceptos, afectos o formas de lucha, medios de comunicación y vías de expresión». Estos enunciados tuvieron sentido mientras una suerte de producción colectiva impersonal logró difundir procedimientos y socializar experiencias de creación. Una lógica del «contagio» impregna en determinados momentos las formas de lucha, el plano de las imágenes y de la investigación, cuestionando el control que las empresas y sus marcas despliegan sobre el campo de los signos. La reacción normalizadora llega luego para gobernar esta expansión virósica, recodificando las significaciones circulantes y retomando el mando sobre ellas.

Asistieron a la normalización, en este nivel, diversos procedimientos:

– El vaciamiento de las consignas colectivas por la vía de la *literalización* (recorte violento de sus virtualidades). Por ejemplo, el «que se vayan todos», de diciembre del 2001;

– la atribución de un sentido escondido, producto de la «manipulación», como hábito de lectura de los fenómenos de creación colectiva («detrás de cada tendencia autónoma y horizontal no hay más que una astucia de poder...» o, toda movilización «en apariencia espontánea» encuentra su «verdad oculta» en los poderes que las «digitan» desde las sombras);

– los prejuicios más habituales del «economicismo reactivo», expresado en mil frases del tipo: «Los piqueteros sólo quieren conseguir dinero sin trabajar», «la clase media sólo sale a la calle si le tocan el bolsillo», y todos los modos de reducción del juego subjetivo a la crisis financiera;

– la identificación mecánica de lo «micro» con lo «chico», juicio a priori según el cual las formas concretas de la revuelta son identificadas con un momento previo, local, excepcional y recortado respecto de una realidad «macro» («mayor»), que debe ser administrada según las pautas que brotan de la hegemonía capitalista y sus sistemas de sobrecodificación.

5. *Las máquinas de captura.* El clásico dilema sobre las instituciones –¿participar o sustraerse?– fue en cierto modo superado en el momento de mayor energía social. Los recursos que los colectivos y movimientos arrancaron a las instituciones no dictaminaban el «sentido» ni de su uso ni de su funcionamiento. Por el contrario: pasaban a ser engranajes de una máquina diferente, que revestía de un sentido otro a la forma de relacionarse con esas instituciones, sin ingenuidad, verificando prácticamente cómo esa dinámica dependía de una relación de fuerzas. El surgimiento de toda esta serie de procedimientos extrainstitucionales, simultáneo al momento de mayor presencia y palabra de los movimientos en la escena pública, aspiró a una democratización radical de la relación entre dinámica creativa e institución, sentido y recursos. Las instituciones que intentaron registrar el significado de esas novedades no fueron más allá, en general, de una renovación parcial: no tanto por negar los procedimientos puestos en juego por los movimientos y colectivos, como por olvidar las implicancias reorganizadoras de la dinámica institucional que tales instancias procuraban; no tanto por intentar donar un sentido contrario a las aspiraciones de los movimientos, como por la subestimación del plano mismo de los movimientos como lugar en el que se plantean problemas relativos a la producción de sentido.

6. *La autonomía como corset.* Hasta cierto momento la autonomía fue un cuasi equivalente de transversalidad entre colectivos, movimientos y personas. Esa resonancia positiva funcionaba como superficie de desarrollo de un diálogo instituyente por fuera del consenso del capital y los «amos» alternativos de los aparatos partidarios. Pero la autonomía, una vez convertida en *doctrina,* se insensibiliza respecto de la transversalidad de la que se nutre y a la que debe su potencia real. Cuando la autonomía se transforma en una moral y/o en una línea política restringida, se ahoga en una particularidad estrecha y pierde su condición de apertura e innovación. Para los grupos y movimientos autónomos la tristeza aparece como amenaza de cooptación o abandono de la búsqueda. También como culpabilización por lo que no hicieron, por lo que «no fueron capaces», o justamente por ese devenir paradójico de la normalización, que trae como consecuencia un cierto modo de resentimiento.

7. *La vedetización abrupta.* La performance de masas que supuso el estallido del contrapoder en Argentina de fines del 2001 vino acompañada de un violento cambio de mapa respecto de quiénes eran los actores relevantes, pero también de los parámetros para comprender y tratar con este nuevo protagonismo social. La espectacularización (tal vez inevitable) espectaculariza: instituye vedettes y establece voces reconocidas. La relación consumista con las zonas «calientes» de conflicto condujo a un brutal cambio de clima, en el que los colectivos y movimientos pasaron de ser observados, aplaudidos, acompañados y señalados, a ser repentinamente ignorados e incluso despreciados, lo que se suele vivir con una mezcla de soledad extrema, decepción y culpabilidad.

II. Politizar la tristeza

Politizar la tristeza no quiere decir, como podría interpretarse, pensar y hablar «de» ella, sino partir de su realidad: «en» y «contra» ella. Una política «en» la tristeza no puede ser concebida como una política triste. Justo lo contrario de una política falsamente festiva, en realidad sórdida, y esencialmente melancólica, la politización de la tristeza busca enfrentar la tristeza con la alegría de la politización: un ejercicio de reapropiación y reinterpretación de lo hecho hasta aquí como proceso y no como mera facticidad que se nos impone. El contenido de esta búsqueda puede ser expuesto en algunos puntos:

1. *Una nueva intimidad* capaz de sostener una recombinación entre acción más espontánea e inmediata y proyectos que requieren de un mayor sostén en el tiempo y que demandan un cotidiano más cuidadoso, en el cual sea posible escuchar y ser escuchado incluso cuando las coincidencias de percepción resultan más oscilantes. Se trata de conquistar una mayor soberanía sobre dimensiones de la vida diaria y colectiva capaz de elaborar, en la tranquilidad, una renovación de la coordinación entre niveles temporales y existenciales.

2. *Elaborar el acontecimiento a la luz de la memoria como potencia.* Lo pasado cargado de potencia es un terreno abierto a las interpretaciones más diversas. No se trata de abanderarse en él, y quedar a la expectativa

de una repetición literal, sino de elaborarlo como fuente de inspiración y saberes en la búsqueda constante de nuevas aperturas. El proceso no finaliza en derrotas y victorias, pero nosotros sí podemos quedar congelados y apartados de su dinámica. Aprender a desarmar las formas y fórmulas, antaño exitosas, no puede significar un fenómeno del orden del arrepentimiento o de la simulación. Al contrario, «soltar» la forma de la que nos agarramos en la melancolía sólo puede resultar saludable al interior de una renovación de la apuesta al proceso que exige despertar la sensibilidad y la intuición de posibilidades. Soltar una forma sólo puede querer decir, entonces, recuperarlas todas como posibilidades; armarse de una auténtica memoria política.

3. *Sin victimismos.* Afrontar la tristeza permite formulaciones que la vieja «derrota» obturaba: si la derrota nos quitaba de juego por un largo periodo (el del «triunfo de los otros», los capitalistas y los represores), la tristeza –más humilde– sólo señala nuestra desconexión momentánea en un proceso dinámico, que no tiene por qué ser pensado como fase larga (de estabilización) periódicamente interrumpida (por las crisis de dominación), sino más bien como proceso continuo, permanentemente atravesado y atravesable por la lucha política. ¡Claro que el poder entristece! Pero, por eso mismo, la política en proceso desobedece, se reintegra en la propia potencia (por mínima que sea). Si la tristeza es ante todo interrupción del proceso, no cabe entonces el victimismo, que es un modo de acomodarse en ella. La tristeza no es sólo política del poder, sino –y sobre todo– la circunstancia en la que las políticas del poder adquieren poder.

4. *Potencia de la abstención.* Si la potencia del hacer se verifica en la soberanía democrática que logramos actualizar en ella, la prudencia de la politización de la tristeza tal vez pueda comprenderse como un «abstenerse» en el que la quietud y aparente pasividad conservan radicalmente su contenido activo, subjetivo. Un «prefiriría-no-hacerlo» que no se identifica con un mero abandono a las fuerzas retrógadas que se ciernen sobre el mundo, sino –al contrario– como modo de la prudencia que consiste en no renunciar a darse tiempos, palabras y formas propias. Una disponibilidad contra todo pronóstico y «a pesar de todo». No un dejarse estar, sino todo lo contrario: una aparente inmutabilidad que nos evita ser arrastrados o simplemente conquistados, y que requiere por tanto de un pensamiento atento y ágil.

5. *Nuevos espacios públicos.* La existencia pública se instituye inevitablemente en el modo en que aparecemos, y un aparecer que interroga es un aparecer radicalmente político. E incluso allí, en las apariciones, cabe distinguir entre preguntas presuntuosas, y aquellas otras que buscan realmente comprender las dinámicas de los procesos. La institución de espacios públicos donde aparezcamos con nuestras verdaderas preguntas, dispuestos a escuchar el contenido de las situaciones, no requiere de condiciones excepcionales, pero sí de una institución no estatal de lo colectivo. Se trata, en todos los casos, de lo que las Mujeres Creando llaman «políticas concretas», en cuyas dinámicas hemos podido reecontrarnos durante el último año. Elaborar lo público no estatal e investigar las formas de su institución son modos concretos de no quedar atrapados en la distribución de lugares que la normalización pretende imponer.

6. *La reelaboración de lo colectivo.* Lo colectivo como premisa y no como sentido o punto de llegada: es decir, no tanto como subsistencia de una forma de intervención determinada y adecuada a un periodo, sino también como ese «resto» que surge de un esfuerzo de escucha y traducción renovadas. No sólo como coordinación de actividades y consignas, sino también como condición cuidada para el despliegue de una nueva percepción, sin esquemas a priori sobre las formas mismas del agrupamiento. Lo colectivo como nivel de la producción política, como desarrollo de la cooperación, y a la vez como mutuo acompañarse en la experiencia. Tampoco se trata de fórmulas de grupo, sino de elaborar claves y preguntas, intervenir sobre las situaciones para reelaborar, en fin, lo colectivo mismo. Lo colectivo-comunitario es siempre un desafío de apertura respecto del mundo. No meramente un mirar al «exterior», en los términos de la topología clásica dentro-afuera, que distinguiría un «adentro comunitario» y un «afuera exterior», sino más bien lo colectivo como complicidad en la aventura de convertirse en una interfase situacional en el mundo. Los colectivos, no tanto como grupos de agitación (o en su opuesto, de autoayuda) sino como instancias vivas de elaboración. No tanto un activismo del moverse, cuanto una nueva eficacia en la participación, con tonos variados y variables, del proceso.

III. Pensar la transformación del momento y el «reconocimiento»

Para terminar, una hipótesis: la dinámica en curso da lugar a lo que podríamos llamar una «nueva gobernabilidad» (nuevos mecanismos de legitimidad de las élites, pero también innovaciones en los modos de concebir la relación entre gobierno y movimientos; entre política internacional y política «interna»; nueva orientación de integración regional y multilateralismo global). Prolongar la tristeza redunda en un aislamiento respecto de esta nueva fase del proceso.

En tanto «traducción» del acontecimiento, la «nueva gobernabilidad» distribuye reconocimientos a las dinámicas instituyentes y abre espacios de juego inimaginados en la fase anterior del neoliberalismo puro y duro. Sin embargo, este reconocimiento se da de un modo formal y limitado; a veces, incluso, sólo como astucia táctica para prolongar viejas estructuras y concepciones. La ambivalencia de la situación actual se expresa en que de manera simultánea existe un reconocimiento de las dinámicas colectivas instituyentes y un esfuerzo por controlarlas y redireccionarlas. No hay lugar para el sentimiento de «éxito» por lo primero, ni de «fracaso» por lo segundo. Con la deriva que va de la tristeza política a la politización de la tristeza intentamos inventar modos de asumir los dilemas que se nos abren ante el riesgo siempre presente de perdernos en los binarismos fijos, y por tanto ilusorios, que se nos aparecen como victoria-derrota, éxito-fracaso. Paolo Virno resumió lo que se abre ahora ante nosotros: en el más allá de la oscilación viciada entre cooptación y marginalización se juega la posibilidad de una «nueva madurez».

Buenos Aires, martes 13 de febrero de 2007.

12. La lucha por la autonomía en México

Colectivo La Guillotina

En México nos encontramos en un proceso de recambio y reorientación de las luchas sociales. Tras 25 años de demolición social, como califica Sergio Zermeño a la política social de las administraciones tecnocráticas impuestas por el FMI desde 1982, la sociedad mexicana se encuentra, por una parte, frente a un gobierno derechista sin legitimidad ni agenda social y, por otra, la parálisis política y el vacío de alternativas de las izquierdas partidarias y los movimientos corporativos. Esto hace que sectores cada vez más amplios comiencen a pensar en la creación de un poder social autónomo, pues el poder social subordinado a las políticas de los partidos ha sido hasta el momento, más que un instrumento de cambio, un instrumento de control. Esto no es resultado de un giro ideológico sino del hecho de que la mayoría de la sociedad ha sido expulsada de la política formal. La imposición de las políticas llamadas neoliberales ha cerrado los vasos comunicantes de la sociedad y el Estado que alguna vez existieron. Esto ha obligado a que los nuevos movimientos sociales volteen cada vez más hacia diversas experiencias radicales y novedosas de autonomía como los Caracoles neozapatistas de Chiapas y la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO). Pero éstas constituyen sólo los movimientos más destacados de una vasta gama de experiencias de autonomía y autogestión que están cambiando la forma de hacer política y de concebir la reforma social de un sector de las izquierdas mexicanas.

En México el desarrollo del capitalismo ha sido históricamente antagónico con el concepto de autonomía, entendido como la capacidad de los individuos y las colectividades de actuar con independencia del Estado y de autogobernarse, que es uno de los supuestos en los que descansa el liberalismo político. La sociedad mexicana fue corporativizada y asfixiada política y culturalmente durante décadas por un sistema de

partido hegemónico, que organizó el proyecto capitalista del país después de la Revolución Mexicana. Durante cerca de un siglo la demanda de autonomía política se ha contrapuesto directamente contra una dominación que hoy continúa. Efectivamente, a pesar de que el antiguo Partido Revolucionario Institucional (PRI) ya no tenga la presidencia ni sea tan hegemónico como antes, sigue siendo el partido más organizado a nivel nacional.

El lugar del antiguo monopolio priísta lo ocupa hoy un sistema político-electoral, supuestamente plural y democrático. Pero eso solamente es una simulación. La realidad es la subordinación de las instituciones a los intereses económicos más fuertes, la usurpación del espacio de la opinión pública por los monopolios de los medios masivos de comunicación, la inexistencia del Estado de derecho, la autorreferencialidad institucional y una clase política mafiosa, divorciada y muchas veces antagónica a las demandas sociales. El gobierno de Calderón no apela al consenso sino a la fuerza de la ley más allá de la ley. El Estado mexicano ha quedado convertido en un enclave de las empresas multinacionales y de los intereses financieros globales, subordinado a las estrategias de la hegemonía estadounidense, como la «Guerra al terrorismo» y la «Guerra al narco». Éstas han iniciado una escalada de imposición del estado de excepción como instrumento jurídico-militar para imponer el «Plan México», que como su homólogo colombiano, es un plan de militarización que además de otorgar un protagonismo extraordinario a las fuerzas armadas en la política mexicana, está inscrito en una estrategia que implica la penetración de las fuerzas armadas estadounidenses en territorio mexicano. Esto pondría a toda la sociedad mexicana bajo el control directo del gobierno y los tribunales de Estados Unidos. El gobierno de Calderón fue impuesto precisamente para tratar de contener a una población excluida, aun cuando no tiene otra agenda social que no sea la criminalización de la pobreza y el descontento. Esta situación ha puesto en crisis todos los mecanismos de la dominación tradicional y las viejas formas de organización social.

El PRI fue un mecanismo de control que sin embargo tenía que respetar ciertas reglas impuestas por la participación social en la revolución mexicana. El PRI más que un partido político hegemónico en sentido estricto fue un organismo intermediario entre la sociedad y el Estado que a la vez que imponía disciplina con mano férrea servía como canal de gestión de las necesidades sociales mediante sus organizaciones clientelares y corporativas. Ser militante del PRI significaba

participar en la toma de decisiones y la resolución de conflictos, y también en la corrupción legendaria de la dictadura priísta. De ahí su eficacia y su perdurabilidad. Esto creó un escenario político-social peculiar, en el que las categorías con las que se quiso explicar la lucha política europea no tienen traducción ni aplicación. Ni vivimos en una democracia liberal, ni han sido los trabajadores asalariados, todavía atrapados en las redes del charrismo sindical, los que han generado las respuestas políticas más vigorosas e interesantes. Las izquierdas partidarias y los trabajadores se encuentran aún inmersos en una dinámica estatalista, trazada desde años atrás, que ha quedado reducida a la impotencia al aceptar las reglas de un sistema político en el que los dos partidos de la oligarquía, el PRI y el PAN, se han unido para cerrarles el paso, cosa que no ocurre en ningún otro país de Latinoamérica en la actualidad. La imposición de Calderón en la presidencia también ha desdibujado la apuesta restringiendo el proceso de democratización a la democracia electoral y parlamentaria. Los gobiernos del PRD y sus fracciones parlamentarias no han significado un avance democratizador, todo lo contrario, han pasado a negociar con los grupos de poder regional y se han amalgamado con ellos, desplazando con desprendimientos del priísmo a los movimientos situados a su izquierda, que se ven a su vez marginados y criminalizados como bajo la dictadura priísta.

Han sido los pueblos indígenas, tal como quedó patente tras el levantamiento neozapatista de enero de 1994, quienes han comenzado a desarrollar conceptos y prácticas que paulatinamente se van perfilando dentro del espectro de las luchas de resistencia y como alternativa a un referente que cuestiona el estatalismo que sigue asfixiando la política mexicana, obligando a una redefinición de los objetivos políticos de la lucha social y de las maneras efectivas de lograr un cambio democrático. Esto es precisamente lo que ha abierto espacio a los conceptos de autonomía, que los pueblos indios han desarrollado durante 500 años de resistencia contra el colonialismo partiendo de su propia visión del derecho, la ética y la política. Las culturas milenarias que aún viven y se desenvuelven en el país siempre han estado en conflicto con los proyectos políticos eurocéntricos que se desarrollaron durante 300 años de colonialismo español y 200 de nación independiente. El Estado nacional se construyó en todo el continente americano sobre los cadáveres de los Otros, de los indios. En México, como han señalado diversos estudiosos, entre los que destaca Carlos Bonfil Batalla, la cultura española está encima de la mesoamericana (la iglesia construida encima de

la pirámide), sin embargo el *México Profundo* ha sobrevivido vigoroso a pesar de que ha tenido que hacer la guerra, negociar, aceptar imposiciones culturales y políticas. Esto ha llevado a los pueblos indios a ensayar todas las vías posibles de resistencia.

Los indígenas mexicanos han desarrollado por eso una identidad múltiple: como indígenas, como campesinos, como mexicanos y muchas veces como participantes de las izquierdas o del PRI, que sigue manteniendo una militancia indígena importante. Esta identidad múltiple ha posibilitado la articulación de una praxis política compleja en la que los movimientos indígenas de izquierda han incorporado a su propia cultura los idearios libertarios y socialistas. No se trata de algo reciente. Sino de una constante desde el siglo XIX. El Partido Liberal Mexicano de los Flores Magón logró influenciar la lucha popular e indígena con su ideario anarquista y libertario. Los ejércitos campesinos de la Revolución Mexicana, los zapatistas y los villistas integraron ese ideario en su lucha y lograron llevar las demandas campesinas y obreras a la Constitución. El régimen postrevolucionario tuvo que reconocer las figuras del ejido y la propiedad colectiva de la tierra que permitió la sobrevivencia de las culturas indígenas, que prontamente comenzaron a replantear el problema del reconocimiento oficial de sus formas de gobierno y la autonomía cultural y política de los pueblos indios. Inclusive antes de que las luchas indígenas salieran a la palestra mundial con el EZLN, los movimientos indígenas ya habían logrado que fuera reconocida su autonomía en algunos estados de la República Mexicana. Los yaquis obtuvieron durante el cardenismo la autonomía del Valle del Yaqui, Sonora, como un reconocimiento a su destacado papel militar en la Revolución. Luego en las constituciones de Oaxaca, Chihuahua y Campeche fueron reconocidos los derechos de autonomía, entendida como:

> La expresión de la libre determinación de los pueblos y comunidades indígenas como partes integrantes del Estado de Oaxaca, en consonancia con el orden jurídico vigente, para adoptar por sí mismos decisiones e instituir prácticas propias relacionadas con su cosmovisión, territorio indígena, tierra, recursos naturales, organización sociopolítica, administración de justicia, educación, lenguaje, salud y cultura.
>
> Ley de derechos de los pueblos y comunidades indígenas de Oaxaca, artículo 3, IV.

De los 570 municipios del Estado de Oaxaca, por ejemplo, 412 eligen a sus autoridades mediante el sistema de «usos y costumbres», una situación que es resultado de un conflicto continuo entre las formas de organización autónoma indígena y las presiones en contra de estas prácticas por parte de los poderes estatales y federales.

La autonomía indígena y las izquierdas

El prejuicio antiindígena que impuso el colonialismo español en México, y que fue asumido por las élites criollas del México independiente, ha tenido un enorme arraigo en la mentalidad mexicana y latinoamericana, y no sólo en la conservadora, sino también en las mentalidades «progresistas», que veían en la resistencia indígena y en su insistencia autonómica la persistencia de prácticas atávicas que los alejaban de las ventajas del progreso. A pesar de que en el siglo XX las izquierdas latinoamericanas, inscritas en un criollismo ciego ante la otredad indígena, soslayaran las particularidades culturales de los pueblos indios, considerándolos solamente como campesinos pobres en proceso de proletarización forzada, Mariátegui ya había planteado la posibilidad de un pensamiento indígena socialista, que tendría como base las prácticas de democracia directa comunitaria y el pensamiento cósmico que rige sus civilizaciones. No se equivocó. Hoy los movimientos políticos indígenas son los protagonistas más importantes, fuertes y creativos de las luchas sociales en Latinoamérica.

En el caso concreto de México, el EZLN, la APPO y diversos movimientos indígenas rurales y urbanos han puesto en cuestión el vanguardismo político, su discurso unidireccional e imperativo, inscrito dentro del cosmos indoeuropeo y sus tradiciones autoritarias y patriarcales. El neozapatismo logra remontar lo que Armando Bartra define como «una absolutización mágica del momento revolucionario», trampa en la que ha caído una y otra vez la izquierda y que ha postpuesto el proceso de cambio para después de la «toma del poder». Para los indígenas, el poder no se toma porque no existe un poder separado de la sociedad. La política como despliegue del poder social se construye desde abajo, desde la decisión comunitaria e individual, desde la asamblea, desde la autonomía y las alianzas tácticas y estratégicas. Como sintetiza muy bien Sergio Rodríguez Lazcano:

> Hasta hace algún tiempo la visión hegemónica en el seno del pensamiento de izquierda era que no sería posible construir nuevas relaciones sociales sino hasta después de la toma del poder del Estado. Se decía que la construcción de nuevas relaciones sociales solamente era viable en momentos específicos de confrontación social y que estos momentos duraban muy poco y que o se pasaba a la toma del Estado o se volvía a una normalidad reaccionaria. Igualmente se planteaba la idea de que era imposible alterar la forma de dominación. Cuando mucho la democracia representativa solamente podía ser complementada por formas de democracia participativa que le permitieran a la gente decidir sobre las cosas menos trascendentes. La experiencia zapatista, demuestra lo equivocado de estas ideas.[1]

El *mandar obedeciendo* y el *caminar que pregunta y escucha* son dos ideas clave lanzadas por el neozapatismo que han replanteado el problema de la soberanía, de la autonomía y del derecho de resistencia y rebelión. Las propuestas indígenas han obligado al pensamiento de la izquierda radical a reconocer el diálogo que sabe escuchar y el acuerdo legítimo. Estos conceptos provienen, como lo ha señalado el filólogo Carlos Lenkersdorf, del pensamiento indígena, cifrado en el diálogo intersubjetivo de manera más radical que el pensamiento europeo contemporáneo. El pensamiento del pueblo Tojolabal de Chiapas, estudiado por Lenkersdorf, no puede considerar como *cosa* a ningún ser vivo y consciente, lo que incluye no sólo a todos los seres humanos (hombres, mujeres, ancianos y niños), sino también a plantas y animales, a las montañas y los valles, a las estrellas... Los tojolabales, como todos los pueblos mayas de México y Centroamérica, viven dentro de un universo cambiante y dialogante que se expresa políticamente en su democracia comunitaria.[2] Si todos los seres tienen dignidad merecen respeto y merecen ser escuchados, ser tomados en cuenta. Cuando discuten en sus asambleas, todas las mujeres y hombres tojolabales hablan y se escuchan, sólo así llegan a tener acuerdos consensuados que son obligatorios en su cumplimiento y ejecución. Por ello buscan la veracidad de la palabra empeñada y le dan sentido a palabras como participación, democracia y autonomía.

La irrupción de los movimientos indígenas es la de otros mundos, como ha insistido el subcomandante Marcos. Mundos inconmensurables con el nuestro. Sin embargo, los mundos indígenas están haciendo

---

1 Rodríguez Lazcano, 2007.

2 Lenkersdorf, Carlos, *Los hombres verdaderos, voces y testimonios tojolabales,* México, Siglo XXI, 1996; y *Cosmovisión Maya,* México, Ce Acatl, 1999.

un esfuerzo enorme por comunicarse con nosotros. De hecho, el problema más serio que han tenido es cómo interpelar al absoluto occidental que, como señala Enrique Dussel, está cerrado sobre sí mismo. El pensamiento moderno y, por lo tanto, los sentidos comunes de las sociedades colonialistas y ex coloniales, son eurocéntricos. Durante siglos el carácter imperativo de las culturas indoeuropeas ha llevado a sus portadores a considerar a los otros como enemigos o como cosas. Por eso estos Otros han tenido que confrontar mediante lo que podríamos llamar una irrupción *analéctica*, es decir, desde *fuera* (Dussel), los estereotipos racistas que buscaban sepultarlos de manera prejuiciosa en un supuesto anacronismo insuperable. Aunque el eurocentrismo colonialista sigue reproduciendo los estereotipos antiindígenas, la realidad se ha encargado de demostrar lo contrario, el anacronismo de la mentalidad eurocéntrica y la actualidad de una resistencia que se renueva e inyecta un nuevo sentido a la lucha social.

El neozapatismo inició un proceso de autocuestionamiento comunitario que no cabe dentro del debate norteamericano y europeo entre el liberalismo y el comunitarismo. Lenkersdorf señala que existe una oposición profunda entre la comunidad indígena concreta y la sociedad capitalista: ambos mundos están confrontados, históricamente sus valores son antagónicos. Pero no podemos pensar el planteamiento autonómico neozapatista en el marco de un comunitarismo identitario tradicional, sino en el de una revolución inter e intracomunitaria, en la que la idea de la dignidad indígena se proyecta hacia la lucha por la dignidad de todos los miembros de la comunidad, en el marco de un paradigma político que parte de la normatividad de la lucha por los derechos humanos.

Las mujeres indígenas zapatistas al pugnar por su participación plena en la vida política comunitaria abrieron una puerta contracultural que los relacionó con otras experiencias y luchas. Su lucha por el reconocimiento de la diversidad cultural y étnica se tornó rápidamente en una lucha de las diversidades en rebeldía. El neozapatismo como movimiento indígena y campesino reconoce y converge entonces con el ecologismo, el movimiento LGBT, la lucha de las sexo servidoras, de los punks, skinheads, skatos y derivados, de los obreros y los trabajadores, de diversos sectores oprimidos y en resistencia. Esto es lo que hizo que el movimiento neozapatista fuera un catalizador de la convergencia de movimientos que antes aparecían dispersos y marginados de la política. Y como ya es lugar común afirmar, esta política de convergencia

impactó en los *mass media* de la sociedad espectacular con un mensaje difícil de encriptar y asimilar. El EZLN no es una *guerrilla de Internet*, más bien la red fue una caja de resonancia formidable para un mensaje legítimamente rebelde.

Las prácticas democráticas del neozapatismo y de otros movimientos indígenas y campesinos de México y América Latina son resultado de una larga experiencia que ha mostrado que las organizaciones comunitarias y sociales que practican formas de organización más democrática, que son más dialogantes, críticas y objetivas tienen más efectividad y a la larga generan más impacto político y social que las organizaciones verticales y los conceptos vanguardistas, sean estos populistas o socialistas. La represión es muy eficaz en desarticular organizaciones verticales, incapaces de impedir la compra o el asesinato de dirigentes y reproducir prácticas autoritarias, clientelares y corporativas. Es falso el supuesto antagonismo entre las izquierdas movimientistas y las partidistas, porque esta discusión se da entre formas que viven en el fetichismo político.

Marx y muchos otros pensadores libertarios cuestionaron de principio la fetichización del Estado, que pone a la capacidad técnica y administrativa de la organización estatal en el centro de la disputa política. Se fetichiza al Estado, se le vuelve autorreferencial, como si fuera una entidad separada de la sociedad, artificial y poderosa en sí misma, y se quiere «tomar el poder» para construir otro Estado que en vez de promover el capitalismo promueva el socialismo. Los estalinistas sepultaron la crítica de Marx con los lodos de un vanguardismo esteril y un estatalismo totalitario, y controlaron los movimientos socialistas para traicionarlos en el tablero de la diplomacia internacional. Eso ha sido la causa del fracaso de las izquierdas europeas y sus pupilas, como la mexicana. Los llamados nuevos movimientos sociales y políticos de Latinoamérica han tenido que hacer política rompiendo con estas prácticas y poniendo el acento en la autonomía política y en los medios para lograr ésta. En México el neozapatismo ha sabido retomar el significado de la autonomía y la autogestión como elementos fundamentales del cambio social. Sin esto simplemente no hubieran podido desarrollar su alternativa práctica en la guerra de baja intensidad que mantiene el gobierno mexicano en Chiapas. Y lo han hecho.

La lucha neozapatista por la autonomía

El 18 de diciembre de 1994 el EZLN rompió el cerco militar de la «zona de conflicto» y apareció en 30 municipios chiapanecos, que desde entonces fueron declarados Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas (Marez). Esta acción es el inicio de la lucha por la autonomía que han librado los neozapatistas, una compleja experiencia en la que se han puesto en juego tanto los escenarios locales como los nacionales e internacionales de la política; y que desde entonces ha tenido varios cauces. La primera respuesta fue el ataque del gobierno federal a las comunidades neozapatistas en febrero de 1995, lo que hizo que el EZLN se tuviera que replegar a las montañas y las comunidades atacadas, como la de Guadalupe Tepeyac, se vieran desplazadas por años. Sin embargo el EZLN no es destruido y el repulido nacional e internacional por el traicionero ataque va a ser un revés al militarismo abierto del gobierno zedillista, que a su vez se verá obligado a sentarse a negociar. Los diálogos de San Andrés Sacamch'én se establecieron en marzo de 1995. Para ello el EZLN conformó un cuerpo de más de cien asesores entre dirigentes indígenas, antropólogos, historiadores, intelectuales y representantes de diversas organizaciones sociales y políticas, que discutieron los conceptos planteados por el gobierno y por el EZLN a la luz de las experiencias de lucha de pueblos indios de todo el país y que fueron afinando una propuesta autonómica que después fue enarbolada por el neozapatismo chiapaneco.

Las negociaciones de San Andrés tenían una agenda muy amplia porque el EZLN es un movimiento rebelde anticapitalista. Pero comenzar con el tema de los derechos de los pueblos indios, estos encontraron una concreción y una capacidad de irradiación y apoyo en fuerzas realmente existentes. Como señaló Armando Bartra en el debate «Los Acuerdos de San Andrés y los proyectos de autonomía» de la revista *Chiapas*:

> Una parte importante del debate y de la alternativa, además del cumplimiento de los Acuerdos, es cómo sumar fuerzas dándole a la causa de los pueblos indios su connotación universal. La autonomía es un problema de todos, no solamente de los pueblos indios. La democracia a nivel local [...], el nuevo municipio, el papel de la región, etcétera, de alguna forma son problemas compartidos por indios y mestizos. El problema del artículo 27 de la Constitución (relacionado con la propiedad agraria) no sólo compete a

> la comunidad sino también a la tenencia ejidal y a los intereses de la nación en cuanto a sus recursos. Entonces es posible esta ampliación de los directamente involucrados no sólo en términos de solidaridad sino de intereses propios.[3] (1998, 161-162)

El 16 de febrero de 1996 el gobierno federal y el EZLN firmaron los Acuerdos de San Andrés. En ellos el gobierno mexicano reconoció que:

> Los pueblos indígenas han sido objeto de formas de subordinación, de desigualdad y discriminación que les ha determinado una situación estructural de pobreza, explotación y exclusión política [y que,] para superar esa realidad se requieren de nuevas acciones profundas, sistemáticas, participativas y convergentes de parte del gobierno y la sociedad, incluidos, ante todo, los propios pueblos indígenas.

Los Acuerdos establecían una nueva relación que debería superar la tesis del integracionismo cultural para reconocer a los pueblos indígenas como sujetos de derecho «en atención a su origen histórico, a sus demandas, a la pluriculturalidad de la nación mexicana y a compromisos internacionales suscritos por el Estado mexicano, en particular el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT)».

El gobierno federal se comprometió a reconocer los derechos de los pueblos indígenas a la libre determinación en la Constitución, de tal manera que puedan decidir sus formas de gobierno y sus maneras de organizarse política, social, económica y culturalmente. También a ampliar la participación y representación política de los pueblos indios a escala local y nacional, garantizar su pleno acceso a la justicia ante los órganos estatales, reconocer sus sistemas normativos internos para la solución de conflictos así como sus formas específicas de organización con el objeto de incluirlos en el derecho positivo mexicano. El reconocimiento y la promoción de sus culturas, brindar educación y capacitación e impulsar la producción y el empleo, y brindar protección a los indígenas migrantes, fueron otros compromisos asumidos por el gobierno. El compromiso incluía una reforma de la Constitución y del sistema jurídico para garantizar el ejercicio de la jurisdicción de las comunidades como entidades de derecho público, así como el derecho

---

3 Armando Bartra, «El tamaño de los retos», entrevista de K. Ochoa y A. Moreno en *La Guillotina,* núm. 56, México, 13-06-2007.

de los municipios con mayoría indígena a asociarse libremente, fortalecer la participación indígena en el gobierno, la gestión y la administración en sus diferentes ámbitos y niveles garantizando que en la legislación de cada Estado de la República quedaran establecidas las características de libre determinación y autonomía que expresen las aspiraciones de los pueblos indígenas. Estos compromisos no se han cumplido hasta la fecha. En septiembre de 1996 el EZLN suspendió las negociaciones en tanto no se ejecutaran los compromisos.

Posteriormente, la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa) elaboró, con acuerdo de las partes, una propuesta de reforma que no se podía modificar, solo aceptar o rechazar, con el fin de evitar negociaciones interminables, que al final fue lo que intentó hacer el gobierno federal. El EZLN aprobó la propuesta de ley de la Cocopa, pero el gobierno pidió un tiempo para analizarla. El 20 de diciembre del mismo año presentó varias objeciones, que en realidad eran una contrapropuesta que el EZLN consideró inaceptable a principios de 1997. La principal objeción del gobierno federal fue:

> En nuestra Constitución el concepto pueblo tiene un carácter histórico. Se refiere a quienes participaron en los procesos que fundaron a la nación independiente y al Estado mexicano. El pueblo mexicano al que se refiere la Constitución es fuente de soberanía, pero no puede utilizarse para definir sujetos específicos de derecho. Para que esos sujetos puedan acogerse a los derechos derivados de la soberanía, requieren de categorías precisas como la nacionalidad y la ciudadanía. En el artículo cuarto constitucional, reformado en 1992, el concepto de pueblo indígena comparte el carácter histórico y es fundamento de México como una nación pluricultural. Ese concepto histórico, que reconoce raíces y procesos, tampoco puede definir sujetos de derechos políticos, económicos y sociales, mucho menos territoriales. Tales derechos se precisan en las localidades, ejidos, comunidades y, en su caso, municipios donde hay una clara presencia indígena.

El gobierno de Zedillo negó las particularidades culturales que integran a los pueblos indios como colectividades y que les dan derecho de decidir de manera colectiva la forma de integrarse a la población y con ella al Estado. A eso se refiere el Convenio 169 de la OIT cuando expresa que es aplicable:

> A los pueblos en países independientes, considerados indígenas por el hecho de descender de poblaciones que habitaban en el país o en una región geográfica a la que pertenece el país en la época de la conquista o la colonización o

> el establecimiento de las actuales fronteras estatales y que, cualquiera que sea su situación jurídica, conservan todas sus propias instituciones sociales, económicas, culturales y políticas, o parte de ellas, [...] la conciencia de su identidad indígena o tribal deberá considerarse un criterio fundamental para determinar los grupos a los que se aplican las disposiciones del presente Convenio [...] la utilización del término «pueblos» en este convenio no deberá interpretarse en el sentido que tenga implicación alguna en lo que atañe a los derechos que pueda conferirse a dicho término en el derecho internacional.[4]

El gobierno asumió una posición que no reconocía a los pueblos indígenas como sujetos de derecho público en la estructura gubernamental con competencias específicas. Tampoco reconoció su derecho a acceder de manera colectiva al uso y disfrute de los recursos naturales en sus tierras y territorios, contenido en la propuesta de la Cocopa. El 2 de febrero de 1998 el gobierno federal redujo sus observaciones pero mantuvo las mismas objeciones de fondo. El 15 de marzo del mismo año, Zedillo presenta unilateralmente una iniciativa de reforma a la Constitución que contradice la propuesta de la Cocopa. Ésta no se pudo enviar al Congreso de la Unión sino hasta el 5 de diciembre del año 2000, después de la Marcha del Color de la Tierra que encabezaron los comandantes del EZLN, una movilización que logró captar la atención nacional e internacional sobre la demanda de la reforma constitucional.

Pero la movilización fue sellada por la traición de la clase política perredista a la Cocopa, al EZLN y al Congreso Nacional Indígena, que acuerpa numerosas organizaciones indígenas. El PRD, encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas le dio la espalda al movimiento indígena. Temeroso de verse rebasado por abajo y a la izquierda, votó una propuesta de ley, diseñada al vapor por la derecha para desvirtuar la posibilidad de la reforma. Desde entonces el EZLN se ha deslindado del PRD y lo ha denunciado. A pesar de que como un resultado colateral el PRD pasó de no existir en Chiapas a convertirse en el partido gobernante, con dos gobernadores expriístas consecutivos: Pablo Salazar Mendiguchía y el actual. Ambos han jugado un papel de contención y complicidad con las estrategias del ejército y las oligarquías. La burocracia del partido del sol azteca ha optado por volverse parte

---

4 Convenio núm. 169, Sobre Pueblos Indígenas y Tribales, 1989, Organización Internacional del Trabajo (OIT). Oficina para América Central y Panamá, Costa Rica, 1996, pp. 5-6.

de la contrainsurgencia, como lo demostró de nueva cuenta la agresión armada contra bases de apoyo zapatistas por parte del cacicazgo perredista de Zinacantán. Esto ha dividido a la izquierda mexicana y ha incrementado la amenaza permanente de la violencia antizapatista con el paramilitarismo «perredista».

El EZLN se mantiene alerta frente a una nueva ola de paramilitarización, auspiciada por el gobierno de Calderón, mientras las comunidades desarrollan en los hechos su autonomía bajo el escrutinio militar y policiaco. Las siguientes palabras del Subcomandante Marcos son elocuentes:

> Digamos que se empiezan a construir las formas más avanzadas de autogestión y de autogobierno, que ya funcionaban a nivel comunitario incluso antes de que el EZLN llegara a Chiapas, pero luego avanzan a un estadio más avanzado, al de los municipios autónomos, alrededor de 1995 y 1996, pero este avance se da en forma irregular. Algunos municipios tienen más experiencia en ese proceso de autogobierno, lo construyen y es producto de su propia lucha y de su propio desarrollo, y ahí es donde jalan al EZLN para que aprenda y se vaya adecuando.
>
> En otros lugares no ocurre así, son lugares en los que se supone había municipios autónomos pero no operaban realmente. En otros lados sí se desarrollan como un gobierno, y con la característica de que mandan obedeciendo, con cambios de funcionarios, remoción, sanciones por corrupción, etcétera. Todo esto en nuestro caso, en las comunidades zapatistas, no es palabra o promesa o utopía, sino que es una realidad, y tampoco es aporte nuestro, es aporte de las comunidades desde antes que nosotros llegáramos. Esto se va desarrollando cada vez más pero de forma dispareja.[5]

Tras varios años de experiencias, las comunidades neozapatistas llegaron a la conclusión de separar los mandos civiles de los mandos militares, replegando al EZLN a sus posiciones de autodefensa y construir los Caracoles, espacios civiles de organización regional que coordinan las labores municipales y comunitarias de autogestión, retomando un concepto de organización muy antiguo, pues recientemente se ha encontrado que el antiguo *Cuchcabal* (república en maya antiguo) de Toniná (la antigua metrópoli tzeltal, ubicada a un costado de Ocosingo, Chiapas) organizó su territorio en cinco caracoles. Los Caracoles han sido un éxito en la interrelación de las comunidades rebeldes, ayudando al intercambio de productos y al trabajo colectivo.

---

5 Muñoz Ramírez, 2003, p. 292.

El caracol, como señala el antropólogo Andrés Aubry, simboliza el proceso de asimilación y renovación. Su forma espiral significa el proceso del conflicto y su resolución, su movimiento, su dinámica. También los mayas y muchos pueblos tocaban caracolas para comunicarse a distancia o en la música de danzas y ceremonias. El caracol tiene muchas significaciones. En la Treceava Estela, el subcomandante Marcos escribe que los neozapatistas han trazado un gran caracol que parte de lo internacional, pasa por lo nacional, regional y local, hasta llegar a las comunidades zapatistas, el Votán-Zapata, el EZLN.

> Después hay propuestas y se dibujan en el pensamiento y en el corazón ventanas y puertas que sólo ellos ven [...] La palabra dispar y dispersa empieza a hacer camino común y colectivo. Alguien pregunta ¿hay acuerdo? «Hay», responde afirmando la voz ya colectiva. De nuevo se traza el caracol, pero ahora en camino inverso, de adentro hacia fuera.
>
> Subcomandante Marcos, *La Treceava Estela*.

Como un elemento resultante de ese proceso los zapatistas han desarrollado las Juntas de Buen Gobierno, que sirven para vigilar que las autoridades municipales manden obedeciendo y no cometan abusos de poder. Estas decisiones reafirman la flexibilidad de su cultura de resistencia y un carácter libertario que a la vez que se enraíza se va desarrollando en una especie de espiral intersubjetiva que lleva el mundo a los territorios rebeldes y el neozapatismo al mundo.

> Todo esto se da en un proceso de guerra, de persecución, de hostigamiento y de ataques de paramilitares, de campañas en los medios muy fuertes en contra, de enfermedades, de catástrofes naturales, y todo lo que se pueda imaginar como obstáculo.[6]

La autonomía hoy

En los primeros días de 2007 se celebró el Encuentro de los Pueblos Zapatistas con los Pueblos del Mundo. Ahí las Juntas de Buen Gobierno dijeron que la autonomía existe en función de la decisión de

6 *Ibidem*, 292-293.

los directamente involucrados de ejercer su poder autogobernándose. Hicieron el balance de una práctica autonómica exitosa, que ha logrado desarrollar sistemas de salud, de educación y de intercambio entre los diferentes caracoles, aplicando el criterio de organización y asociación intermunicipal estipulado en la Ley de Derechos y Cultura Indígenas, con la que están construyendo verdaderas regiones autónomas a la vez que mantienen enclaves en pleno territorio priísta y paramilitar. Esto ha redundado en un incremento del bienestar comunitario, que ha tenido que ver con el proceso de cambio de las mismas comunidades indígenas. Para muchos observadores resulta evidente que el movimiento autonómico neozapatista ha iniciado una verdadera empresa civilizatoria, una reflexión profunda y una práctica política que apenas están en sus primeros pasos. Sin embargo, no podemos quedarnos solamente en el ámbito de las comunidades rebeldes, pues el proceso es mucho más amplio y complejo.

El fraude electoral de Felipe Calderón canceló la democracia electoral en México. La candidatura realmente vencedora, la de Andrés Manuel López Obrador, expresó el rechazo de la mayoría de los mexicanos a la catástrofe neoliberal y el deseo de una verdadera democracia formal y representativa, que sería la base para desarrollar un sistema social más justo y plural. Pero a pesar de su fuerza mayoritaria, el lópezobradorismo no pudo contrarrestar el golpe, y a pesar de la movilización de millones de ciudadanos en contra, el calderonismo se impuso con el apoyo de los centros del poder global, que optaron por mantener los intereses de la oligarquía mexicana y sus socios multinacionales en lugar de permitir el triunfo de un candidato de centro izquierda, bastante más idóneo para una reestructuración social que le hubiera dado a la integración de México a la economía global un rostro algo más humano y el consenso del que carece absolutamente el gobierno impuesto. Hoy la apuesta civilista y moderada de López Obrador se va desdibujando en su inmovilidad, en un institucionalismo incapaz de revertir la consolidación del gobierno ilegítimo, que subido en el coche del reconocimiento internacional, refuerza sus apoyos con visitas al Vaticano, Europa y los Estados Unidos.

Se está desarrollando y expresando una rebeldía ciudadana y social espontánea, que no proviene de una militancia política previa y que expresa diversas modalidades de descontento que pudieron coincidir en el apoyo y en el voto por López Obrador pero que no encuentran ya en el PRD ni en su apuesta electoral e institucionalista una perspectiva

democratizadora. Esta situación favorece la recepción a las propuestas provenientes del movimiento indígena en su sentido más amplio, en la búsqueda de propuestas que permitan ir articulando una resistencia propositiva y efectiva. Ahí es donde se encuentran las perspectivas de autogobierno y autogestión.

Las aportaciones de los movimientos indígenas a las resistencias sociales en México han sido evidentes desde el alzamiento del EZLN. El movimiento estudiantil universitario de 2000-2001 o, más recientemente, el movimiento urbano magisterial popular de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO), entre otros, rechazaron el verticalismo de los liderazgos tradicionales y desarrollaron métodos asamblearios y de consulta a las bases y a la sociedad que antes de la aparición pública del neozapatismo no existían. Buscaron tomar decisiones y actuar con el máximo consenso posible. Esta es la causa de que estos movimientos a pesar de sus imperfecciones y defectos lograran desarrollar un nivel político, una fuerza y una legitimidad inusuales en un país donde las dirigencias de movimientos y partidos tienden a negociar en las tinieblas y alinearse a los mandatos del capitalismo mexicano globalizado.

> El México real es el que apela a las movilizaciones y a su autoorganización, para poder construir poder en las conciencias y en los hechos, contra viento y marea, como hace la APPO en Oaxaca, a pesar de la bestial represión, de los asesinatos y las torturas. Ese proceso recién empieza: la autonomía, la autogestión, la autoorganización comenzarán a generalizarse en la medida en que se agrava la actual crisis de dominación, la disgregación del aparato legal estatal (presidente, congreso, justicia, tribunal electoral) y en que la hegemonía cultural de la derecha se resquebraja crecientemente debido al desprestigio de los intoxicadores de la opinión pública.[7]

Como bien apunta Guillermo Almeyra, no se puede pensar ya una política alternativa que recupere las instituciones, las leyes y el gobierno para el pueblo sin la idea de crear poder popular autónomo mediante la autogestión social y política. Pero en un país como México, plenamente atravesado por los problemas globales, ya no se puede rechazar la lucha electoral y parlamentaria so riesgo de quedar aislado y marginalizado, como pasa con las izquierdas radicales europeas, impotentes

---

7 Guillermo Almeyra, *Calderón* «¿Bordaberry o Sánchez de Lozada?», *La Jornada,* 19/02/17.

ante el avance de la derechización. Lo que no entienden quienes plantean un deslinde moral y apriorístico entre la lucha por la autonomía y la lucha electoral (y sindical) es que para muchos movimientos campesinos y populares ganar una elección local a los caciques prianistas puede ser cuestión de vida o muerte. La realidad siempre es más compleja y cruda. El deslinde de la lucha popular autónoma y la lucha electoral que se dio en la APPO, por ejemplo, en la que se votó no participar como asamblea en las pasadas elecciones estatales, disgregó el potencial político electoral del movimiento, que se fragmentó al calor de la lucha electoral, en la que a fin de cuentas participa hasta la guerrilla (las vanguardias siempre tienen múltiples frentes), situando a la asamblea en un predicamento difícil. Lo cual se pudo haber evitado si la Asamblea hubiera discutido una propuesta electoral propia que unificara y canalizara su enorme potencial político electoral, lo que a su vez le habría dado un duro golpe al priísmo oaxaqueño y a su gobernador asesino.

Por ello, en México cada vez tiene más importancia la reflexión sobre las experiencias políticas de la CONAIE en Ecuador y del MAS en Bolivia, movimientos que han sabido desarrollar desde lo local y popular una autonomía política que ha instrumentalizado la lucha electoral e institucional para el cambio social, que en el caso de Bolivia ha llevado a los movimientos indígenas al gobierno de manera pacífica y civilizada sin mellar el radicalismo de sus demandas y su pensamiento, que van a influir enormemente en el Congreso Constituyente que está impulsando el gobierno de Evo Morales.

Los Caracoles zapatistas y las diversas experiencias autónomas que existen y resisten en diferentes puntos de la geografía mexicana (en los municipios indígenas oaxaqueños, en la meseta purépecha en Michoacán, en los pueblos guerrerenses que desarrollaron su policía comunitaria a pesar de los ataques y las presiones del ejército y las policías, etcétera) se mantienen en medio de la parálisis política perredista y la ofensiva ultraderechista y militarista. La represión a los movimientos ha sido brutal. Los líderes del movimiento de pueblos en defensa de la tierra de San Salvador Atenco han sido condenados por los tribunales a 67 años de cárcel; en Oaxaca la represión ha dejado un saldo de 30 muertos, cientos de presos políticos y decenas de desaparecidos, levantados por los grupos de choque de los priístas. Se han multiplicado los ataques de los grupos paramilitares contra las comunidades neozapatistas. La violencia del gobierno ultraderechista amenaza con

aumentar considerablemente durante los próximos años. Frente a esta situación la perspectiva que se abre es la de cerrar filas y pasar a la ofensiva, es la de la convergencia y el diálogo entre propuestas diferentes, en donde queda rebasada la discusión de las vías y cualquier exclusivismo de tipo ideológico y político. Es previsible la creación de grandes frentes de lucha, de asambleas como la APPO, en diferentes partes de México, en las que van a participar organizaciones movimientos e ideas muchas veces contrapuestos, pero que se tendrán que definir en torno a ejes de lucha consensuados. Esa es la tendencia.

Bibliografía

Almeyra Guillermo, «Repensar la política socialista», entrevista de O. Moreno y J. Leroux en *La Guillotina,* núm. 56, México, primavera 2007-06-13

Bartra, Armando, «El tamaño de los retos», entrevista de K. Ochoa y A. Moreno en *La Guillotina,* núm. 56, México, primavera 2007-06-13.

Convenio núm. 169, Sobre Pueblos Indígenas y Tribales, Organización Internacional del Trabajo (OIT), oficina para América Central y Panamá, Costa Rica, 1989.

Dussel, Enrique, *Introducción a una filosofía de la Liberación Latinoamericana,* Bogotá, Te-Ixtli, 2000.

Lenkersdorf, Carlos, *Cosmovisión Maya,* México, Ce Acatl, 1999.

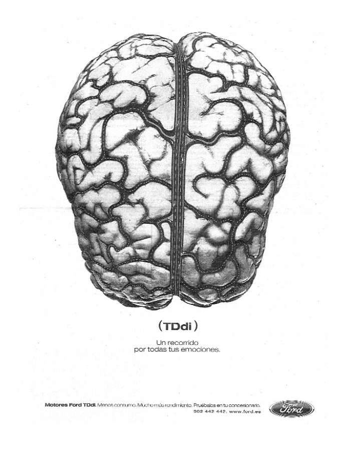
Lenkersdorf, Carlos, *Los hombres verdaderos, voces y testimonios tojolabales,* México, Siglo XXI, 1996.

Muñoz, Gloria, *20-10,* México, 2003.

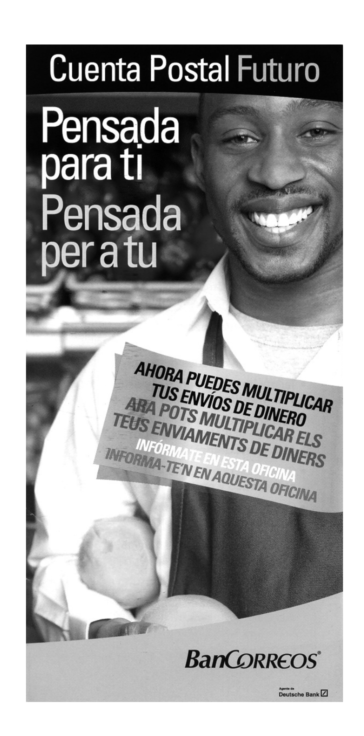
13. La autonomía conquistada y la privatización del yo

Marina Garcés - S. López Petit

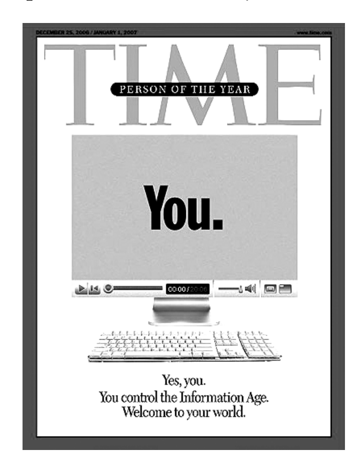
1. La publicidad se dirige siempre a ti.





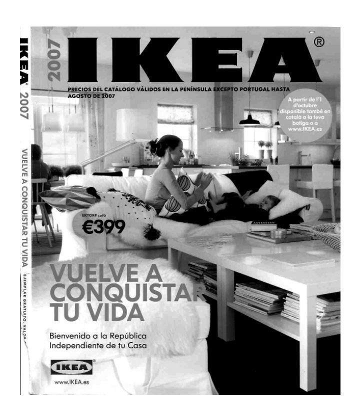


Así se inventa un «tú» que te encierra en el «yo».



> *Paradójicamente, el individuo de la época global se encuentra destinado, a la vez, a su autosuficiencia más radical y a su impotencia más absoluta. Es el nodo sin densidad que sólo puede vivir su vida y autoconsumir sus propias experiencias en un mundo que no es de nadie.* M.G.

2. A este «yo» se le propone conquistar su autonomía.











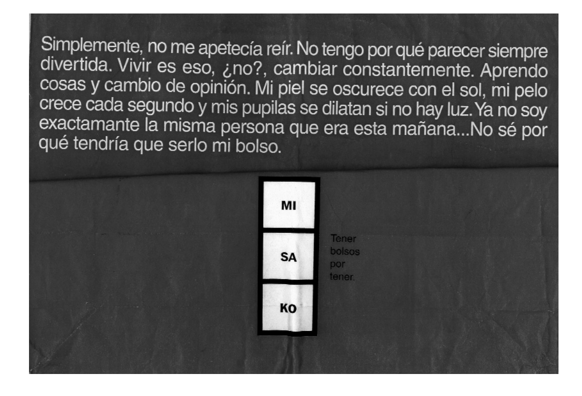
Primero existía la Ley. Ella era la que establecía un campo de prohibiciones, la que permitía una gestión de los ilegalismos. Después se extendió la norma que fijaría un campo de costumbres. La Norma tenía como función principal excluir y en relación a ella se definía un hombre normalizado. Sin que ninguna de las anteriores etapas haya desparecido, podríamos afirmar que hoy la dualidad rito-rutina ha venido a jugar un papel fundamental. El rito y la rutina, en su combinación, establecen el ámbito de sentido –o si se quiere incluso– el sentido de la vida para una sociedad dada. (…) Lo que es indudable es que esta extraña dualidad organiza el sentido del Sistema. El rito individualiza pero no excluye necesariamente. Permite la producción de diferencias dentro de un orden. La rutina masifica pero no incluye necesariamente. Permite el autocontrol. […] Cualquiera puede escoger libremente sus ritos a los que dedicarse, vivir con mayor o menor alegría sus rutinas… la norma fabricaba el hombre normal. La dualidad rito-rutina fabrica al hombre autónomo. S.L.P.

3. Expresión de esta autonomía.

La trangresión:



La desfachatez:



La autorrealización:

WEI WEI, cantante china de éxito; inaugurará Pekín 2008.

– ¿Le gustaría ver una China democrática?

– Cuando era joven guardia roja soñaba con cambiar el mundo con mis canciones, pero después he viajado mucho y he dado muchas vueltas y ahora estoy concentrada en disfrutar el mundo tal como es.

– ¿Y eso cómo se consigue?

– Haciendo lo que te gusta.

Entrevista publicada en La Vanguardia, 26 de febrero de 2007.



Arte y música avanzada, ideas que transforman el inconsciente colectivo, sensaciones que te proyectan, autoafirmación. ¡¡¡Lo hemos conseguido!!!

El Life Parade 2006 pretende ser una innovación a la cultura del ocio. Tanto la alternativa de ocio como el propio festival están contemplados desde una perspectiva en la que el conjunto es más que la suma de sus partes (perspectiva holística). Es por ello que, en lugar de un ocio que busque la evasión mediante una felicidad consumible a corto plazo, ofrecemos un ocio que persiga la realización personal mediante una felicidad a corto y largo plazo, individual y colectiva.

El Life Parade 2006 pretende ser una gran fiesta en la que ciencia, arte y pensamiento fluyan bajo la música y los valores de una sociedad horizontal y holísticamente feliz. Dichos valores son:

– La emancipación individual frente al individuo alienado y castrado.

– La emancipación colectiva frente a la organización jerárquica. Personas libres que no requieren de líderes, gurús o Mesías.

– El autoconocimiento, frente a la tabula rasa que intenta normalizar a todos los individuos, como primer paso para estar a gusto con uno mismo y lograr la emancipación individual.

– El conocimiento del otro frente al autismo, la individualidad y el sectarismo. Sentimiento de empatía para poder trabajar y relacionarse satisfactoriamente con los demás y lograr la emancipación colectiva.

[...] Después de participar en el Life Parade habrás tenido la oportunidad de experimentar un cambio positivo en tu propio Self, satisfaciendo tus necesidades de realización y eligiendo el camino que defina tu identidad personal y colectiva. Para medir dicho cambio positivo, se dispondrán de distintas herramientas. En la página web, podrás buscar tu posición en el camino hacia la felicidad holística, una vez vivida la experiencia transformadora del Life Parade.

La singularización:







SEAS COMO SEAS....

VEN AL SALÓN DEL AUTOMÓVIL



BELLEZAELLE

NO SÓLO TE PONEN CONTENTA PORQUE BORRAN TUS ARRUGAS, SINO PORQUE, A TRAVÉS DE LA PIEL, TIENEN EL PODER DE INFLUIR EN EL SISTEMA NERVIOSO. COMO EL SOL, EL SEXO Y EL CHOCOLATE, PUEDEN DARTE DOSIS DE PLACER.

Neurocosméticos

CREMAS QUE TE HACEN FELIZ

Ya no basta con borrar las arrugas, reafirmar o aportar luminosidad, ahora, además, queremos que nuestra crema nos ayude a experimentar una sensación de felicidad.
La biología cutánea se ha centrado en la relación de la piel con nuestro sistema nervioso. Y es que la epidermis es un órgano receptor de las sensaciones que nos provocan los estímulos del medio ambiente, y está directamente conectado al sistema nervioso –tenemos 600.000 receptores del tacto y 200.000 de temperatura–. De hecho, manifestamos muchas emociones a través de la piel, por ejemplo, cuando pa-

242ELLE

La autoinvención:



«CONSTRUYE TU PROPIA TELEVISIÓN». VÍA DIGITAL.

Desde 5,98 Euros/mes

Paga sólo por lo que quieres ver

La emoción:



CON LA MÁXIMA INTENSIDAD. PENSAR: SENTIR, VIBRAR ¡INTERIORIZAR, DEJAR SALIR AQUELLAS EMOCIONES QUE DE VERDAD NOS HACEN SENTIR BIEN CON NOSOTROS MISMOS ¡QUE NOS HACEN SENTIR REALMENTE VIVOS! HACER PERCEPTIBLES TODAS LAS COSAS IMPORTANTES QUE HARÁN QUE NUESTRA VIDA –NUESTRA PELÍCULA– SEA LO MÁS INTENSA POSIBLE.

TODO PASA EN NUESTRO INTERIOR... Y HAY MUCHAS COSAS POR VIVIR.

El fascismo postmoderno es una movilización total de la vida que (re)produce esta realidad que se nos impone como obvia. No tiene nada que ver con la «autoimplicación en el trabajo» o «la puesta a trabajar de los afectos». Este análisis es todavía demasiado economicista. Lo que ocurre ahora es que el capital en tanto que selbstzweckmaschine (máquina que tiene el fin en sí misma) se ha trabado con la circularidad de la vida. Es simplemente viviendo, más exactamente llevando la vida que es la nuestra, como reproducimos esta realidad que se nos presenta como pura obviedad. […] El fascismo postmoderno es la conjunción de (auto)control y producción de diferencias. Esta conjunción puede funcionar de dos modos distintos, según se decante ya sea hacia «proyecto autónomo», ya sea hacia «imposición heterónoma». De ahí que la movilización total de la vida posea dos caras, si bien complementarias: la automovilización (el Amor con mayúscula, buscarse a sí mismo…) y la movilización forzada (Estado penal, cárcel…). S.L.P.

4. La vida como campo de batalla.

El 25% de las visitas que reciben los médicos de los centros de asistencia primaria corresponden a casos de depresión y ansiedad. Ansiolíticos e hipnóticos, indicados cuando existe ansiedad y se duerme mal, se recetan un 50 % más que hace 10 años, indica un informe de la Agencia Española del Medicamento. Figuran en el 20° lugar de la lista del gasto farmacéutico porque son baratos. El consumo de ambos tipos de fármacos se ha extendido a todas las capas de la sociedad, incluidos, en muchos casos, los niños.

Desde Cataluña se alerta de que esta tendencia ha transformado en objeto de medicación los episodios críticos de la vida de un importante sector de la sociedad y ha multiplicado la factura por consumo de fármacos que asume el Servei Català de la Salut, cuyos responsables intentan invertir ambos fenómenos. Los antidepresivos, cuyo consumo ha crecido en Cataluña un 25 % desde el 2001, encabezan el gasto farmacéutico que financia la Generalitat. Por ellos pagó Salut 124 millones de euros en el 2005. El 25 % de las visitas que reciben los médicos de los centros de asistencia primaria (CAP) de Cataluña corresponden a personas que relatan un episodio de ansiedad, insomnio o depresión, no graves, que les impiden afrontar con normalidad la vida cotidiana.

El Periódico, 8 de noviembre de 2006.

Uno a la semana

El suicidio es la causa principal de muerte entre los barceloneses de 15 a 44 años.

La terrible tragedia afecta más a los hombres que a las mujeres, ya que de cada cuatro suicidas, tres eran varones. Un ciudadano menor de 45 años se suicida cada semana en Barcelona. En el 2004, último año del que se disponen datos completos, 54 personas, entre hombres y mujeres, que no habían cumplido los 45, decidieron poner fin a su vida. Por primera vez desde hace 20 años, el suicidio es la primera causa de mortalidad en este segmento de la población, por encima, incluso, de los accidentes de tráfico y el sida, las dos plagas más mortíferas hasta ahora… La Agència de Salut Pública de Barcelona anunció ayer su informe sobre el estado de salud de la ciudad correspondiente al 2005 que permite conocer con cierto detalle las constantes vitales del 1,6 millones de personas que viven dentro del término municipal de la capital catalana. La principal variación respecto a ediciones anteriores (la agencia lleva 23 años elaborando este informe) se encuentra en el sector juvenil y más concretamente en las causas de defunción: los accidentes de tráfico, que venía encabezando este apartado en los últimos años, ha pasado a ocupar el segundo lugar al ser superado por los suicidios: el 11,5 de todas las muertes de personas entre 15 y 44 años se debe a esta causa. En cifras absolutas, de los 134 suicidas registrados en la ciudad, 54 eran jóvenes o menores de 44. Y afecta de forma especial a los varones, ya que por cada mujer que se quita la vida, lo hacen tres hombres. Aunque el informe no hace referencia a las causas, el aumento del número de suicidas resulta espectacular e incontestable. En los últimos tiempos se situaba habitualmente en cuarto lugar, después del tráfico, el sida y la sobredosis de droga, las más frecuentes. El terrible salto resulta incuestionable.

La Vanguardia, martes 14 de noviembre 2006.

La privatización de la existencia, tal como acabamos de analizarla, es la forma que toma hoy la neutralización de nuestra autonomía, que es nuestra capacidad compartida de hacer mundo. M.G.



14. La autonomía. ¿Un concepto actual?

El día 25 octubre de 2007 se celebró una reunión en el local del colectivo «la Oficina», en la calle Aurora, de Barcelona. La gente que ha participado en el proyecto de investigación «Las luchas autónomas en el Estado español, 1970-1977», coordinado por Espai en Blanc, se reunieron con colaboradores, amigos y cómplices de los espacios autónomos de Barcelona y de Madrid para debatir juntos en qué sentido es el concepto de autonomía aún un concepto actual, vivo para las prácticas de lucha social existentes en nuestras metrópolis. Lo que sigue es un resumen aproximado de la conversación que tuvo lugar esa tarde.

Santi. ¿Qué queda de la práctica autónoma cuando no hay sujeto histórico ni línea política que seguir? ¿Qué son entonces las prácticas autónomas? ¿Es defendible esta idea?

Marga. Según mi experiencia, en los años ochenta y noventa la idea de autonomía parecía obsoleta. En cambio, hoy la idea de «procesos de autonomía» vuelve a tener vigencia. Hoy volvemos a sentir la alienación, el hecho de estar viviendo una vida que no es la tuya. Esto es lo que hace que el concepto de autonomía pueda volver a ser resignificado para nombrar procesos de liberación.

Joe. Tu idea me plantea dudas, porque la movilización general que determina nuestras vidas ya es autónoma, hace una llamada continua a nuestra autonomía a la vez que nos ata a una dependencia cada vez más alta.

Marga. Precisamente la relevancia que ha tomado hoy la «autonomía del yo» para el funcionamiento de la sociedad capitalista es lo que hace significativo volver a hablar de autonomía. La autonomía conecta directamente con lo social y apunta a la necesidad de dotar de significado nuevo al vínculo.

Carles. Yo prefiero hablar de «procesos de autonomización» y eso sólo puede darse en el conflicto. Por lo tanto, tendríamos que hablar de los conflictos que se han dado desde los ochenta y noventa y ver en qué medida refuerzan estos procesos. Hay que vincular la pregunta por la autonomía al contexto histórico inmediato.

Paco. Yo creo que tenemos que distinguir dos planos distintos: la autonomía individual y la autonomía como forma de intervención colectiva. Aquí es donde hemos quedado fuera de combate, incluso por exceso de autonomía personal. Se ve tan improbable un cambio de lo que existe que las luchas han desaparecido. Son herramientas obsoletas para un mundo que parece que no podemos cambiar.

Marcelo. Para mí la autonomía es el nombre de la lucha contra todo lo establecido. Y en este sentido tendrá que seguir existiendo. Luchar de forma autónoma es plantearse qué elementos del capital nos tienen indefensos. Individualmente iremos hacia formas colectivas de lucha. Volverán. El cambio ha desaparecido del imaginario pero las luchas volverán.

Joe. Un cambio importante respecto a los setenta es la relación con el consumo, que se ha amplificado en todos los ámbitos. Los deseos son hoy transformados en obtención de cosas. La sociedad, nosotros mismos, éramos mucho más austeros en los setenta. Hoy somos usuarios del capital. Las luchas que vengan no pueden obviar esta dimensión nueva del deseo.

Santi. Me parece que se están dando dos maneras de abordar la cuestión: mirar al pasado y extrapolar consecuencias a partir de él; o bien no mirar al pasado y partir de que el capital ha puesto en el centro la autonomía del yo. Cuando el capital nos está diciendo cada día «se autónomo», ¿qué sentido tiene proponer una práctica de lucha autónoma? ¿En qué sentido hay otra autonomía? ¿Cómo pensarla sin sujeto? ¿Cómo se inscribe la práctica autónoma en los espacios del anonimato que ya no están localizados en el ámbito laboral?

Miguel. Precisamente porque han salido de la fábrica, las ideas de la autonomía conectan con las luchas actuales.

Pepe. La pregunta que yo me hago es: ¿hay algo aprovechable en las luchas autónomas de los setenta? La palabra autonomía, precisamente, no sirve para nada. En cambio, las prácticas de la gente que se mueve hoy son autónomas, aunque sea inconscientemente: la asamblea, la autoorganización, etc. Y es que al margen de partidos y sindicatos la gente sigue haciendo cosas.

Hernán. La autonomía obrera dejó como legado un gesto de independencia, una sospecha hacia los cauces oficiales de lucha. En este sentido, se ha adoptado hoy como mentalidad y como forma de las cosas que se están haciendo. Queda la idea de que las formas de lucha están por inventar y que lo tenemos que hacer nosotros. Esto está en el centro de lo que hacemos hoy.

Marga. Hernán señala invariantes formales. Pero hay un cambio importante: entonces los sindicatos eran la herramienta del capital para aplicar sus planes y hoy no son herramienta de nada.

Hernán. Pero se mantiene el paralelismo respecto a otros organismos de participación. Por ejemplo, en los barrios. Y se mantiene la idea de que no nos convence lo que hay, los canales que nos ofrece el poder para desarrollar nuestras luchas.

Marcelo. En los setenta la gente estaba convencida de que el sindicato era malo. La autonomía era la lucha propia del colectivo que estaba luchando y que se enfrentaba a cualquier forma de manipulación.

Paco. Pero hay que recordar que la autonomía no era sólo una forma de lucha sino la propuesta de otra forma de organización de la sociedad. Era una lucha que negaba y criticaba la sociedad. Por ejemplo, en las luchas vecinales del Besòs, hicimos otra planificación del barrio, bajo la campaña «Nuestro barrio es intolerable». Decíamos mucho más que cómo queríamos luchar. Lo que proponíamos era una subversión total de la vida social. De la misma manera, en el Puerto de Barcelona, los trabajadores decidíamos qué barcos se descargaban y cuáles no. Así, por ejemplo, tuvimos parado un barco con armas para Chile durante meses o nos negamos a descargar una barco surafricano.

Amador. Es importante distinguir entre la autonomía formal y la autonomía como proceso. Yo he estado en experiencias colectivas exquisitamente autónomas en sus formas pero en las cuales no fuimos capaces de pensar la realidad con ojos nuevos ni buscar respuestas propias. Es significativo que algunos de estos sectores formalmente autónomos de los movimientos sociales no están viendo ningún interés en los movimientos masivos actuales, como lo que ocurre tras el 11-M o el de V de Vivienda. Son procesos de autonomía en construcción pero ambiguos en su expresión: no son anticapitalistas, no contienen ningún horizonte utópico ni ninguna ideología, están ligados al consumo, etc.

Toni. ¿Llamarías a estos nuevos movimientos masivos prácticas autónomas? Para mí es difícil rescatar el concepto de autonomía. Como decía Paco, una práctica autónoma es la que impone un contrapoder, que se implica en un proceso de emancipación y busca transformar toda la sociedad. Desde ahí, creo que podemos decir que en estos movimientos no hay autonomía. Sin sujeto político, sin clase obrera, sin contrapoder, hay que abandonar la autonomía como concepto fuerte, dejarlo donde se quedó y donde fue vencido. Hoy no se sabe por dónde empezar. Nos apuntamos a lo que pasa, pero ¿quién interviene? ¿Cómo producir un contrapoder?

Panzer. En la última época de la autonomía obrera (1970-1977) el concepto de autonomía se ideologizó demasiado, se esclerotizó. Por eso hoy miramos también de manera ideológica la búsqueda colectiva de la autonomía. En este sentido, en tanto búsqueda colectiva, las experiencias colectivas no han desaparecido. Hay muchos ejemplos: desde el nacimiento del Hip Hop (Nueva York, año 1979) al sindicato latino que se ha formado actualmente en Estados Unidos bajo el logo nómada de Justice for Janitors. Hay ríos subterráneos de la experiencia autónoma que la autonomía ideologizada no puede ver. Preguntarnos por la autonomía hoy significa preguntarnos cómo vivir la experiencia de lo autónomo en lugar de cómo construir la autonomía. Se trata de abrirse a un momento más intuitivo que ideológico que tiene que vivir dentro del capital, sin obsesionarse con el salirse fuera. Lo vimos en el 13-M: emergió un tejido social que pensábamos que no existía. Si existe hoy autonomía está ahí, en estas nuevas redes.

Iván. Las prácticas autónomas, para mí, son las rupturas de los tiempos del capital y de la democracia. En un plano más cotidiano que el del 13-M, las prácticas autónomas instituyen dinámicas y tiempos propios,

preñados de otra sociedad; vínculos sociales no ligados ni al Estado ni al capital. En los años noventa han emergido dos luchas: contra la precarización y contra las formas de representación política. Precisamente son los dos ejes, los dos fórceps, que destruyeron la autonomía obrera. En los noventa vuelven a ser contestados. Actualmente no hay sujeto, pero la autoorganización de la vida se amplía como matriz de vida en expansión. No hay una institución propia más allá de la asamblea, pero hay una riqueza muy fuerte aunque esté en dispersión. Quizás habría que legitimar hoy alguna de nuestras instituciones. Pero de todos modos hay prácticas autónomas cuando se está generando conflicto y desafección, proyectos y contrapoder. Se hace con muchos interrogantes, pero las prácticas autónomas siguen adelante.

Carles. Antes decía que los procesos de autonomización sólo se dan en el conflicto, sobre unas bases de lógica contrapuesta a la lógica del capital. En este sentido ¿las luchas de los ochenta y noventa qué tensiones de ruptura tienen? A mi entender, los procesos de autonomización de los noventa son comunidad de lucha cuando tienen que ver con el «cómo me busco la vida», pero no tienen un efecto desestructurador relevante.

Quique. La cuestión económica es sólo una de las tres patas de lo que son las prácticas autónomas. Las otras dos pasan por la capacitación de las personas para el conocimiento y por la esfera emocional. La clave de todo es cómo vamos a reconstruir al individuo después de treinta años de destrucción total: reconstruir un individuo capaz de cooperar con otros y de plantear su vida en comunidad. Siempre hay que retomar proyectos históricos. En los setenta se miraba hacia el consejismo y ahora hacia los setenta. Hay un hilo rojo… o del color que nos mole más. La pregunta es cómo incorporar en él los nuevos conflictos: fronteras, crisis ecológica, etc, desarrollando nuestra capacidad de autogobernarnos.

Joe. Sigo viendo el problema de cómo se «engancha» todo esto. Miro a mis tres hijos y los tres tienen experiencias de la autonomía, pero sin plantearse el conflicto: tienen experiencia del escaqueo, del sabotaje, etc. Pero ¿dónde estaría el cemento que liga todos estos momentos?

Fernando. La clave está en las formas comunitarias, construidas desde el cara a cara. El punto de partida es arriesgar apostando por una comunidad desde la solidaridad (dos conceptos, por cierto, que ya

estaban en los setenta). Que de vez en cuando nos «regalen» acontecimientos para salir a la calle está bien, podemos aprovecharlo, pero lo importante es qué es lo que queda cuando no se puede volver atrás. Eso da miedo y desorienta, por eso se mira hacia el pasado histórico.

Carles. Yo miro atrás crítica y autocríticamente, para ver los límites, los fallos… Es interesante analizar cómo se desactivaron los movimientos, cómo han cambiado las formas de desactivación y los costes que tienen estos procesos. Desde ahí, no se puede banalizar lo que fue, asociándolo a fenómenos episódicos que no desestructuran el sistema salarial.

Santi. De todo lo dicho hasta ahora, parece que todos estamos de acuerdo en que la práctica autónoma entendida en un sentido amplio es irreductible: va más allá del momento histórico. Y, por otro lado, paradójicamente, que está siempre por inventar.

Pepe. Lo que estamos balbuceando es: ¿cómo ser anticapitalista hoy? ¿Cómo ir más allá de los pequeños vendavales? ¿Cómo ser destructivo y aguantarse de pie?

Iván. Somos anticapitalistas pero no nos cargamos el capital.

Joe. No hay una forma acabada de militancia anticapitalista pero sí un enfrentamiento cotidiano con el dominio del capital.

Marga. Volviendo a la pregunta inicial: ¿qué puede servir de la autonomía obrera? Fue una experiencia derrotada que me permite entender un presente en el que se da una repolitización, aunque no en términos anticapitalistas ni de conflicto. En Madrid hay muchos conflictos, pero la repolitización se da ahí? Y en cambio todos los vínculos son politizables, porque sustentan la vida.

Quique. Lo que clausuró los setenta es un «no se puede». Hoy se ha reabierto el «sí se puede». Los más jóvenes vemos que el sistema se hunde. Nos estamos preparando para lo que viene, recuperando a un individuo capaz de cooperar y convivir.

Amador. El problema es, pensando de nuevo en el 13-M: ¿qué pasa en una sociedad en la que se recuperan y/o se activan políticamente los vínculos sólo cuando acontecen catástrofes? Y otra pregunta: y si no

podemos cambiar la realidad macro, ¿en qué se convierte la autonomía? No podemos cambiar la realidad, pero sí las maneras en que las habitamos, recreando el vínculo. Por eso la pregunta por la autonomía no pierde sentido aunque no podamos cambiar esta realidad macro.

Marcelo. Te pones en el otro extremo: él pregunta cómo ser anticapitalistas y tú cómo luchar cuando no podemos cambiar la realidad. Yo estoy con la primera pregunta, porque el capitalismo hay que acabarlo de una vez por todas. Y en este sentido para mí no todo vale. Por ejemplo, el 13-M tal como lo presentabais a mí no me vale. Puedo intentar utilizar ese acontecimiento, pero si el resultado es que todo se resuelve votando al PSOE, pues la verdad, no sé qué hemos hecho.

Amador. Pero si partimos de lo que decía antes, se puede ver de otra manera: ya sabemos que no podemos cambiar la realidad, que en vez de a Aznar tendremos a Zapatero, pero a partir de ahí podemos ver también otras cosas más a pie de calle: por ejemplo, cómo el 13-M abre una posibilidad inédita para la acción política, una forma de autoconvocatoria anónima sin la cual quizá no habría habido V de Vivienda. Esa posibilidad no existía antes, por lo tanto el 13-M cambia la realidad.

Panzer. Hay que preguntarse qué signos de cambio se han dado después de la guerra y del 13-M. Por ejemplo, los libros de ensayo político han aumentado sus ventas y las páginas web alternativas tienen muchas más visitas. De nuevo lo político vuelve a estar encima de la mesa. Pero yo quería volver a la lectura de la derrota de los setenta: se lee la derrota biográfica de quienes participaron en esas luchas, esto es un hecho, pero en cambio, desde la guerra capital-trabajo la cosa no está tan clara. Si tomamos como dato la evolución de la productividad capitalista, podemos ver que no ha recuperado los índices que tuvo antes de las luchas de los setenta, y esto a pesar de todos los esfuerzos de recomposición. Eso se produce porque el conflicto que se instauró en la fábrica, en los países centrales, ha ido acompañando la deslocalización industrial. En este sentido, es fundamental el libro de Beverly Silver: en el mismo se muestra cómo se mueve el conflicto acompañando los desplazamientos espaciales y tecnológicos hasta dejar la productividad a nivel cero. Desde ahí la otra derrota se vuelve mucho más micro. Yo he estado trabajando varios años en uno de los barrios más obreros de Madrid y a los más jóvenes no les interesan para nada las historias de la fábrica. Hay una quiebra generacional entre la subcultura

obrera y las subculturas sociales que emergen posteriormente. Hay una quiebra subjetiva en la manera de entender todas las cosas. Es a partir de ahí desde donde hay que pensar las comunidades. Hoy la comunidad ya no es el vecino. Hay que pensar la comunidad de otra manera. ¿Qué entendemos hoy por estar juntos? ¿Con quién se dan los vínculos de solidaridad y por qué?

Pepe. Yo querría reformular la pregunta sobre el anticapitalismo. Yo diría ahora: ¿Cómo hacer más efectivo nuestro anticapitalismo? ¿Cómo hacemos que el antagonismo difuso tenga más efectos? Incluso el activismo es demasiado ciego a veces, cuando lo importante es plantear y debatir estas cuestiones.

Joe. No hay una plataforma anticapitalista. El capitalismo, quiera o no, funciona. Es una realidad aplastante, ante la que yo tengo que posicionar mi vida. Desde ahí, hay múltiples formas de atacar el capitalismo. ¿Cómo afrontas tú tu vida, sabiendo que todos estamos atravesados por el capitalismo? Ninguna comunidad puede ser totalmente anticapitalista. Tenemos que saber partir de aquí. Hay muchas formas de acción anticapitalista en un mundo que es capitalista totalmente.

Amador. ¿Cómo plantear un vínculo que no sea el de la sociedad-red, basado en la conexión-desconexión? Como decía Panzer, hay que pensar qué puede ser hoy la comunidad. Miro a mi alrededor y no veo cómo hacer comunidad. Y en cambio, podemos preguntar de otro modo por lo común: pensar lo común sin comunidad. Pensar lo común como una serie de encuentros que, a diferencia del vínculo utilitario típico de la sociedad-red, sostienen y potencian la vida aunque no coincidan en un mismo espacio-tiempo, aunque no cristalicen en comunidad. Quizá son formas más débiles de vínculo, pero son los que hoy podemos desarrollar. Y esto debe ser planteado dentro mismo de las formas que tenemos hoy de militancia y de lo que entendemos hoy por intervenir. Intervenir quizá es sólo abrir un espacio, como ha hecho por ejemplo V de Vivienda, y cuidar de que no se cierre, de que siga siendo habitable por los diferentes. Cuidar este proceso puede resonar con la práctica de la autonomía obrera, que hacía huelgas salvajes por motivos que en sí mismos eran muy nimios, porque lo importante era el proceso.

Iván. En todos estos procesos hay un momento para la agencia: uno interviene discriminando, apostando por una cosa o por otra. En cambio, en vuestro planteamiento veo una mirada sociológica. ¿Por qué apostáis cuando habláis de abrir espacios? Procesos como el del 13-M o el de V de vivienda no nacen de la nada. Hay mucha gente detrás que lleva años militando e interviniendo desde una lucha política muy dura. No es una pura autoconvocatoria que funciona sola. Por eso hablaba yo antes de la importancia de legitimar ciertas instituciones políticas y ver su continuidad.

Amador. Yo subrayo la discontinuidad porque es lo que nos hace pensar. Entre Génova, desfilando en un cordón de gente que conozco y sé cómo se mueve, y la calle del 13-M imprevisible y anónima, veo una discontinuidad, a pesar de que el 13-M tal vez no existiría sin el No a la guerra y el No a la guerra tal vez no existiría sin el movimiento antiglobalización. Ese hilo no borra la novedad ni el esfuerzo de tener que pensar algo no reconocible a priori.

Carles. Estáis replanteando la vieja cuestión de la organización. ¿Hay una vanguardia que abre un espacio político o es mi condición de sujeto asalariado, sujeto a unas relaciones de capital, las que abren ese espacio político? Para mí, es la relación social la que abre ese espacio. Si es así, el problema de la organización y de la misión social no existen. Se plantean cuando se tiene una concepción meramente teoricista de la autonomía y del conflicto social. Para mí la autonomía y el conflicto son cuestiones prácticas que nacen de nuestra propia condición ontológica. Y por eso el 13-M y parálisis como el Mayo del '68 no son parangonables.

Quique. Mi preocupación empieza cuando la gente vuelve a su casa, cuando regresa de una movilización. El capitalismo se instaura a partir de una desposesión de los saberes de las personas. Ser anticapitalista, para mí, es capacitarse de nuevo: saber cultivar un huerto para alimentarse, reparar una bici para moverse libremente, etc. Está claro que esto no es trasladable a todas las experiencias de vida ni a todas las situaciones. Lo importante, en cada contexto, es la capacitación necesaria para saber la fuerza que tenemos para vivir y resistir desde lo más cotidiano y lo más práctico.

Fernando. Hay que potenciar toda experimentación aunque no tengamos ninguna verdad. «Ya lo intentamos y no salió» no sirve, al revés. Tenemos que analizar y aprender porqué no salió. De ahí la importancia de mirar hacia la historia desde el ensayo con lo cotidiano. Entonces podremos asaltar desafíos más grandes.

Santi. La discusión se ha ido polarizando en tres líneas: el anticapitalismo, el momento constructivo desde lo cotidiano y los movimientos del vacío o del vaciamiento. El desafío es pensarlas juntas, para plantear qué es politizarse hoy en una realidad que es esencialmente despolitizadora. Nada es político y a la vez todo es politizable.

traficantes de sueños

http://traficantes.net>>editorial@traficantes.net

mapas

1. Virtuosismo y revolución
   La acción política en la época del desencanto
   Paolo Virno
   I.S.B.N.: 84-932982-1-2, 154 pp., 9 euros.

2. Contrageografías de la globalización
   Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos
   Saskia Sassen
   I.S.B.N.: 84-932982-0-4, 125 pp., 8,5 euros.

3 En el principio fue la línea de comandos
   Neal Stephenson
   I.S.B.N.: 84-932982-2-0, 158 pp., 9,5 euros.

4. El gobierno imposible
   Trabajo y fronteras en las metrópolis de la abundancia
   Emmanuel Rodríguez
   I.S.B.N.: 84-932982-3-9, 188 pp., 9,5 euros.

5. La fábrica de la infelicidad
   Nuevas formas de trabajo y movimiento global
   Franco Berardi (Bifo)
   I.S.B.N.: 84-932982-4-7, 188 pp., 10.5 euros.

6. Otras inapropiables
   Feminismos desde las fronteras
   bell hooks, Avtar Brah, Chela Sandoval, Gloria Anzaldúa...
   I.S.B.N.: 84-932982-5-5, 188 pp., 10 euros.

7. Gramática de la multitud
   Para un análisis de las formas de vida contemporáneas
   Paolo Virno
   I.S.B.N.: 84-932982-6-3, 160 pp., 9 euros.

8. Capitalismo cognitivo
   Propiedad intelectual y creación colectiva
   Y. Moulier Boutang, Antonella Corsani, M Lazzarato et alli.
   I.S.B.N.: 84-932555-0-X, 160 pp., 10.5 euros.

9. Software libre para una sociedad libre
   R. M. Stallman
   I.S.B.N.: 84-932555-0-X, 320 pp., 16.5 euros.

10. Plan sobre el planeta
Capitalismo Mundial Integrado y revoluciones moleculares
Félix Guattari
I.S.B.N.: 84-932555-0-X, 140 pp., 10 euros.

11. Derecho de fuga
Para un análisis de las formas de vida contemporáneas
Sandro Mezzadra
I.S.B.N.: 84-932555-7-7, 184 pp., 12 euros.

12. Cuando el verbo se hace carne
Lenguaje y naturaleza humana
Paolo Virno
I.S.B.N.: 84-96453-01-4, 184 pp., 12 euros.

13. Por una cultura libre
Como los grandes grupos de comunicación utilizan la tecnología y la ley para clausurar la cultura y controlar la creatividad
Lawrence Lessig
I.S.B.N.: 84-96453-02-2, 302 pp., 18 euros.

14. Micropolítica
Cartografías del deseo
Félix Guattari y Suely Rolnik
I.S.B.N.: 84-96453-05-7, 384 pp., 20 euros.

15. Por una política menor
Acontecimiento y política en las sociedades de control
Maurizio Lazzarato
I.S.B.N.: 84-96453-12-X, 244 pp., 15 euros.

16. El gobierno de la excedencia
Postfordismo y control de la multitud
Alessandro De Giorgi
I.S.B.N.: 84-96453-15-4, 148 pp., 12,5 euros.

17. Ciudades muertas
Ecología, catástrofe y revuelta
Mike Davis
I.S.B.N.: 84-96453-17-0, 254 pp., 18 euros.

18. El estado del mundo
Contraperspectivas
Karl Heinz Roth
I.S.B.N.: 84-96453-20-0, 248 pp., 15 euros.

19. Estudios postcoloniales. Ensayos fundamentales
Dipesh Chakrabarty, Achille Mbembe, Robert Young, Nirmal Puwar, Sandro Mezzadra, Federico Rahola, Gayatri Spivak, Chandra Talpade Mohanty, Ella Shohat y Stuart Hall
Aparición: mayo 2008

historia

1. Lo queremos todo
   Nanni Balestrini
   ISBN: 84-96453-08-1. 172 pp., 12 euros

2. 68
   Paco Ignacio Taibo II
   ISBN: 84-96453-09-X. 110 pp., 10 euros

3. Autogestión y anarcosindicalismo
   en la España revolucionaria
   Frank Mintz
   I.S.B.N.: 84-96453-07-3. 300 pp., 18 euros.

4. Techno Rebelde
   Un siglo de músicas electrónicas
   Ariel Kyrou
   I.S.B.N.: 84-96453-10-3. 400 pp., 20 euros.

5. La horda de oro
   La gran ola creativa y existencial, política y revolucionaria (1968-1977)
   Primo Moroni y Nanni Balestrini
   I.S.B.N.: 84-96453-13-8. 680 pp., 28 euros.

6. Los invisibles
   Nanni Balestrini
   I.S.B.N.: 84-96453-29-4. 304 pp., 15 euros.

7. Las huelgas en Francia durante mayo y junio de 1968
   Bruno Astarian
   I.S.B.N.: 978-84-96453-23-4. 176 pp., 10 euros.

8. Luchas autónomas en los años setenta
   Del antagonismo obrero al malestar social
   Espai en Blanc (coord.)
   I.S.B.N.: 978-84-96453-30-2. 368 pp., 18 euros.